Enseñanzas del Nuevo Testamento

por

LOWELL L. BENNION

Curso de estudio para las Escuelas Dominicales de
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

INDICE

Capítulo		Página
1	La perspectiva del Nuevo Testamento	1
2	El aspecto religioso del Nuevo Testamento	7
3	El corazón de la religión	13
4	La confianza en Dios	18
5	Dios como nuestro Padre	23
6	Dios es Bueno	30
7	Dios ama al pecador	36
8	Fe en el Señor Jesucristo	42
9	Fe para arrepentirse	47
10	"Nacer del agua"	53
11	"Nacer del Espíritu"	58
12	"Nacer del Espíritu" (continuación)	58
13	"La Resurrección y la Vida"	71
14	La gracia divina	77
15	La gracia divina (continuación)	83
16	Equilibrio y perspectiva	88
17	La religión de Jesús fué interna	94
18	Naturaleza positiva de las enseñanzas de Cristo	98
19	Aplicación del pensamiento a la religión y a la gente	103
20	Las cosas de mayor valor	108
21	La sinceridad	113
22	". . . Sí, Sí; No, No"	119
23	La humildad	124
24	La mansedumbre	129
25	"Señor, enséñanos a orar"	136
26	"A libertad habéis sido llamados"	143
27	El valor moral	149
28	Laboriosidad	156

Capítulo		Página
29	El desarrollo	161
30	El significado del amor	167
31	"Amarás al Señor tu Dios"	175
32	"Amarás a tu prójimo"	180
33	"Bienaventurados los misericordiosos"	186
34	"Bienaventurados los de limpio corazón"	192
35	El perdón	197
36	"Sin escandalizar a nadie"	202
37	Paciencia por amor del bien	208
38	Los bienes de este mundo	215
39	"El que pierde su vida"	221
40	La autoridad divina en la Iglesia	226
41	Una iglesia laica	232
42	El propósito de la Iglesia de Cristo	238
43	La unidad en la Iglesia	243
44	El resultado de vivir según el evangelio	248

Capítulo 1

LA PERSPECTIVA DEL NUEVO TESTAMENTO

Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí. (Juan 5:39)

¿Por qué estudiar el Nuevo Testamento?

Muchos miembros de la clase de Doctrina del Evangelio podrán pensar que ya están bien familiarizados con este pequeño libro que ha estado con nosotros desde el principio de nuestra historia. Pero aun cuando ya lo han estudiado en otros lugares y ocasiones, todavía hay suficientes y buenas razones para volver a estudiarlo este año. Mencionaremos algunas de dichas razones:

1. El contenido del Nuevo Testamento es cuantioso y variado. Abunda en detalles que se asocian íntimamente con la vida humana; nos revela la vida y cultura de pueblos antiguos; contiene hermosas expresiones literarias y presenta enseñanzas morales, religiosas y teológicas que son a la vez interesantes e inspiradoras. No importa cuántas veces lea uno el libro, jamás podrá captar ni retener su significado completo.

Además, cada vez que leemos un libro de tan rico contenido, y lo hacemos con un nuevo propósito, se convierte en obra nueva. Descubrimos en él cosas que en otras ocasiones habíamos pasado por alto. No es que las palabras del libro hayan cambiado, sino más bien se debe a que le aplicamos un nuevo punto de vista, un interés que ha nacido de la nueva experiencia que nuestra vida diaria nos va dando. El leer un libro es como ir de viaje. Uno puede visitar un país y pasar rápidamente por sus ciudades principales, visitando las atracciones turísticas más importantes en unos cuantos días, o puede visitar dicho país con un interés particular en el pueblo: su idioma, arte, religión, política, vida económica o su vida diaria. Cada vez que viajamos con un nuevo interés, aunque sea por el mismo territorio, vemos un mundo nuevo.

Lo mismo sucede con un libro bueno. Podemos leerlo y releerlo, y cada vez con un interés nuevo. Un sabio maestro dijo en cierta ocasión: "Un libro no debe leerse solamente. Escríbanse algunas preguntas que tengan que ver con la materia del libro. Entonces búsquense las respuestas según se lee. De esta manera se lee con cierto objeto, y de ello resultará mayor interés y significado." Este año estudiaremos el Nuevo Testamento con un propósito único, vital y renovado para muchos de nosotros. Procuraremos hacer de él un libro "nuevo." (Expondremos nuestro objeto en el Capítulo 2.)

2. La segunda razón para volver a estudiar el Nuevo Testamento es que cambiamos nuestras metas de un año para el otro. La vida

es dinámica. Pasamos por épocas de tempestad y calma, alegría y tristeza, éxito y fracaso, paz y guerra, temor y esperanza. Surgen nuevas preguntas en nuestros pensamientos. Hacemos frente a la vida con nuevos temores y nuevas afirmaciones. Nos suceden cosas. Nos casamos, engendramos niños y los criamos. Llegamos a ser abuelos. Nuestros hijos son llamados a la guerra. Emprendemos negocios, compramos y vendemos. Un hombre nos defrauda o, en un momento de debilidad, defraudamos a otro. Compramos o alquilamos una casa y nos mudamos o otra vecindad. Llega a nuestra casa la radio y la televisión. Aceptamos un nuevo cargo en la Iglesia. Todas estas cosas ensanchan nuestro punto de vista, hacen surgir preguntas y problemas, y nos hacen comprender la necesidad de una fe firme y de un medio o manera de reconocer lo bueno y lo malo.

El estudio que de la religión hicimos hace diez años, o hace cinco años o aun el año pasado no es suficiente. De modo que nos volvemos a uno de nuestros libros clásicos (el Nuevo Testamento) con la mente despejada, un corazón nuevo y una visión mas amplia de lo que necesitamos saber. El libro no ha cambiado. Las ideas son las mismas, pero nosotros hemos cambiado. Como dijo el gran poeta alemán, Goethe, "Uno ve lo que lleva en su propio corazón." Si a nuestro estudio del Nuevo Testamento este año traemos un juicio más maduro, humildad de espíritu, buen respeto por las opiniones de otros, más fe en Dios y el deseo de ser guiados por el Espíritu Santo en su interpretación, resultaremos grandemente recompensados. Nuestro estudio de este libro antiguo será vivificante y productivo.

3. La tercer razón para volver al Nuevo Testamento es que constituye la fuente más abundante de nuestro conocimiento de la vida y ministerio del Señor Jesucristo. Con excepción de algunos aditamentos selectos que se hallan en el libro de Tercer Nefi, solamente en el Nuevo Testamento podemos ver la vida de Cristo a través de los ojos de sus contemporáneos.

Es poco el tiempo de estudio que concedemos a la vida y enseñanzas del Salvador, aunque somos miembros de su Iglesia. Profesamos como el primer principio de nuestra religión "la fe en el Señor Jesucristo." En medio de los problemas y afanes de la vida contemporánea, incluso aún la actividad en la Iglesia, se precisa que volvamos con más frecuencia y más pausadamente a la fuente de nuestra fe, a saber, el Señor Jesucristo. Necesitamos hacernos preguntas como éstas: Debido a nuestra fe en Cristo, ¿en qué tenemos fe? ¿Qué hacemos en la vida diaria por motivo de nuestra fe en El? ¿Qué fueron para Cristo las cosas de importancia mayor? ¿Qué son, para nosotros, las cosas de mayor valor?

Vivimos en un mundo que se halla gravemente enfermo porque rechaza en gran manera la fe, amor y sabiduría que Jesús le trajo. Fué restablecida la Iglesia a fin de que "también se aumente la fe en la tierra." (D. y C. 1:21) No basta con que nosotros, los Santos de los Ultimos Días, llevemos su nombre y hablemos

acerca de su misión en términos teológicos. Necesitamos sentir diaria y profundamente el compañerismo de su Espíritu. Se precisa expresarlo en nuestras relaciones como esposos y esposas y como padres e hijos; en el taller, la oficina, en los asuntos de la comunidad y la nación y en los problemas internacionales. Nos ha llamado para revelar al género humano el significado de la fe y vida cristianas. Los Santos de los Ultimos Días son, sobre todo lo demás, cristianos. Tenemos la clase de doctrina que, de entenderse y cumplirse, permitiría al género humano ver y conocer el poder y realidad de la vida cristiana. Ese es nuestro llamamiento, convertir a los hijos de los hombres al verdadero evangelio del Señor Jesucristo. Unicamente cuando disfrutamos de este Espíritu de Cristo en nuestras propias vidas, y solamente lo conocemos a El y sus enseñanzas, podemos cumplir con ese llamamiento.

El Nuevo Testamento con toda su diversidad de estilo, autores, personalidades y lo que parecen ser contradicciones, tiene un tema principal: la fe en Jesucristo y el amor por El. Los apóstoles Pedro, Pablo, Santiago y Juan conocieron y amaron al mismo Señor. Cada uno, según su manera particular y profunda, relata sus enseñanzas, su persuasión, su exhortación a tener fe en Jesucristo porque estaban verdadera y profundamente convertidos al Salvador y su misión. Tal vez el estudio del Nuevo Testamento este año despertará y edificará en nosotros la fe cristiana, y nos ayudará a ser, como Pablo en la antigüedad, "nueva criatura en Cristo Jesús."

Vista panorámica del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento será nuestro libro de texto este año. Aunque no vamos a estudiarlo libro por libro ni versículo por versículo, convendría que todo maestro y todo miembro de la clase lo lea completamente durante el año. Para facilitar esta lectura, detengámonos para darle un vistazo. No nos ocuparemos en puntos controvertibles ni técnicos, sino haremos sencillamente un breve bosquejo para hacer más interesante nuestra lectura.

Los Libros del Nuevo Testamento

Igual que el Antiguo Testamento, el Nuevo no es un libro, sino varios. Se compone de veintisiete libros, algunos de los cuales sumamente cortos. Cada uno de los libros fué escrito separadamente, con un propósito determinado y probablemente sin pensar en que algún día llegaría a formar parte de una obra mayor. Por lo general, los libros del Nuevo Testamento se clasifican de la siguiente manera:

Los Evangelios
Mateo
Marcos
Lucas

Estos tres se llaman los evangelios sinópticos, porque están dispuestos según el mismo orden, y cada uno de ellos narra la historia de la vida y ministerio de Cristo,

desde su humilde origen hasta su resurrección triunfal. El de S. Mateo es el más sistemático, y el que da el Sermón del Monte en su totalidad; el de S. Marcos es el más corto; y el de S. Lucas se distingue especialmente por sus parábolas y porque era aceptado así por los judíos como por los gentiles.

Juan

Este evangelio difiere de los otros tres porque da principio declarando hermosamente la posición de Cristo en la preexistencia como Creador e Hijo de Dios, y en cada una de sus páginas hallamos apoyo para este tema. La narración de la vida de Cristo es de interés secundario porque para el autor lo primordial es su poder y gloria como Hijo de Dios. El lenguaje de Juan es hermoso, a veces simbólico, pero siempre reverente.

Los Hechos

Esta obra tiene por autor a Lucas, y es una continuación de su evangelio. Nos relata el crecimiento y desarrollo de la Iglesia Cristiana bajo la dirección de Pedro en Palestina (caps. 1 a 12), y bajo la dirección de Pablo entre los gentiles (caps. 13 a 28). Es una historia conmovedora, inspirada y triunfante, y nos revela de una manera clara el carácter de la Iglesia primitiva.

Las Epístolas de Pablo

I. A las Ramas de la Iglesia.

Primera y Segunda a los Tesalonicenses; Gálatas; Primera y Segunda a los Corintios; Colosenses; Efesios; Filipenses; Romanos.

Fueron escritas a determinadas ramas de la Iglesia para animar, reprender, corregir e instruir, de acuerdo con las noticias recibidas por Pablo y según la inspiración que recibía. La Epístola a los Romanos es la más sistemática y unificada. (Pablo todavía no conocía a Roma cuando escribió su epístola.)

II. A individuos (pastorales).

Primera y Segunda a Timoteo, Tito, Filemón.

Las tres primeras contienen instrucciones a Timoteo y Tito respecto de sus deberes en el ministerio. La otra es una recomendación enviada por conducto de un siervo (Onésimo) a su amo (Filemón) de

que entre ellos, y en su relación de amo y siervo, se manifestase el espíritu cristiano.

A los Hebros (tradicionalmente atribuída a S. Pablo).

Esta es diferente a sus otras epístolas en estilo, lenguaje y objeto. Se escribió para alentar la fe en Cristo a fin de fortalecer a los santos en la persecución que estaban sufriendo.

Epístolas Generales

Primera y Segunda de S. Pedro, Judas, Santiago, Primera, Segunda y Tercera de Juan.

Estas cartas fueron escritas a la Iglesia en general, y su estilo y mensaje es muy variado. Cada una de ellas debe leerse como libro separado. La Epístola de Santiago y Primera de Juan tienen aplicación especial a la vida religiosa en la actualidad.

Apocalipsis

Este libro es único en el Nuevo Testamento. Es simbólico y no siempre fácil de entender. Anima a los cristianos de toda época a resistir la persecución por medio de su fe triunfal en la victoria de Cristo y Dios sobre todos sus enemigos.

Formación del canon de las Escrituras

Los libros del Nuevo Testamento, escritos separadamente al principio, fueron gradualmente recopilados y empleados como normas por los obispos en los primeros días de la Iglesia Cristiana. La formación de los escritos del Nuevo Testamento en un solo grupo principió hacia el fin del primer siglo. Durante el segundo siglo recibió un gran impulso porque estaban surgiendo las herejías en la Iglesia. Se descubrió que el mejor modo de hacerlas cesar era aplicarles la norma de las enseñanzas y escritos de los apóstoles y discípulos de Cristo. Se hicieron varias recopilaciones, que en el siglo IV llegaron a tener la forma que hoy conocemos. En el año 367 se autorizó el canon de Atanasio, y en el año 405 la Vulgata latina de Jerónimo. Sin embargo, los Santos de los Ultimos Días no aceptan los libros apócrifos que se hallan en la Vulgata.

La Iglesia Cristiana de aquellos primeros siglos, teniendo como objeto acabar con las herejías, preservó el Nuevo Testamento para las generaciones futuras. Desgraciadamente, lo convirtió en un libro cerrado, afirmando que en él estaba comprendido todo cuanto Dios había de revelar, negando de esta manera el espíritu mismo de revelación profética que lo había producido.

Nosotros, como Santos de los Ultimos Días, junto con muchos protestantes, estamos agradecidos por estas Escrituras. Debemos llegar a conocerlo y amarlo por lo que es: un libro de

mucho valor, aunque no constituye la revelación final de Dios y Cristo a los hombres.

Es el fruto, no la fuente de la Iglesia

Ni la Iglesia primitiva ni el evangelio de Cristo fueron establecidos sobre un libro. El Nuevo Testamento no existía en los días de Jesús, Pedro y Pablo. Se enseñaba el evangelio de Cristo según los hombres eran inspirados por el Espíritu Santo, y la Iglesia quedó establecida por el mismo espíritu y en virtud de la autoridad de los hombres que tenían el sacerdocio y recibían la inspiración de Dios. El Nuevo Testamento no es la fuente del movimiento cristiano sino el fruto. Es una maravillosa relación del evangelio y la Iglesia de Cristo, pero a la vez, compendiada, breve y variada.

Capítulo 2

EL ASPECTO RELIGIOSO DEL NUEVO TESTAMENTO

Es importante que todos nosotros—el maestro, el discípulo y el escritor—estemos de acuerdo en nuestra consideración de estas lecciones sobre el Nuevo Testamento. De esa manera caminaremos en la misma dirección y tendremos el mismo interés fundamental. Nuestros esfuerzos unidos nos permitirán investigar más profunda y cabalmente, que si tratásemos de hacerlo de otra manera. Buscaremos nuevas ideas y consideraciones. No vamos simplemente a repasar lo que ya sabemos, ni vamos a perdernos yendo en todas direcciones.

Todas nuestras lecciones contribuirán al mismo objeto general. Limitándose a ese objeto, cada lección comprenderá su particular propósito y materia. El objeto de esta lección es explicar el objeto general de todo el curso de estudio.

Maneras de emprender el estudio del Nuevo Testamento

Como se indicó en el Capítulo 1, se puede estudiar el Nuevo Testamento con bastante provecho, teniendo como fin uno de varios objetos. Mencionaremos algunos para definir más clara y precisamente qué vamos a hacer y qué no vamos a hacer este año.

Considerándolo meramente como libro.—Nuestro interés principal quizá se hallará en el libro mismo: el idioma, perspectiva, autor, texto, contenido y espíritu de cada uno de los libros del Nuevo Testamento. Esta clase de estudio sería interesante y benéfico, y es esencial al mejor entendimiento del libro. No vamos a estudiar el libro en esta manera por varias razones. Ya se ha hecho en otros estudios que se han preparado para las clases de la Escuela Dominical. Además, cada libro comprende muchos temas, pero no los desarrolla por completo. Por tanto, en el estudio del mensaje del Nuevo Testamento se desea la libertad de poder citar pasajes de cualquiera de los libros para mejor desarrollo de cada tema.

Considerándolo como literatura.—El Nuevo Testamento es uno de los libros clásicos de toda literatura, y podría ocupar toda nuestra atención si lo estudiásemos con ese objeto. Sin embargo, no estamos preparados para considerar el libro como literatura, y del momento nuestro interés mayor estriba en el estudio del evangelio, en la Escuela Dominical. De modo que no pasaremos completamente por alto la belleza literaria del Nuevo Testamento, este estudio será parte incidental de nuestro tema central. Lo mismo se podría decir de la historia, cultura, geografía o cualquier otro interés similar en el libro.

Considerándolo ética o moralmente.—Hay muchos que aceptan a Jesucristo no como el Hijo de Dios ni el hacedor y expositor de la voluntad de su Padre, sino como un gran maestro moral. También hallan en los escritos de sus discípulos muchas excelentes y verdaderas enseñanzas morales. Esta opinión es buena, pues Jesús fué un gran maestro y expositor de verdades morales: el mayor de todos los maestros que jamás han enseñado al hombre la manera de vivir. Sin embargo, Jesús fué más que un maestro moral o ético. Su moralidad estaba basada en la religión. Fué el producto y flor de su espiritualidad, como indicaremos en nuestra próxima lección. Es imposible separar las enseñanzas morales y las enseñanzas religiosas del Salvador. Los que han tratado de dividirlas han tenido que mencionar la religión, pues de lo contrario, su interpretación carecerá de mucha de la fuerza de la obra de Jesús.

En nuestro estudio de este año no intentaremos separar las enseñanzas morales de la religión, porque para nuestro Señor las dos eran una misma cosa. También deben serlo para nosotros cuando leamos sus enseñanzas e intentemos comprenderlas. Jesús fué el mayor de todos los maestros de enseñanzas morales porque conocía a su Padre íntimamente y declaró su voluntad a los hombres.

Considerándolo según el aspecto religioso.—El Nuevo Testamento es un libro religioso. Los hombres que lo escribieron no se esforzaron en alcanzar la perfección literaria o en pasar a la posteridad como grandes historiadores. No eran filósofos, sociólogos o ni siquiera antropólogos. No eran teólogos ni escrituristas en el sentido técnico de la palabra. Eran simplemente personas con una profunda convicción religiosa que sinceramente intentaron estimular a sus lectores para que creyeran en Jesús y vivieran tal como El enseñó que se debería vivir.

La base de toda religión es una buena teología: creencias correctas con respecto a Dios, la humanidad, las relaciones entre uno y otro, y, para los que poseemos la fe cristiana, un conocimiento perfecto de la misión de Jesucristo. El Nuevo Testamento nos enseña los principios fundamentales de la teología cristiana. En él aprendemos que Dios es nuestro Padre, un Ser personal que es justo, misericordioso, clemente, bueno y amante. Aprendemos también que el hombre es hijo de Dios, que es inmortal, y que es el hermano de sus semejantes; un ser libre y responsable ante su Creador. Nos enteramos asimismo que Jesús es nuestro Salvador, el Hijo de Dios, enviado a la tierra para redimirnos del pecado y de la muerte, y que la salvación nos viene de El y por mediación suya. Si una persona no posee un adecuado conocimiento de estas creencias fundamentales, corre el peligro de descarriarse en su vida religiosa. Con toda probabilidad se encontrará en la misma situación de alguien nadando en aguas poco profundas e incluso turbias.

La teología del Nuevo Testamento ha sido causa de interminable controversia entre las diversas sectas que profesan seguir las enseñanzas de Cristo. Tomando los puntos teológicos que el libro contiene, y separándolos de su contexto original, la mayoría han edificado sobre ellos toda clase de credos religiosos que guardan poca semejanza con el texto del Nuevo Testamento propiamente dicho.

El Nuevo Testamento no fué escrito para eruditos exclusivamente, sino para todo el mundo; sus autores nunca tuvieron el propósito de que fuera un libro de texto en teología. Sus enseñanzas teológicas no son del tipo abstracto, teórico y sistemático que constituyen la característica de la cristiandad contemporánea. El Nuevo Testamento fué escrito para gente sencilla, para los santos de Corinto y de Efeso, para un pastor de almas como Timoteo o Tito, o para judíos o gentiles en general, como el evangelio de Lucas o el libro de los Hechos de los Apóstoles.

La teología del Nuevo Testamento está expresada con sencillez y con términos usuales. En lugar de enunciados abstractos con respecto a Dios, que pocos pueden comprender, y que incluso a veces constituyen un misterio para los mismos que los inventaron, encontramos las palabras sencillas y consoladoras del Salvador. Es el lenguaje del corazón, que nos habla de fe, de confianza y de amor.

Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. (Mateo 6:9, 10)

. . . Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente. . . . (Lucas 10:27)

Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? (Mateo 6:30)

La fe es otro concepto que ilustra de manera correcta la índole de la religión novotestamentaria. Sólo una vez en todo el libro aparece una expresión que podríamos calificar de definición de lo que es fe:

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. (Hebreos 11:1)

Pero en cambio, hay, por así decirlo, centenares de ejemplos en los que se nos hace sentir lo que es la fe y que ésta nos aparezca más real. Vemos la fe que Jesús tenía en su Padre, en simples pescadores, en publicanos y pecadores. Se nos describe la fe de Pedro y de Juan, de como es preferible servir a Dios antes que a los hombres. Y también podemos leer el sorprendente y hermoso relato de la fe sencilla de aquél centurión que le pidió a Jesús que curara a su siervo enfermo de parálisis, junto con la interesante respuesta que Jesús le dió:

. . . Yo iré y le sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará. . . . Al oirlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. (Mateo 8:5-13)

El Nuevo Testamento asimismo nos habla mucho concerniente a la resurrección. En realidad constituye una parte principal de los temas que trata. No obstante, el libro no pone un énfasis especial en darnos la respuesta a cuestiones meramente discursivas como cuántos ángeles pueden sentarse sobre la punta de una aguja, o cómo va a tener lugar la resurrección, o quién va a resucitar en sexto o séptimo lugar, sino en la creencia gloriosa de que todos los hombres son immortales y resucitarán en Jesucristo; y, a causa de esta creencia, nos dice también cómo debemos vivir si tenemos fe en este principio. Un pasaje en el libro de los Hechos nos da una idea clara del fondo de las enseñanzas del Nuevo Testamento con respecto a la resurrección.

Después de las palabras de despedida de Cristo a sus apóstoles, durante una de sus apariciones como ser resucitado, podemos leer lo siguiente:

Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: *Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo?* Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo. (Hechos 1:10, 11)

Sentimos en estas palabras el llamamiento dirigido a los Doce de ponerse en camino, de llevar a cabo su misión, de hacer la obra de Cristo. Juan expresó esta misma idea de transformar la creencia teológica en vida religiosa cuando, después de haber dicho "cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es," añadió: "Y todo aquel que tiene esa esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro." (Juan 3:3)

De todas las Escrituras se desprende que la teología y la religión son inseparables. Las creencias teológicas están allá, sean enunciadas o sean implicadas, pero el énfasis lo encontramos siempre puesto en la manera de vivir estas ideas, la manera de sentirlas, la manera de ponerlas en práctica.

Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; Junto a aguas de reposo me pastoreará. (Salmo 23)

He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fuí yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová. *Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón,* y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado (Jeremías 31:31-34)

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. (Mateo 7:21)

Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. (Santiago 2:18, 19)

Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. (I Corintios 4:20)

La importancia del aspecto religioso del Nuevo Testamento para los Santos de los Últimos Días

Los Santos de los Ultimos Días tienen fama de ser gente práctica. La gente visita y alaba nuestros almacenes y fábricas del plan de bienestar, nuestras escuelas y nuestro programa de actividades para la juventud. Infinidad de personas aprecian la importancia que damos a la Palabra de Sabiduría, a la castidad y a la vida de familia. En Sión nuestros locales de reunión y nuestros centros recreativos alegran el horizonte con sus torres puntiagudas tan a menudo como los grupos escolares. Muchos se quedan maravillados ante el carácter práctico y las obras tangibles de los Santos de los Ultimos Días.

Somos un pueblo práctico incluso en un sentido más profundo que el que aparece al exterior con los edificios que hacemos construir y con nuestras realizaciones sociales. El evangelio restaurado de Jesucristo pone la religión en el corazón, la mente y la vida misma del hombre. Nuestra fe en Dios no es imaginaria, sino real, algo con lo que debemos formar nuestras vidas, por lo que debemos trabajar. Nuestra fe en la humanidad no es académica, porque se nos enseña a vivir como hombres libres y a llevar nuestras responsabilidades morales, y a cooperar con nuestros semejantes. Una de las mayores virtudes de la religión de los Santos de los Ultimos Días es esta creencia traducida en acción, en modo de ser.

Incluso las ordenanzas de nuestra religión están íntimamente ligadas con los sentimientos religiosos y las aspiraciones morales. En los términos usados por Alma, nuestro bautismo significa que estamos "dispuestos a ser testigos de Dios a todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar." (Mosíah 18:9) En las palabras del libro de Moroni, que oímos cada domingo cuando los santos se disponen a tomar la santa cena en recuerdo del Salvador, éstos dan testimonio que "desean tomar sobre sí el nombre de tu Hijo, y recordarle siempre, y guardar sus mandamientos que él les ha dado, para que siempre tengan su Espíritu consigo." (Moroni 4:3)

A veces, en nuestras clases de la Escuela Dominical y en nuestras reuniones del sacerdocio, nos desorientamos discutiendo ideas que no contribuyen a nuestra edificación y que pueden incluso engendrar un pernicioso espíritu de controversia y de debate. A veces hablamos acerca de nuestra religión como si no fuese

otra cosa que simples ideas o creencias. Tenemos gran necesidad, en nuestras clases, de ser constructivos, de estudiar los grandes principios fundamentales de nuestra fe, de escudriñar más profundamente las cosas más sencillas de nuestra fe. Tenemos necesidad de sentir más la presencia de nuestra fe y de acrecentar nuestro deseo de vivirla. Un amigo nuestro trabajó con ahinco durante todo un invierno enseñando una clase sobre las pruebas arqueológicas a favor del Libro de Mormón. Pero como que era abogado y no arqueólogo, cuanto más estudiaba el asunto, más se adentraba en la confusión, intentando comprender este tema tan intrincado que no formaba parte de su educación universitaria. Sin embargo, en el transcurso del invierno, leyó el Libro de Mormón y la religión que contenía este libro lo llenó de admiración y entusiasmo. Dijo luego a un grupo de amigos: "Saben ustedes, este invierno he llegado a apreciar como nunca antes la sencillez del evangelio. Pero sí la oración es más importante para mí ahora que todos los libros escritos acerca del Libro de Mormón.

Al escribir estas lecciones sobre el Nuevo Testamento este año nuestro único interés ha sido enfocado sobre sus enseñanzas religiosas, simples y fundamentales, y la manera en que estas enseñanzas pueden tener un papel importante en nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, y nuestras acciones cada día. Esperamos que tanto los maestros como los estudiantes encontrarán que este estudio puede suscitar su interés también, y que lo conservarán hasta el fin del curso. La naturaleza misma del libro debe estimular tal estudio.

Capítulo 3

EL CORAZON DE LA RELIGION
(Como Jesús la vivió y enseñó)

. . . Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. (Lucas 10:27)

¿Qué es religión?

Es difícil definir lo que es la religión. Para muchos es algo vago, indeterminado, y con muy variadas significaciones, al punto mismo de perder todo significado específico. Frecuentemente se dice que es "una manera de vivir." Pero no toda manera de vivir puede ser religión. Las borracheras, el comer glotonamente, ir en busca del placer, procurarse el lucro, o creer en el comunismo, son maneras de vivir, pero no siempre son religión. Si la religión es una manera de vivir, digamos pues que es una manera especial de vivir. Consideremos la vida de Cristo para ver cómo vivió él su religión.

"La manera de vivir" de Cristo

Poca cosa sabemos de la infancia del Salvador. Lucas la resume en este hermoso versículo:

Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él. (Lucas 2:40)

Lo cierto es que, a una edad muy tierna, se dió cuenta de quién era su Padre Celestial. Se acordarán ustedes que a la edad de doce años, se quedó en Jerusalén discutiendo con los doctores. María y José le buscaron ansiosamente,

Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? *¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?* (Lucas 2:48, 49)

Antes de empezar su ministerio, Jesús "fué llevado por el Espíritu al desierto." Allí ayunó cuarenta días. Sin duda también oró y se comunicó con su Padre Celestial. El único detalle que se nos da en los evangelios acerca de este período de cuarenta días hace relación a las tentaciones que le hizo sufrir el diablo. Es interesante notar que el Salvador hizo frente a cada tentación (la de los alimentos, la del poder y la de la gloria de este mundo) con su lealtad profunda e inquebrantable hacia Dios. Véanse las respuestas:

. . . Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios. . . . Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. . . . No tentarás al Señor tu Dios. (Léase Lucas 4:1-13)

Durante todo su ministerio, el Señor siempre guardó conciencia de su Padre Celestial en su propia manera de vivir. Cuando los discípulos se preguntaron el uno al otro: "Si ¿le habrá traído alguien de comer?" Jesús les dijo: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra." (Juan 4:34) Y más tarde dijo también:

> No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envío, la del Padre. (Juan 5:30)

Cansado de su labor del día, y de la multitud que se apelotonaba alrededor suyo, se separó de ellos y de sus discípulos para ir a orar. La expresión "se fué a la montaña para orar" aparece varias veces en las narraciones evangélicas. Sentía constantemente la necesidad de volver a la fuente de su vida espiritual para renovarse, prepararse para la obra y las pruebas que le esperaban. Entre las últimas palabras que pronunció, hallamos las siguientes: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya." (Lucas 22:42) "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." (Lucas 23:46)

Espiritualidad

Estos incidentes de la vida de Cristo nos hacen penetrar en el corazón de la religión. Es una manera de vivir que nos pone en contacto con Dios. La religión significa tener fe en Dios, amar a Dios, servir a Dios. Es una vida de oración, devoción, amor, adoración, y lealtad hacia nuestro Padre Celestial y su voluntad. Esta es la única manera de vivir que llamamos religión. Esta parte de la vida religiosa la podríamos denominar espiritualidad.

Una persona demuestra que tiene espiritualidad cuando tiene fe en la existencia de Dios y en el hecho de que ayuda al hombre en todo lo que hace en justicia y en verdad. Una persona tiene espiritualidad cuando posee el sentimiento que la "tierra es del Señor, y todo lo que ésta contiene," y pasa por esta vida lleno de admiración y respeto para el Creador y la obra de sus manos. Una persona posee la espiritualidad cuando su corazón está lleno de gratitud hacia el Señor, y expresa su veneración por medio de sus oraciones, su meditación o sus cantos espirituales.

Moralidad

Examinemos otra vez la vida de Cristo en busca de otro significado de la religión. Hemos visto que su lealtad iba principal y constantemente dirigida hacia su Padre Celestial. En segundo lugar su lealtad iba dirigida hacia sus semejantes, y en ella era tan constante como en la primera, sin que de ningún modo las dos se estorbaran entre sí. Después de su bautismo y de sus tentaciones en el desierto, empezó su ministerio abriendo el libro de Isaías y leyendo uno de sus pasajes en la sinagoga de Nazaret:

El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. . . . Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros. (Léase Lucas 4:18-21)

Fiel al propósito de su vida que había resumido él en estos términos, la pasó entre los hombres, dando vista a los ciegos, haciendo andar a los cojos, dando consuelo a los pobres, esperanza al pecador, bendiciones a los niños, ánimo e instrucciones a sus discípulos; y a todos aquellos que le escuchaban lecciones en sinceridad, humildad y ayuda al prójimo. Incluso a los fariseos, tan pagados de sí mismos, a los que llamaba "hipócritas" y a los que comparó una vez con "sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia". (Mateo 23:27) dijo una vez:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! (Mateo 23:37)

En la cruz, Jesús dijo de los que iban a matarle: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." (Lucas 23:34)

Y así en la vida del Maestro, encontramos esta segunda gran expresión de la religión: el amor, la misericordia, y el respeto por la humanidad. Como hemos ya observado, la espiritualidad, esta relación entre hombre y Dios, es única en la religión, pero no es bastante. Una religión verdadera debe incluir también la moralidad. Esto significa, en otros términos, que debemos comportarnos con justicia y generosidad para con nuestros semejantes.

El gran amor y la devoción que Cristo sentía hacia su Padre no bastaban para satisfacer su alma. Iba en busca de su Padre para obtener la fuerza que necesitaba para hacer bien y llegar a obtener la salvación de los hombres. Observamos en su vida esta maravillosa unión de la espiritualidad y la moralidad, el amor de Dios y el amor de la humanidad.

Jesús no fué el primero en comprender esta relación íntima entre la espiritualidad y la moralidad. Los profetas hebreos antes que él, inspirados por Jehová, habían también establecido el contacto entre el culto de Dios y una moralidad social elevada. Moisés subió sobre la montaña para comunicarse con el Señor, y al bajar se puso al frente de su pueblo para conducirlos a la tierra prometida. Fué el abogado de su pueblo ante el Señor, al mismo tiempo que fué el portavoz del Señor para con su pueblo. Su fidelidad tanto iba dedicada a Dios como a los hombres. (Véase Exodo, cáp. 32)

El resumen de la religión que hizo Miqueas concuerda con el del Salvador, e ilustra el maravilloso equilibrio que existe entre la espiritualidad y la moralidad.

¿Con qué me presentaré ante Jehová y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de *ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.* (Miqueas 6:6-8)

La religión que Jesús enseñó

No sólo fué Jesús el ejemplo viviente de la espiritualidad y la moralidad de la más alta calidad, sino que también nos enseñó cómo estas cosas constituían los cimientos de la vida religiosa. Cuando un cierto doctor de la ley, queriendo tentarle, le preguntó cuál era el mayor mandamiento de la ley mosaica, Jesús replicó:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. *Y el segundo es semejante:* Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Mateo 22:37-40)

Podríamos citar muchos más pasajes de las Escrituras para dar un ejemplo de lo que es religión, usando las propias palabras y hechos de Cristo. Cada domingo trataremos de estudiar una enseñanza del Salvador y demostrar cómo (1) vivió de acuerdo con este principio, (2) lo enseñó, (3) impregnó sus discípulos con él, (4) cómo puede aún inspirarnos a nosotros para que vivamos de acuerdo con sus enseñanzas.

Modo de aplicar estas enseñanzas

¿Qué clase de religión es la que existe hoy en la vida de los Santos de los Ultimos Días, en la vuestra y la mía? ¿Tenemos presente nuestra religion, y la aplicamos en nuestra vida sobre todo en términos de espiritualidad y de moralidad? ¿Constituyen el corazón de nuestra religión el amor y el respeto del Padre, la justicia y la misericordia tanto en el hogar como en todas partes entre todos los hombres?

Para muchos de nosotros la vida moderna está llena de ocupaciones, vamos siempre de prisa, con mil ruidos que nos molestan, rodeados por máquinas creadas por el hombre que se paran en medio del camino entre nosotros y el mundo de la naturaleza y de Dios. Interrumpido constantemente como estamos por el teléfono, la radio, la televisión y las citas con otras personas, es difícil en la actualidad poder encontrar tiempo para meditar, leer la palabra de Dios, o bien orar.

Nuestros corazones están tan "llenos de las cosas de este mundo" que tenemos muy poco sitio en ellos para nuestro Creador, para su voluntad, para su Espíritu. Si no vamos al tanto, nuestra relación con él no será profundamente religiosa; será sencillamente una idea, nada más que una creencia, una doctrina y no un compañero, una fuerza espiritual, un consuelo, un solaz para nosotros.

¡Cómo necesitamos salir un poco de la multitud y volver a nuestro Dios! ¡Cuánta necesidad tenemos en nuestra época de renovar nuestra fe y nuestras aspiraciones en la fuente de nuestra vida! ¡Cómo necesitamos adorarle, y acordarnos de él, no tan sólo a la hora de los peligros y los sufrimientos, sino también en la rutina y el trabajo acelerado de la vida cotidiana! Necesitamos espiritualidad.

También podemos preguntarnos hasta qué punto somos morales en nuestras relaciones con los demás. ¿Limitamos nuestra justicia y nuestra misericordia simplemente a nuestras palabras y a nuestras creencias, o bien honramos a Dios obrando honesta y justamente en nuestros negocios y generosamente en nuestras relaciones personales con nuestros prójimos? La manera más fácil que podemos tener para justipreciar la calidad de la vida religiosa de una persona es considerando la actitud de esta persona y sus acciones con respecto a sus semejantes.

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. (I Corintios 13:1, 2)

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.* (Juan 13:34, 35)

Podemos evaluar la riqueza de la vida religiosa de una persona por la relación que ésta tiene con Dios (espiritualidad) y sus relaciones con los demás seres humanos (moralidad). Estas dos cualidades las podemos encontrar en perfecta armonía en la vida del Maestro. No intentemos avalorar la vida religiosa en ningún otro término. Todas nuestras enseñanzas, nuestro proselitismo, nuestra actividad en la Iglesia, y todo lo que hacemos en nuestra vida de familia, en los negocios y en las actividades educativas, en la sociedad en que vivimos, en nuestro país, en el mundo deben—de una manera u otra, directa o indirectamente—desarrollar relaciones más estrechas con Dios y relaciones morales más elevadas con los demás hombres, no sólo en nosotros, sino en aquellos sobre los cuales ejercemos alguna influencia.

Nuestro propósito, en las lecciones que seguirán, será el de sugerir cómo podemos llegar a realizar esto, y nuestros guías serán Jesucristo y las enseñanzas del Nuevo Testamento.

Capítulo 4

LA CONFIANZA EN DIOS

Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? (Mateo 6:30)

Cristo tenía confianza en su Padre

Desde el día en que, cuando era niño entró en el templo para discutir con los doctores, hasta el momento de su muerte como Redentor en la cruz, la vida del Salvador es una historia de inquebrantable fe en su Padre Celestial. Su vida no fué fácil, recreada o cómoda. Fué a la vez amado y odiado, estuvo rodeado de seguidores o bien abandonado totalmente, y muchos le comprendieron y muchos otros no, incluso los suyos. Su camino le llevó de las apacibles colinas de Galilea al Calvario en tres escasos años. Durante toda su vida pasó a través de sus tristezas y sus alegrías con una confianza plena y amorosa en su Padre. Sentía que Dios estaba con él, y que él estaba con Dios.

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Entonces los fariseos le dijeron: Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mi. (Juan 8:12-18)

La historia de la traición de Cristo por Judas, su arresto y su juicio ante el consejo de sumos sacerdotes y Pilato, revelan su calma y su sangre fría admirables. Incluso a la hora de su derrota y su fracaso aparentes, cumplió la voluntad de su Padre; no se preocupó por su propia seguridad ni se asustó a causa de ella. A Pedro, que cortó la oreja de un siervo del sumo sacerdote, Jesús le dijo:

Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. (Mateo 26:52. Véase también Juan 18:10)

Murió en medio de grandes sufrimientos, pero en la confianza plena de que había hecho la voluntad de su Padre.

Cristo nos enseñó a tener confianza en el Padre

Si juzgamos por los evangelios, los contemporáneos de Jesucristo, incluyendo sus discípulos, no tenían una perfecta confianza en Dios, como ocurre con los hombres de nuestra época. Una y otra vez, intentó tranquilizarlos, hacerles saber que eran hijos de Dios y que ésta les prodigaba sus tiernos cuidados y se interesaba por ellos. Notemos ciertas de sus tranquilizadoras palabras a este respecto:

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ... Y por el vestido, ¿ por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. (Léase Mateo 6:26-29)

Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos. (Mateo 10:28-31) . . . Toda planta que no plantó mi Padre Celestial, será desarraigada. (Mateo 15:13)

... Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible. (Mateo 19:26)

Respondiendo Jesús les dijo: *Tened fe en Dios.* (Marcos 11:22)

Pablo tenía confianza en Dios mediante Jesucristo

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien. (Romanos 8:28)

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 8:35-39)

Nuestra confianza en Dios

¿Sentimos también, hasta cierto punto, la misma confianza en nuestro Padre Celestial que sentía Jesús? ¿Creemos que Dios se preocupa más de nosotros que de los lirios del campo, de los pájaros o de la hierba que hoy es y mañana es echada en el fuego? ¿Podemos decir, junto con Pablo, sinceramente y de todo corazón: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo?" ¿O bien, en lugar de ello, nuestra vida está llena de ansiedad y obscurecida por el temor del mañana?

Empezamos nuestra vida, especialmente si hemos nacido en un hogar cristiano rodeados de padres que nos aman, con la fe y el optimismo de un niño. A veces las duras realidades de la vida nos desilusionan en nuestra fe y en nuestra confianza. Y empezamos a tener miedo, o por lo menos a sentirnos tristes, a medida que nos vamos dando cuenta del drama de la familia humana. Con el autor do Job, podemos decir:

El hombre nacido de mujer, corto de días y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece. (Job 14:1, 2)

Una mujer admirable, amiga mía, creció con una fe implícita en su Padre Celestial. Creía que si vivía como es debido y oraba con fe, ningún mal podía acontecerle. Todo fué bien para ella y para su fe hasta el momento en que su primer hijo cayó gravemente

enfermo. Con gran confianza oró al Señor, pero el niño murió. Desde entonces, esta mujer ha hecho varias veces la observación de que nunca jamás ha podido orar con la fe sencilla de un niño que antes poseyera. Su fe es todavía fuerte, y su vida también es como debiera ser, pero su fe en Dios ha cambiado de naturaleza.

A medida que maduramos con los años y la experiencia, es inevitable que nuestra fe cambie. La fe de un niño es hermosa, pero al mismo tiempo tan delicada como una flor y se la hiere o destruye con la misma facilidad. La fe de un adulto, madurada por los años, puede ser tan robusta como un roble, y tan sólida como una roca. Consideremos las maneras en que podemos tener confianza en Dios, y como esta confianza puede desarrollarse y no disminuir.

¿En qué maneras podemos tener confianza en Dios?

1. Nuestra confianza debe estar dirigida hacia Dios.—Si concentramos nuestra vida religiosa en nosotros mismos, en nuestra propia seguridad, nuestro confort, nuestro éxito, o la realización de nuestras esperanzas, entonces es realmente difícil el conservar una fe inquebrantable en nuestro Padre Celestial. El mundo no fué creado para satisfacer todos los deseos, todos los caprichos de cada individuo. Es preciso también tener en consideración el bienestar general de todos los hombres. Los propósitos universales del Creador deben realizarse, y los deseos de un solo individuo no coinciden siempre con estos propósitos. La verdadera religión no es el egocentrismo, sino la religión, que se concentra en torno a Dios. Es la devoción a la voluntad de Dios; es el amor que se tiene por él y su justicia, y por sus hijos; es adorarle y servir a nuestros semejantes.

La confianza del Salvador provenía de una vida religiosa enteramente consagrada al cumplimiento de la voluntad de Dios. Ni siquiera tenía un lugar en el que pudiera descansar su cabeza, pero sabía en quien había depositado su confianza." (el Padre) . . . no me ha dejado solo; porque yo, lo que a él agrada, hago siempre . . ." (Juan 8:29) Los hombres y las naciones pueden pasar, pero la palabra y la voluntad del Padre permanecen para siempre. Tal es el sentimiento que tenemos cuando meditamos la vida de Jesús de Nazaret.

Hay una historia, en el Libro de Mormón, que ilustra la confianza y el poder que recibe una persona que hace suya la voluntad de Dios. Un cierto Nefi, que había obedecido la voluntad del Padre con ardor y diligencia fué hecho poderoso "en palabras y hechos, en fe y obras; sí, hasta cumplirse en él *todas las cosas según su palabra.*" ¡Imagínense, el Señor dando este poder a un ser mortal! Pero no tenemos que ir muy lejos para encontrar el porqué, ya que leemos en el mismo versículo: "Porque no me pedirás lo que fuere contrario a mi voluntad." (Léase Helamán 10:4, 5) Nefi recibió poder divino porque hizo la voluntad del Padre. Nuestra confianza

en nuestro Padre crecería también si nuestra vida religiosa se concentrara menos alrededor de nuestra propia comodidad y más en su palabra y en su voluntad.

2. Porque Dios vive, podemos depositar nuestra confianza en los principios que él nos ha dado a través de su Hijo y de los profetas.—La humildad, la sinceridad, la justicia, la libertad, el perdón, la misericordia y el amor son muchos más que simples ideales humanos. Son principios eternos y universales que engendran el desarrollo espiritual y la paz entre los hombres. La vida es buena si aprendemos a vivir en armonía con estos principios. Ningún esfuerzo hecho en este sentido es en vano. El menor acto de rectitud contribuye al propósito de Dios. Incluso si tenemos decepciones, si fracasamos en nuestros planes personales, o si perdemos a nuestros seres queridos, siempre conservamos ideales a los que queremos conformar nuestra vida y que la forma de vida que nos ha enseñado Jesús es la mejor a la que es posible aspirar, porque en ella hay verdad y hay gozo. Si vamos en busca de esta vida nuestra existencia no habra sido en vano; no será vacía y nula, sino que cada día de nuestra existencia será llena de satisfacción y de significado.

El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir: yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. (Juan 10:10)

Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. (Juan 15:10, 11)

Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad. (Juan 17:17)

Un hijo pródigo moderno se marchó de su hogar apacible situado en los valles de Sión, y se fué en busca de aventura, diversión y felicidad. En el curso de unos cuantos años pronto hubo pocos deseos y apetitos que no hubiera mirado de satisfacer. Pero le dejaron como "un gusto de ceniza en la boca." Volvió a los valles en los que había nacido, al lado de su familia, a la vida sencilla de la gente honrada y generosa, y nos dijo: "He vuelto a casa para hallar por fin lo que me fuí a buscar en otros sitios: la bondad, la fuerza, la libertad y la paz."

La felicidad es la recompensa que tenemos cuando vivimos con nuestros pasos encaminados hacia un buen propósito. Nuestra confianza en Dios significa la confianza en aquellas cosas que hacen que la vida sea digna de ser vivida: trabajar honradamente, criar una familia, ayudar al prójimo, ir en busca de la verdad, defender las causas justas, cooperar con todos los hombres de buena voluntad. Tener confianza en Dios significa tener confianza en todas las cosas que El representa, en todos los atributos de su carácter, en la vida y las enseñanzas de su Hijo.

Necesitamos la de los profetas y del salmista:

Por tanto, hermanos, no queráis aconsejar al Señor, antes aceptad el consejo que viene de su mano. Porque he aquí, vosotros mismos sabéis que El amonesta con sabiduría, y justicia, y gran clemencia en todas sus obras. (Jacob 4:10)

Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar. (Habacuc 3:17-19)

Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a tí? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre. Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta. Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras. (Salmos 73:23-28)

Capítulo 5

DIOS COMO NUESTRO PADRE

"... Padre nuestro que estás en los cielos ..."

En la vida de Cristo

La palabra "Padre" con una "P" mayúscula se encuentra en los evangelios y en el tercer libro de Nefi, en donde el Salvador habla, más que en cualquier otro libro de la Escritura. El Salvador habla de "mi Padre, vuestro Padre, tu Padre, nuestro Padre, el Padre," y en la oración simplemente: Padre. En una ocasión amonestando a sus discípulos contra el deseo de los honores de este mundo, reservó el nombre de "Padre" para Dios únicamente. (Véase Mateo 23:1-11)

"De la abundancia del corazón habla la boca." El Salvador empleó el nombre de "Padre" no sólo por respeto por los otros títulos que posee la Divinidad, sino también porque sabía que su Creador era su Padre y el Padre de todos los hombres.

Aun más interesante que el empleo del nombre es la manera en que la idea de la paternidad de Dios se refleja en las relaciones del Salvador con los hijos de los hombres. Realmente trató a los hombres como a hijos de un mismo Padre Celestial. Su ojo penetraba a través de todas las distinciones y clasificaciones comunes entre los hombres. Judíos y gentiles, ricos y pobres, pecadores y publicanos, hombres y mujeres, hermanos y hermanas, para él pertenecían a una misma familia: la casa de su Padre. La prueba de ello la encontramos en la imparcialidad, el respeto y el amor con que trató a personas de todas las posiciones y condiciones sociales.

Si Dios es nuestro Padre, entonces todos los hombres somos sus hijos. Todos tienen derecho a la justicia y la misericordia del Padre. Jesús lo sabía bien y nos reveló en su propia vida todos estos atributos divinos en sus relaciones con los hijos de los hombres. Consideremoslos:

Jesús era imparcial. Cuando el centurión le pidió que curara a su servidor con sólo decir una palabra, Jesús exclamó: Ni aun en Israel he hallado tanta fe." Luego añadió que muchos vendrían "del oriente y del occidente" y se sentarían en el reino de los cielos, mientras que "los hijos del reino serían echados a las tinieblas de afuera." (Mateo 8:5-13) Este incidente ilustra la fe de Cristo en la operación imparcial de las leyes divinas. Por la fe, el centurión, un gentil, participó, en los beneficios del poder de Cristo. Los israelitas incrédulos de Capernaum, su propio pueblo, iban a ser echados fuera del reino a causa de su poca fe.

Parece ser que los israelitas tenían gran dificultad en comprender la imparcialidad del Padre. Lo mismo que Jonás y la gente de su

época no comprendieron que el arrepentimiento y el perdón causaban los mismos efectos con los habitantes de Nínive que con el pueblo de Israel, así también los contemporáneos de Jesús pensaban que su posición era más favorable ante el Señor que la de los gentiles. Por eso le dijeron a Jesús: "Abrahán es nuestro padre." Y como a Jesús no le gustara el favoritismo que estas palabras implicaban, les respondió: "Si fuérais hijos de Abrahán, las obras de Abrahán haríais." (Juan 8:38, 39)

Es curioso observar el gran interés y el respeto que Cristo sentía por los seres humanos de toda clase, especialmente por aquellos que todos los demás despreciaban. Los niños de tierna edad recibían sus bendiciones y les presentó como modelos de ciertas virtudes; los pecadores y los publicanos "se acercaban . . . para escucharle." A un publicano llamado Mateo, le dijo: "Sígueme." (Mateo 9:9) Para dar respuesta a la pregunta, "¿Quién es mi prójimo?" deliberadamente tomó como ejemplo al despreciado samaritano. Dió de comer a la muchedumbre y se compadeció de los cojos, de los paralíticos, de los ciegos y de los leprosos. Reconfortó a los pobres.

Tan sólo los hipócritas, los falsos devotos, y los agentes de cambio recibieron el castigo de su lengua y los azotes de su látigo. E incluso a estos mismos, que comparó a "sepulcros blanqueados llenos de huesos de muertos y de toda suciedad," gustosamente los hubiese juntado a su alrededor "como la gallina junta sus pollos debajo de las alas . . ." (Mateo 23:37)

La imparcialidad y la amistad que el Salvador tenía para con todos los hombres quedan mejor ejemplificadas en un incidente poco común:

> Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar. Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar. Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quienes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre. (Mateo 12:46-50)

Ciertamente el Salvador sentía un gran amor por su madre. El día de la crucifixión no la olvidó, cuando volviéndose de cara al discípulo que amaba, le dijo: "He aquí a tu madre." (Léase Juan 19:26, 27) Pero el parentezco que nos une con nuestro Padre Celestial y nuestra obediencia a su voluntad nos hacen hermanos de una manera tan real como si fuésemos hermanos carnales.

Además, Cristo reveló la paternidad de Dios, su justicia y su misericordia para todos los hombres, en pasajes tales como éstos:

> Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. (Lucas 6:36)

> Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que

hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. (Mateo 5:44-45)

Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a *toda* criatura. (Marcos 16:15)

En la vida de Pedro

En los primeros capítulos del libro de los Hechos, hallamos la historia de la expansión de la Iglesia en Palestina bajo la dirección de Pedro. El capítulo 10 nos cuenta, de manera dramática e interesante, como Pedro llegó a darse cuenta de que el evangelio era también para los gentiles al igual que para los judíos. En una visión le ordenaron que "a ningún hombre llame común o inmundo" (versículo 28) Y proclamó esta gran verdad:

En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia. (versículos 34, 35)

En la controversia que luego tuvo lugar sobre si se aceptaría a los gentiles en la Iglesia, Pedro reiteró su posición de que los gentiles debían recibir la palabra de Dios y creer en ella, y de que el Padre "ninguna diferencia hizo entre ellos y nosotros, purificando con la fe sus corazones." (Véase Hechos 15:9)

En la vida de Pablo

Fué el apóstol Pablo el que predicó con gran fortaleza y apasionamiento las enseñanzas de Cristo con respecto a la paternidad de Dios y su corolario evidente, la fraternidad de los hombres.

Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos y en todos. (Efesios 4:6)

Una y otra vez, en sus escritos, comprende a judíos y a gentiles en una sola clase de gente, iguales y aceptables ante el Padre por medio de la fe en Cristo. Su discurso en el Areópago de Atenas es de una gran belleza y está lleno de significado:

Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. *Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra;* y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. *Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos;* como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: *Porque linaje suyo somos.* Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. (Hechos 17:22-29)

En el capítulo 2 de la Epístola a los Romanos podemos ver cuán vigorosamente proclamaba la justicia y la imparcialidad del Padre. Bastará con citar unos cuantos versículos:

Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. Tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también al griego; *porque no hay acepción de personas* para con Dios. (versículos 2, 9, 11)

Y de nuevo, en la misma epístola a los Romanos, en el capítulo 10, Pablo proclama la igualdad de los hombres ante el Señor:

Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. (versículos 12, 13)

Para Pablo la fraternidad de los hombres encontró más completa realización en la persona de Jesucristo. Entre aquellos que tienen la verdadera fe y que están unidos en El, ya no existen las clasificaciones, y todos están revestidos del "hombre nuevo".,

Y revestido de nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. (Colosenses 3:10, 11)

Lo que significa la paternidad de Dios para nosotros en esta época

¿Qué es lo que esto implica para nosotros, en los tiempos actuales? ¿Cómo puede afectar esta doctrina nuestras actitudes y nuestra vida cotidiana? Permítasenos hacer unas pocas sugestiones referentes a estas preguntas.

1. Como que Dios es justo e imparcial, no deberíamos pedirle favores especiales para nosotros mismos.

Dios nos ama porque somos hijos suyos, pero no nos ama más que a los judíos y a los gentiles (católicos, presbiterianos, metodistas, budistas) Estos también son hijos suyos, los objetos de su gran amor. También ellos viven sometidos a las mismas fuerzas de la naturaleza y a las mismas leyes morales.

Vivimos en un mundo dirigido por leyes y en el que el orden de la naturaleza predomina.

Hay una ley, irrevocablemente decretada en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre la cual todas las bendiciones se basan; y cuando recibimos una bendición de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa. (Doctrinas y Convenios 130:20, 21)

No tenemos derecho de esperar favores especiales del Señor por el mero hecho de que creamos en su nombre, o bien porque seamos miembros de su Iglesia. Si deseamos gozar de una buena salud, debemos aprender y obedecer las leyes sobre las cuales se basa el disfrute de una buena salud. Si deseamos tener felicidad en la familia, debemos cultivar la fe, el amor, la justicia, la misericordia y la bondad en nuestro hogar. Si queremos que nuestro país disfrute de libertad, debemos aprender y aplicar los principios de la democracia. Si queremos que la paz reine en la tierra, debemos aprender a desarrollar el amor y la buena voluntad en las relaciones humanas y también entre las naciones. Si anhelamos poseer la salvación en

el reino de los cielos, debemos aprender a vivir según las leyes de este reino.

2. Como que todos los hombres son hijos del mismo Padre, debemos fomentar la igualdad entre ellos.

Con ello no queremos decir que los hombres son iguales en inteligencia, o que las riquezas de este mundo deben ir repartidas equitativamente entre todos los hombres, o que debemos vivir en una sociedad organizada según los cánones comunistas o socialistas. Lo que queremos decir es que, siendo como somos los hijos de un mismo Padre Eterno, debemos considerar a cada hombre sobre la tierra como a un hijo de Dios, dotado, como nosotros, de libre albedrío, con la misma necesidad de desarrollarse en su vida moral y espiritual.

A pesar de las diferencias de razas, de lenguas, de color, de capacidad intelectual, de cultura y de educación, todos los hombres son hijos de la misma tierra y del mismo Dios.

Cada uno de nosotros es de igual valor ante sus propios ojos y ante los ojos de su Padre Celestial. Cada uno de nosotros siente iguales necesidades elementales de alimentos, de bebida, de vestidos, de amor, de respeto, de libertad, de vida social, de una buena vida moral y del evangelio de Jesucristo.

Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no haceis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos, amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fué invocado sobre vosotros? Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu projimo como a ti mismo, bien hacéis; *pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado,* y quedáis convictos por la ley como transgresores. (Santiago 2:1-9)

3. Tenemos necesidad de aprender a tratar a la gente, no como funciones, como medios con los que satisfacer nuestros propios fines, sino como seres humanos.

Jesús afirmó esto cuando dijo: "Así que, todas las cosas que quisiérais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos." ¿En qué forma afecta a otros nuestra conducta? El carnicero no sólo me vende carne, sino, igual que yo, es también esposo y padre, debe cuentas, tiene temores, esperanzas y aspiraciones. Necesita la misma clase de amistad, encomio, respeto y confianza que yo necesito. ¿Lo trato como a quien me vende carne o como a persona igual que yo? Jesús nos recomienda que tratemos a otros como personas, que velemos sus intereses, al obrar, como velamos por los nuestros.

4. Con el concepto que tenemos de la paternidad de Dios, es menester que aumente nuestro interés en las relaciones humanas.

La religión personal—la oración en privado, el estudio, la pureza de pensamiento y de lenguaje, la caridad privada, la amabilidad para los que nos rodean, la templanza—todo esto está muy bien, pero no es bastante si uno desea ser un discípulo de Cristo. Es preciso también estar directa y activamente interesado en relaciones humanas de mayor envergadura.

Tenemos vecinos. Hay casos de urgencia que reclaman nuestra ayuda. Se les puede dar comida, un poco de ayuda en el trabajo, unas palabras de ánimo o de amistad. Los vecinos a veces tienen niños. A veces estos niños desean hacerse independientes de sus propias familias, lo que en ciertas circunstancias es un deseo normal de la juventud. A menudo un amigo o un vecino, alguien de fuera de la familia, puede ofrecer a estos niños la amistad y los consejos que los padres no pueden dar ellos mismos. Los vecinos deben considerarse unos a otros como seres humanos, pensar en sus necesidades respectivas y a los medios de ayudarles en satisfacerlas.

Vivimos en una comunidad. Un gran número de problemas personales y familiares pueden resolverse mediante el esfuerzo común de los miembros de una comunidad. En un pueblo de Utah, en el que la mayor parte de la población era mormona, había bailes públicos que tenían lugar regularmente bajo una atmósfera de considerable alboroto y borracheras. La orquesta era buena y los jóvenes de la comunidad tenían por costumbre asistir a estos bailes. El padre que deseaba apartar a su hijo o a su hija de tamaña influencia, se encontraba en una situación difícil, ya que tenía que interponer su autoridad contra la necesidad y el deseo de su hijo de hacer vida social, aparentemente necesaria en su comunidad. Además era manifiestamente imposible que el padre pudiera organizar un baile para su hijo únicamente.

Hubo un grupo de ciudadanos de este pueblo que, dándose cuenta de la gravedad del problema, se reunieron e hicieron planes. No tardaron mucho en organizar bailes respetables, con un conjunto de músicos excelentes, y sin venta de bebidas alcohólicas. Su influencia llegó incluso a ejercerse sobre el cine local, y pronto cesó de haber sesiones cinematográficas en domingo.

Prácticamente, todos los problemas de este género que, como individuos, tenemos que afrontar, y más especialmente los padres, tienen que ser resueltos en una escala mucho más vasta que la de los esfuerzos personales únicamente. La educación, la diversión, la salud, la salubridad, el arte, el culto de Dios y la cultura reclaman nuestro esfuerzo común. Cuando cooperamos de esta manera, teniendo siempre presentes la personalidad, el bienestar y el desarrollo de cada individuo, expresamos nuestra fe en la paternidad de Dios en el nivel social.

Aquellos que afirman que pueden vivir su religión privadamente tan bien como si tomaran parte en las actividades de la Iglesia, no

se han dado cuenta de lo que acabamos de demostrar. Se precisan los esfuerzos de un grupo, en este caso la Iglesia, para proporcionar enseñanza, recreo, plan de bienestar, culto y desarrollo de talentos personales a cada uno de los miembros. El esfuerzo individual puede ayudar pero solo es esporádico únicamente. La acción en grupo es más vasta tiene más envergadura y está llena de la prudencia que caracteriza a las deliberaciones hechas en común.

La vida económica es también una esfera de acción en la que también podemos pensar en la paternidad de Dios al mismo tiempo que en nuestras ganancias personales. Esta concepción favoriza el establecimiento de negocios provechosos tanto para el cliente como para el que vende. Significa asimismo el trato justo y misericordioso de los empleados por parte del patrón, y lealtad y un trabajo honrado por parte de los empleados. Esto quiere decir que el personal y la dirección deben tratarse el uno al otro como seres humanos y no como un factor de producción o como una firma en el sobre de paga. (Más adelante ya dedicaremos una lección entera sobre la riqueza).

Desde la primera guerra mundial y sobre todo desde la segunda, pensamos más y más en términos internacionales. En términos de transportes, de comunicaciones, y de poder de destrucción militar, vivimos en un mundo empequeñecido. Cada día, nos damos mayor cuenta de la dependencia mutua entre los pueblos de todas las naciones. Sabemos que la esclavitud y la tiranía en no importa qué parte del mundo constituye una amenaza para la paz y la libertad en el resto de los países.

Como cristianos, ¿acaso no deberíamos, una vez y por todas, adoptar esta idea bien establecida: *Dios es nuestro Padre y todos los hombres son nuestros hermanos?* No somos ya únicamente ciudadanos de México, Argentina, Uruguay, Estados Unidos, Alemania, Inglaterra o cualquier otro país. Todos somos miembros y ciudadanos de la gran familia de Dios. Si somos cristianos, no podemos, con un gozo perfecto y una conciencia tranquila, comernos una buena comida en América o en Europa, mientras hay millones que se mueren de hambre en Pakistán, en la India o en Indonesia, de la misma manera que no podríamos disfrutar una gran comida en nuestra casa rodeados de nuestros hijos a los que habríamos dejado con sus platos vacíos y mirándonos con ojos hambrientos.

Comenzamos simplemente a estar concientes de nuestra responsabilidad moral para con todos los hombres. Este despertar no debería estar causado únicamente por acontecimientos exteriores—los sucesos amenazadores de un mundo que está pasando por una crisis. Valdría más que su causa proviniera de dentro, de nuestra conciencia, motivado por una mayor fe en la Paternidad de Dios y la fraternidad del hombre. Los principios religiosos tienen que llegar a ser, finalmente, la guía común a la que se han de conformar tanto los seres humanos individualmente como las naciones en general en su vida económica y política.

Capítulo 6

DIOS ES BUENO

...no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie. (Santiago 1:13)

tentado al mal ni tienta a nadie. (Santiago 1:13)

Cristo ha revelado la bondad de Dios

Antes de su crucifixión, el Salvador dijo a sus discípulos: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí." (Juan 14:1) Y luego les dijo que iba a preparar un lugar para ellos. Tomás, como esta declaración del Señor no lo dejó del todo satisfecho, le preguntó: "...No sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?" Jesús le contestó:

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. (Juan 14:6-11)

Jesucristo es la revelación de Dios al hombre. Conocerle, conocer sus propósitos, su obra, sus atributos y su personalidad, es conocer al Padre. Jesucristo vino a la tierra para, entre otras cosas, enseñarnos la naturaleza y la voluntad del Padre. Nos manifestó estas cosas mediante su propia vida y por su ministerio. No conocemos otro medio mejor para comprender al Padre que a través del Hijo. Jesucristo muestra claramente que Dios es bueno. Por sus atributos de justicia, misericordia y sabiduría, todo lo que hace es con el fin de incrementar la bondad en la vida de los hombres. Nada de malo ha sido o está siendo creado por El.

Antes de que estudiemos la bondad del Padre y del Hijo, empecemos antes que nada por definirla. Buena es toda cosa que cimenta una vida ejemplar y que ayuda a la humanidad a llevar a cabo el propósito de la vida. Bueno es todo aquello que aporta a la humanidad un gozo siempre creciente y la felicidad eterna. Bueno es todo aquello que determina a los hombres a vivir en armonía con la voluntad del Padre, a fin de que su propósito pueda llevarse a cabo en la vida de sus hijos. Nuestro ideal de esta vida feliz, abundante y bien empleada que todos buscamos es la vida del Padre que nos ha sido manifestada en la vida de su Hijo. Cristo nos mostró y nos enseñó cómo debemos vivir, lo que es el bien y lo que Dios quiere que hagamos. Es por esta razón que creemos que todo aquello que nos ayuda a vivir como Cristo ha vivido, y nos hace verdaderos discípulos suyos, es bueno.

Por otra parte, malo es todo aquello que estorba, frustra o impide nuestra realización del propósito de nuestra vida, este género de vida que Jesús nos ha revelado. De una cosa al menos podemos estar seguros, y es que el Padre no es el autor del mal. El Padre no quiere que sus hijos vivan en la ignorancia o el pecado. El odio, la envidia, los celos, el egoísmo, la incontinencia, la mentira, la falsedad y la guerra no son el Padre o el Hijo que las inspiran. Porque lo que ellos quieren es el bien: "Paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres." Quieren inspirar en la vida del hombre todas y cada una de las virtudes, de los principios del evangelio: la verdad, la misericordia, el amor, la justicia, el perdón, la humildad y la pureza de corazón.

Jesús sentía un gran respeto por la bondad del Padre. En verdad, su respeto era tan grande que colocaba al Padre en una categoría especial, aparte. A uno que se dirigió a Jesús, llamándole "Maestro bueno," Jesús le replicó:

¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino sólo uno, Dios. (Marcos 10:18)

La bondad del Padre está admirablemente descrita en el Sermón del Monte, en los pasajes citados en nuestra lección sobre la confianza en Dios (Mateo, capítulos 6 y 7) Obsérvese sus sentimientos con respecto a la bondad del Padre en estos versículos:

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama; se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una sarserpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan? (Mateo 7:7-11)

Más lejos, Jesús dice que los hombres buenos producen frutos buenos y los malos, frutos malos. Este principio se le puede aplicar también a la Divinidad. Dios, como que es bueno, no haría nada malo.

No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca. (Lucas 6:43-45)

Los discípulos de Cristo enseñan la bondad de Dios

Pedro, en su conversación con el gentil Cornelio, dió testimonio de la bondad del Padre, manifestada en la vida de su Hijo:

Como Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y *cómo éste anduvo haciendo bienes* y sanando a todos los oprimidos por el diablo, *porque Dios estaba con él.* (Hechos 10:38)

Pablo sabía que allí donde estaba el Espíritu de Dios, o el de Cristo, o donde el Espíritu Santo estaba presente, había bondad:

Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (*porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad*). (Efesios 5:8, 9)

Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo. (II Tesalonicenses 1:11, 12)

Juan sólo con unas pocas palabras dice mucho concerniente al tema:

Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. *El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios.* (III Juan, versículo 11)

En Santiago tenemos un testigo ferviente y explícito con respecto al hecho de que Dios inspira todo acto de bondad y nada más que la bondad en nuestra vida:

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. Amados hermanos míos, no erréis. *Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.* (Santiago 1:12-17)

Falsos conceptos sobre el carácter de Dios

Hay personas que le echan la culpa de todo a Dios: por las enfermedades, los sufrimientos, los fallecimientos, las guerras, las malas acciones de un Hitler, de un Stalin, o de un Mussolini. Describen al Creador como si fuese un ser lleno de odio, de cólera, de envidia, de celos, y totalmente desprovisto de respeto por los sufrimientos o la libertad de sus hijos.

No era éste el género de Creador que Jesús y sus apóstoles conocieron y del que hablaron tan frecuentemente. No es un Dios al que debemos temer, en el sentido corriente del término, sino un Dios que debemos amar.

Temor, en nuestras traducciones de la Biblia en español, es la traducción de una palabra hebrea que significa admiración y respeto. Dios no es celoso de la misma manera en que los seres humanos son celosos. Nuestros celos son un sentimiento engendrado por un complejo de inferioridad y de inseguridad. Tal como nosotros los experimentamos, los celos van estrechamente ligados a la envidia y al odio. El Señor no es rencoroso por naturaleza. Odia al pecado, pero no al hombre que lo comete, el pecador.

De igual manera, cuando hablamos de ira y de cólera, pensamos en una persona que está fuera de sí, juguete de la violencia de sus sentimientos. Según el espíritu del evangelio enseñamos que debe-

mos ser más fuertes que nuestra cólera, que debemos ser humildes y amar la paz. ¿Seríamos tan poco consistentes como para atribuir a nuestro Dios estas flaquezas y estos males que su Hijo nos exhorta a vencer en nuestra propia vida?

Dios es justo y recibimos las consecuencias de sus leyes cuando las violamos. Pablo lo explica muy claramente:

Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado. (Romanos 11:22)

Jeremías nos muestra cómo los castigos de Dios no son los de un soberano malévolo, cruel y arbitrario, sino las consecuencias previstas por la ley:

Oye, tierra: He aquí yo traigo mal sobre este pueblo, *el fruto de sus pensamientos;* porque no escucharon mis palabras, y aborrecieron mi ley. (Jeremías 6:19)

¿Me provocaron ellos a ira? dice Jehová. *¿No obran más bien ellos mismos su propia confusión?* (Jeremías 7:19)

Por otro lado, las enseñanzas y la vida de Cristo nos prueban que Dios es un ser amante, misericordioso, e infinitamente bueno. Es esto lo que enseña la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Es lo que muy acertadamente enseña el Libro de Mormón:

Por tanto, hermanos, no queráis aconsejar al Señor, antes aceptad el consejo que viene de su mano. Porque he aquí, vosotros mismos sabéis que él amonesta con sabiduría, y justicia y gran clemencia en todas sus obras. (Jacob 4:10)

Por consiguiente, *toda cosa buena viene de Dios,* y lo que es malo viene del diablo; porque el diablo es enemigo de Dios, y siempre está contendiendo con él, e invitando e incitando a pecar y a hacer lo que es malo sin cesar. *Pero he aquí, lo que es de Dios invita e incita continuamente a hacer lo bueno; de manera que todo aquello que invita e incita a hacer lo bueno, y amar a Dios y servirlo, es inspirado de él. Tened cuidado, pues, amados hermanos míos, de no juzgar que lo que es malo viene de Dios, o que lo que es bueno y de Dios* viene del diablo. (Moroni 7:12-14) (Léas el capítulo entero. Léase también II Nefi 26:23-33)

Veamos lo que el presidente Joseph F. Smith tuvo que decir al respecto:

En las revelaciones dadas al profeta José, en el libro de Doctrinas y Convenios, hallamos la declaración de que el Señor está grandemente descontento únicamente de aquellos que no confiesan o no reconocen "su mano en todas las cosas, y no obedecen sus mandamientos." Suceden muchas cosas en el mundo en las que nos parece muy difícil, a la mayoría de nosotros, el reconocer la mano del Señor. He llegado a la conclusión de que la única razón que me sea posible descubrir por la que debemos reconocer la mano de Dios en ciertos casos es el hecho de que todo lo que ha pasado ha sido permitido por el Señor.

Cuando dos hombres ceden a sus pasiones, a su egoísmo y a su cólera, para pelearse . . . es difícil para mí el ver la mano de Dios en tamaña acción; en

lugar de ello, los hombres que así se atacan, se pelean y combaten, han recibido su libre albedrío de Dios para que hagan uso de su propia inteligencia, juzguen ellos mismos entre el bien y el mal, y obren según sus deseos . . . Hay personas que se ponen enfermas, sufren moral y físicamente, y sus dolores se prolongan por meses, y quizás por años. Uno se pregunta:

¿Por qué lo permite el Señor? ¿Debemos ver la mano del Señor en estos sufrimientos? ¿Es que Dios ha designado ciertas personas cuyo destino es sufrir? ¿Las ha castigado con aflicciones? ¿Es acaso él la causa del mal que los agobia? Demasiados de nosotros tenemos tendencia a creer que las enfermedades que nos sobrevienen, las aflicciones que padecemos, los accidentes que tenemos en el curso de nuestra vida, debemos atribuirlos ya a la misericordia, ya al desagrado de Dios. A veces, estamos dispuestos a acusar a Dios como la causa de nuestras aflicciones y de nuestros apuros; pero si pudiésemos ir de los efectos a la causa que los ocasionó, y hacerlo sinceramente, con la intención de llegar a una comprensión correcta, sin duda que descubriríamos que nuestros apuros, nuestras penas o nuestras aflicciones son el resultado de nuestra propia imprudencia, de nuestra falta de conocimiento o de precaución. *No es la mano del Señor la que derrama sobre nosotros las aflicciones y las desgracias.* (José F. Smith, *Gospel Doctrine,* páginas 69, 70)

Acordémonos de que Dios es bueno

1. El saber que Dios es bueno y que se esfuerza por producir lo bueno en la vida de los hombres, hace que cada uno de nosotros le ame y confíe en él. Un Ser como él exige nuestro mayor respeto, nuestra admiración, invita a que le demos nuestro amor y nuestra gratitud y es digno de la dedicación total de nuestras facultades intelectuales, morales y espirituales. Con un Ser tan maravilloso, tenemos razones para conservar nuestra esperanza. Ser un discípulo de su Hijo es un honor, un privilegio y una fuente de inspiración constante.

2. Si Dios no es responsable de nuestros males, entonces tenemos que buscar el origen en otra parte. Las Escrituras hacen en buena parte responsable de ello a Satán el maligno, el hijo de la mañana, que se rebeló contra el Padre y el Hijo.

Pero el origen del mal remonta aún más allá de la influencia de Satanás. Se encuentra en nuestra naturaleza misma, libre y eterna. "La inteligencia . . . no fué creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser. Toda verdad, así como toda inteligencia, queda en libertad de obrar por sí misma en aquella esfera en la que Dios la colocó . . . (Doctrinas y Convenios 93:29-31) Satán es una inteligencia eterna, libre de obrar por sí mismo, y de escoger el mal en lugar del bien. Ustedes y yo somos también inteligencias eternas, poseemos la libertad de escoger. Cuando escogemos hacer el mal, al igual que Satán, contribuímos al incremento del mal en el mundo; cuando escogemos hacer el bien, lo mismo que Dios, aunque más modestamente, contribuímos al incremento del bien en la vida de los hombres.

Las enfermedades, las guerras, los crímenes, los divorcios, los sufrimientos de los inocentes, son el resultado de la ignorancia o del pecado del hombre, El conocimiento y la aplicación de las leyes de la vida y de los principios del evangelio de Cristo nos librarán de estos males. Nuestro Padre Celestial, que no tiene otra intención que procurar nuestro bienestar, tiene necesidad de nuestra ayuda.

Acordémonos, pues, de las palabras de Moroni, y seamos verdaderos hijos de nuestro Padre, merecedores de ser discípulos de su Hijo:

Así, pues, os suplico, hermanos, que busquéis diligentemente según la luz de Cristo, para que podáis distinguir el bien del mal; y si os allegáis a todo lo que es bueno, y no lo condenáis, ciertamente seréis hijos de Cristo. (Moroni 7:19)

Capítulo 7

DIOS AMA AL PECADOR

Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento. (Lucas 15:7)

Jesús revela el amor del Padre por el pecador

Jesús atraía hacia sí a los publicanos y a los pecadores. "Y se llegaban a él todos los publicanos y pecadores, para oírle." (Lucas 15:1) Es interesante notar que él que nunca cometió pecado alguno, tuviera tal poder de atracción sobre los pecadores. Los escribas y fariseos creaban un abismo entre ellos y los publicanos y pecadores. No tan sólo no los atraín, sino que intencionalmente se mantenían a una cierta distancia de ellos. Como se puede ver en sus conversaciones con el Maestro, para ellos los pecadores pertenecían a una categoría especial. Cuando los fariseos y los escribas vieron que Jesús estaba en compañía de pecadores, para ellos fué una señal cierta de que no podía ser un caudillo religioso.

En su manera de pensar, si hubiese sido un profeta inspirado por Dios, no hubiera obrado así. Y por eso murmuraban, diciendo: "Este a los pecadores recibe, y come con ellos." Lucas 15:2)

Esta objeción indica bien a las claras las ideas religiosas que tenían esta gente. Es evidente que su error consistía en no hacer distinción entre el pecador y el pecado. Aparentemente, a sus ojos, una persona era tan mala como el pecado que cometía, y es por esta razón que odiaban tanto al pecador como odiaban al pecado. Cometían también el error de creer que las leyes eran más importantes que los hombres para los cuales habían sido hechas; no comprendían que "el sábado está hecho por el hombre y no el hombre por el sábado."

Cada vez que alguien considera los principios de la religión como una cosa aparte de la vida, inevitablemente llega a interpretaciones tan erróneas de la vida y de la religión. La religión de los escribas y los fariseos estaba nublada por el orgullo que los cegaba, porque se creían justos, y esto les impedía ver lo que había de bueno en los demás y de malo en ellos.

La actitud de Jesús para con el pecador era lo totalmente opuesto. También él odiaba el pecado y lo condenaba con gran sagacidad y fuerza. No obstante, sabía bien que el pecador, hijo de Dios, era más importante que todos sus pecados. Jesús daba también más importancia a la salvación de los hombres que al cumplimiento de las leyes al pie de la letra. Aplicaba la religión de manera que pudiera llegar a obtener la salvación de los hombres. Y como hemos visto, odiaba los sentimientos de esta gente que se creían más justos que los demás; porque estas ideas nunca entraron en su mente.

Jesús aprovechó este encuentro con los pecadores y los fariseos para contar tres parábolas, que revelan el amor que el Padre siente por los pecadores. Y como que todos nosotros somos pecadores, estas parábolas tienen gran interés para nosotros.

1. La oveja perdida

¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. *Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.* (Lucas 15:4-7)

Este último versículo ha provocado gran cantidad de discusiones. ¿Por qué debería de haber más gozo por haber encontrado una oveja perdida que por las otras noventa y nueva que no lo habían sido? Será mejor, pues, pecar y arrepentirse que tratar de llevar una buena vida, año tras año? ¿Es que la parábola rechaza la noción de la justicia y la imparcialidad del Padre? ¿O acaso da un cierto mérito al pecado?

Creemos que el mejor modo de dar respuesta a estas preguntas es, primero, acordarnos que cada parábola tiene un solo propósito. En este ejemplo, el propósito es de mostrar el amor que siente el Padre por los pecadores. La parábola habría perdido mucho de su poder alegórico si Jesús se hubiera entretenido dando explicaciones sobre la justicia y la imparcialidad. Tenemos que comprender esta parábola a la luz de todas las enseñanzas del Salvador. En numerosas otras ocasiones, enseñó la justicia, la obediencia, reprobó a aquellos que permanecían en sus pecados, y alabó a los que eran justos mostrándolos superiores a los pecadores. Pero, en este caso particular, tuvo que ponerse en un punto neutro entre unos pecadores a los que todo el mundo despreciaba y unos fariseos que se creían justos. Lo que quería hacer ver era el amor del Padre por los pecadores, amor que él también sentía, pero que los fariseos desconocían.

Conocemos un hombre que, cuando era joven, pensaba que la enseñanza contenida en esta parábola—que haya más gozo al devolver una oveja perdida al rebaño del que salió que por las otras noventa y nueve restantes que estaban ya en sitio seguro—era de una injusticia patente, y pensaba que, quizás, debería librarse de sus obligaciones morales, y pasar un "buen rato", y luego arrepentirse para que el cielo "tuviera gozo". Mas, tiempo después, casado y ya padre de varios hijos, tuvo que velar durante varios días a la cabecera de uno de sus hijos que estaba enfermo, que por un tiempo estuvo "en el valle de sombras de muerte". Finalmente, la crisis pasó, y cuando estuvo seguro de que el niño se curaría, hubo más gozo aquel día, y durante muchos días que siguieron, por causa de este niño que había sido arrancado de las garras de la muerte y devuelto a la salud, que por causa de los otros hijos que se encontra-

ban bien. Toda la casa se regocijó por causa de este niño más que por ninguna otra buena nueva en la familia.

Guy C. Wilson cuenta un incidente que sucedió cuando él era presidente de la escuela secundaria de los Santos de los Ultimos Días en Salt Lake City. Una madre fué a hablar con él y le dijo: "Hermano Wilson, tengo un hijo que viene a su escuela, y que me causa muchas preocupaciones. Al revés de mis otros hijos, que también asistieron a su escuela, mi hijo siempre está en dificultades. Fuma, bebe, no estudia, y frecuenta la compañía de una banda de amigos que hacen lo mismo que él. Incluso creo que ya han llegado hasta robar algunas cosas y que cometen otras malas acciones. Hermano Wilson, ¿cree usted que podemos hacer alguna cosa por él?

El hermano Wilson distraídamente preguntó a la madre: "¿Todavia ama Ud. a este hijo suyo?" La madre respondió, llorando: "¿Que si le amo? Lo amo más que nunca. Está constantemente en mis pensamientos, más aún que mis otros hijos."

El amor verdadero no es egocéntrico, sino que se orienta hacia la persona que se ama, como hemos visto. El amor que una persona siente por otra no se basa en el hecho de que esta otra persona es digna de ser amada, sino en que tiene necesidad de que se la ame, y hasta incluso en el peligro en que puede encontrarse. Si, según vemos por la experiencia humana, esto es verdad, cuánto más no lo será para Dios y su amor por sus hijos. El amor que el Padre tiene por el pecador es muy grande, no porque éste merece el amor del Padre, sino porque está en la naturaleza del Padre el amar el pecador que podría perder. Un juez, cuyo interés primordial es el hacer respetar la ley y no las personas, puede que condene gustosamente a un hombre que haya violado la ley, y de esta manera hará que se respete esta ley. Un patrón seguramente estará contento al despedir uno de sus empleados que causaba perjuicio a su industria o su comercio, porque esto mejorará su rendimiento. Pero Dios no es esta clase de juez, o de patrón. Es un Padre que ama a sus hijos. Es por esta razón que hay gozo en los cielos cuando la oveja descarriada vuelve otra vez al redil y forma de nuevo parte del rebaño.

2. La dracma perdida

¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente. (Lucas 15:8-10)

Esta parábola es semejante, en forma y propósito, a la de la oveja perdida. Las dos están inspiradas en la vida cotidiana de los judíos en la época de Jesús. Son las dos tan claras y sencillas que hasta un niño puede comprenderlas. Pero en la segunda hay una nota de urgencia y de persistencia. La mujer no esperó hasta la

mañana, sino que encendió un candil y barrió la casa y buscó diligentemente hasta el momento en que encontró la moneda.

3. El hijo pródigo

La más popular quizás de todas las parábolas de Jesús es ésta del hijo pródigo. Nos gusta porque describe una experiencia humana, profunda y universal, con una gran belleza de expresión y de emoción. (Léase Lucas 15:11-32. Es un pasaje demasiado largo para que lo reproduzcamos aquí.)

Una vez más, debemos recordar las circunstancias que existían en el momento de contar esta parábola: Jesús se encontraba en medio de pecadores, de publicanos, de escribas y de fariseos. Los pecadores y los publicanos eran el motivo del desprecio de los demás, y los otros, sus acusadores, no tenían ni sentimientos ni misericordia. Jesús, a nuestro modo de entender, no tenía otro propósito al contar esta parábola que enseñar el amor del Padre por los pecadores, y no el de glorificar al hijo extraviado a expensas de su hijo mayor, a quien Jesús hace que el padre le diga: "Hijo mío, tu siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas." (versículo 31)

El hijo menor había malgastado toda su hacienda, la había despilfarrado en compañía de personas de mal vivir y ciertamente había recibido grandes pérdidas a causa de sus pecados. Pero Jesús no se paró en contar esto, porque su propósito, a nuestro modo de entender, era el de hacer saber a los pecadores, a los fariseos, y a todos, que Dios ama al pecador, y que acoge su vuelta con amor. En la parábola, no tan sólo acogió el padre la vuelta de su hijo, sino que "como aún estuviese lejos, corrió, y echóse sobre su cuello, y besólo." (versículos 20)

En estas tres parábolas, hallamos la expresión de un gran interés por lo que se ha perdido. El pastor sale en busca de su oveja perdida; el ama de casa enciende la lámpara para encontrar su moneda; y el padre corre al encuentro de su hijo. El padre no se preocupó por la herencia malgastada, ni por las locuras o los pecados de su hijo: la única cosa que le preocupaba era su propio hijo. Por dos veces consecutivas el padre justifica su regocijo:

> Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. (Lucas 15:23-24)

> Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. (versículo 32)

Esta enseñanza corresponde con la de esta interesante declaración que encontramos en el libro de Ezequiel concerniente al arrepentimiento y el perdón:

> Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá. Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; en su justicia que hizo vivirá. *¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?* (Ezequiel 18:21-23)

La distinción que aquí se establece entre el pecador y su pecado, la encontramos también en las Doctrinas y Convenios:

> Porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia. No obstante, se perdonará al que se arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor; y de quien no se arrepienta, se quitará aún la luz que haya recibido; porque mi Espíritu no luchará siempre con el hombre, dice el Señor de las Huestes. (Doc. y Con. 1:31-33)

El pecado, el arrepentimiento y el perdón

Antes de terminar el estudio del amor del Padre por el pecador, deberíamos mirar de acabar con un malentendido común entre aquellos que creen en el Nuevo Testamento. Ciertas personas creen firmemente que estas palabras de Cristo enseñan que no tan sólo ama Dios al pecador sino que lo perdona en sus pecados. Esto es un error de interpretación. Es verdad que Dios siente un amor muy grande por el pecador, y está deseoso e incluso ansioso por perdonarlo, pero es preciso que antes se haya preparado para recibir el perdón. Definamos algunos términos y tratemos de mostrar la diferencia entre el amor de Dios y su perdón.

En el sentido general del término, el pecado es toda transgresión de las leyes de Dios. El crimen, el robo, la mentira, el adulterio, la incontinencia, son pecados. (Véase "Artículos de Fe", de Talmage) No obstante, las Escrituras hacen una distinción entre la persona que peca contra las leyes de Dios en plena ignorancia de ellas (como por ejemplo un niño o uno de aquellos que viven sin la ley) y la persona que lo hace con pleno conocimiento de ellas, voluntariamente. Jesús ha dicho: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado, mas ahora porque decís, Vemos, por tanto vuestro pecado permanece." (Juan 9:41) De modo que, el verdadero pecador es aquel que deliberadamente peca contra las leyes de Dios.

Violar las leyes de Dios cuando se las ignora lleva consigo consecuencias graves, pero hacerlo con pleno conocimiento de ellas trae consigo todas las consecuencias de la ignorancia más las consecuencias del pecado. El pecado es un error moral. El pecador no solamente está en conflicto con Dios y sus designios, sino que también está yendo contra sí mismo. Creer en una cosa y hacer otra hace daño al alma. En tales condiciones, el que peca está en lucha consigo mismo, y el sentimiento de este conflicto le hace perder su propio respeto. Tiene que intentar restaurar la paz y la unidad de su alma, lo que naturalmente su propia naturaleza le pide. No puede llegar a conseguirlo sin el arrepentimiento, abandonando sus malas obras y haciendo el bien.

El arrepentimiento es una tarea dura. Exige una fe y una humildad que la mayoría de nosotros no poseemos. Generalmente es más fácil el evitar arrepentirse buscando excusas por la conducta de uno y engañándose a sí mismo. Y así la persona deshonesta rebaja la importancia de la honestidad, en su propio corazón, o bien interpreta este principio de tal manera que sus acciones malas no parecen ya deshonestas. Y luego se pone en contra de aquello contra

lo cual ha pecado, contra el principio de la bondad y contra Dios, para disimular su propia vergüenza.

Nuestro Padre Celestial es un Dios de amor. Ama tanto a los pecadores como a los justos. Su naturaleza amante le hace pronto para el perdón, pronto a perdonar al ofensor y a acogerlo de nuevo en el rebaño devolviéndole sus derechos y sus privilegios. El perdón es una expresión de amor, engendrado por un interés puramente objetivo en la persona a la que se perdona. Dios ama al pecador aún cuando ése no se arrepienta, pero no puede perdonarlo completamente hasta que se haya arrepentido, hasta que haya purificado su alma. El perdón, para ser completo, tiene que haber sido aceptado por el pecador. Tiene que sentir este perdón y estar en condiciones de aceptarlo. El pecador, por la fe, el arrepentimiento, el bautismo, la humildad, y la ayuda del Consolador, se prepara para sentir y aceptar el amor clemente del Padre.

Mediante la fe en Cristo y en su evangelio, personas que habían cometido pecados muy graves han recibido la certeza del perdón, y se han henchido de gozo en su comunión con el Padre y el Hijo. Pablo, que dijo:

> Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero, (I Timoteo 1:15) dijo también:
>
> ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 8:35, 38, 39)

Y Alma, el joven, que por sus acciones había socavado la obra de su padre y se había sublevado deliberadamente contra la Iglesia de Cristo, pecando contra el Señor, y cuyo espíritu estaba lleno de remordimiento, atormentado por el recuerdo de sus numerosos pecados, encontró la paz de su alma mediante la fe y una vida correcta.

> Y al fijarse mi mente en este pensamiento, clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y atado con las eternas cadenas de la muerte! Y he aquí que cuando pensé en esto, ya no me pude acordar más de mis dolores; sí, dejó de atormentarme el recuerdo de mis pecados. Y ¡oh qué gozo, y qué luz tan maravillosa fué la que vi! Sí, mi alma se llenó de un gozo profundo como lo había sido mi dolor. Sí, hijo mío, te digo que no podía haber cosa más intensa y más amarga que mis dolores. Sí, hijo mío, y también te digo que por otra parte no puede haber cosa más exquisita y dulce que mi gozo. (Alma 36:18-21)

Todos somos pecadores. Así lo dicen las Escrituras y la experiencia lo demuestra. Y los más grandes pecadores de todos nosotros son quizás aquellos que se han encegado y no han visto sus pecados a causa de su pretensión de ser justos. Todos necesitamos perdón, y éste sólo lo podemos recibir mediante el arrepentimiento. El primer paso consiste en comprender que Dios nos ama incluso si hemos pecado contra él, o contra nosotros mismos. Es lo que Jesús enseñó en sus parábolas y en su propia actitud personal para con los pecadores.

Capítulo 8

FE EN EL SEÑOR JESUCRISTO

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. (Gálatas 2:20)

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos hace una emocionante narración de la Iglesia de Cristo en sus primeros días. Al leer el libro, vemos a Pedro, a Pablo, y a otros, convertir a mucha gente a la fe de Cristo. Sentimos y comprendemos lo que es el cristianismo, y vemos que el libro muestra muy claramente cómo puede uno convertirse en cristiano.

Fundamentos de la vida cristiana

En el día de Pentecostés, después de la ascensión del Señor, los apóstoles se reunieron.

Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu que les daba que hablasen. (Hechos 2:2-4)

Los judíos que se encontraban allí, venidos de varias naciones que hablaban lenguas diferentes, se asombraron del poder de estos hombres y del hecho de que podían todos comprenderlos al mismo tiempo, a pesar de la diversidad de lenguas. Algunos pensaron que los apóstoles estaban borrachos de mosto.

Pedro aprovechó la ocasión para predicarles, con toda la profundidad de su convicción, a este Jesucristo, este Hombre que ellos habían "... crucificado, hecho morir por mano de inicuos." (Hechos 2:23)

Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. (Hechos 2:36)

Gracias al poder del Espíritu Santo, Pedro fué tan persuasivo que unas tres mil almas "fueron compungidos de corazón" y preguntaron: "Varones hermanos, ¿qué haremos?"

En su respuesta, Pedro indicó los fundamentales de la vida cristiana. A estas personas que manifestaron creencia y fe, él dijo:

Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. (Hechos 2:38)

La fe, el arrepentimiento, el bautismo, y el don del Espíritu Santo, he aquí los principios y ordenanzas que hacen que una per-

sona entre en la Iglesia cristiana y forme parte de su sociedad. En muchos sitios las Escrituras son muy explícitas al respecto. Léase, por ejemplo, la historia de Felipe y el etíope (Hechos 8:25-40), y obsérvese como Pablo, a pesar de que había recibido una visión de Cristo y había sido llamado a ser apóstol por el Señor mismo, recibió también el bautismo y el don del Espíritu Santo de manos de Ananías. (Véase Hechos 9:10-19) Cornelio, que era un hombre piadoso y que temía a Dios junto con toda su casa, tuvo que ir a ver a Pedro para ser bautizado por él. (Véase Hechos 10)

Estos cuatro principios y ordenanzas son para la persona convertida; es el camino que ésta tiene que seguir para entrar en la fe cristiana. Sin embargo, esto no es todo. Continúan siendo después el fundamento de la vida cristiana para los miembros de la Iglesia. Hoy, para nosotros que somos ya miembros de la Iglesia, necesitamos edificar nuestra vida sobre las bases de la fe, el arrepentimiento, el bautismo y el don del Espíritu Santo tanto o más que el recién convertido.

El propósito de esta lección y de las que seguirán va a ser el de mostrar cuál es el significado de estos principios y ordenanzas en nuestra vida actual. Cada uno de ellos puede ser de vital importancia; y cada uno de ellos está basado en los que lo preceden. Juntos, forman los cimientos de la vida cristiana toda entera.

El significado de la fe

Las Escrituras nos dan dos definiciones de lo que es fe. (Que sepamos, todas las demás referencias a la fe son ora exhortaciones a tener fe, ora ejemplos de fe.)

> Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. (Hebreos 11:1)

> Y como decía concerniente a la fe: Fe no es tener un concepto perfecto de las cosas; de modo que si tenéis fe, tenéis esperanza en cosas que no se ven, y que son verdaderas. (Alma 32:21)

Fe no es "tener un perfecto conocimiento". Fundamentalmente hablando, la fe no es algo racional, es decir, el producto del pensar y del razonar, aunque la mente esté siempre trabajando con experimentos en los que la fe toma parte, y que una fe sana esté siempre basada en conocimiento y en experiencia. Pero, en materia de fe, siempre esperamos en cosas que no se ven. Vamos más allá de nuestras experiencias, de nuestro conocimiento, cuando vivimos por fe. William James ha dicho: "El estado en el que la fe se hace manifiesta es aquél en el que lo posible sobrepuja lo real."

En términos de cada día y en términos científicos, consideramos el conocimiento como una noción de la realidad obtenida gracias a experiencias repetidas y verificadas. Tal conocimiento puede adquirirse simplemente mediante una observación eficaz de los fenómenos que nos rodean. El conocimiento es algo que pertenece al dominio de todos, y puede comunicarse muy fácilmente, verificarse y compar-

tirse. El conocimiento es algo que proviene del pasado; conocemos a causa de nuestras experiencias anteriores.

La fe pertenece al porvenir; se dirige hacia lo desconocido o hacia aquellas cosas que sólo parcialmente se conocen. Cada vez que queremos ir más allá de nuestras experiencias conocidas y de nuestros conocimientos, o, en otras palabras, vivir en el presente y explorar lo por venir, la fe entra en liza. Incluso el sabio que va en busca de nuevos conocimientos, proponiendo hipótesis para explicarse hechos que no se explican de sí mismos, vive también por la fe.

La fe, al revés de la creencia y del conocimiento, es esencialmente un sentimiento, un sentimiento que, según sea su fuerza, está situado entre la esperanza y la certeza. Es un sentimiento de seguridad o de confianza que poseemos en que aquello que no podemos ver o saber es real o verdadero, o bien llegará a ser real o verdadero. Cuando vivimos por fe, vivimos como si lo que no es otra cosa que una posibilidad racional fuese real o pudiese llegar a ser real, o cierto. Permítanme que les dé el siguiente ejemplo:

Una pareja joven está pensando en casarse. Aunque hace ya tres años que se conocen, les es imposible, racional o científicamente, saber si su matrimonio va a ir bien, ya que ninguno de los dos ha tenido experiencia conyugal. Las estadísticas indican que sus probabilidades de ser realmente felices son más o menos un cincuenta por ciento o quizás un poco más. Su matrimonio, como todo matrimonio sincero, es una aventura cuya base la constituye la fe. La pareja se casa con la fe en que su matrimonio les traerá la felicidad.

Las grandes cuestiones de la vida, tales como: ¿Es que Dios existe? ¿Es el hombre inmortal? ¿Tiene la vida un propósito? ¿Qué cosas son las más importantes? ¿Era Cristo realmente el Hijo de Dios?, no pueden recibir una respuesta razonada, científica o filosófica que pueda satisfacernos. Al igual que el casamiento es siempre una obra de fe, la vida también es una obra de fe, en sus aspectos más vitales e importantes.

James E. Talmage ha escrito lo siguiente: "La fe es la causa motriz de toda acción." En las relaciones humanas, en la vida intelectual, moral y espiritual, la fe es la gran causa motriz de toda acción. La fe es algo dinámico y creativo. Si queremos dar un significado a nuestra vida, debemos andar por fe. No tenemos otra alternativa, porque "aquellos que dudan nunca llegan a hacer nada; los escépticos no producen nada; los cínicos no crean nada." (Calvin Coolidge)

Nuestra naturaleza misma—nuestra curiosidad, nuestra necesidad de hacer alguna cosa, de crear, nuestra noción del tiempo, viviendo en el presente y pensando en lo que haremos en el porvenir, nuestra necesidad de dar o de encontrar un propósito o un significado a nuestra vida—hace que sea esencial el que andemos por fe.

Nuestra fe la sostiene y la vivifica la Divinidad. Es un don de Dios, aunque esté en nuestro poder el cultivarlo.

Y la luz que brilla, que os alumbra, viene de aquel que ilumina vuestros ojos, que es la misma luz que vivifica vuestros entendimientos, la cual procede de la presencia de Dios para llenar la inmensidad del espacio—la luz que existe en todas las cosas, la que da vida a todas las cosas, la ley por la cual se gobiernan todas las cosas, aun el poder de Dios, quien se sienta sobre su trono y existe en el seno de la eternidad, y en medio de todas las cosas. (Doctrinas y Convenios 88:11-13) Léase también Moroni 7.

La fe en el Señor Jesucristo

La cuestión que se nos presenta, no es acaso: ¿debemos tener fe?

Tenemos que tenerla para vivir. La única parte de la cuestión que nos queda es entonces: *¿en quién debemos tener fe?* Necesitamos tener fe, no en cosas vagas, sino en cosas definidas, en cosas importantes.

Todas las religiones grandes se basan en la fe. El mahometismo tiene la fe en Allah y en Mahoma su profeta; el judaísmo en el siguiente versículo: "Oye, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el solo Señor." (Deuteronomio 6:4); el budismo en la iluminación de Buda, sus cuatro nobles verdades.

La fe del Nuevo Testamento es la fe en Jesucristo. Por ello nuestro cuarto artículo de fe afirma que nuestro primer principio no es únicamente tener fe, sino tener *fe en el Señor Jesucristo.* La fe en Jesucristo no perjudica en nada la fe que se pueda tener en Dios, o en otras cosas importantes. No quiere decir que damos más importancia a Jesucristo que a Dios, el Padre. Simplemente significa que es en él y por él que podemos llegar a conocer al Padre y el pleno significado de la vida religiosa. Consideremos lo que significa nuestra fe en el Señor Jesucristo.

Tener una fe vaga e indeterminada en Jesucristo no significa gran cosa. El valor de nuestra fe en Cristo depende de la respuesta que demos a esta pregunta: *"Si tengo fe en Cristo, ¿en qué debo tener fe?"* O, para decirlo de una manera más positiva: *"Si tengo fe en Cristo, tengo fe en. . . ."* (En esta lección echaremos simplemente un vistazo sobre el significado de nuestra fe en Cristo. En las lecciones siguientes, desarrollaremos en forma más completa estas ideas que no haremos más que mencionar aquí).

1. Si tengo fe en Cristo, *tengo fe en la inmortalidad del hombre.* Tengo fe en el testimonio de Juan, que cita estas palabras de Jesús:

Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. (Juan 11: 25, 26)

Puedo decir con Pablo, si tengo fe:

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? (I Corintios 15:55)

2. Si tengo fe en Cristo, *tengo fe en un Dios que vive, en un Dios personal,* un Padre justo, misericordioso, inteligente y amante,

cuya naturaleza y cuya voluntad nos fueron revelados en la vida y las enseñanzas de su Hijo.

Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mi; de otra manera, creedme por las mismas obras. (Juan 14: 7-11)

3. Si tengo fe en Cristo, *deseo y puedo llegar a arrepentirme.*

Por tanto, traerá salvación a cuantos creyeren en su nombre; pues el propósito de este último sacrificio es poner por obra la misericordia, que sobrepuja la justicia y *provee a los hombres la manera de poder tener fe para arrepentirse.* (Alma 34:15)

4. Si tengo fe en Cristo, *tengo fe en que, mediante un verdadero arrepentimiento y el bautismo, puedo ser redimido de mis pecados.* Si creo, que vino. . . .

. . . para redimir a su pueblo . . . pero no para . . . redimirlos en sus pecados, sino para redimirlos de ellos. (Helamán 5:10)

5. Si tengo fe en Cristo, *tengo fe en la vida, fe en que fué El un gran maestro y el ejemplo viviente de verdades y de valencias que los hombres deberían tratar de transplantar en sus vidas y encontrar así paz en esta vida y gozo sempiterno.*

Yo soy el camino, y la verdad la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. (Juan 14:6)

La senda de verdad marcó, con toda claridad; la luz y vida que sin fin, reflejan la verdad. (Eliza R. Snow)

Para concluir, repitamos que la fe en Jesucristo no es algo que únicamente la persona que se convierte tiene que considerar. Cada uno de nosotros tiene la necesidad cada vez mayor de esclarecer y de edificar una fe viva en el Señor Jesucristo. La fe en Cristo es algo que nunca podremos agotar o sobrepasar. La fe en Jesús implica fe en la inmortalidad, en un Padre personal, en la redención y en sus enseñanzas y sus ideales.

Capítulo 9

"FE PARA ARREPENTIRSE"

Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. (Mateo 3:8, 9)

El arrepentimiento en las enseñanzas del Nuevo Testamento

Juan el Bautista preparó el camino del Señor predicando el arrepentimiento, y nada más que el bautismo de arrepentimiento para remisión de pecados. (Véase Marcos 1; Lucas 3; Mateo 3; y Juan 1)

Jesús, según el evangelio de Marcos, dijo:

El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; *arrepentíos, y creed en el evangelio.* (Marcos 1:15)

El arrepentimiento es un tema antiguo, tan familiar que no causa mucho interés ya. No obstante, es algo tan importante que se le ha llamado el segundo principio del evangelio, y es la base de todas las predicaciones que han hecho los profetas, desde Adán hasta David O. McKay. No intentaremos hacer un análisis completo de este principio en esta lección. Nuestro interés va a concentrarse en el arrepentimiento tal como se enseña en el Nuevo Testamento. Particularmente nos dedicaremos a la cuestión siguiente: ¿Qué papel juega Cristo en nuestro arrepentimiento?

El significado del arrepentimiento

Muchos de nosotros, cuando meditamos nuestros pecados y nues tras flaquezas, pensamos en efectuar un cambio de una cierta parte de nuestra conducta. Y así tomamos la determinación de vencer la costumbre de fumar, o de blasfemar, o de mentir, o bien estamos determinados desde aquel momento an adelante, a cumplir con nuestros deberes de maestros visitantes, o de pagar los diezmos o de hacer otras tareas específicas en la Iglesia. Cuando leemos el Nuevo Testamento, comprendemos que el arrepentimiento acarrea consigo mucho más que todo esto.

El término arrepentimiento, tal como se usa en el Nuevo Testamento, viene de una raíz griega, sea del verbo *metaneo,* que significa "tener otra idea" *o metanoia* que significa "cambiar de opinión." No se trata aquí de una flaqueza o de un vicio particular, sino de un cambio completo de modo de pensar, una nueva voluntad.

Un antiguo filósofo chino, Lao Tse, dijo que no se podía conseguir que un arroyuelo fuese más limpio con sólo sacarle los maderos que flotaban encima; que era preciso ir a las fuentes de que provenía para purificarlo. Asimismo, el principio cristiano del arrepentimien-

to no consiste solamente en cesar una mala costumbre; significa un cambio de opinión, de deseo, de voluntad, un nuevo corazón.

Es por esta razón que en el Nuevo Testamento no se enseña el arrepentimiento como un principio aislado e independiente, sino que siempre se le relaciona con la fe y, de manera implicada, con el evangelio todo entero. El autor se acuerda de haber oído una vez a un maestro bein intencionado que afirmaba que el arrepentimiento es simplemente un principio de ir en busca de la verdad por medio de repetidas tentativas de errors cometidos. Aprendemos por experiencia lo que es bueno y lo que es malo, y practicamos el arrepentimiento cuando rehusamos hacer el mal y hacemos el bien. Cuando me lo explicaron así, me pareció una idea muy práctica, excelente y de una sencillez luminosa. Y a la verdad esta es "la letra de la ley" del arrepentimiento. Pero el verdadero arrepentimiento, tanto en espíritu como en la letra, considera al hombre por entero, y exige la renovación de su corazón.

Jesús pensaba sin duda en algo más que en los pecados individuales cuando se sentó para comer con los publicanos y la gente de mala vida. Cuando los fariseos murmuraron, Jesús les dijo:

> Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. (Lucas 5:29-32)

Pedro relacionaba el arrepentimiento con la conversión, la cual abarca todos los conceptos de un hombre:

> Así que, arrepentíos y *convertíos*, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio. (Hechos 3:19)

El arrepentimiento viene por la fe, y luego queda reforzado por el bautismo y el don del Espíritu Santo, como vamos a verlo en el transcurso de las discusiones que seguirán.

Cristo y el arrepentimiento

En los pensamientos y en las enseñanzas de Pedro, de Juan y de Pablo, la fe en Jesucristo es la fuerza motriz que engendra el arrepentimiento en el hombre. Su amor para con el hombre y la fe del hombre en él son los factores que determinan este cambio de sentimientos, esta nueva mente. El intentar arrepentirse sin el poder espiritual de la fe y del amor equivaldría a mirar de hacer funcionar un auto sin batería y sin gasolina, empujándolo simplemente con las manos. Necesitamos un motivo para desear arrepentirnos, y una fuerza que nos ayude a hacerlo. Por más que lo intentemos nunca podremos levantarnos a nosotros mismos tirándonos para arriba con los cordones de los zapatos. Cristo nos ofrece esta fuerza motriz que necesitamos para arrepentirnos. Vemos, pues, que el arrepentimiento—este cambio completo de la vida de una persona—va íntimamente ligado con nuestra fe en Jesucristo en los escritos del Nuevo Testamento.

La referencia que tomaremos de Pablo concerniente al abandono de los pecados particulares, va precedida y luego seguida, por una declaración admirable sobre la influencia de Cristo en el hombre como un todo. Léanlo ciudadosamente pensando continuamente en el arrepentimiento:

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, reciba su crecimiento para ir edificándose en amor.

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús.

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y *renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre,* creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.

Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo. El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. (Efesios 4:11-32)

Este pasaje ejemplifica bien el poder que se puede hacer surgir uniendo la religión, es decir, la fe en Dios, la devoción a Cristo, y la unión y la fraternidad cristianas, a la moralidad.

Los pasajes siguientes de la Primera Epístola de Pedro describen el arrepentimiento como fruto de la conversión a Cristo:

Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; *siendo renacidos,* no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.

Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba, la hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre.

Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada. (1 Pedro 1:18-25)

Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor. (I Pedro 2:1-3)

Juan sabía también el poder del arrepentimiento que recibe aquel que conoce a Cristo. Obsérvese la manera admirable en que se expresa:

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él... Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido... Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. (I Juan 3:1, 6, 9)

Pablo dijo, en una carta que escribió a Timoteo:

Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo. Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra. Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, *con los que de corazón limpio invocan al Señor.* (II Timoteo 2:19-22)

La parte que toma Cristo en nuestro propio arrepentimiento

Hemos conocido personas en las misiones que encontraron una fe cierta y suficiente en Cristo gracias a las enseñanzas de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Esta nueva fe en Cristo fué la verdadera fuerza que contribuyó a su arrepentimiento, y entraron en la Iglesia, buscando en ella el sostén espiritual de su nueva fe cristiana.

En cuanto a algunos de nosotros, que nacimos y hemos sido educados en la Iglesia, Cristo a veces no toma más que una parte muy insignificante en nuestro arrepentimiento. Muy a menudo miramos de combatir nuestros pecados en nuestra propia mente, y, a veces, miramos de obtener la ayuda del Padre mediante la oración. Pero, ¿cuántos de nosotros sabemos que Jesús es el medio más poderoso para poder resistir al mal y vencerlo con el arrepentimiento? Consideremos algunos modos por los que podemos hacer que Cristo tome una parte más activa en nuestro arrepentimiento, ya que estamos seguros de que ninguno de nosotros rehusaría llegar a tener más éxisto en sus esfuerzos por arrepentirse.

1. Cristo esclarece nuestros pecados. El paso más importante que nos conduce al arrepentimiento, es el de darnos cuenta de lo

que es el bien, y con la ayuda de este conocimiento inmediatamente podemos reconocer el mal. Un estudio regular y una meditación concienzuda de las enseñanzas y la vida del Maestro hacen que nuestra mente se incline siempre hacia el bien. Su comportamiento y sus palabras son tan persuasivos y tienen tanta inspiración que conmueven nuestro corazón; incrementan nuestra fe y nuestro entendimiento. El conocimiento del bien tiene un poder innegable. Pero hay poco poder que valga sin entendimiento.

Tolstoy nos da un buen ejemplo de la importancia y del valor que tiene la lectura de los evangelios en su cuento clásico del zapatero desolado que se puso a leer el Nuevo Testamento. (*"Doquiera que hay amor, allí está Dios también."*)

2. Cristo puede ser nuestro ideal. A uno de nuestros estudiantes, que es amable, considerado, amistoso, desinteresado, servicial y abnegado, y que parece no darse cuenta de sus propias virtudes, le preguntaron: "¿Qué es lo que te sirve de guía cuando tienes que escoger entre el bien y el mal?" Respondió: "Me pregunto a mí mismo qué es lo que haría Cristo si estuviera en mi lugar, y luego trato de hacer lo que me parece a mí que El haría. Pero no se forme una falsa opinión de mí—se apresuró a añadir—hago todo lo posible, pero sólo consigo hacerlo bien en parte y de vez en cuando, ni tampoco me doy demasiada importancia. Simplemente, pienso en él muy a menudo, mucho más que antes tenía costumbre de hacerlo."

3. El vivir una vida cristiana nos ayuda también. Uno de nuestros estudiantes nos contó la vida de una señora que vivía en un pueblo mormón; esta señora era viuda y le mataron al único hijo que le quedaba en la segunda guerra mundial. La pesadumbre y la lástima que sentía por su propio caso pronto la hicieron caer gravemente enferma. Por fin, desesperado, su doctor le dijo que lo que tenía que hacer era poner en práctica su fe cristiana, sino pronto no sería más que una carga para ella misma y para sus vecinos. Siguió el consejo del médico y cambió completamente el curso de sus pensamientos y, al pensar menos en sí misma, se puso a pensar en los demás, no de una manera abstracta, sino más bien considerando las necesidades de los demás. Al cabo de poco tiempo ya estaba visitando a los enfermos, consolaba a los afligidos, cuidaba a los niños y en una palabra esparcía la alegría por todas partes. Llegó a hacer todo esto inspirándose en el ejemplo de Cristo, considerándolo como su ideal, su compañero y su guía. Y en verdad llegó a ser muy feliz en su nueva vida de discípula de Jesús.

4. La participación y el trabajo en la Iglesia pueden dar la fuerza necesaria para el arrepentimiento. Un joven, que ahora es élder, me dijo un día en una discusión amistosa que sostuvimos sobre la Santa Cena: "Cuando era sólo presbítero, y sabía que el siguiente domingo iba a tener que bendecir la Santa Cena, los emblemas de la vida del Salvador, este pensamiento me daba mucha fuerza para poder resistir al mal y arrepentirme. Ahora que ya soy élder, lo echo de menos."

Tomar parte en la Santa Cena debería de haber tenido la misma influencia sobre la vida de esta persona que la que sentía cuando la administraba. En realidad, todas nuestras actividades usuales en la Iglesia, nuestras oraciones, nuestros cantos, nuestros estudios, nuestro culto, nuestro amor y nuestros favores mutuos, deberían de satisfacer de tal manera nuestra mente y nuestro corazón, que deberíamos llegar a sobrepujar, con ayuda del Espíritu de Cristo, las flaquezas de la carne y los males del espíritu a los que tan fácilmente sucumbimos en nuestra vida estrecha y egoísta. (Léase Moroni 5:5-9)

Una vida sinceramente consagrada a Cristo, en cada instante de la vida cotidiana, es la mayor fuerza que podamos poseer para arrepentirnos del mal.

No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal. (Romanos 12:21)

Por lo demás, hermanos míos, *fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios,* para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. (Efesios 6:10-11)

¿De qué debemos arrepentirnos?

Encontramos la respuesta a esta pregunta en el plan del evangelio. Debemos arrepentirnos de aquellas cosas que no están conformes con nuestra fe en Jesucristo. Esto implica que debemos conocer el significado de la vida cristiana. (Véase la lección precedente concerniente a la fe en nuestro Señor Jesucristo) En términos concretos y específicos, Cristo es nuestro guía. Así pues, cuando nos damos cuenta de que no vivimos de acuerdo con nuestros ideales de humildad, de honradez, de amor y de fe, tal como Cristo lo enseñó, entonces tenemos una razón manifiesta para "dar vuelta sobre nuestros propios pasos." Nos arrepentimos. Y Cristo nos ayuda.

En muchas de las lecciones siguientes, nos esforzaremos en poner bien a las claras algunos de los grandes ideales del Salvador. Haciendo esto ampliaremos nuestros horizontes y acrecentaremos nuestro deseo de arrepentirnos de todo aquello que es incompatible con nuestra fe en él.

Es interesante el observar, a manera de ejemplo, que los pecados de los que Juan el Bautista pedía al pueblo que se arrepintiera, eran bien específicos y públicos. Las respuestas que ustedes podrían dar, ¿serían lo mismo de específicas y llenas de interés en la comunidad?

Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? El les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie ni calumniés; y contentaos con vuestro salario. (Lucas 3:11-14)

Capítulo 10

"NACER DEL AGUA"

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. (Juan 3:3)

Nicodemo, principal entre los judíos, vino de noche a Jesús porque sabía que había venido como "Maestro de la parte de Dios." Se sorprendió mucho cuando el Maestro le dijo que para tener la vida eterna le era preciso nacer de nuevo. Tomando sus palabras a la letra, replicó:

¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. (Juan 3:4, 5)

Todos los misioneros de los Santos de los Ultimos Días han usado este pasaje para probar que el bautismo y el don del Espíritu Santo son requisitos indispensables para ser miembros de la Iglesia de Cristo. Y realmente, estas ordenanzas son esenciales: bautismo por inmersión y la imposición de manos para recibir el don del Espíritu Santo de aquellos que tienen la autoridad necesaria. Esto es evidente si uno se toma la molestia de considerar todos los pasajes del Nuevo Testamento concernientes al asunto.

A veces, sin embargo, a pesar de que insistimos en la necesidad de estas ordenanzas del evangelio, nos olvidamos de considerar todo lo que significan. Debemos considerar el significado de esta frase de Cristo: "El que no naciere otra vez". El bautismo es mucho más que una ceremonia por sí sola. Es el signo exterior de algo que tiene lugar en la vida interior de una persona. Forma parte integrante del proceso completo que hace que una persona se convierta en discípula de Cristo y lo continue siendo.

El significado del bautismo de Cristo

Mateo nos dice que, cuando Jesús fué a presentarse a Juan para ser bautizado por él,

. . . Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, *porque así conviene que cumplamos toda justicia.* Entonces le dejó. (Mateo 3:13-15)

Cuando pensamos en el bautismo simplemente como ordenanza del evangelio mediante la cual el interesado recibe la remisión de sus pecados y se le prepara para la confirmación y el don del Espíritu Santo, es difícil comprender porqué el Señor tuvo necesidad de bautizarse. La respuesta que siempre se da es la siguiente: Cristo no tenía necesidad de la remisión de pecados. Se hizo bautizar para que no tuviéramos excusa ninguna para no serlo nosotros mismos,

y también para darnos un ejemplo de obediencia a la voluntad del Padre. Cristo obedeció los mandamientos del Padre, y por este mismo acto, nos mostró el ejemplo que debíamos seguir. Pero su bautismo significaba más que esto todavía. No era tan sólo por causa de nosotros que lo recibió, sino también por la suya propia. Es Nefi que nos hace saber que Jesús quiso ser bautizado porque lo necesitaba, al mismo tiempo que nos señalaba el camino a seguir. Pregunta Nefi:

Y ahora, quisiera preguntaros, amados hermanos míos, ¿cómo cumplió el Cordero de Dios con toda justicia bautizándose en el agua? (II Nefi 31:6)

Y da la respuesta a su propia pregunta:

¿Acaso no sabéis que era santo? Mas no obstante su santidad, él muestra a los hijos de los hombres que, según la carne, se humilla ante el Padre, testificándole que le sería obediente en la observancia de sus mandamientos. (II Nefi 31:7)

Y dijo a los hijos de los hombres: Seguidme, por tanto, mis amados hermanos, ¿podemos seguir a Jesús, a menos que estemos dispuestos a guardar los mandamientos del Padre? (II Nefi 31:10)

"Cumplir con toda justicia" significa hacer la voluntad del Padre. Indudablemente su voluntad es justa y abarca todo lo que es justo. Cristo quería bautizarse, *para dar testimonio por sí mismo al Padre* y a toda la humanidad que estaba dispuesto a hacer la voluntad de su Padre Eterno. Este fué el supremo propósito de su vida y de su muerte.

El significado de nuestro bautismo

El bautismo debería significar más, para nosotros, que la remisión de pecados, nuestra entrada en la Iglesia y el don del Espíritu Santo. Todas estas cosas son importantes, cierto, pero tan sólo representan la mitad de lo que realmente significa el bautismo. Estas son las cosas que recibimos de Dios, si participamos de ellas dignamente. La otra mitad de lo que representa el bautismo es lo que contribuímos. En el bautismo, no recibimos beneficios espirituales, a menos que también demos algo de nuestra parte. Nuestro bautismo por sí mismo no es eficaz a menos que Jesús nos enseñó a vivir. Esta enseñanza la encontramos de forma más clara en el Libro de Mormón que en la Biblia.

Así pues, amados hermanos míos, sé que si seguís al Hijo con íntegro propósito de corazón, sin acción hipócrita o engaño ante Dios, sino con verdadera intención, arrepintiéndoos de vuestros pecados, testificando al Padre que deseáis tomar sobre vosotros el nombre de Cristo por medio del bautismo, sí, siguiendo a vuestro Señor y Salvador al agua, según su palabra, he aquí, entonces recibiréis al Espíritu Santo; sí, entonces sigue el bautismo de fuego y del Espíritu Santo; y entonces podréis hablar en lenguas de ángeles y prorrumpir en alabanzas al Santo de Israel. (II Nefi 31:13)

Pablo habla de nuestro nuevo nacimiento a través del bautismo, sirviéndose del símbolo de la muerte y de la resurrección: enterra-

mos al hombre viejo (el pecador) en las aguas del bautismo y resucitamos a una nueva vida espiritual.

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruído, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido mustificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. (Romanos 6:1-13)

Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. (Colosenses 2:12) (Léase también Colosenses 2:6-17)

Alma, el padre, nos hace quizás la más hermosa declaración concerniente al significado de la expresión "nacer del agua". Hablaba a doscientas cuatro personas que habían pedido el bautismo, y les dijo:

... Y ya que deseáis entrar en el rebaño de Dios y ser llamados su pueblo, y sobrellevar mutuamente el peso de vuestras cargas para que sean ligeras; sí, y si estáis dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y consolar a los que necesitan consuelo, y ser testigos de Dios a todo tiempo, y en todas las cosas, y todo lugar en que estuvieseis, aun hasta la muerte, para que seáis redimidos por Dios, y seáis contados con los de la primera resurrección, para que tengáis vida eterna—Dígoos ahora que si éste es el deseo de vuestros corazones, ¿qué os impide ser bautizados en el nombre del Señor, como testimonio ante él de que habéis hecho convenio con él de servirle y obedecer sus mandamientos, para que pueda derramar su Espíritu más abundantemente sobre vosotros? (Mosíah 18:8-10)

El simple acto del bautismo, por más que sea el de inmersión y administrado por una persona que posee la autoridad necesaria, no salva a nadie y no prepara a nadie para entrar en el reino de los cielos. El bautismo puede salvarnos del pecado, el bautismo puede prepararnos para entrar en el reino de los cielos—cuando está administrado en la debida forma—cuando este bautismo es también el testimonio exterior de un nacimiento espiritual. Porque sin fe en el Señor Jesucristo, y sin arrepentimiento de todo aquello que es incompatible con esta misma fe, y sin dar testimonio de Dios "a todo tiempo y en todas las cosas y en todo lugar", nuestro bautismo es vano. Recibir nuestro bautismo sin arrepentimiento equivale a depositar nuestra fe en obras muertas. (Véase Moroni 8:10, 22, 23)

Es verdad que el bautismo es la puerta que da a una nueva vida más abundante, una vida cristiana, y, al mismo tiempo, es un testimonio de nuestra fe, de nuestro arrepentimiento y de nuestro gran deseo de nacer de nuevo espiritualmente, de andar, no según nuestros propios deseos, sino en armonía con la voluntad del Señor con respecto a nosotros. Una sola frase de las Doctrinas y Convenios describe el género de nuevo nacimiento que debe tener lugar en nosotros si el bautismo debe obtenernos la remisión de pecados:

> Además, por vía de mandamiento a la iglesia concerniente al bautismo: Todos los que se humillen ante Dios, y deseen bautizarse, y vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos, testificando ante la iglesia que se han arrepentido verdaderamente de todos sus pecados y que están listos para tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin, y verdaderamente manifiestan por sus obras que han recibido el Espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados, serán recibidos en su iglesia por el bautismo. (Doctrinas y Convenios 20:37)

En esta lección hemos intentado mostrar que la ordenanza del bautismo, cuando se la administra en la forma que es debida, es eficaz únicamente si y cuando la persona nace a una nueva vida por la fe en Cristo. Esta relación entre la vida espiritual de una persona y la ordenanza del bautismo también podemos aclarar un poco más comparándola con el matrimonio.

En nuestra forma de sociedad, un hombre y una mujer no se casan sin celebrar una ceremonia, realizada por una persona que tiene la autoridad para administrarla. Poco importa el tiempo que haga que se conocen o lo mucho que se amen, no pueden casarse sin esta ceremonia, al igual que una persona no se hace miembro de la Iglesia sin el bautismo. Ahora bien, a pesar de que dos personas estén casadas en la debida forma, de acuerdo con las leyes del país e incluso de la Iglesia, si no aportan la amistad, el amor y el deseo sincero de que su matrimonio sea un éxito, de poco sirve la ceremonia. No es la ceremonia del casamiento que hace que un matrimonio sea un éxito. ¿Qué resultado va a tener un matrimonio que no posea las cualidades mencionadas más arriba? El bautismo sin la fe en el Señor Jesús es una farsa tan desprovista de sentido como una ceremonia de casamiento sin estima mutua y sin amor.

El bautismo de los niños

Si el bautismo es el testimonio de un nuevo nacimiento espiritual, ¿por qué bautizamos a los niños a la edad de ocho años? Esta pregunta casi siempre acompaña una discusión concerniente al bautismo. Es un mandamiento del Señor que los niños, cuando han nacido de padres que pertenecen a la fe y que éstos les han enseñado los principios del evangelio, sean bautizados. (Léase Doctrinas y Convenios 68:27)

Este orden de cosas ha sido establecido prudentemente. Un niño de ocho años posee grandes capacidades para poder llegar a ser un discípulo de Jesucristo; tiene fe y confianza; es pronto para el perdón; está deseoso de conocer a Dios y sus mandamientos; y posee

la humildad de la infancia. Se encuentra en una buena disposición de espíritu para aprender a hacer lo que Jesús nos ha enseñado. Si el bautismo significara la vida cristiana completa, ¿quién estaría listo jamás para recibirlo? Y también, además, es muy importante el hecho de pertenecer a la Iglesia, de serle leal, y de empezar a tener responsabilidades durante nuestra más tierna edad. Acordémonos, sin embargo, que incluso para un niño, no sirve de nada depositar nuestra fe en obras muertas. Es preciso que crea en Jesús, que le ame, y que desee seguirle antes de su bautismo.

Cómo llegar a ser hijos de Dios

Todos los hombres son hijos de Dios, porque él es el Padre de nuestros espíritus. Esto, en tanto que sepamos, es una expresión de su divina gracia. Las Escrituras mencionan también el hecho de que podemos llegar a ser hijos de Dios por medio de nuestra fe en Cristo, o, en otras palabras, hijos de Dios en el sentido de que merecemos parentezco con él. Juan lo dice de esta manera:

"Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre." (Juan 1:11-12)

El rey Benjamín expresa la misma idea relacionándola con Jesucristo. Sus palabras están en armonía con el concepto de un nuevo nacimiento, al cual el verdadero bautismo puede conducir:

> Ahora pues, a causa de la alianza que habéis hecho, seréis llamados progenie de Cristo, hijos e hijas de él, porque he aquí, hoy os ha engendrado él espiritualmente; pues decís que vuestros corazones han cambiado por la fe en su nombre; por tanto, habéis nacido de él y habéis llegado a ser sus hijos y sus hijas. (Mosíah 5:7)

Capítulos 11 y 12

"NACER DEL ESPIRITU"

Y verá toda carne la salvación de Dios. (Lucas 3:6)

A todos aquellos que tengan fe en Cristo, que se arrepientan y den testimonio de su fe por el bautismo, Pedro les promete este gran don:

Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. (Hechos 2:38, 39)

Lo que sabemos acerca del Espíritu Santo

En el Nuevo Testamento, especialmente en el Evangelio de Juan, en los Hechos, y en las Epístolas de Pablo a los Romanos y a los Hebreos, se menciona con frecuencia al Espíritu Santo. Nuestro modo de comprender la naturaleza y la misión del Espíritu Santo, Nuestro modo de comprender la naturaleza y la misión del Espíritu Santo, tal como se desprende de estos pasajes, ofrece ciertas dificultades. (1) En primer lugar, las funciones de los miembros de la Trinidad—Padre, Hijo y Espíritu Santo—parecen confundirse. Los tres son una fuente de inspiración y de revelación. Los tres inducen al hombre a hacer el bien. Cuál sea exactamente la parte de la obra que corresponde a cada uno, en relación con el hombre, no nos ha sido revelado en detalle. (2) A nuestra manera de ver, los autores de la Escritura, en su mayor parte no se molestaron en hacer distinciones teológicas muy definidas, sino que más bien quisieron persuadir a la humanidad a que creyera en Cristo e hiciera su voluntad. Bajo este punto de vista, no es difícil hacer uso alternativamente del Espíritu Santo y del Espíritu de Dios, en ciertas ocasiones. Nosotros mismos lo hacemos cuando oramos o predicamos. (3) Sin duda alguna que los traductores de la Biblia no comprendieron la naturaleza de la Divinidad. En la mayor parte de las traducciones en lenguas europeas, tan sólo hay un término que sirve para designar tanto al Espíritu Santo como al Espíritu de Dios.

Este año no vamos a interesarnos en la teología abstracta o en hacer un estudio detallado de ciertas cuestiones teológicas. Es por ello que nos contentaremos con hacer un breve resumen de nuestros conocimientos concernientes al Espíritu Santo. Y luego intentaremos comprender el papel que desempeña el Espíritu Santo en muestra vida cotidiana. Esta última frase del asunto es la que debe interesarnos primordialmente.

1. El Espíritu Santo es un miembro de la Trinidad, distinto del Padre y del Hijo. Creemos que el Nuevo Testamento deja establecido, sin lugar a dudas, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son

uno en sus propósitos, pero que son distintos en cuanto a su personalidad. (Rechazamos el concepto trinitario de los credos cristianos tanto por antiescritural como ambiguo.) La distinción entre los miembros de la Divinidad está claramente indicada en la fórmula bautismal:

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; (Mateo 28:19)

Asimismo, podemos ver una distinción neta entre cada uno de ellos en el evangelio de Juan:

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros . . . Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho. (Juan 14:16, 17, 26)

2. El bautismo "en Espíritu Santo y en fuego" sigue al bautismo en agua. Como Mateo lo expresa:

Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. (Mateo 3:11)

Encontramos el mismo orden de sucesión en el sermón de Pedro citado al principio de la lección.

El caso de Cornelio es la única excepción aparente de este orden que encontramos en el Nuevo Testamento. (Léase Hechos, capítulo 10) Pedro se dió cuenta de que el Espíritu Santo había descendido sobre Cornelio, el gentil, antes de su bautismo. Probablemente que esto fué así con el fin de dar a Pedro la certeza de que el evangelio también iba a ser predicado a los gentiles. Además, el Espíritu Santo esparce su influencia también sobre los que no han sido bautizados. No obstante, creemos que el don del Espíritu Santo en tanto que compañero constante y consolador, está reservado a los que se preparan a recibir el Espíritu Santo mediante la fe en Cristo, un arrepentimiento sincero y el bautismo.

3. El Esíritu Santo es "un personaje de Espíritu."

El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre; así también el Hijo; pero el Espíritu Santo no tiene un cuerpo de carne y huesos, sino que es un personaje de espíritu. De no ser así, el Espíritu Santo no podría morar en nosotros. (Doc. y Con. 130:22)

La misión del Espíritu Santo

Con estas ideas frescas en nuestra memoria, dediquemos ahora nuestra atención a considerar la misión del Espíritu Santo. Con referencia a este punto, las Escrituras son muy explícitas y realmente inspiradoras. Para facilitar el estudio de la misión del Espíritu Santo, convendrá dividirla en tres distintas funciones que, desde luego, se hallan sobrepuestas unas en otras.

a. El Espíritu Santo es una fuente de revelación.

A través de las edades, los profetas han hablado en el nombre del Señor bajo la influencia del Espíritu Santo, canal de la revelación divina. Unas pocas referencias de la Escritura aclaran esta función:

Porque nunca la profecía fué traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo. (II Pedro 1:21)

Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. (Marcos 13:11)

b. El Espíritu Santo da testimonio del Padre, del Hijo, de la verdad, y de la justicia.

Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. (Juan 16:7-14) (Véase también I Corintios 2:9-17)

Es por la influencia del Espíritu Santo que uno puede saber con certeza que Dios vive y que Jesús es el Cristo. Es por esta razón que la blasfemia contra el Espíritu Santo es el único pecado que no es perdonable.

Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; péro al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero. (Mateo 12:31, 32) (Véase también Marcos 3:28, 29; y Lucas 12: 10-12)

La razón de esto queda indicada en la Epístola a los Hebreos. Aquel que ha conocido las verdades eternas por el poder del Espíritu Santo, y que luego las reniega, pierde la facultad de arrepentirse. Y como consecuencia no puede ser perdonado.

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. (Hebreos 6:4-6) (Véase también Alma, capítulos 12 y 13)

c. El Espíritu Santo es el foco del que dimanan todos los dones espirituales del evangelio.

Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres. (Romanos 14:17, 18) (Véase también Romanos 5:1-5)

Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.

Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fué dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio, del cual yo fuí constituído predicador, apóstol y maestro de los gentiles. Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día. Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros. (II Timoteo 1:6-14) (Véase también I Corintios 12, 13, 14; Moroni 10:1-18; Doctrinas y Convenios 46:7-33)

Necesidad del Espíritu Santo en nuestra vida moderna

El don del Espíritu Santo no está limitado a los profetas ni a aquellos que vivieron en tiempos pasados. "Porque para vosotros es esta promesa, y para vuestros hijos, y para todos los de lejos, cuantos llamare a sí el Señor, Dios nuestro." (Véase Hechos 2:37-39) Cualquiera que haya sido bautizado dignamente en la Iglesia de Cristo tiene derecho de recibir el don del Espíritu Santo. En realidad, el miembro individual de la Iglesia tiene tanto derecho y responsabilidad de saber que el profeta que le habla está inspirado por Dios, como el profeta tiene el derecho y la responsabilidad de estar inspirado cuando habla.

En nuestra época, tenemos una necesidad especial de estar guiados por el Espíritu Santo. Nuestra vida moderna es compleja, y está caracterizada por la diversidad de cosas y de cambios. Tenemos acceso a casi todas las virtudes y a todos los vicios, a todas las verdades y a todos los errores, a toda clase de belleza y a toda suerte de fealdad, a toda justicia y a los pecados de todas las edades y de todas las civilizaciones. Cuando Elías se estuvo sobre el monte Carmelo, dijo a Israel que se había congregado allí:

¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra. (I Reyes 18:21)

¿Y por qué deberían responder? Había enunciado claramente la alternativa de la época: Baal o Jehová, negro o blanco. Era una época en la que las decisiones que había que tomar eran grandes, pero sencillas y claras.

Hoy en día tenemos los escritos de todos los jefes religiosos, de todos los poetas, filósofos y sabios que nos han precedido. Podemos escoger entre lo blanco y lo negro, y todas las gamas intermedias entre la verdad y el error, el bien y el mal. Y estas cosas se nos ofrecen sin ton ni son. Parece como si se nos bombardease con ellas todos los días, en la prensa, la radio, la televisión, el cine, el teatro,

las bibliotecas, las aulas universitarias, la tribuna y el púlpito. Cada uno de nosotros tiene que hacer frente a un verdadero laberinto inextricable, en el que le es preciso encontrar el verdadero significado y el verdadero valor de la vida. En nuestra época complicada forzosamente nos vemos obligados a confiarnos en la autoridad y el saber de otros: el médico, el abogado, el ingeniero, el químico,... etc. Pero en materia de moralidad y religión, sin embargo, no podemos dar a otro nuestra responsabilidad. Cada uno de nosotros tiene que aprender por sí mismo la verdad y la rectitud.

¿Cómo podremos conocer la verdad, o la rectitud?

Hay tres medios tradicionales empleados para conocer la verdad y la justicia: la razón, la experiencia y la intuición. Estos medios no se excluyen mutuamente. Los tres pueden usarse en la vida. Cada uno de ellos puede servir para verificar los otros. Consideré-moslos brevemente a cada uno de ellos.

1. **La Razón.** (Racionalismo.)—Algunos filósofos han creído que la razón es una fuente independiente de conocimiento, que la mente puede conocer algunas cosas sin la experiencia sensorial. El racionalismo es la creencia que sostiene que la mente posee ciertas ideas por intuición, gracias a las cuales se pueden conocer muchas otras por deducción.

2. **La Experiencia.** (Empirismo.)—El segundo medio de obtener conocimiento es mediante la experiencia sensorial. Este método niega que tengamos ideas innatas (racionalismo) y afirma que aprendemos por la observación, la experiencia y la verificación de las percepciones de nuestros sentidos. El empirismo es al método que sirve de base a todas las ciencias. En éste método empezamos a investigar por los hechos y tratamos de llegar a conclusiones (inducción). En el racionalismo, empezamos por las ideas de acuerdo con las cuales intentamos explicar el mundo que nos rodea. (deducción).

3. **La Intuición.**—Un tercer método de conocimiento es mediante la percepción *inmediata* y directa de una idea o de un principio, o bien con la ayuda de un sentimiento. La persona que cree en la intuición afirma que puede conocer las cosas inmediatamente sin el rodeo a que se ven forzados los que usan el pensar abstracto o sin las percepciones engañosas de los sentidos. Los racionalistas y los empiristas no le dan mucha importancia al conocimiento que se pueda obtener por intuición. Para ellos es algo demasiado subjetivo, demasiado personal, y demasiado privado para que pueda verificarse.

No existe una manera única de conocer la verdad. Cada uno de estos tres métodos tiene sus limitaciones. Como Goethe ha dicho, "La vida, dividida por la razón humana, deja un resto." El razonamiento puro no revela con certeza los significados o valores de la vida. Ni basta tampoco para darnos la comprensión de los cauces por los que la vida corre. La razón ha tenido más éxito desde que

se ha aliado al método experimental de la ciencia moderna. No obstante, todas las ciencias del mundo juntas no han bastado para revelarnos ni el significado ni los valores de la vida. Su propósito y su método describen el universo y el proceso vital mejor que no importa qué otro método, pero nos dejan en la incertidumbre con respecto a las cuestiones más vitales del propósito, del significado, del valor y de la moralidad de nuestra vida. La intuición es subjetiva y personal, y se basa en corazonadas; puede muy facilmente equivocarse y confundirnos.

Estas maneras de llegar al conocimiento son todas igual de buenas y deberíamos usarlas cada vez que puedan darnos un resultado eficaz. Cada uno de estos métodos debe servir para verificar los demás, en la medida de lo posible, y cada uno debe emplearse en aquellos casos en que los demás, no irían bien. Necesitamos la perspectiva crítica de las cosas que posee la razón, la verificación por la experiencia y la prudencia de la intuición, sobre todo cuando todos los demás métodos nos fallan.

Creemos que el Espíritu Santo nos es dado para guiarnos en nuestra búsqueda de la verdad, en nuestro discernimiento de la rectitud. En nuestros razonamientos, en nuestras experiencias, en nuestras intuiciones, el Espíritu Santo puede guiar nuestras mentes y verificar o no nuestras ideas. El Espíritu Santo emplea las corazonadas, las intuiciones, quizás más que ningún otro medio. Cuando nuestras mentes están iluminadas por el poder del Espíritu Santo, sentimos que nuestras ideas son buenas y están inspiradas por Dios.

Este sistema está claramente descrito en una revelación concedida a Oliverio Cówdery. Este había pedido el privilegio de poder traducir. Después de repetidas peticiones, se le concedió. Obsérvese bien lo que sucedió. Se creyó que el Espíritu Santo obraba sin que él tuviera que hacer nada por su parte, pensar o trabajar. Este fué el error que cometió, y la causa de que fracasara en su intento.

> He aquí, no has entendido: has supuesto que yo te lo concedería cuando no pensaste sino en preguntarme. Pero, he aquí, te digo que tienes que estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien: y si así fuere, causaré que arda tu pecho dentro de ti; por lo tanto, no puedes escribir lo que sea sagrado a no ser que te lo diga yo. (Doctrinas y Convenios 9:7-9)

Cuando el Espíritu Santo ilumina la mente, la mente siente un "ardor", una sensación que la escritura compara al fuego. Bajo la influencia del Espíritu Santo, sabemos y sentimos que hemos encontrado lo que es verdadero y justo. El Espíritu Santo no desecha la razón, la experiencia o la intuición, antes al contrario, se sirve de estas tres cosas, obrando con ellas y por medio de ellas. Pero podemos preguntarnos lo siguiente: ¿Cómo puede uno saber si está inspirado por el Espíritu Santo? Pregunta difícil, pero de capital importancia. Merece por ello nuestra profunda consideración, incluso si no la podemos contestar a nuestra entera satisfacción.

Maneras de comprobar la inspiración del Espíritu Santo

El Espíritu Santo es veraz. No puede engañarnos. El problema se encuentra en la capacidad del hombre en obtener su inspiración y en saber en qué momento la posee. Una persona bien intencionada puede equivocarse y confundir los deseos que tiene de recibirla con la inspiración del Espíritu Santo propiamente dicha. Es difícil, si no imposible, el describir esta clase de sensación. Es preciso haberla experimentado ya para reconocerla. No obstante, haremos todo lo posible para dar una idea de lo que representa.

Un joven misionero se encontraba desde hacía un año en la misión alemana. Un día, habiendo decidido tener una reunión en una aldea, arregló para tener, como predicadores, al presidente del distrito y a un miembro del sacerdocio local. El mismo día en que la reunión debía tener lugar, los misioneros se enteraron de que ninguno de los predicadores previstos podía asistir a la reunión. Así que la responsabilidad de predicar quedó en las manos del misionero en cuestión y su compañero, que hacía sólo siete semanas había desembarcado en Alemania. Se arrodillaron los dos y oraron juntos y el resto del día lo pasaron ayunando. Al anochecer, cesaron el ayuno, y orando en sus corazones se fueron en bicicleta a la aldea en cuestión.

El más nuevo de los dos misioneros dió el discurso de dos minutos que se había aprendido de memoria. El otro misionero comenzó entonces su sermón, en el que quería demostrar que la idea de la revelación permanente era razonable y que el evangelio había sido restaurado. Fué siguiendo la idea de su discurso, pero algo maravilloso sucedió: olvidó completamente las dificultades que tenía con la lengua alemana, y nuevas ideas, en las que ni siquiera había pensado aquel día, le vinieron a la mente, encuadrando perfectamente en el discurso que había planeado. Una sensación maravillosa de paz y de fuerza le invadió el corazón y la mente. Sabía que estaba hablando por el poder de Dios. Cuando hubo terminado, tenía la impresión de que había estado hablando unos diez o quince minutos, pero, ante su sorpresa, descubrió que había estado hablando durante cuarenta y cinco minutos. Una hermana, inteligente y fiel le dijo: "Hermano Brown, es la primera vez que le oigo hablar así."

No hay manera de poder demostrar a otro que aquel joven estuvo hablando por el poder del Espíritu Santo, pero él estaba seguro de ello. Y como que el Espíritu Santo nos testifica personalmente, tanto en sensaciones como en pensamiento, creemos que la inspiración del Espíritu Santo tiene que ser verificada con otros medios. Presentamos a continuación unas cuantas preguntas por las que podemos saber si nosotros, o bien otras personas, estamos inspirados por el Espíritu Santo.

1. ¿Está de acuerdo esta inspiración con los grandes principios fundamentales del evangelio de Jesucristo? Sin duda que no podemos imaginarnos al Espíritu Santo, que da testimonio del Padre y del Hijo y que está encargado de guiarnos a toda verdad, inspirando

a persona alguna con enseñanzas que no estén en armonías con el verdadero concepto de Dios, del hombre, y de la misión de Cristo. El Espíritu Santo no enseña doctrinas falsas, tales como la predestinación, el pecado original, o la parcialidad y la injusticia de Dios. Todo Santo de los Ultimos Días tendría que aprender las doctrinas fundamentales de la Iglesia y acordarse de ellas, comparando su inspiración o la de otra persona con los grandes principios fundamentales de la religión que una y otra vez le han sido revelados al hombre y que resuenan en nuestro corazón y en nuestra mente con los acentos de la verdad. Principios tan fundamentales como la justicia, la misericordia y al amor de Dios; el libre albedrío, la fraternidad, el propósito de la vida y la progresión eterna del hombre, y el hecho de que la salvación es un esfuerzo cooperativo de Dios y los hombres, el uno proporcionando la gracia y los otros los méritos individuales.

2. ¿Concuerda esta inspiración con el Espíritu y el carácter de Cristo? Jesucristo envió al Consolador. Este mismo Consolador tiene que dar testimonio de Cristo. Cuando uno se comporta de una manera poco cristiana, y se deja llevar por el odio, la avidez, el egoísmo, la dureza de corazón, la concupiscencia o la injusticia, podemos estar seguros de que no goza de la inspiración del Espíritu Santo. Es verdad que a veces uno puede "reprender con severidad," pero, incluso en este caso, tiene que ser con un sentimiento de amor y de misericordia.

Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener, en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, longanimidad, benignidad y mansedumbre, y por amor sincero; por bondad y conocimiento puro, lo que ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia: reprendiendo a veces con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo, y entonces demostrando amor crecido hacia aquél que has reprendido, no sea que te estime como su enemigo; y para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que el vínculo de la muerte.

Deja que tus entrañas se hinchan de caridad hacia todos los hombres y hacia la casa de fe, y que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios, y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma como rocío del cielo. El Espíritu Santo será tu compañero constante; tu cetro será un cetro inmutable de justicia y de verdad; tu dominio, un dominio eterno, y sin ser obligado correrá hacia ti para siempre jamás. (Doctrinas y Convenios 121:41-46)

Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz. (Santiago 3:14-18)

El espíritu de rencilla y de contienda, de maledicencia, de ira y de envidia, no es el espíritu de Cristo, ni está inspirado por el Espíritu Santo.

Porque en verdad, en verdad os digo que aquel que tiene el espíritu de contención no es mío, sino del diablo que es el padre de las contenciones, e irrita los corazones de los hombres, para que contiendan unos contra otros con ira.

He aquí, no es mi doctrina agitar con ira el corazón de los hombres, uno contra el otro; sino que ésta es mi doctrina: que tales cosas cesen. (III Nefi 11:29, 30)

3. **¿Esta inspiración engendra el bien, la virtud, el conocimiento, el amor y la buena voluntad en nuestra vida?** Dicen de un padre de familia que un día se sintió inspirado por el Espíritu Santo a ejercer su autoridad en su propio hogar. Resultado: una esposa humillada, y desconsolada, y todos sus hijos fuera de la Iglesia y llenos de rencor hacia la religión. Hay también un misionero, que, basándose en su propia inspiración, excomulgó a treinta y dos miembros en una rama. Esto sucedió en la época que las comunicaciones eran muy difíciles y el contacto con las autoridades de la misión se establecía sólo de tarde en tarde, y por ello la supervisión de una rama quedaba mayormente en manos de los misioneros locales. El resultado: familias divididas, niños llenos de amargura, matrimonios deshechos, maldecir entre los santos, y la sospecha mutua que amenazaba con destruir la rama.

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros. (Gálatas 5:22-26).

4. **¿Están otros de acuerdo con esta inspiración?** La inspiración del Espíritu Santo generalmente se manifiesta a un solo individuo, aunque, en ciertas públicas ocasiones, varias personas a la vez pueden experimentarla. Si una persona se siente inspirada por el Espíritu Santo, debe también estar dispuesta a comparar gustosamente lo que le haya sido inspirado con lo que otros hayan podido recibir en inspiración. Hay personas alrededor nuestro, especialmente el obispo o el presidente de la rama, el presidente de la estaca o de la misión, nuestros padres, etc..., que también poseen el don de revelación. Aunque estamos libres de aceptar sus consejos o no, por lo menos tenemos el deber de escucharles. Tenemos que comparar nuestra inspiración con los consejos de los que han recibido el llamamiento de presidir sobre nosotros y de los que, por su naturaleza y discernimiento, merecen toda nuestra confianza.

5. **¿Tengo yo derecho a recibir inspiración en un asunto en particular?** Durante la crisis económica que siguió al año 1930, una señorita muy religiosa y muy buena, y que gozaba de una buena posición, recibió la visita de un hombre que, poco más o menos, le dijo así:

"Anoche, hermana....., el Espíritu Santo me reveló que usted tiene que casarse conmigo." Un poco ofendida al principio, al poco rato se calmó y pidió tiempo a aquel hombre para pensarlo todo mejor. Como que era una persona fiel y devota, vacilaba en poner en duda una revelación del Espíritu Santo.

Cuando aún estaba preocupada por esta declaración, otro hombre de su misma estaca vino a verla, y le dijo que había tenido un sueño y que el Señor le había dicho que debía casarse con ella. Este concurso de circunstancias era ya demasiado. Se fué a ver a un miembro del Quórum de los Doce Apóstoles para pedirle consejo. Este le respondió bondadosamente: "¿No le parece a usted que, puesto que este asunto le concierne a usted tan grandemente, el Señor no le habría también revelado su voluntad lo mismo que a uno de estos dos hombres?" Esta respuesta satisfizo a la señorita. Porque, al fin y al cabo, cada uno de nosotros tiene derecho a recibir inspiración según su posición en la Iglesia o su vocación en la vida.

6. Finalmente, ¿se toma uno el tiempo necesario, en un asunto importante, sobre el cual buscamos orientación divina? Muchos problemas en la vida son fértiles en emociones y en sentimientos intensos. Distinguir entre nuestros propios sentimientos y la inspiración del Espíritu Santo en un momento dado puede ser muy difícil. Deberíamos dedicar un poco más de tiempo a la consideración de nuestros problemas, y orar más a menudo para llegar a sentir un sentimiento constante de seguridad, a pesar de la fluctuación de nuestras emociones.

Por ejemplo, la señorita que recibe una declaración de amor al claro de luna no tiene que esperar a recibir la inspiración celestial para saber qué responder en aquel momento maravilloso. Mucho antes ya, después de haber considerado tranquila, cuidadosa y piadosamente la posibilidad de esta declaración, debería de haber estado preparada. Sin haber examinado la cuestión de antemano y cogida de improvisto, ¿cómo podría recibir inspiración en aquel momento?

La necesidad que tenemos del testimonio del Espíritu

En el tercer capítulo consideramos la religión bajo dos aspectos: *la espiritualidad* (la relación del hombre con Dios), y *la moralidad* (algunas de las relaciones del hombre con sus semejantes.). La espiritualidad tal como la definimos pertenece a la religión. Se basa en la fe en Dios. Se la cultiva mediante la adoración, la devoción, la oración, la meditación y la ayuda al prójimo. Sus recompensas son fe, consuelo, solaz, y la seguridad de que uno "no está solo"; la sensación de vivir en armonía con la voluntad y el propósito divino. Todo esto da un propósito y una mayor amplitud a la vida, proporciona el gozo y la paz de espíritu. Y esto lo necesitamos en nuestra vida. Tenemos también necesidad de la ayuda y la inspiración del Espíritu Santo para hacer frente a las responsabilidades específicas de nuestra vida. Consideremos algunas cosas en las que tenemos una necesidad especial de la inspiración del Consolador.

1. Necesitamos el Espíritu Santo para guiarnos en las decisiones más importantes de nuestra vida. Una estudiante universitaria me ha preguntado: "¿Es que una muchacha tendría que considerar el asunto de su matrimonio en oración?" Si uno no puede orar concerniente a una decisión tan llena de consecuencias

para su vida y su felicidad como ésta, ¿ por qué orar entonces sobre no importa qué otra decisión personal? Tenemos que resolver los grandes problemas de la vida—el matrimonio, la profesión, el lugar de residencia, el bienestar de esposo y esposa, de los niños, los problemas de la comunidad, de la nación o del mundo—a la luz del evangelio de Jesucristo. Nuestras cuestiones y nuestros problemas individuales tienen que considerarse teniendo en cuenta otros fines superiores, tales como nuestro bienestar moral y espiritual, la vida eterna, la voluntad de Dios. El Espíritu Santo nos proporciona la ayuda que precisamos en estos asuntos.

2. Tenemos que cultivar el testimonio del Espíritu Santo en materia de fe y de testimonio. El hombre no puede saber por sí mismo, con el más mínimo grado de certeza, que Dios vive, que la vida es eterna y que Jesús es el Cristo. La filosofía y la ciencia sólo pueden darnos una seguridad limitada en las cuestiones que conciernen la fe. Incluso la vida moral—la justicia y la misericordia entre los hombres—aunque nos da cierta seguridad, no nos convence enteramente de la existencia. Si queremos saber con certeza perdurable y con un sentimiento análogo, este testimonio nos vendrá únicamente de la "voz apacible y delicada" del Espíritu. Esta clase de testimonio tiene una importancia tan vital para nosotros que conviene que, con todas nuestra fuerzas, tratemos de recibir esta seguridad por parte del Espíritu Santo. Con este testimonio podremos experimentar los sentimientos de Pablo y decir con él:

> Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada os podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 8:38, 39)
>
> ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? (Romanos 8:35)

3. Necesitamos el Espíritu Santo en nuestro trabajo en la Iglesia. Esto nos parece evidente a primera vista, pero tenemos necesidad de meditar más a menudo las razones que lo motivan.

Estamos ocupados en la obra de Jesucristo. Se acordarán que cuando Jesús iba a subir de nuevo al Padre, después de su resurrección, dijo a los Doce que no salieran de Jerusalén hasta que les llegara la promesa del Padre.

> Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. (Hechos 1:8) (Léase también Hechos 1:1-8)

Si los Doce, que conocían a Cristo y le habían visto resucitar, recibieron la orden de esperar al Espíritu Santo, ¿no deberíamos nosotros, que trabajamos en la Iglesia, tratar de llegar a obtener la misma influencia? La respuesta la tenemos de manera muy clara en una revelación moderna:

> Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibiréis el Espíritu, no enseñaréis. . . . Y al elevar vuestras voces por el Consolador, hablaréis y

profetizaréis conforme a mí me plazca; porque, he aquí, el Consolador sabe todas las cosas, y da testimonio del Padre y del Hijo. (Doctrinas y Convenios 42:14, 16, 17)

Esto es verdad, no tan sólo para las enseñanzas, sino también para todo trabajo en la Iglesia. En la Iglesia somos gente laica, y no ministros que han recibido una educación especial para dedicarnos a la obra eclesiástica. El Señor nos confía su obra asumiendo que la inspiración del cielo compensará nuestras deficiencias humanas. ¡Y cuán de prisa no aparecen éstas cuando se nos deja solos! Por otra parte, ¡cuán grande y hermosa es la obra que produce el Espíritu de la Divinidad que influye en una persona sincera, humilde y amante! Es únicamente con la ayuda del poder que viene de lo alto que toda fase de la vida de nuestra Iglesia puede llevarse a cabo perfectamente y ser eficaz de una manera permanente. Es lo que Pedro comprendió con la organización de la Iglesia primitiva. Se acordarán ustedes que, con la expansión del grupo cristiano, se escogió a siete hombres para que se encargaran del bienestar de las viudas en la Iglesia. Pedro pidió a los miembros que escogieran entre ellos....

. . . siete varones de buen testimonio, *llenos de Espíritu Santo* y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. (Hechos 6:3)

4. Necesitamos el Espíritu Santo para ayudarnos a resistir la tentación. Mientras que Jesús oraba la noche en que fué entregado, Pedro, Santiago, y Juan cayeron dormidos. Cuando volvió a donde estaban, les dijo estas palabras memorables:

Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. (Marcos 14:38)

No es la tentación la que nos da la fuerza de resistirla. La fuerza tiene que venir de nosotros mismos. Es por esta razón que dijo Pablo: "No te dejes de vencer del mal, antes vence el mal con el bien." Esto es lo que Alma aconsejo a su hijo Helamán:

Predícales el arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo; enséñales a humillarse, y a ser mansos y humildes de corazón; enséñales a resistir toda tentación del diablo, con su fe en el Señor Jesucristo. (Alma 37:33)

"El espíritu está pronto, pero la carne es débil." "El orgullo precede la caída." Todos nosotros necesitamos ser fortalecidos con el Consolador para que podamos así continuar en el "sendero estrecho" y evitar el sucumbir a las flaquezas de la carne y los deseos egoístas de la naturaleza humana.

5. Finalmente, y como resumen, necesitamos el Espíritu Santo para que nos ayude a comprender, siempre más y más, todos los principios del evangelio y podamos así llegar a ser verdaderos discípulos del Señor Jesucristo. El Espíritu Santo puede ayudarnos. Pedro hace una excelente declaración al respecto en su segunda epístola:

Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra: Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús.

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de uestro Señor Jesucristo. (II Pedro 1:1-8)

Cómo podemos recibir el testimonio del Espíritu Santo

Dice así en Doctrinas y Convenios:

Un hombre puede recibir el Espíritu Santo, y éste puede descender sobre él y *no permanecer* con él. (Doctrinas y Covenios 130:23)

No importa lo mucho que podamos necesitar al Espíritu Santo, únicamente podemos recibir su influencia si la virtud reina en nuestra vida y en nuestros pensamientos. El deseo de tener poder y gloria, dinero o lo que el dinero puede proporcionar, el deseo de placer, (no como recreación sino como propósito principal de la vida) son intereses incompatibles con el Espíritu de Cristo que el Espíritu Santo distribuye entre los hombres.

Se nos da el Espíritu Santo a causa de nuestra fe en Cristo, de nuestro arrepentimiento y de nuestro nuevo nacimiento espiritual del que testificamos en nuestro bautismo. Su misión es la de guiarnos a una vida más rica y más elevada, que conviene a los discípulos de Cristo. Para gozar de este don debemos mantener viva la llama de nuestra fe en Cristo. Nuestro arrepentimiento tiene que ser continuo, y nuestro bautismo debe renovarse cada semana cuando tomamos la Santa Cena. Nuestra vida entera tiene que estar orientada de manera constante hacia nuestra fe cristiana. Mejor que cualquier otro autor de que podamos acordarnos, Moroni muestra la relación íntima que existe entre los primeros principios y ordenanzas del evangelio:

Y el primer fruto del arrepentimiento es el bautismo; y el bautismo viene por la fe para cumplir los mandamientos; y el cumplimiento de los mandamientos trae la remisión de los pecados; y de la remisión de los pecados proceden la mansedumbre y la humildad de corazón; *y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visitación del Espíritu Santo, el Consolador que llena de esperanza y de amor perfecto,* amor que se conserva por la diligencia en la oración, hasta que venga el fin, cuando todos los santos morarán con Dios. (Moroni 8:25-26)

Capítulo 13

"LA RESURRECCION Y LA VIDA"

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aqui, sino que ha resucitado. (S. Lucas 24:5-6)

En tiempos de Jesús, los fariseos creían en la resurrección y los saduceos no. Incluso los Apóstoles tardaron en comprender las alusiones que hizo Cristo a su propia resurrección, y se asombraron en gran manera cuando ésta se produjo. El Nuevo Testamento, libro tras libro, da glorioso testimonio de la victoria que obtuvo el Salvador sobre la muerte. En este capítulo vamos a revisar algo lo que el Nuevo Testamento tiene que decir al respecto y consideraremos lo que este gran suceso tiene que ver con nosotros en nuestra época.

Cristo ha resucitado

Jesús estaba al corriente de la muerte y de la resurrección por las que tenía que pasar. Por lo menos tres evangelios atestan que así lo declaró. (Véase Mateo 26:61; 27:39-43; Marcos 14:58; y Juan 2:19-22; 5:24-28)

De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; (Juan 5:25, 26)

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. (Juan 10:17, 18)

Por el libro de Juan nos enteramos qu e Cristo, a diferencia de los demás hombres, múrió voluntariamente. A pesar de que lo mataron otros y que sufrió los dolores de la crucifixión por los pecados de la humanidad, lo hizo por su propia voluntad para llevar a cabo el propósito del Padre.

Fué una nueva y gloriosa mañana de sábado cuando "dos varones con vestiduras resplandecientes," dirigieron la palabra a las mujeres que habían venido a la tumba del Salvador con ungüentos y especies para ungir su cuerpo. "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado. . . ." No tan sólo estas mujeres, sino los mismos discípulos de Jesús se quedaron sobrecogidos al pensar que había resucitado y se maravillaron enormemente cuando se les apareció luego. Por ello Jesús les dijo:

. . . ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían,

y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos. (Lucas 24:28-43)

La resurrección de Cristo tuvo un efecto electrizante sobre los Doce.

Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. (Lucas 24:52, 53)

Inspirados por esto y por el Espíritu Santo, Pedro y los Doce predicaron la resurrección con gran bravura a aquellos mismos judíos que habían crucificado a su Señor. (Léase el libro de los Hechos, empezando por el capítulo 2.) Muchos miembros de la Iglesia primitiva consideraron un honor el imitar a su Maestro en el martirio.

El apóstol Pablo, convertido después de la muerte del Salvador en una asombrosa visión (Véase Hechos capítulo 9.), se convirtió en un campeón elocuente de la resu rrección. En verdad, sus escritos son los primeros documentos que dan testimonio de la resurrección. Así escribió a los Tesalonicenses:

Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor; que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. (I Tesalonicenses 4:13-18)

El discurso más largo y elocuente que Pablo nunca escribiera concerniente a la resurrección se encuentra en la Primera Epístola a los Corintios, en el capítulo 15. En él cita buena cantidad de personas, incluyendo él mismo, que habían visto a Cristo resucitado, "las primicias de los que han muerto," "porque así como en Adán todos mueren, así todos resucitarán en Cristo."

Según el Nuevo Testamento debemos deducir que la resurrección de Cristo fué real, que volvió a tomar su propio cuerpo, que fué el primero de todas las personas de la tierra en resucitar, y que en él y por medio de él toda la humanidad resucitará.

No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación. (Juan 5:28, 29)

Lo que la resurrección de Cristo significó para sus discípulos

Unicamente podemos suponer lo que el conocimiento de su propia inmortalidad y de su poder significaron para Cristo. Sin duda alguna

que debió de ser una fuente de serenidad y dignidad a la hora de su pasión. Sin duda también, fué un factor importante de sus enseñanzas, ya que los cielos y la eternidad eran tan reales para El como la tierra y todo lo que le rodeaba.

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. (Mateo 6: 19, 20)

No sabemos exactamente como la resurrección de Cristo afectó la resurrección de toda la humanidad, pero sabemos que fué así. Nuestra resurrección es su obra creatriz, y debió de ser para El motivo de gran gozo.

Para Pedro, Juan y Pablo, la resurrección de Cristo fué una fuente dinámica de fe, de ánimo, de consuelo, de arrepentimiento, de virtud y de gozo. Para ellos, fué algo cierto y real, siempre presente en sus mentes. Para Juan, esto significaba la compañía eterna y gozosa del Padre y del Hijo:

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida porque la vida fué manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. (I Juan 1:1-4)

Para Juan esta fe significa que debemos "también amarnos los unos a los otros" y que "quienquiera que tiene esta esperanza en él se purifica, como él mismo, (Jesús) es puro," y que cualquiera "que peca no le ha visto ni le ha conocido." "Conocemos el amor de Dios en que ha dado su vida por nosotros; que el Hijo de Dios vino y nos dió inteligencia para que conozcamos lo que es Verdadero, y nosotros estamos en el Verdadero, y en su Hijo Jesucristo. El es el verdadero Dios y la vida eterna." (Léase la primera epístola de Juan de la que éstas citas están tomadas.)

Pablo reconoció que la fe en la resurrección es una fuerza dinámica que determina una vida virtuosa. (Pablo siempre juntó la fe religiosa con la vida moral más elevada.) Concluyó su gran capítulo sobre la resurrección con esta admonición:

Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano. (I Corintios 15:58)

En el mismo capítulo escribió también lo siguiente:

Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. (Versículo 19)

Lo que la resurrección de Cristo significa para nosotros

¿En qué nos afecta la resurrección de Cristo en nuestra vida cotidiana? ¿Nos deja indiferentes excepto cuando la muerte de alguien, unos funerales, o el día de los muertos nos la recuerda? ¿Las personas de edad avanzada acaso son las únicas que piensan en ella de vez en cuando? ¿Tenemos una fe viva en la resurrección, que afecta verdaderamente nuestros puntos de vista y nuestra conducta moral cada día de nuestra vida? Como dijo Pablo, seremos "los más desgraciados de todos los hombres" sin fe en la inmortalidad de Cristo.

Pablo tuvo una visión del Señor resucitado. Había oído su voz. Lo que en otros tiempos no había sido para él otra cosa que las enseñanzas de los fariseos, ahora era una realidad.

La resurrección y la redención de Cristo fueron la base de las predicaciones de Pablo. Sin esta fe en Cristo Pablo hubiera sido el más desgraciado de todos los hombres.

Pero esto no significa, sin embargo que la única razón por la que la vida de Cristo tiene importancia para nosotros es su resurreccion.

"Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo," todavía estamos en una posición mejor que la de aquellos que ni siquiera esta esperanza tienen. Cristo nos ha enseñado cómo debemos vivir aquí abajo, actualmente. Creemos que conocía, no tan sólo las cosas de valor eterno, sino también las de mayor valía humana de esta vida actual. En realidad, son esencialmente las mismas. El amor, la misericordia, la humildad, la pureza de corazón, y la generosidad nos proporcionan gozo en esta vida al propio tiempo que nos preparan para la vida eterna en el reino de Dios.

Incluso si la inmortalidad no fuese otra cosa que un mito, sería insensato apartarse la fe en Cristo, diciendo: "¿Qué me aprovecha si los muertos no resucitan? Comamos y bebamos, que mañana moriremos." (I Corintios 15:32) Si esta vida fuese todo, aún sería preciosa para nosotros; querríamos vivirla toda entera y conocer plenamente su sentido profundo. Sentiríamos la misma sensación de urgencia por obtener lo más posible de nuestra vida efímera. Si no hubiese nada más allá de esta vida, tendríamos necesidad igualmente de la vida y las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Las enseñanzas que dió concernientes a la vida actual, todavía serían ciertas:

Mejor es dar que recibir.
Bienaventurados los misericordiosos.
Bienaventurados los limpios de corazón.
Bienaventurados los pacíficos.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Estas son las leyes de la vida, de esta vida actual, y de la vida eterna.

Cristo resucitó. Nosotros también resucitaremos. Esta fe es muy importante en sí misma, y es también, no sólo para Pablo, sino para ustedes y yo, fuente de gran gozo. Pensemos un momento, si la vida no fuese eterna y si no hubiese un Dios vivo, personal en los cielos, podría llegar el día en que toda la verdad, la belleza y la bondad que conocemos y a las que aspiramos en esta vida fuesen aniquiladas por una bomba atómica o de hidrógeno, o por cualquier otra catástrofe del mismo género. Un fin trágico para la vida sobre esta tierra, en verdad. El sólo pensar en una posibilidad parecida nos trastorna todos y nos llena de pesadumbre.

Esta idea ha sido desarrollada de una manera interesante por un filósofo llamado William P. Montague que define la religión como "la fe en que las cosas que importan más en la vida no estarán a la merced de las que importan menos." El amor, la entereza de carácter, el ánimo moral, la verdad, la virtud nunca serán aniquiladas por las fuerzas impersonales de la naturaleza. La fe en Cristo y en la inmortalidad personal sostienen nuestra fe en un universo moral y en la existencia eterna y universal de las cosas más bellas y elevadas de la experiencia humana. Y es por esta razón que nos regocijamos en Cristo y en su resurrección, no porque esta vida estaría desprovista de razón si no fuese por su resurrección, sino porque nos da la certeza que las cosas más hermosas a que podamos aspirar aquí abajo tendrán su mayor desarrollo en el reino de nuestro Dios y de su Hijo.

La fe en la resurrección nos reconforta y nos da la paz del alma. Borra una gran parte de lo que es trágico en la vida. Uno de los aspectos trágicos de la vida es que la decrepitud y la muerte vienen a nuestro encuentro en el preciso momento en que hemos llegado a esta madurez que nos permite gozar plenamente de la vida. Hay también otros aspectos trágicos, como el sufrimiento de los inocentes, la injusticia y las dificultades que algunas personas tienen que soportar en su vida. La fe en la inmortalidad nos hace creer que estas cosas serán corregidas, y que, de acuerdo con la sabiduría y por decreto de Dios la vida será considerablemente mejorada. Habrá compensaciones. La misericordia y la justicia prevalecerán. Los límites naturales de la vida mortal serán sobrepujados. El progreso moral y espiritual continuará.

Nos regocijamos con Sócrates, que esperaba la muerte como si fuera un sueño apacible, como si fuera una vida maravillosa de comunión con los grandes hombres que le habían precedido. La idea de poder conocer a Moisés, a Alma a Pablo, al profeta José Smith y al Salvador cara a cara nos inspira. ¡Y qué satisfacción no debe darnos la certeza que volveremos a ver a nuestros seres queridos!

La inmortalidad, aun considerándola como posibilidad únicamente, vale la pena esperarla confiadamente. El estudio del Nuevo Testamento refuerza nuestra fe en la inmortalidad personal porque da testimonio, vez tras vez, de la resurrección de Jesucristo.

Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? (Juan 11:25, 26)

La realidad de la existencia de Dios y de Cristo resucitado constituyen el hilo y la trama de la fe de los Santos de los Ultimos Días. La existencia del Padre y del Hijo, revelada en la primera visión de José Smith, en 1820, fué revelada por segunda vez en otra gran visión. (Véase Doctrinas y Convenios, sección 76) Ojalá que esta fe que tenemos en Cristo sea manifiesta en nuestra lealtad a los ideales cristianos y en el ánimo tranquilo con el que afrontamos las vicisitudes de la vida terrenal.

Capítulo 14

LA GRACIA DIVINA

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:8, 9)

Los Santos de los Ultimos Días raramente hablan de la **gracia.** Cuando lo hacemos a veces, es para refutar la idea citando la epístola de Santiago sobre la fe y las obras. La razón principal de esta actitud es que la gracia tiene un sonido sectario a nuestros oídos dado que en los cultos y en las enseñanzas católicas o protestantes la gracia desempeña un papel muy importante.

Lo cierto es que los Santos de los Ultimos Días creen en la gracia divina. Tanto el Libro de Mormón como las Doctrinas y Convenios emplean la palabra "gracia" muchas veces, dándole todo su significado. La idea de gracia es básica en nuestra religión. Sin ella no habría salvación, ni exaltación, ni tan siquiera vida. Los católicos y los protestantes tienen razón en hacer tanto hincapié en la gracia. En lo que se han equivocado es en su manera de enlazar la gracia con los otros principios fundamentales de la religión Su error consiste, no en haber reconocido la importancia de la gracia, sino en haber mal interpretado el papel que desempeña en la religión y en la vida. Muchos de nosotros nunca hemos dedicado bastante tiempo para meditar esta cuestión de la gracia. Es por esta razón que no hemos podido comprender la doctrina católica o protestante de la gracia ni apreciado nuestra propia creencia en esta doctrina.

En el Nuevo Testamento, y particularmente en las epístolas de Pablo, el concepto de la gracia, lo mismo que el nombre, aparecen repetidas veces. Uno no puede creer en el Nuevo Testamento sin creer en la gracia de Dios y de su Hijo Jesucristo. Nuestro propósito, en este capítulo, será el de presentar las enseñanzas que encontramos al respecto en el Nuevo Testamento. En otro capítulo dedicado al mismo tema, hablaremos del papel que juega la gracia en el evangelio restaurado de Jesucristo. Primero, parémonos un momento a considerar el significado de la gracia. Esto, de por sí, ya es algo difícil y que requiere bastante espacio. Tenemos que considerar este capítulo como una especie de introducción y, por consiguiente, estará tan simplificado como nos sea posible.

El significado de la palabra "gracia"

Esta palabra se emplea muy a menudo en el Antiguo Testamento. Proviene de una palabra hebrea que significa favor. Los hombres hallaban gracia a los ojos del Señor. "Pero Noé halló gracia a los ojos del Señor." (Génesis 6:8) Ruth usa el término con este mismo significado cuando responde a la generosidad de Boaz que la había invitado a venir a espigar en su campo y a compartir su bebida.

Ella entonces bajando su rostro se inclinó a tierra, y le dijo: ¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que me reconozcas, siendo yo extranjera? (Rut 2:10)

También se usan las palabras clemencia y misericordia con el mismo significado que gracia.

. . . Pero tú eres Dios que perdonas, *clemente y piadoso*, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste. (Neh. 9:17)

Mas por tus muchas misericordias no los consumiste, ni los desamparaste; porque eres Dios *clemente y misericordioso*. (Neh. 9:31)

En el Nuevo Testamento, se emplea la palabra con el mismo significado fundamental, estrechamente ligado a "generosidad, misericordia y amor." El Padre y el Hijo son misericordiosos, porque movidos por su propio amor, ayudan al hombre más allá de lo que podría permitir lo que el hombre merece por sí mismo en estricta justicia. Así pues, en sentido en que se usa favor indica un don que se nos hace, gratuitamente. Si este don fuera merecido, ya no se trataría de amor o de misericordia, sino sencillamente de justicia o de reciprocidad. Para conocer mejor el significado de la gracia, examinemos el Nuevo Testamento.

La gracia en la vida y enseñanzas de Jesucristo

Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y *la gracia de Dios era sobre él.* (Lucas 2:40)

Y aquel Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), *lleno de gracia y de verdad.* . . . Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fué dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. (Juan 1:14, 16, 17)

El favor del Padre estaba en su Hijo. Esto Jesús lo sabía. Y sabía también que todos los hombres, tanto los malos como los buenos, participan de la bondad del Padre.

. . . que hace salir su sol sobre malos y buenos y que llueva sobre justos e injustos. (S. Mateo 5:45)

Por lo tanto debemos amar también a nuestros enemigos, bendecir a "los que os maldicen, haced el bien a los que os odian, para que seáis buenos hijos del Padre Celestial." (Véase S. Mateo 5:43-48)

Jesús sabía también que iba a dar su vida libremente, a título gracioso, para que los justos y los injustos, los creyentes y los incrédulos pudiesen resucitar. (Hemos estudiado esto en nuestra lección sobre la resurrección.) La palabra *gracia* se usa raramente en los evangelios, pero Cristo pasó la mayor parte de su vida dando de gracia. Por su amor y por su compasión, al igual que por su fe, Jesús hizo andar a los paralíticos, devolvió la vista a los ciegos y a los pecadores también, y curó a los leprosos.

Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio. Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fué de aquél, y quedó limpio. (Marcos 1:41, 42)

La gracia en la vida y enseñanzas de Pablo

En los escritos de Pablo es en donde podemos encontrar más detalles con respecto a la gracia. Su gozo estaba en la gracia de Cristo, que era el tema central de sus enseñanzas. Para él, la gracia no era una doctrina teológica cuidadosamente preparada, sino una realidad viviente.

Antes de su conversión, Pablo, que entonces se llamaba Saulo, era uno de los más estrictos miembros de la secta de los fariseos. Dado en cuerpo y alma a la letra de la ley mosaica, practicaba su religión diligente y meticulosamente. Para él, la vida religiosa consistía esencialmente en la obediencia a los mandamientos divinos. El hombre recibía su recompensa por su obediencia, o su castigo por su desobediencia. El juicio venía luego, en el que conocería la cólera de Dios. La vida religiosa consistía, en cierto modo, en una teneduría de libros.

Esta descripción de la religión de Pablo no está completa y no debe ser considerada como una imagen fiel de la religión del Antiguo Testamento, en el que se pone más énfasis en el amor de Dios, la justicia, la misericordia y la humildad. Pero, tal como Pablo y los evangelios lo dan a entender, buena parte de la religión farisaica se concentraba principalmente en la obediencia a todo un sistema de reglas elaboradas, basadas, más o menos, en la ley mosaica, en el transcurso de los siglos que habían transcurrido desde la época de Moisés.

En el camino de Damasco, Pablo recibió, junto con la visión de Cristo, una nueva visión de la religión. En lugar de obediencia a la ley, la fe en Jesús es lo que primero debía tener importancia. La preocupación por cumplir con "la letra de la ley," el "espíritu de la ley" asumió el primer lugar en su corazón. Jesús, y el hombre con relación a Jesús, fueron las figuras centrales de la religión de Pablo bajo su nueva manera de comprenderla. Pablo describe de manera muy completa la diferencia que existe entre la religión interpretada como obediencia a la ley, y la religión que se basa en la fe en Jesucristo. Habla de ello en todas sus epístolas, particularmente en la dirigida a los Gálatas, y también en los capítulos que van del tercero al onceavo de la epístola a los Romanos. Estos escritos no son muy fáciles de entender. Muchos teólogos se han perdido en el mare mágnum de palabras, y muchos misioneros de nuestra propia Iglesia sólo han visto confusión en ellos. Intentaremos poner en claro sus enseñanzas, aunque nos será imposible tratar el tema a fondo.

La ley de Moisés pone al hombre bajo condenación

(Pablo mantiene esta posición, especialmente en los capítulos 3 y 7 de Romanos.) ¿Por qué? Porque nadie puede observar todas y

cada una de las leyes de Dios a la perfección. A veces las olvida; otras, es débil.

Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. (Romanos 7:15)

Conocer la ley y no cumplirla es pecar. Porque el pecado es la transgresión voluntaria de la ley de Dios. El que peca, según Pablo, cae bajo la condenación. Es objeto de la cólera divina. Y todos somos pecadores, ya que hemos aceptado la ley.

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. (Romanos 3:19, 20)

Pablo indica cuidadosamente que la ley por sí misma "es santa, y el mandamiento santo, y justo y bueno." (Romanos 7:12) "La ley es espiritual," mas el hombre es carnal y no puede obedecer la ley. Por lo tanto, "yo, Pablo, hallé que el mandamiento, intimado para vida, para mí era mortal." (Romanos 7:10). Pablo no hace mención de la fuerza y de todas las cosas de valor que uno encuentra viviendo según la ley, aunque sea inperfectamente. Lo que quiere hacer comprender a los Romanos es que la ley hace del hombre un pecador y le condena. A causa de la propia naturaleza del hombre, le es imposible observar la ley enteramente.

¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. (Romanos 7:7-9)

Los niños, las personas que no gozan de sus facultades mentales y los que están seriamente enfermos no caen bajo la condenación, porque estos no conocen la ley. No pueden pecar. Pero nosotros, caemos bajo condenación si no cumplimos la ley.

La salvación del pecado no nos viene por la obediencia a la ley, porque continuamente estamos violando la ley. Ni tampoco hay perdón en la ley. La ley no conoce otra cosa más que la justicia, porque es algo impersonal. No hay gracia sin ley. La religión basada en la obediencia a la ley hace del hombre un pecador, un deudor de la ley. Esta es la enseñanza de Pablo.

Jesucristo trae la gracia y la salvación

Después de su visión del Señor, después de haber meditado bajo la influencia del Espíritu Santo, Pablo cambió su concepto de la religión. La fe en Jesucristo, y no la obediencia a la ley, es el poder salvador del evangelio de Jesucristo, según las epístolas de Pablo. Esto no significa, sin embargo, que la ley ya no tiene importancia alguna, y que debe ser abolida.

¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley. (Romanos 3:31)

La ley no es nula, lo único que sucede es que la salvación viene de otra parte. La fuente de salvación es Cristo.

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. (Romanos 1:16)

Cómo nos salva Jesucristo

1. Jesucristo nos salva de la muerte y de la tumba. Pablo da un elocuente testimonio de ello en la Primera Epístola a los Corintios, en el capítulo 15, como lo hemos estudiado ya en el capítulo precedente:

... Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: *Cristo, las primicias; . . .* (I Corintios 15:19-23)

... Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? (I Corintios 15:54, 55)

La resurrección, hecha posible únicamente en Cristo y por Cristo, es una prueba de su gracia. No la ganamos. Cristo nos la ha ofrecido graciosamente, por su propia voluntad, en su bondad y su amor.

2. Jesucristo nos salva del pecado. Por la fe en El, que es también un don de Dios, el hombre puede ser más fuerte que la carne, y elevarse por encima de todo lo que hay de malo en esta vida, y vivir con rectitud y honestidad; se vuelva una nueva criatura en Cristo Jesús. En Romanos, capítulo 6, Pablo compara el bautismo a la muerte y a la resurrección de Cristo. Al igual que El fué enterrado en la tumba y resucitó "por la gloria del Padre, *así también nosotros andemos en novedad de vida.*" (Romanos 6:4; léase el capítulo entero.)

Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 6:20-23) (Véase también Alma 34:14-17)

3. Según Pablo, la salvación no es tan sólo la resurrección futura del cuerpo hecho inmortal; es también una realidad palpable. La fe en Jesucristo aporta al hombre el espíritu de Cristo. Y el Espíritu de Cristo en el hombre eleva a éste por encima de la ley, por encima del pecado, por encima de la condenación en esta vida.

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espirítu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado

y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. (Romanos 8:1-10)

Este y muchos otros pasajes de Pablo en sus epístolas ilustran la fusión de la vida moral y la vida religiosa. La fe en Jesucristo, don de Dios, cambia la vida del hombre y la encamina hacia el bien. La espiritualidad—en este caso, la fe en Cristo y el amor de Cristo—se expresa en moralidad inspirando todas las virtudes cristianas, y entonces, cuando el hombre se ha vuelto una nueva criatura por la fe y el arrepentimiento, Dios, con gracia y misericordia, le perdona por el amor de Cristo. No tan sólo nos salva Jesucristo del pecado mediante su fe en él, sino que también nos perdona nuestros pecados.

Escribiendo a los romanos, que tenían fe en Cristo, y afirmando su propia fe, Pablo expresa, en estas palabras, sus profundos sentimientos de paz y de salvación mediante la gracia del Salvador:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? ... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 8:35, 38, 39)

Es evidente que Pablo creía que la salvación y la vida eterna se obtienen por Jesucristo. Sin su don o su gracia no hay ni resurrección del sepulcro, ni perdón de los pecados. Es esta la substancia de las enseñanzas de Pablo.

Nos falta discutir, en el capítulo siguiente, el significado que la doctrina de la gracia tiene para los Santos de los Ultimos Días, y ver cuál puede ser su importancia en nuestra vida cotidiana.

Capítulo 15

LA GRACIA DIVINA
(continuación)

Y sabemos que la justificación por la gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es justa y verdadera; y también sabemos que la santificación por la gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es justa y verdadera, para con todos los que aman y sirven a Dios con toda su alma, mente y fuerza. (Doctrinas y Convenios 20:30, 31)

La creencia de los Santos de los Ultimos Días en la gracia divina

Para nosotros, Dios es un Padre lleno de gracia de verdad, amante, misericordioso y generoso al mismo tiempo que justo. Es lo que Jesús nos ha revelado por su vida y por sus enseñanzas. Creemos que una gran parte de la gracia del Padre nos viene a través de su Hijo.

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que *ha dado* a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. (Juan 3:16, 17)

Muchos son los dones que recibimos de la Divinidad.

1. El Padre y el Hijo nos han dado la oportunidad de vivir por causa de la abundancia de su amor, y no por causa de nuestros méritos. Que sepamos, no hemos contribuído en nada a nuestra creación. El Padre nos creó como espíritus en la preexistencia. Mediante Jesucristo nos ha preparado esta vida terrestre. Y Jesucristo nos ha traído la resurrección, a fin de que "espíritu y elemento, inseparablemente unidos," reciban "una plenitud de gozo." (Véase Doctrinas y Convenios 93:33-35)

2. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos han dado revelaciones a través de los siglos, para guiarnos individualmente o por mediación de los profetas.

Y la luz que brilla, que os alumbra, viene de aquel que ilumina vuestros ojos, que es la misma luz que vivifica vuestros entendimientos, la cual procede de la presencia de Dios para llenar la inmensidad del espacio—la luz que existe en todas las cosas, la que da vida a todas las cosas, la ley por la cual se gobiernan todas las cosas, aun el poder de Dios, que se sienta sobre su trono y existe en el seno de la eternidad, y en medio de todas las cosas. (Doctrinas y Convenios 88:11-13)

Nuestra Iglesia tuvo su comienzo con una revelación del Padre y del Hijo. Jesucristo mismo estableció sus cimientos. Y el don del Espíritu Santo, como hemos visto ya, es algo muy real y está al alcance de todos aquellos que sean dignos de él. A pesar de que uno tenga que desear recibir una revelación y ser dignos de ella para recibirla, cuando esto sucede nunca deja de ser un don de Dios, una manifestación de su amor por el hombre. Las enseñanzas del

evangelio son un don que Dios nos hace, el fruto de sus experiencias y las de su Hijo. El sacerdocio también es un don que Dios ha hecho al hombre, una expresión de su gracia.

En resumen, podemos decir también, juntamente con Pablo, que la salvación viene por la gracia y por Jesucristo. Es en él que somos salvos de la muerte, de la ignorancia y del pecado, que debemos superar para reconciliarnos con Dios y gozar de la vida abundante que Cristo vino a ofrecernos.

Los Santos de los Últimos Días rechazan algunos puntos de vista tradicionales sobre la gracia

Las tendencias principales del pensamiento en la historia cristiana, sobre todo en la historia protestante, han llegado a extremos en lo que a la doctrina de la gracia se refiere. El calvinismo y el luteranismo enseñan que el hombre, por la caída de Adán, ha perdido completamente la gracia y no puede contribuir a su propia salvación por sus méritos individuales. En las enseñanzas de Calvino, la salvación de los que tienen que ser salvos y la condenación del resto de la humanidad son una cuestión de predestinación. El asunto queda enteramente en las manos de Dios. Según el catolicismo, se salvan únicamente aquellos que han recibido suficiente gracia divina, y se condenan aquellos que no han recibido bastante. Al revés de lo que sucede con Calvino, en el catolicismo los que se condenan no han sido predestinados por el Señor para ser condenados, pero se condenan porque Dios no es bastante clemente con ellos. Al fin y al cabo viene a ser lo mismo. Esto nos deja todo confusos. ¿Por qué es que un Padre justo y amante no daría gracia suficiente a todos los hombres si es que éstos dependiesen *únicamente* de su gracia para salvarse?

Los Santos de los Ultimos Días rechazan estas creencias. Conceptos parecidos dejan caer una sombra bien lastimosa tanto sobre el carácter de Dios como sobre la dignidad y el valor del hombre, y niegan la sustancia misma de las enseñanzas de amor de Jesucristo. Creemos que Dios es justo, imparcial y misericordioso. Creemos también que todos los hombres son objeto de su amor. Creemos también que el hombre puede contribuir a su propia salvación o bien a su condenación. La revelación moderna justifica que el hombre es capaz de hacer el bien:

> Porque, he aquí, no conviene que yo mande en todas las cosas; porque aquel que es compelido en todo, es un siervo flojo y no sabio; por lo tanto, no recibe ningún galardón. De cierto os digo, los hombres deberían estar anhelosamente consagrados a una causa justa, haciendo muchas cosas de su propia voluntad, y efectuando mucha justicia; porque el poder está en ellos, por lo que vienen a ser sus propios agentes. Y si los hombres hacen lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa. (Doctrinas y Convenios 58:26-28)

Los Santos de los Ultimos Días creen que la salvación es el producto de la gracia y del mérito individual conjuntamente

En cualquier sentido pleno de la palabra, la salvación no puede efectuarse sin estas dos cosas. Es un don y al propio tiempo también

es algo que uno tiene que lograr. De la divinidad recibimos la vida misma y sobre todo la vida eterna; recibimos la tendencia a creer en el bien y practicarlo; recibimos inspiración, perdón y misericordia. Pero para participar plenamente a todos estos dones o a uno de ellos, el hombre tiene que ejercer su libre albedrío y su iniciativa. Tiene que desear y buscar la verdad, amar a Dios y a su prójimo, aceptar la voluntad de Dios, y hacer buen uso de los dones que Dios le haya otorgado. Porque el hombre no está básicamente corrompido. Puede hacer el bien lo mismo que puede hacer el mal; puede amar la luz lo mismo que puede amar las tinieblas. Su libertad es inherente a su misma naturaleza eterna y le viene también de Dios. (Véase Doc. y Con. 93:29-31)

Para los Santos de los Ultimos Días, la salvación es una meta positiva. La muerte y el pecado son únicamente factores negativos en un plan positivo. La salvación significa aprender a vivir como nuestro Padre Celestial y su Hijo viven; llegar a parecernos más a ellos en nuestra manera de ser y en nuestras obras; significa aprender a conformarse a las leyes celestiales, a crecer en conocimiento, en sabiduría, en integridad, en libertad y en amor. Significa ayudar a Dios en "llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre." Las escrituras confirman este concepto de la salvación. Jesucristo y los escritores del Nuevo Testamento ponen su confianza en el hombre haciéndole responsable de sus propios actos. Para ellos la salvación depende del arrepentimiento y de las buenas obras. Asumen el libre albedrío del hombre y su responsabilidad moral ante Dios y sus semejantes.

La responsabilidad que tiene el hombre con respecto a su propia salvación tiene sentido si la examinamos a la luz de la razón y de nuestra propia experiencia. ¿Quién puede aprender sin pensar, ser hábil en algo sin hacer práctica, llegar a ser virtuoso sin hacer acciones virtuosas? Uno no puede ponerse encima la espiritualidad y la moralidad como lo haría con un sobretodo. Dios nos muestra el camino a seguir y nos exhorta y nos ayuda a seguirlo. Tenemos que desempeñar nuestro papel como hijos libres, morales e inteligentes de Dios.

La gracia no se nos da una vez por todas en una cantidad fija. La gracia de Dios está siempre a nuestra disposición. El papel que desempeña en nuestra vida depende de nosotros, en gran parte. Más esfuerzos hagamos, más la mereceremos, y más la recibiremos por consiguiente. Tenemos que crecer en gracia.... Un hermoso pasaje de las Doctrinas y Convenios nos revela esta relación íntima entre la gracia y el mérito individual. Incluso Jesús pudo crecer en gracia, lo que indica su propia participación y su propio mérito.

Y yo, Juan, doy testimonio de que vi su gloria, como la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, que vino y moró en la carne, y vivió entre nosotros. Y yo, Juan, vi que no recibió de la plenitud al principio, mas recibía gracia por gracia; y no recibió de la plenitud al principio, mas progresó de gracia en gracia, hasta que recibió la plenitud; y por esto fué llamado el Hijo de Dios, porque no recibió de la plenitud al principio. Y yo, Juan, doy testimonio; y, he aquí, los cielos fueron abiertos, y el Espíritu Santo

descendió sobre él en forma de paloma, y reposó sobre él; y vino una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo Amado.

Y yo, Juan, testifico que recibió la plenitud de la gloria del Padre; y recibió todo poder, tanto en el cielo como en la tierra, y la gloria del Padre fué con él, porque moró en él. Y acontecerá que si sois fieles, recibiréis la plenitud del testimonio de Juan. Os digo estas cosas para que podáis comprender y saber cómo habéis de adorar y a quién; y para que podáis venir al Padre en mi hombre, y en el debido tiempo recibir de su plenitud. Porque si guardáis mis mandamientos, recibiréis de su plenitud, y seréis glorificados en mí, como yo lo soy en el Padre; por lo tanto, os digo, recibiréis gracia por gracia. (Doctrinas y Convenios 93:11-20)

En resumen, los Santos de los Ultimos Días creen en la gracia de Dios. Sin ella no podría haber salvación de la muerte y del pecado, ni habría tampoco exaltación en la presencia del Padre y del Hijo. Algunas veces la gracia de la divinidad se da gratuitamente sin haberla ganado. La gracia nos da cosas que seríamos incapaces de obtener por nosotros mismos, tales como la vida, y la resurrección del sepulcro. Otras veces la gracia divina nos es dada únicamente cuando nos preparamos para recibirla, y vamos en busca de ella, como por el ejemplo el perdón, que se recibe únicamente si uno ha "ejercido la fe hasta arrepentirse." (Véase Alma 34:15-17) Y también la revelación, que se nos da en respuesta a nuestros deseos y necesidades. (Véase Doctrinas y Convenios 1:24-28)

Como hemos dicho más arriba, la revelación y el perdón son una parte de la gracia de Dios cuando los recibimos. La doctrina de los Santos de los Ultimos Días se diferencia de las enseñanzas tradicionales del protestantismo en que acepta la creencia de que el hombre tiene poder para escoger o rehusar la gracia de Dios, aceptarla o ignorarla, darle mayor o menor importancia en su vida. Nuestro deber es prepararnos para recibir las manifestaciones de la gracia divina.*

La gracia divina en nuestra vida actual

En la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, insistimos de tal manera en el esfuerzo individual como parte integrante de la salvación que a veces perdemos de vista el papel tan importante que la gracia divina desempeña en nuestra vida.

1. Pensemos en lo que Dios ha hecho por nosotros y hablemos de ello. Pasamos días, e incluso meses tan absorbidos por nuestros problemas que nunca nos detenemos un momento a alabar la belleza y las maravillas de la naturaleza. Leemos los pronósticos meteorológicos, pero nunca pensamos en dar gracias por la lluvia que fertiliza nuestros campos, o la luz del sol, o el día y la noche incluso, o la paz que se respira en un hermoso anochecer. Los que vivimos en una ciudad raramente nos levantamos al alba cuando toda la creación de Dios se despierta una vez más a la vida. La fatiga, las enfermedades, un dolor o una contrariedad cualquiera aquí o allá pueden dejarnos tan preocupados como para impedirnos el que sintamos el gozo que deberíamos sentir por estar vivos y ver y sentir todo lo que nos rodea, y el privilegio de poder pensar o imaginar

cosas buenas y bellas. La vida de por sí es uno de los más preciosos dones que el Creador nos haya otorgado. Creyendo en éste y nuestra confianza puesta en El, deberíamos entonar himnos de gratitud en nuestros corazones por la gracia que nos ha dado.

La fe en la vida eterna, la certeza del perdón, la confianza en su bondad, la comprensión del orden que reina en el universo, el sentir que su Espíritu está cerca de nosotros, todas y cada una de estas cosas deberían ayudarnos a apreciar cuán grandes cosas ha hecho el Señor por nosotros.

2. Trabajar con otros para obedecer la voluntad del Señor nos ayudará a mejor apreciar la gracia de Dios. La gracia se manifiesta en la bondad que hallamos en nuestros semejantes, en los atributos divinos que vemos que poseen, hasta un cierto punto. La bondad que encontramos en los seres humanos es un reflejo del Creador para los que creemos en El. Además, cuando trabajamos en la obra del Señor de manera conforme, tenemos su Espíritu con nosotros. Sentimos su influencia y su poder que llegan más allá de nuestros propios límites.

Capítulo 16

EQUILIBRIO Y PERSPECTIVA

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. (Mateo 23:23)

El ardor y la sinceridad no bastan en la vida religiosa. Uno puede poner todo su celo en hacer cosas erróneas y descuidar el verdadero espíritu y los principios de la religión. El celo y la sinceridad tienen que ir guiados por la sabiduría, si no engendran el fanatismo. Santillana, el filósofo español, describe un fanático como un hombre que "dobla su velocidad una vez que ha perdido su meta." Tenemos necesidad de sabiduría para que ésta nos ayude a ver todas las cosas de la religión bajo su verdadera perspectiva y para poder ver cómo puede la religión resolver los problemas de la vida.

Jesús poseía esta sabiduría. Su religión es como un hermoso edificio, construído con proporciones admirables de armonía, de equilibrio, de simplicidad, de gracia, de grandeza y de unidad de propósito. Su religión puede compararse también a un hermoso mosaico, cuyas líneas, colores y materiales finos constituyen una obra de arte.

Sus discípulos recibieron su inspiración y continuaron la obra guiados por el Espíritu Santo. Juan y Pablo, por ejemplo, hablan de los aspectos morales y espirituales de la religión de una manera hermosa. Santiago escribe con claridad, armonía y perfecto sentido religioso. En este capítulo hablaremos de la sabiduría de Jesús y de otras grandes figuras novotestamentarias en sus enseñanzas religiosas.

La perspectiva en la vida de Cristo

1. La sabiduría del Salvador en su actitud con respecto el sábado y su manera de santificarlo.

Aconteció también en otro día de reposo, que él entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y le acechaban los escribas y los fariseos, para ver si en el día de reposo lo sanaría, a fin de hallar de qué acusarle. Mas él conocía los pensamientos de ellos; y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Y él, levantándose, se puso en pie. Entonces Jesús le dijo: Os preguntaré una cosa: *¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla?* (Lucas 6:6-9)

Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vío, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios. Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el día de reposo, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo. Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo

lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo? (Lucas 13:10-16)

También les dijo: *El día de reposo fué hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo.* (Marcos 2:27) (Léase Marcos 2:23-28)

En su deseo sincero de cumplir el mandamiento que dice: "Acuérdate del día del reposo, para santificarlo," los escribas devotos habían acumulado millares de reglas, en su mayor parte negativas, concernientes a lo que era preciso hacer y dejar de hacer en el día de sábado. Este día se había convertido en una pesada carga para el pueblo, que a veces se veían en la obligación de consultar a un escriba para saber si lo que tenían intención de hacer aquel día estaba permitido o no.

Jesucristo despojó la ley de esta falsa interpretación y penetró directamente en lo realmente importante de la religión. Santificó el día del reposo en armonía con el amor que sentía por Dios y los hombres, haciendo el bien, curando, consolando, inculcando en los hombres la fe y la paz en sus corazones a fin de que pudiesen acordarse de su Padre y Creador con gratitud y gozo.

2. Jesús conocía sus obligaciones para con Dios y los hombres.

Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendiesen en alguna palabra. Viniendo ellos, le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos?

Mas él, percibiendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea. Ellos se la trajeron; y les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Ellos le dijeron: De César. Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaron de él. (Marcos 12:13-17)

Cristo era, sobre todo y sin reserva ninguna, leal a su Padre Celestial. Sus palabras, tales como el primero y mayor mandamiento, y la frase "No podéis amar a Dios y a las riquezas," han sido la causa de que más de un sincero discípulo suyo se haya decidido a vivir como ermitaño en el desierto, o se retire en un convento o un monasterio. Pero el Señor no era fanático en estas cosas. Dió de comer a la multitud. Jesús y sus discípulos tenían una bolsa común para sufragar algunos gastos prácticos que surgían de vez en cuando. Pagaba los impuestos a César, pero decía también: "Buscad primeramente el reino de Dios y su Justicia."

3. La tolerancia del Salvador y su respeto del individuo quedan indicados en su conversación con María y Marta.

Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada. (Lucas 10:38-42)

Todas las cosas buenas son importantes. Hay más de una manera de honrar y servir al Señor. Todas las personas no tienen que ser formadas con el mismo molde.

4. Jesús reconocía la bondad en los demás, incluso en aquellos que no eran discípulos suyos.

Durante su vida envió a los Doce en misión, dándoles la autoridad de echar fuera a los demonios, de curar a los enfermos, y de predicar su palabra. Esos Doce tuvieron éxitos y fracasos al mismo tiempo. Estaban tan preocupados por saber cuál sería el mayor entre ellos. Agitados por estos pensamientos, los discípulos fueron a decirle a Jesús:

Entonces respondiendo Juan, dijo: Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre: y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros. Jesús le dijo: No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. (Lucas 9:49-50)

La perspectiva en las enseñanzas del Salvador

No tan solo en su manera de ser, sino también sus enseñanzas, el Salvador tenía un sentido maravilloso de la importancia relativa de las cosas. Consideraba cada principio con relación a otros principios, con relación a los principios superiores, y estos, a su vez, con relación a los propósitos de Dios cuando creó la vida sobre esta tierra.

1. Cuando el doctor de la ley le preguntó: "¿Cuál es el gran mandamiento en la ley?"

Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. (Mateo 22:37-40)

Jesús no fué el primero en enunciar estos dos mandamientos. El primero se encuentra en Deuteronomio 6:5 y el segundo se encuentra en Levítico 19:18. Los profetas, particularmente Amos, Oseas, Miqueas, Isaías y Jeremías, habían implicado estos grandes mandamientos fundamentales en sus enseñanzas. Sin embargo, que sepamos, nadie había nunca puesto los dos mandamientos juntos en un mismo pensamiento, con la claridad y la fuerza con que lo hizo Jesús, dando el primero ejemplo de ellos tanto por sus acciones como por sus enseñanzas. Declaró que el segundo era semejante al primero, y que todos los escritos canónicos de su época dependían o provenían de estos dos mandamientos. En la mente de Cristo, estos dos grandes mandamientos llegaron a ser el hilo y la trama de su vida religiosa.

2. La oración del Señor es otro ejemplo del maravilloso equilibrio que existe en las enseñanzas de Cristo. Encontramos en ella dignidad, sencillez y belleza; hallamos un respeto por el Padre, una consideración profunda p or los demás y una declaración de nuestras

necesidades más simples y de nuestras aspiraciones. (Véase Mateo 6:9-13)

3. Las parábolas de Jesús revelan su profunda comprensión de la vida humana y su talento en exponer el evangelio en metáforas y alegorías inspiradas en la vida cotidiana de la gente. La parabóla del sembrador, entre tantas otras, ilustra especialmente su maravillosa comprensión de la vida. (Léase Lucas 8:4-9 y 11:15)

Podríamos citar más ejemplos de su perspectiva, su equilibrio moral y su sabiduría con veintenas de referencias, pero para no hacernos más extensos mejor será proseguir con un breve estudio de las enseñanzas de algunos de los Doce.

La perspectiva de Pablo

Pablo, el hombre instruído, con una personalidad muy rica en contrastes, hizo prueba de una sabiduría notable en sus enseñanzas religiosas. Había tenido visiones de los cielos y de los que en ellos hay, y sin embargo podía mostrarse tan práctico como Santiago.

1. Su fe en Cristo no cambió de mala manera su actitud con respecto a todos los magníficos principios morales que se encuentran en la ley mosaica. Cuando se enteró que los gálatas consideraban que la fe en Cristo significaba que ahora tenían permiso para poder vivir como les placiera e ignorar la ley moral, Pablo les escribió una epístola enérgica en la que indicaba la relación necesaria entre la moralidad y la fe. Hizo un resumen de la religión analógico al que Jesús había hecho.

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Gálatas 5:13-14) (Léase la epístola a los Gálatas, sobre todo los capítulos 5 y 6)

2. Las cortas epístolas a Timoteo están saturadas de sabiduría práctica. Fijémonos especialmente en el propósito de la escritura; cómo el estudio de las escrituras edifica el carácter, desarrolla la justicia y perfecciona al hombre.

Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. (2 Timoteo 3:15-17)

3. Pablo aconseja a Timoteo que se aparte de las cosas que no son para la edificación.

Como te rogué que te queda ses en Efeso, cuando fuí a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, ni presten atención a fábula y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que edificación de Dios que es por fe, así te encargo ahora. Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia,

y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman. Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente; (1 Timoteo 1:3-8)

Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justica, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor. Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas. Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él. (2 Timoteo 2:22-26)

Nótense también las calificaciones que se precisan para ser obispo, que Pablo enumera en Tito 1:4-11.

4. Pablo también escribió una epístola a los corintios exhortándoles a distinguir la importancia relativa de las cosas. Se había enterado que había muchas querellas, maledicencia y envidia entre los santos de Corinto con respecto a la posesión de los dones espirituales en grados diferentes. En la primera epístola a los corintios, capítulos 12, 13 y 14, Pablo pone en claro el valor de estos dones y su propósito en la Iglesia, haciendo del amor la cosa suprema.

La perspectiva de Juan

La Primera Epístola de Juan demuestra un perfecto equilibrio entre las relaciones del hombre con Dios y con sus semejantes, y entre la creencia y la acción. Léase la epístola con esta idea presente en la memoria, y fíjese la atención de modo especial en los siguientes versículos:

Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. (I Juan 1:4)

Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión verdaderamente con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; (I Juan 1:3-6)

Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (I Juan 3:18)

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. (I Juan 4:7-8)

La perspectiva de Santiago

En el interés muy práctico que tiene Santiago en la religión, hallamos mucho sentido común, prudencia y sabiduría. Por ejemplo:

Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, enganándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor, de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a símismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace. (Santiago 1:22-25)

Hermanos míos, ¿ de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿ de qué aprovecha? (Sant. 2:14-16)

Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado. (Santiago 4:17)

La perspectiva que deben tener los santos en la actualidad

Preguntas

1. ¿En qué pierden hoy los Santos de los Ultimos Días la perspectiva en la vida religiosa? Dense ejemplos.

2. ¿En qué debemos hacer más hincapié?

El presidente José F. Smith no tan sólo fué un profeta, sino también un gran maestro de las verdades sencillas y fundamentales del evangelio. Sus sermones nos indican que trató de ayudar a los santos en comprender el evangelio y servirse de él inteligentemente en la vida. Puso a los miembros en guardia contra aquellas personas que concentran toda su atención en un tema de su predilección, reduciendo el evangelio a la Palabra de Sabiduría, la genealogía o las profecías de la segunda venida de Cristo. (Véase para ello las páginas 143 y 144 de su libro, *Gospel Doctrine.*)

Es muy fácil extraviarse en lo que concierne a la religión, como si dijésemos, pasar su vida en un rincón sin nunca levantar los ojos para mirar las estrellas, o de nunca bajarse de las nubes; en otras palabras, de no tener una visión de conjunto de lo que es el evangelio. Hay personas entre los Santos de los Ultimos Días que no fuman ni beben, pero que comen en demasía o que se agotan a sí mismos de tal manera que acaban con postraciones nerviosas. Hay personas que observan fielmente los preceptos de la Palabra de Sabiduría, la ley del diezmo, y que toman parte en las actividades de la Iglesia, pero que no son honrados en los negocios y que no tienen conmiseracíon por sus semejantes. Hay otros que tienen amor por sus semejantes, pero que son incapaces de dominarse a sí mismos y que disipan su vida comiendo y bebiendo. Hay también aquellos que no asisten a las reuniones de la Iglesia, y que de esta manera pierden la oportunidad de gozar del culto, de los servicios y de la comunión fraterna que podrían tener allí.

¡ Ojalá que pudiésemos vivir más de acuerdo con la manera en que vivió Jesús y nos enseñó que viviéramos, acordándonos siempre de las cosas más importantes de la ley, a saber, la fe, la justicia y la misericordia, sino por ello olvidarnos de las demás cosas! ¡Ojalá que observásemos la Palabra de Sabiduría, diésemos liberalmente nuestro tiempo y nuestro dinero, y fuésemos a la iglesia, pero que estas cosas no fuesen sino los medios mediante los cuales sirviésemos a Dios y a nuestro prójimo de una manera mejor! ¡Ojalá que las normas de la forma de vivir de los Santos de los Ultimos Días que establecieran si se es discípulo verdadero del Señor Jesucristo, fuesen la sabiduría, devoción y equilibrio que la persona trae consigo, en pensamientos y hechos, en la vida personal y social.

Capítulo 17

LA RELIGION DE JESUS FUE INTERNA

...la letra mata, mas el espíritu vivifica. (II Corintios 3:6)

Al empezar su Sermón del Monte, Jesús manifestó su completa adhesión a la ley y a los profetas:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. (Mateo 5:17-19)

Entonces, en términos enérgicos, reprobó la justicia superficial de los escribas y fariseos, una justicia que consistía demasiado a menudo en formas exteriores y en ceremonias únicamente, e insistió en la necesidad de tener un corazón puro y un espíritu renovado.

Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los cielos. (Mateo 5:20)

La importancia de la intención y de los motivos en la moralidad

1. Jesús hace de la religión y de la moralidad una cuestión del corazón.

"La intención es la madre de la acción." "Bienaventurados los de puro corazón." (Léase Mateo 6:20-28)

Oísteis que fué dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. (Mateo 5:27-28)

En este pasaje, como siempre, la perspicacidad de Jesús es muy penetrante. El adulterio empieza ya con la intención, con el deseo. De aquí se desprende que el que codicia una mujer muy probablemente va a sentirse impulsado a cometer el acto en sí mismo. Por otra parte, el deseo destruye la paz del alma y el respeto del objeto deseado. El deseo egoísta e impuro en el hombre es la fuente de acciones malas. Por el contrario, la pureza de corazón, fruto del respeto por la vida, conduce al amor desinteresado del prójimo.

2. La verdadera moralidad y la religión provienen de la pureza de intención.

La jactancia, la vanagloria, la ostentación, el hacer las cosas "para ser vistos de los hombres" no forman parte de la religión. Cristo lo indicó sin lugar a dudas:

Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las salutaciones en las plazas, y las primeras sillas

en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación. (Marcos 12:38-40)

Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. (Mateo 6:5-6)

Cuando uno hace un don de algo, no es la cantidad lo que importa, sino la intención del dador. Dar verdaderamente es dar por el amor de la dádiva.

Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante. Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento. (Marcos 12:41-44)

Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. (Mateo 6:1-3) (Léase también Mosíah 4:24-25)

La verdadera piedad viene también del corazón. "La oración es el deseo sincero del alma." A la samaritana que hablaba de adorar a Dios sobre una montaña de Jerusalén, Jesús le dijo:

Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. (Juan 4:23, 24)

3. A sus contemporáneos que ponían objeciones al hecho de que sus discípulos comían sin hacer la ablución de manos que estaba prescrita.

Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, Enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes. Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. (Marcos 7:6-9)

El les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos. Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre. (Marcos 7:18-23) (Léase también Mateo 23)

4. Jesucristo era un idealista. Sus palabras se han convertido, para nosotros, en grandes ideales que deberían ser preciosos para todos los hombres. Apenas si dió una sola regla de conducta, todo, lo contrario, todos fueron amplios principios espirituales, que ejemplificó de manera muy real con parábolas y alegorías sacadas de la vida cotidiana. Léanse las Bienaventuranzas y se verá a qué punto pueden llegar de profundidad en el corazón y la mente del hombre. Describen una situación espiritual del hombre.

Bienaventurados los pobres en espíritu.
Bienaventurados los que lloran.
Bienaventurados los mansos.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.
Bienaventurados los misericordiosos.
Bienaventurados los de limpio corazón.
Bienaventurados los pacificadores.

Pablo hace hincapié en el Espíritu

Antes de convertirse a Cristo, Pablo estaba profundamente dedicado a la ley y a las tradiciones judías. En el camino de Damasco, una vision de Cristo le cegó, pero no por mucho tiempo. Recibió su vista material y empezé a ver espiritualmente al mismo tiempo. La religión para él no era ya simplemente una cuestión de obediencia a un número infinito de reglas y de ritos, y la vida moral no era ya simplemente el resultado de aceptar la ley.

Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios. (Romanos 2:28, 29)

La verdadera vida religiosa surge de la fe en Jesucristo, de su Espíritu y del amor que mora en nuestros corazones. No es el producto de una obediencia a unas cuantas reglas, sino de la conversión por la fe, el arrepentimiento, el bautismo y la renovación del alma por el Espíritu Santo, que hace que el hombre se vuelva una nueva criatura en Cristo Jesús.

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. (Colosenses 3:15-16; léase el capítulo entero.)

Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica. (II Corintios 3:2-6)

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. (II Corintios 5:17)

El carácter interno de la religión actual

El evangelio, tal como ha sido revelado en el Nuevo Testamento, es el fruto de las revelaciones de Dios a través de la vida de su Hijo Jesucristo y a través de la influencia ejercida por éste y el Espíritu Santo sobre sus discípulos. Es imposible leer el libro sin darse cuenta que la religión significa más que palabras, más que obras, más que un rito. La religión fluye del espíritu y el corazón convertidos por el Espíritu del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando el profeta José Smith entró en el bosque en busca de la verdadera iglesia y del evangelio, se enteró de que no debía hacerse miembro de ninguna de las sectas que existían entonces, porque sus creencias eran una abominación ante Dios, y que sus predicadores *le honraban de labios, pero su corazón estaba lejos de él.* El evangelio fué restaurado para devolver a la tierra su fuerza y su verdad. Nuestro credo religioso es el resultado de un gran idealismo que poseyeron los hombres y mujeres que contriyeron con sus esfuerzos a la edificación del reino de Dios, a causa de su profunda y sincera convicción.

La religión actual, como siempre, existe en los corazones. Si ustedes y yo pretendemos ser religiosos es porque la pensamos, la sentimos y la vivimos; porque el Espíritu de Cristo y el Espíritu Santo están en nosotros para renovar nuestras mentes. La vida religiosa de un Santo de los Ultimos Días tiene que ser sincera y espontánea, no forzada, ni algo que consideramos un deber o una obligación, o incluso un hábito, sino una manifestación sincera de lo que creemos, de confianza y de fe, y, por encima de todo, de amor para con Dios y los hombres. Nuestras oraciones tienen que provenir de nuestra humildad, de nuestro amor, y de nuestras necesidades espirituales profundas.

Tenemos que sondear nuestra alma para ver si la fe y el idealismo del Fundador continúan viviendo en nosotros, de una manera suficiente. ¿ La religión es acaso para nosotros una medida de seguridad, "un seguro," o bien manifiesta nuestra lealtad y nuestro amor hacia Dios, Cristo y el hombre? Nuestros pensamientos determinan la sinceridad y el valor de nuestras acciones.

Capítulo 18

NATURALEZA POSITIVA DE LAS ENSEÑANZAS DE CRISTO

Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. (Juan 10:10)

El dinamismo de la vida de Cristo

Un joven rico vino al encuentro de Jesús y le preguntó qué tenía que hacer para tener la vida eterna. El Maestro le replicó: "... Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos." Y le citó a continuación la mayor parte de los mandamientos. El joven repuso: "Todo esto guardé desde mi juventud: ¿qué más me falta?"

Jesús le dijo: Si *quieres ser perfecto*, anda, *vende* lo que tienes, y *dalo* a los pobres, y *tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.* (Mateo 19:21)

Véase bien el lenguaje enérgico y positivo del Salvador, *anda, vende, da, ven y sígueme.* La religión es algo que hay que *hacer.* Jesús fué el ejemplo viviente de ello, y así lo enseñó también. Como ya lo hemos visto, observaba el día del reposo teniendo presente al Padre y dándole honra haciendo el bien y curando a sus hijos.

Jesús comenzó su ministerio citando un pasaje de Isaías y, de acuerdo con la manera de ser del gran profeta, cumplió su misión de una manera positiva.

El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. (Lucas 4:18-19) (Léase también Isaías, capítulo 58)

¿ Hallamos alguna referencia en los evangelios concerniente a algo que Jesús *dejó de hacer?* Encuéntrenlas, si pueden. (Naturalmente hay cosas que Jesús nunca hizo, entre ellas, nunca pecó.) Su vida está de tal manera llena de cosas maravillosas que hizo que sus biógrafos no nos dan más que el aspecto positivo de la vida del Salvador.

Al revés de Juan el Bautista, el Salvador comía y bebía con la gente:

Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos. (Mateo 11:19)

Al revés de los escribas y fariseos, que se creían tan justos, Jesús tomaba sus comidas con los publicanos y pecadores, que "se acercaban a él para oírle." (Lucas 15:1) Comía con ellos porque "no son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos." Cristo era como un médico que cuidaba de estos enfermos espirituales. No era un especialista, sino un médico de cabecera

familiar, que iba en busca de los enfermos para curarlos. Su religión era acción. Devolvía la vista a los ciegos, oído a los sordos, y el uso de sus miembros a los paralíticos Consoló a los pobres y devolvió la esperanza a los pecadores. Hablaba, no como los escribas y fariseos, "sino como uno que tenía autoridad." "Andando junto a la mar de Galilea, vió a dos hermanos Simón y Andrés, y les dijo *Venid en pos de mí,* y os haré *pescadores* de hombres." (*Mateo* 4:18-20)

La naturaleza positiva de las enseñanzas de Cristo

Jesús resumió toda la ley y los profetas en dos grandes mandamientos positivos: el amor de Dios y el amor del hombre. El amor es un sentimiento positivo que implica la acción como lo veremos mejor en una lección que seguirá.

Las Bienaventuranzas, sobre las cuales se basa el Sermón del Monte, y que, en cierto modo, desarrollan el principio central del amor, están enunciadas como cualidades positivas, que conducen a la acción: "Bienaventurados los que tienen *hambre y sed* de justicia." Este es el lenguaje de los deseos o aspiraciones fundamentales y siempre presentes que caracterizan a la vida espiritual.

Oísteis que fué dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehuses. (Mateo 5:38-42)

La enseñanza que Cristo dió de no resistir al mal no es una religión débil, pasiva, sino muy al contrario. Nos dice cómo vencer al odio por el amor, el mal por la bondad, la avidez por la generosidad.

Oísteis que fué dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. (Mateo 5:43-45)

Hay una cierta cualidad positiva—y mucha acción—en las parábolas del Salvador. Como ejemplo, consideremos la parábola del Hijo Pródigo (Lucas 15), en la cual el padre, viendo venir a su hijo, "todavía lejos . . . *tuvo compasión . . . corrió a echarse sobre su cuello y le besó.*" Acordémonos también de las parábolas del buen samaritano, del sembrador y de los talentos. En respuesta a su propia pregunta, "¿ A qué compararé el reino de los cielos?" Jesús dijo:

Es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció, y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas. Y volvió a decir ¿A qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado. (Lucas 13:19-21)

(Léase también la parábola de las ovejas y los cabritos en Mateo 25)

Los apóstoles continuaron con esta enseñanza positiva

En los escritos de los discípulos de Cristo, encontramos una condenación muy frecuente del mal y del pecado, tal como debiera ser. Sin embargo, este énfasis especial es siempre positivo. Incluso las referencias que se hacen del mal y del pecado, son un llamado al arrepentimiento, a la acción, a vencer y a exterminar lo malo.

Santiago exhorta y recomienda, con energía, una vida religiosa activa:

Hermanos míos, ¿ de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿ de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? (Santiago 8:14-20)

Juan nos suplica:

Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, *sino de obra y de verdad.* (I Juan 3:18)

La religión de Pablo es la fe en Cristo que nos lleva a hacer buenas obras. No es posible leer sus epístolas sin sentir su entusiasmo y la manera en que su gozo está depositado en la religión de Cristo.

Conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena obra y palabra. (II Tes. 2:17)

También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos. Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos. Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal. (I Tesalonicenses 5:14-22)

Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. (Filipenses 4:4-8)

¿Qué es nuestra religión: Positiva o Negativa?

En el evangelio restaurado de Jesucristo poseemos de nuevo esta fe positiva y dinámica de la iglesia primitiva. Reconocemos igualmente la presencia del mal en el mundo y en nosotros, pero el

evangelio nos es dado para que podamos vencer al mal y el pecado y conozcamos lo que es el gozo. Ciertas de nuestras enseñanzas más particulares enriquecen y desarrollan una concepción positiva de la religión y de la vida, conforme a las enseñanzas de Cristo, tales como la Palabra de Sabiduría, el progreso eterno, la eternidad del matrimonio y de la familia, la ausencia de pecado original, la realidad de la resurrección y la inmortalidad individual.

Cada uno de nosotros haría bien en preguntarse: ¿ Soy un Santo de los Ultimos Días porque hay cosas que me abstengo de hacer, o bien porque hay cosas que hago? ¿ La religión es inhibitoria y restrictiva para mí, o bien es un programa de acción, una vida de devoción y de servicio?

Los aspectos negativos de la religión son importantes. Ciertamente, uno no debe robar, no debe matar, no debe dar falsos testimonios, ni beber, ni pegarle a su mujer, ni codiciar, ni cometer adulterio. Estos mandamientos son específicos, pero bien definidos y tangibles y la violación de ellos trae consecuencias inmediatas y graves sobre el que la hace. Bajo todos los aspectos, los Diez Mandamientos son tan válidos para nosotros, en la actualidad, como lo fueron para Israel, en los tiempos de Moisés.

La religión negativa, por importante que sea, también tiene sus límites. Una persona que se encuentra en estado cataléptico la está cumpliendo. Los mandamientos negativos casi no son necesarios en absoluto para los que se han convertido a Cristo. Cuando matamos, cuando robamos, o cometemos adulterio o codiciamos o profanamos el nombre de Dios, ciertamente que no gozamos del Espíritu de Cristo. El que goza de su Espíritu no tiene que preocuparse ya en no hacer el mal. La fe en Cristo hace que uno ame a sus semejantes, les ayude y tenga fe en sí mismo. Hacemos el mal cuando olvidamos nuestra fe cristiana y sucumbimos a nuestros deseos egoístas.

Si uno cree verdaderamente en Cristo, no tan sólo se abstendrá de hacer aquellos que la ley prohibe, sino que irá más lejos aún. Si, por ejemplo, uno cumple fielmente el primer mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios", automáticamente cumplirá los cuatro primeros mandamientos. Y hará más aún, ya que amará, servirá, honrará, adorará a Dios y le obedecerá. Igualmente, si uno guarda el segundo mandamiento, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo," no tan sólo observará los seis últimos mandamientos, sino que también será misericordioso, bueno, generoso y servicial. El concepto religioso de Cristo nos libra de la necesidad de pensar y de convivir con el mal.

La religión positiva tiene gran valor

1. La religión positiva está de conformidad con la naturaleza humana. El hombre es nacido para hacer cosas, para estar activo. "La actividad es la función normal del individuo." (A. L. Beeley)

La inactividad es un síntoma de enfermedad o de muerte. **Bogardus, un famoso experto en** antropología y sociología, ha dicho:

> Un modo de ser dinámico es la esencia de la naturaleza humana, ya que la naturaleza está siempre en acción, o lista para la acción. El hombre es activo por naturaleza; únicamente es perezoso cuando no tiene nada que le estimule. La energía humana es, en parte, eficiente, está bien dirigida y bien educada; y en parte es vagabunda, ineficiente e inútil. Cuando se la pone a obrar en cosas de rutina, la naturaleza humana, como no está desempeñando el papel que le corresponde, se vuelve agitada y se revoluciona, sin saber porqué.

Los padres, los profesores, los maestros, los oficiales en la Iglesia, que tratan de inculcar el evangelio en la vida de los niños y también de los adultos, harían bien en hacer su tarea de acuerdo con la naturaleza y las enseñanzas religiosas. Dígase a un joven lo que no puede hacer, sobre todo si no se le hace comprender que es para su bien lo que se le dice, y muy probablemente hará lo que está prohibio para demostrarse a sí mismo que es libre e independiente. Dése e este mismo joven vuestra confianza, y vuestra fe, al par que vuestro amor y la ocasión de hacer alguna cosa, como ayudar en algo o gozar del espíritu del evangelio en buena compañía, y será feliz y sincero en su fe y en su vida.

"Es un principio de psicología indiscutible," ha dicho Milton Bennion, "que todo pensamiento tiende a expresarse por medio de una acción. Esta es la razón por la cual no es aconsejable el poner siempre bajo la mente de un niño la prohibición de hacer el mal. Haciéndolo así, la única cosa que tiene para poder expresarse es aquello mismo precisamente que le está prohibido." (*Moral Teachings of the New Testament.*)

2. **La religión positiva promueve la humildad y el progreso.** Uno nunca agota las posibilidades o no comprende por entero un mandamiento positivo tal como "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Se puede tratar incesantemente de encontrar su significado profundo y obedecerlo, y no obstante, siempre estará uno consciente de sus propias faltas al respecto. Los ideales positivos son de una amplia importancia y constituyen una atracción para nosotros.

La religión concebida en términos negativos, tiene sus límites y sus no plus ultras, y conduce a menudo a un sentimiento de fariseísmo desprovisto de progreso. El hombre siente a menudo que la ley ha sido escrita en contra suya cuando ésta está enunciada de una manera negativa y restringida; como por ejemplo: No robarás, no blasfemarás, o no beberás. Esta tendencia humana

> A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera; Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. (Lucas 18:9-13)

Capítulo 19

APLICACION DEL PENSAMIENTO A LA RELIGION Y A LA GENTE

Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. Pero ellos, al oir esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más. (Juan 8:3-11)

Los escribas y los fariseos, aparentemente, consideraban la religión únicamente bajo el aspecto de obediencia o desobediencia a la ley. En efecto, su interpretación del adulterio era mucho más estricta que la de ellos, ya que para El el pecado existía lo mismo en la intención de cometerlo que en el acto en sí. Nadie sentía más disgusto por el pecado que El.

La historia citada más arriba revela una diferencia vital entre el concepto religioso de Jesús y el de muchos de sus contemporáneos. Hacían de la religión algo totalmente separado de la vida; para Jesús la religión era la vida misma. Poco les importaban los sentimientos y la salvación de esta mujer; Jesús hizo uso de aquellos principios del evangelio que ella necesitaba en aquellos momentos para ayudarla a recuperar su lugar en la vida. Además le ahorró más vergüenza de la necesaria dispersando a sus acusadores y absteniéndose de condenarla; ella misma ya se había condenado en su corazón. Le devolvió la esperanza e hizo prueba con ella de misericordia y de amor.

Esto no era por debilidad o sentimentalismo por parte de Cristo. Era tierno y misericordioso y solícito por los sentimientos y los deseos del pueblo, pero era firme también. Sus últimas palabras a la mujer adúltera fueron: "Vete, y no peques más." A Pedro, que había tratado de hacerle abandonar su misión, le dijo estas duras palabras:

Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. (Marcos 8:33)

Expulsó a los cambistas del templo, llamó hipócritas y sepulcros blanqueados a los escribas y fariseos, y proclamó el día del juicio en que los malvados serán echados en las tinieblas. Cristo pensaba en términos de justicia, de la ley y de la voluntad de Dios. Pero pensaba también en la humanidad y aplicaba los principios del evangelio a la vida de la gente para hacerles felices. A nuestro

entender, había dos cosas supremas en su vida: la voluntad del Padre y la vida de Sus hijos. Cuando hubo personas que le trajeron sus niños de tierna edad, los discípulos los hicieron apartar, pensando quizás que el Señor no quería que le importunasen con los niños. Pero Cristo los acogió y aprovechó la ocasión para presentar a estos niños como ejemplos que los Doce deberían seguir.

Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía. (Marcos 10:14-16)

Una mujer, que estaba enferma desde hacía doce años, "y había sufrido mucho de manos de médicos, y había gastado todo lo que tenía y nada había aprovechado, antes le iba peor," llegó por detrás la multitud y tocó el vestido de Jesús, teniendo fe de que se curaría. Y se curó. El Salvador se volvió, y preguntó: "¿Quién ha tocado mis vestidos?" Los discípulos, viendo únicamente la multitud, le respondieron: "Ves que la multitud te aprieta, y dices ¿Quién me ha tocado? "Pero Jesús sentía que una fuerza había salido de El. Porque Jesús podía notar el contacto de la fe. Sus discípulos pensaban solamente en la multitud, pero Jesús había sentido el contacto de un solo individuo en aquella multitud. (Léase S. Marcos 5:23-34)

Incluso a la hora de sus mayores sufrimientos, Jesús pronunció una hermosa oración en favor de los Doce y de los que creerían en Su nombre:

Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. (Juan 17:21) (Léase el capítulo entero.)

Cuando le prendieron, se dió a conocer, y dijo: "Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, *dejad ir a éstos.*" (S. Juan 18: 7-8)

Las enseñanzas de Cristo respecto a la gente

Sus parábolas no interesan a todos. Enseñan grandes principios ejemplificados y aplicados en la vida de la gente. En la historia del buen samaritano, el prójimo de la moraleja no queda definido de una manera muy clara. "Es aquel que hizo con él misericordia." (Lucas 10) En la parábola del hijo pródigo, hay gran regocijo; "Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido y lo hemos hallado." Cuando el hermano mayor volvió y se encolerizó, y no quería tomar parte en el festín, el padre repitió las mismas palabras:

Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. (Lucas 15:32)

La Regla de Oro de Jesucristo, el resto de su Sermón del Monte, y tantos de sus dichos nos hacen dar cuenta de la gente que nos rodea, de sus sentimientos y de nuestras relaciones con ellos.

La misma actitud entre los discípulos

El evangelio tiene por motivo ayudar a los hombres, y éstos deben amarse y ayudarse entre sí, ésta es la mayor parte de lo que se desprende de la enseñanza de los Doce. Véase la admonición de Pablo:

No reprendas al anciano, sino exhórtale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza. (I Timoteo 5:1-2)

Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. (Efesios 4:25)

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. (Efesios 4:31-32)

Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. (I Pedro 2:17)

Santiago se preocupaba más especialmente de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, y propugnaba la imparcialidad y la misericordia.

Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fué invocado sobre vosotros? Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. (Santiago 2:1-9)

La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo. (Sant. 1:27)

Nuestras relaciones con los demás

Hay dos cosas de mayor importancia en la vida: las personas y el evangelio de Jesucristo, gracias al cual se lleva a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre. La personalidad (la de la Divinidad y la de los hombres) es lo más importante de todo. Los principios del evangelio siguen en orden de importancia, porque contribuyen a la edificación de la personalidad; dan libre curso a las expresiones más sublimes de los aspectos espirituales, morales y sociales de la personalidad, divina o humana.

Hacemos bien cuando seguimos el ejemplo de nuestro Señor y Salvador, cuando tenemos consideración de las personas, sus deseos, sus necesidades, sus pensamientos, sus sentimientos, su

salvación y su progreso. Deberíamos creer en el evangelio y vivirlo, no de una manera general y abstracta, sino más bien teniendo en cuenta los propósitos de Dios cuando dió esta vida a sus hijos. ¿Cómo podemos hacer esto? Veamos a continuación.

1. En la Iglesia. Una señorita vino un día a nuestro encuentro y nos dijo: "Tengo una clase de niños de doce años en la Escuela Dominical. No puedo llegar a dominarlos, y necesito ayuda."

"¿En qué piensa usted cuando prepara estas lecciones?" le preguntamos.

"En cómo puedo conseguir que se estén quietos mientras les doy la lección," replicó.

Para ella, el enseñar consistía en dar lecciones. Le faltaba aprender que no enseñamos lecciones, sino niños, o, en otras palabras, enseñamos las lecciones a los niños. Amando a los niños, interesándonos en ellos, en su manera de hablar, en sus juegos, en sus necesidades, podemos aprender a tocar su corazón con el evangelio.

El presidente de la rama no es tan sólo la persona que recibe el diezmo, que administra la rama y dirige las reuniones; también es el pastor del rebaño, el padre de la rama, y se interesa en el bienestar temporal y espiritual de sus hijos, es decir, de cada familia que pertenece a su rama. Todo lo que se hace en la rama tiene por objeto el desarrollo y la salvación de los miembros de la rama y de las gentes entre los cuales viven éstos.

2. En la familia. Es fácil pensar en nuestros propios problemas en la vida de la familia, olvidando las personas con las que tenemos que tratar. Nos preocupamos tanto por los nuestros y sus problemas, que a veces olvidamos que también tienen una personalidad.

Un padre tenía muchas dificultades con su hijo de catorce años, que era perezoso, indisciplinado, de mala educación y que no siempre iba a la escuela dominical a la que su padre le enviaba regularmente. El padre lo amenazaba, lo humillaba y le regañaba en público, para tratar de corregir su comportamiento, pero de nada servía. Un amigo de la familia, hombre de experiencia, vino a pasar unos cuantos días con ellos. Después de haber observado este estado de cosas durante dos días, dijo a su amigo: "José, no sabes manejar a tu hijo. Estás tratando con sus problemas en lugar de tratar con el muchacho."

"¿Qué quieres decir?" le preguntó José.

"Lo siguiente: olvídate de la disciplina y de tus castigos. Olvídate de la poca educación del chico y de sus insolencias. Mira de comprender a tu hijo de una manera *general.* Es una persona como tú y yo. Tiene necesidad de sentirse feliz y satisfecho. Su vida precisa tener un plan y un propósito. Si se siente feliz los problemas de su comportamiento desaparecerán. Los síntomas que tiene son los de un niño enfermo."

"Empiezo a comprender," dijo el padre, "es como si tratase de desinfectar una herida cuando todo el cuerpo está infectado."

"Ahí está," le respondió el amigo," tu hijo necesita amor, tu confianza y tu camaradería, no un torrente de palabras. Necesita que le trates amorosamente. Castígalo, prohíbele cosas cuando lo merezca, pero por encima de todo trátalo con respeto como lo harías con cualquier otra persona. Juega con él y confíale tareas importantes; cuando lo merezca, alábalo y ríe con él cuando haya lugar."

El padre siguió el consejo, y el hombre ya no constituye *"un problema,"* sino que es únicamente *una persona con problemas,* como todo el mundo.

3. **En los negocios.** Un hombre que se llamaba García se especializó en la colocación de pisos de linóleo. Empezó como obrero, luego deseó poseer su propia tienda, se asoció con otro hombre finalmente. Después de varios años, su socio le revendió su parte, y se convirtió así en el único propietario de la empresa. Había llegado al propósito que se fijó.

García empezó a pensar en las cosas que pensaba y en lo que sentía cuando era un simple obrero, y se decidió a dar a los obreros la ocasión de hacer parte de su empresa. Se quedó algo así como una tercera parte de la empresa y vendió el resto a sus obreros.

"¿Y qué clase de empresa posee hoy?" preguntarán ustedes. Pues una empresa firme, sólida, próspera, y el respeto y la cooperación de todos sus empleados.

4. **En el mundo.** Los problemas políticos y económicos, todo lo que tiene que ver con la paz y la guerra son, en última instancia, problemas humanos, que únicamente pueden resolverse humanamente. Nunca gozaremos de paz en esta tierra, y únicamente "sangre, sudor, y lágrimas" si no aprendemos a dar capital importancia a los valores humanos, antes que nada; si no ayudamos a todos los hombres de la tierra a que puedan obtener el alimento, los vestidos y los hogares que necesitan, y el respeto de sí mismos, la libertad y el amor sin los cuales es imposible vivir. El camino que conduce a la paz es el camino de Cristo, que debemos seguir en los asuntos políticos y económicos, tanto de una manera nacional como internacional.

Acordémonos que, detrás de todos los problemas y todas las cuestiones importantes, hay los seres humanos, hijos de esta tierra y de Dios, gente que temen y esperan, y que tienen necesidad de respeto y de amor, igual que nosotros.

¿Cómo afecta nuestra vida la de otros?

¿En quién influímos en la vida?

¿Es para bien o para mal?

Capítulo 20

LAS COSAS DE MAYOR VALOR

Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? (Mateo 16:26)

Jesucristo hizo de la voluntad del Padre su propia voluntad

Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. El les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. (Juan 4:31-34)

No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre. (Juan 5:30)

Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. (Juan 6:38-40)

Desde la edad de quince años, hasta el día de su muerte, Cristo, según la narración de los evangelios, se consagró en cuerpo y alma a la voluntad del Padre. No se preocupaba por las comodidades de la vida; su seguridad no consistía en bienes materiales, ni dependía de las alabanzas o de la admiración de los hombres. Cuando un escriba dijo a Jesús que le seguiría doquiera que fuese, Jesús le dijo:

Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza. (Mateo 8:20)

Cristo era el Hijo de Dios. Toda su misión consistió en traer la salvación a los hombres. Todo lo que podamos imaginarnos de El queda resumido en sus propias palabras: "Padre, que se haga tu voluntad y no la mía."

Es extraño que pida al resto de la humanidad que se confía en la voluntad del Padre, nosotros que no somos ni Hijos de Dios ni Salvadores del mundo en el mismo sentido en que El lo fué. Porque somos hijos de la tierra, y setenta años es aproximadamente el tiempo que vivimos. Tenemos que pensar en nuestras esposas, nuestros maridos, nuestros hijos, las enfermedades y la vejez. Sin embargo, Jesús hace tanto hincapié en que sigamos lo mismo que hizo El como si se tratase de su propia vida.

"Buscad primeramente el Reino de Dios"

En el Sermón del Monte y en muchas otras partes de sus enseñanzas, Cristo nos exhorta a allegarnos tesoros en los cielos más

bien que en esta tierra, a amar más bien las cosas de Dios que las que los hombres parecen apreciar tanto. Y nos asegura que tenemos que escoger, porque no podemos servir a Dios y a las riquezas al mismo tiempo. Léase cuidadosamente el siguiente pasaje:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque dode esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. (Mateo 6:19-24)

Cuando los fariseos oyeron estas cosas, se burlaron de El, pero Jesús se volvió y les dijo:

Entónces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación. (Lucas 16:15)

Un hombre vino al encuentro de Jesús y le pidió que convenciera a su hermano para que éste compartiera su herencia con él. Le dijo Jesús:

Mirad, y guardaos de toda avaricia, *porque la vida del hombre no consiste en las abundancia de los bienes que posee.* (S. Lucas 12:15)

Entonces Jesús contó la parábola del hombre rico cuyas tierras habían producido abundantemente. Aquel hombre hizo demolir sus graneros y se hizo construir otros más grandes, para poder tener más seguridad en el futuro.

"Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿ para quién será? Así será el que atesora para sí no es rico ante Dios." (S. Lucas 12:20-21) (Véase S. Lucas 12:13-21)

En varias ocasiones, Jesús estableció el contraste que existe entre las cosas de esta tierra y las cosas de Dios y nos exhortó a procurar estas últimas. A la samaritana del pozo de Jacob, le dijo:

Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. (Juan 4:13-14)

A la multitud que le seguía, les decía:

Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. (Juan 6:27)

Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. (Juan 6:35)

Los discípulos de Cristo dan el mismo consejo

En su primera epístola Juan nos escribe un hermoso pasaje que está completamente en armonía con los ideales del Maestro:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (I Juan 2:15-17)

En el capítulo 3 de la primera epístola de Pedro, encontramos estas palabras, dirigidas a las mujeres, pero cuya conclusión se aplica a todo el mundo:

Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. (I Pedro 3:3-4)

El apóstol Pablo recomendó a los hombres que fuesen diligentes, sobrios y laboriosos y que se preocupasen de la subsistencia de sus familias; pero también les amonestó contra la avidez y les exhortó que buscasen las cosas superiores.

Disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales. Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. (I Timoteo 6:5-8)

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (Colosenses 3:1-3)

La lucha entre las cosas de valor espiritual y las cosas de valor material en nuestras vidas

El hombre es una criatura de deseos insaciables. Sus necesidades crecen fácilmente y raramente quedan satisfechos. A menudo, cuanto más tiene, más desea. Pero los bienes materiales no son otra cosa que un medio por el cual se puede conseguir un fin. Las necesidades esenciales del hombre son la paz del alma y una vida feliz. Piensa llegar a este resultado mediante las alabanzas de los hombres y la riqueza. Por esto, según las enseñanzas del Señor y de sus discípulos, es un grave error. El hombre es algo más que un animal. Las cosas del cuerpo, las cosas que placen a los ojos, no bastan para satisfacer su naturaleza intelectual, estética, moral y espiritual. El hombre es hijo de Dios y sus satisfacciones más completas y más durables, en esta vida y en el más allá, le vienen de las cosas del espíritu. Un antiguo proverbio tibetano pone esta idea bien en relieve:

En el comer, el beber, el temor y la copulación, los hombres y las bestias se parecen; el hombre se eleva por encima de la bestia practicando la religión.

Así, pues, ¿ por qué no decir que el hombre sin religión es igual a una bestia? (Ballou, *Bible of the World*, pág. 342)

Consideremos la valía y las limitaciones de las cosas espirituales y de las materiales. Por cosas materiales queremos decir dinero y las cosas que podemos comprarnos con él, tales como casas, automóviles, radios, muebles, alfombras, vestidos, joyas, y todo lo que se le parezca. Por cosas espirituales queremos decir, en el sentido amplio de la palabra, las conversaciones que tienen un interés intelectual, la creación y el amor de las artes, la amistad, y, sobre todo, los valores espirituales que Jesucristo enseñó: la humildad, la justicia, la misericordia, el amor, la libertad, la adoración de Dios, la fe y la ayuda a los demás.

Las cosas materiales

1. **¿Cuál es el valor de los bienes materiales?** Es de una cierta cuantía. Primero de todo procuran una satisfacción inmediata. En nuestro tipo de civilización son muy fáciles de obtener. Pueden ser vistos por todo el mundo, y, puesto que comúnmente identificamos nuestros bienes con nosotros mismos, tenemos la sensación de que es nuestro propio progreso el que se admira. Constituyen también un poder en las relaciones humanas. La gente aprecia mucho los bienes materiales, y nos ayudarán y homenajearán para participar de lo que tenemos. Y, hasta cierto punto, los bienes materiales son esenciales para conservar la salud, la fuerza, la vitalidad, y para tener una sensación de seguridad y de legítimo orgullo.

2. **¿Cuáles son los límites de los bienes materiales?** Disminuyen si uno los comparte con los demás. Dad a alguien la mitad de vuestros bienes y sólo os quedará la mitad a vosotros. Es por razón que muy a menudo los bienes materiales son causa de envidia, de disputa y de animadversión entre los hombres, y más dividen que unen a la humanidad. Más bien incitan al robo, a la guerra, a la conquista, que a otra cosa. La mayor parte se consumen y pierden su valor con el tiempo, "el orín los corroe." Los bienes materiales no están íntimamente ligados a la naturaleza psíquica y espiritual del hombre.

Las cosas espirituales

1. **¿Cuál es el valor de los bienes espirituales?** Los bienes espirituales—las ideas, la música, la fe, la entereza de carácter, la confianza, el amor—florecen y aumentan cuando uno los comparte. Es imposible dar éstas cosas sin recibir algo en cambio. En la vida espiritual la escasez no constituye una base de la prosperidad, como sucede en el sentido económico. La abundancia de ellas no produce la crisis. Las cosas de valor espiritual de la mente y del corazón satisfacen al hombre interior, al hombre todo entero en los que tiene de más elevado. (Véase Alma 32:41-42) Las cosas espirituales satisfacen especialmente cuando uno ha llegado a los últimos años de su vida, cuando los apetitos de la vida han desaparecido ya

y las vanidades de la vida han explotado como burbujas de jabón. En su mayoría, las cosas espirituales traspasan todas las barreras de razas y de civilizaciones y hacen hermanos de todos los hombres. Las grandes verdades y las grandes obras maestras de arte son el patrimonio de la humanidad entera. Se elevan con nosotros en la inmortalidad mientras que todas las ganancias materiales quedan aquí.

Cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección; y si en esta vida una persona adquiere más conocimiento e inteligencia que otra, por motivo de su diligencia y obediencia hasta ese grado le llevará la ventaja en el mundo venidero. (Doc. y Con. 130: 18-19)

Los principios del evangelio de Jesucristo son morales y espirituales a la vez. Constituyen lo más importante de la vida. Cuando buscamos primeramente estas cosas, cuando les damos el lugar de mayor importancia en nuestra vida, entonces vivimos conforme a nuestras aspiraciones mayores, conforme al bienestar de todos los hombres y de acuerdo con la voluntad de nuestro Padre Celestial. Este es el testimonio de Cristo, de Pedro, de Pablo, de Juan, de Alma, de Amós, y de todos los profetas. Y es también el testimonio que nos da la misma vida. Es lo que nos dice de manera poderosa Chuang-Tze, un filósofo chino del siglo tercero antes de Cristo.

Aquellos que hacen de la riqueza lo más importante de sus vidas, no pueden soportar las pérdidas financieras. Aquellos que hacen de la gloria lo más importante de sus vidas, no pueden soportar la pérdida de su reputación. Aquellos que aman el poder no confiarán autoridad a otros. Llenos de ansiedad cuando poseen bienes, desconsolados si los pierden, no escuchan sin embargo las advertencias del pasado y no se dan nunca cuenta de la locura de sus esfuerzos. Tales hombres están malditos de Dios. (*Bible of the World,* compilada por Ballou, pág. 532)

El deseo inmediato y dominante del hombre parece radicar en las cosas de la carne, las que placen a los ojos; pero las necesidades supremas y eternas del hombre residen en las cosas del espíritu. Esto es tan cierto para esta vida como para la vida eterna.

Capítulo 21

LA SINCERIDAD

Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación. (I Pedro 2:1-2)

"¡Hipócrita!"

Ningún grupo en Israel fué tan criticado por el Salvador de una manera tan severa como lo fueron los hipócritas. Incluso los publicanos que eran tan odiados en aquel tiempo, este grupo de judíos que recaudaban los impuestos de sus compatriotas por cuenta de los romanos, gozaron de la gran simpatía y benevolencia de Jesús. Escogió uno de ellos como apóstol (Mateo) y citó otro como ejemplo de humildad en una hermosa parábola (Lucas 18). Pero en ninguna parte encontramos una expresión de simpatía o de aprobación por el hipócrita. Sería instructivo repasar lo que el Salvador ha dicho concerniente a la hipocresía, considerar el sentido y la influencia que sus palabras pueden tener en nuestra vida.

1. Jesús criticó el hecho de que ciertas personas hacen muchas de sus acciones "para ser vistos de los hombres," y nos pone en guardia contra una actitud parecida.

Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las salutaciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación. (Marcos 12:38-40)

Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las salutaciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. (Mateo 23:4-7)

En su Sermón del Monte, Jesús condenó enérgicamente el deseo demasiado humano de "ser vistos de los hombres," sobre todo en los tres aspectos de la vida religiosa, las ofrendas, las oraciones y el ayuno.

Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. (Mateo 6:2)

Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. (Mateo 6:5)

Cuando ayunáis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. (Mateo 6:16)

Otra clase de hipocresía, un tanto diferente pero estrechamente relacionada con los ejemplos arriba citados, consiste en no conformar la conducta a las opiniones. Jesús observó esto en muchas personas, en infinidad de ocasiones.

A los fariseos que criticaban a los discípulos de Jesús porque comían pan sin lavarse las manos, les dijo: "Bien profetizó de vosotros Isaías, hipócritas, según está escrito: Este pueblo *me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.*" (S. Marcos 7:6)

Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocrecía e iniquidad. (Mateo 23:1-4, 25-28)

En cierta ocasión, ". . . los fariseos consultaron cómo le tomarían en alguna palabra," y de una manera capciosa le dijeron:

Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres. Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no? Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? (Mateo 22:15-18)

El significado de la palabra hipócrita

La palabra hipócrita es la versión española de un vocablo griego que significa actor, el que finge un papel, y etimológicamente el actor que llevaba una máscara en el teatro griego para representar toda clase de papeles, incluso los femeninos, ya que no se permetían mujeres en la escena griega. Es por lo tanto alguien que asume una personalidad que no es la suya, ni presenta su verdadero yo a los demás. Su conducta estará, pues, llena de subterfugios, vanagloria, y de engaño y falsedad.

En la atmósfera artificial del teatro, sabemos que los actores fingen que son otras personas. Esto lo admitimos plausiblemente, ya que sabemos que no hay nada deshonesto o ilegítimo en representar personajes diferentes sobre una escena. Generalmente, los actores merecen nuestros aplausos por su trabajo. Pero en la vida cotidiana, tenemos derecho de esperar que la gente se muestre tal como es, que se comporte de una manera sincera y honrada.

La hipocresía es particularmente nociva en la religión; es de una composición sutil y no es fácil de reconocer. Se cubre bajo el manto del santo nombre de Dios, y esto añade la blasfemia al engaño propiamente dicho. La hipocresía trata de engañar a los hijos de Dios en las cosas más vitales para ellos y para El. Y sucede a menudo que el hipócrita acaba por creer en la realidad de su papel, y que su hipocresía constituye verdadera bondad.

Jesús no deseaba esto en la religión; quería una vida sincera y que los hombres fuesen francos para con el Padre, para con los demás hombres, y para consigo mismos, con pureza de corazón, con una convicción sincera. "Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía," dijo una vez a sus discípulos.

En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, primeramente: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. (Lucas 12:1-2)

Comportarse con unidad de propósito

Jesús escogió a Felipe para que fuese uno de los Doce, y Felipe fué a hablar del Salvador a Natanael, con el asombro y el entusiasmo que es de imaginar. "Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, a Jesús, el hijo de José, de Nazaret."

Y Natanael, sencilla y francamente, le dijo: "¿ De Nazaret puede venir algo bueno?" y Felipe repuso: "Ven y ve."

Entonces Jesús hizo a Natanael un hermoso cumplido: "He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño." (Léase Juan 1:43-47)

La palabra que en la versión Valera tenemos traducida como *engaño,* en el original griego, y en los tiempos clásicos parece ser que significaba *señuelo.* Ahora bien, el *señuelo* es algo que usan los pescadores para engañar a los peces. Detrás o debajo de la mosca o del gusano usados como *señuelo,* se esconde el anzuelo que desgarrará las entrañas del pez que lo muerda. Un pescador, pues, tiene dolo, tiene engaño con relación a un pez. Natanael no tenía nada que esconder. Su vida era clara como un vaso de agua pura, honrada totalmente, y Jesús le hizo formar parte de sus doce apóstoles.

En el capítulo 6 de Mateo Jesús no tan sólo condena la hipocresía, sino que nos enseña la sinceridad. Lo esencial de la sinceridad es la pureza de intención, del propósito de nuestras acciones, de manera que la acción y el pensamiento no hacen más que uno. Nadie puede llamarse a engaño. La vida es honrada. Sed sinceros en vuestras dádivas.

Cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto te premiará. (S. Mateo 6:3-4)

Dad por el amor de la dádiva; dad libre, espontáneamente sin calcular el costo o la recompensa, si no dáis enteramente, falta vosotros mismas, y hacéis la buena obra simplemente para ser alabados por los hombres y para gozaros en vuestra pretendida bondad.

Orad a Dios, y no a los hombres. Orad sencilla y sinceramente "... no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos." (S. Mateo 6:7)

Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. (Mateo 6:6)

El ayuno se presta fácilmente a la falta de sinceridad. Sin el verdadero deseo, uno ayuna por deber y por sentimiento del deber. Es fácil tratar de obtener con ello la simpatía o la admiración de otros. Y pronto el ayuno se convierte en una cuestión de la letra, pero no del espíritu. Para evitar esto, deberíamos seguir la amonestación del Salvador:

Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. (Mateo 6:17-18)

En una revelación moderna, se nos ha dicho que deberíamos ayunar con el mismo espíritu que Jesús dijo se debería ayunar en su Sermón del Monte.

Y en este día no harás ninguna otra cosa, sino preparar tus alimentos con sencillez de corazón, a fin de que tus ayunos sean perfectos, o, en otras palabras, que tu gozo sea cabal. He aquí, esto es ayunar y orar, o, en otras palabras, regocijar y orar. Y si hacéis estas cosas con acción de gracias, con corazones y semblantes alegres, no con mucha risa, porque esto es pecado, *sino con corazones felices y semblantes alegres.* (Doctrinas y Convenios 59: 13-15)

Si ayunásemos como se nos sugiere aquí, nuestro ayuno sería más verdadero, más religioso.

El significado y el valor de la sinceridad

La palabra *sincero,* tal como se usa en el Antiguo Testamento, es la traducción de varios vocablos hebreos que significan "perfecto, entero, completo y sencillo." En el Nuevo Testamento, la palabra *sincero* es la traducción de una voz griega que significa "sin fraude, puro, verdadero, auténtico, sin mancilla, incorrupto."

Una persona sincera habla, piensa y obra con todo su corazón, de una manera natural, espontánea, franca, sencilla y directa. Esta persona no tiene el defecto de mentir; no embellece ni exagera con la intención de engañar.

Confucio ha dejado escrito: "Sed sinceros y francos en todo lo que digáis y sinceramente honrados en todo lo que hagáis." Llamaba la sinceridad la madre de todas las otras virtudes, y así, es con razón que, conjuntamente con Cristo, hace mayor hincapié que en cualquier otra cosa en esta cualidad capital. Sin ella, efecti-

vamente, ¿qué otra virtud podría existir en la vida de una persona? ¿ Es que acaso una persona que no es sincera puede ser honrada, misericordiosa, amante, humilde, pura de corazón y pacífica? ¿ Por ventura tal persona puede hacer nunca muestra de buena voluntad?

Sin una buena medida de sinceridad, la vida moral de un individuo es imposible. Le es imposible vivir en paz consigo mismo o ser constante en sus relaciones con otros. Su vida se pierde en los dédalos de la mentira. Tengamos conmiseración del hombre que es incapaz de descubrir su alma y dominarla.

Los discípulos enseñan la sinceridad

Pablo:

Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros. Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley. Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios. (Romanos 2:21-29)

Santiago:

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. (Sant. 3:17)

La hipocresía y la sinceridad en nuestra vida actual

No es infrecuente oír calificar a ciertas personas, sobre todo las religiosas, con el no envidiable adjetivo de hipócritas. Hay hipócritas entre nosotros, y, ciertamente, una cierta dosis de hipocresía en cada uno de nosotros. Ya que ninguno de nosotros puede echar la primera piedra sobre los demás, ni podemos juzgar a nadie de nuestro propio pecado, que cometemos en grado mayor o menor, como es natural, no nos pongamos a considerar ciertas personas determinadas, sino atengámonos al principio en sí cuando discutamos el papel que desempeña la hipocresía en nuestra vida moderna.

Preguntas.

1. ¿ Qué cosas hacemos (o bien dejamos de hacer) "para ser vistos de los hombres":

a) ¿ En nuestra vida moral?

b) ¿ En nuestro trabajo en la Iglesia?

c) ¿ En nuestras relaciones con Dios?

2. ? En qué no van paralelos nuestra conducta con nuestras enseñanzas, nuestras predicaciones y nuestra profesión de fe?

3. ¿ Por qué obramos de manera hipócrita?

4. Sugiéranse varios medios mediante los cuales podemos eliminar la hipocresía en nuestra vida. (En el capítulo siguiente, sugeriremos un método para hacer aumentar en nosotros la virtud de la sinceridad.)

Capítulo 22

". . . SI, SI; NO, NO"

. . . Porque de la abundancia del corazón habla la boca. (S. Mateo 12:34)

El interés que Cristo mostró por la manera de hablar

Cristo ha dicho cosas memorables con respecto a la manera de hablar. Nos ha amonestado contra el hecho de hablar simplemente para que se nos escuche.

Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. (Mateo 6:7)

Condenó la actitud de los escribas y los fariseos que gustaban de oír palabras halagadoras, y

las salutaciones en las plazas, y ser llamados por los hombres Rabí, Rabí. (Véase Mateo 23:6-12)

Nos recomendó que evitásemos la blasfemia o la palabra soez, y que al contrario nos expresásemos de manera franca y sencilla.

Además habéis oído que fué dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. *Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.* (Mateo 5:33-37)

Es evidente, según se desprende de las escrituras que acabamos de citar, que el Maestro no se interesaba en la manera de expresarse bajo un punto de vista retórico. No le importaba mucho el arte de dicción en sí mismo. Lo que le interesaba era el individuo que hablaba, la entereza de alma del orador. Recomendaba la sencillez y la sinceridad en las locuciones porque deseaba que estas cualidades existiesen en el alma de los que las pronunciaban. La palabra de un hombre es el espejo de su alma.

"¡ Generación de víboras! ¿ Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca." (S. Mateo 12:34)

El lenguaje del Salvador

El lenguaje de Jesús se caracteriza por su sencillez, sobre todo tal como nos ha sido conservado en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. (En el de Juan las palabras tienen, en verdad, el sello característico de la sencillez, pero los pensamientos que las motivan son muy a menudo alegóricas, como por ejemplo: "Yo soy el pan de vida," "yo soy el camino, la verdad y la vida," etc.) Por regla

general Jesús nunca emplea un leguaje abstracto. Illustra sus ideas, por el contrario, con ejemplos concretos.

Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; (Mateo 6:28)

¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? (Lucas 15:4)

Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. (Lucas 10:30)

No encontramos en sus palabras ni embellecimientos ficticios, ni vanas repeticiones, ni excesos de ninguna clase. El Salvador es franco, sincero y directo en sus palabras. Su estilo es sencillo y las ideas que contiene son profundas. Sus palabras evidencian el amor que existe en su alma y la pureza de su corazón. Esta clase de estilo se presta de modo admirable a la parábola y al proverbio, y en este sentido nadie le igualó jamás. Sus enseñanzas religiosas deben ser aceptadas literalmente, nunca alegóricamente, pero su lenguaje es el de un poeta y un miembro de la raza hebrea.

Hay una cualidad del lenguaje de Jesús que ha sido mal comprendida muy a menudo. Nosotros, al par que sus contemporáneos, a veces intentamos tomar literalmente palabras suyas que debieran ser únicamente consideradas como alegoría. A menudo es simbólico y está lleno de metáforas, y por consiguiente, sus efectos son impresionantes. Por ejemplo, Jesús dijo a Nicodemo: "que a menos que un hombre naciere de nuevo, no podría entrar en el reino de Dios." (Juan 3:1-6) Nicodemo al principio interpretó lo que le habia dicho de una manera literal, y el sentido religioso que quedaba envuelto en sus palabras se le escapó por completo. Pero, ¿alguno de ustedes supone que, en todo el tiempo que siguió a esta conversación, Nicodemo llegó a olvidar las enseñanzas de Jesús a este respecto? El Salvador dijo a sus discípulos: "Mirad, y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos." Pensaron que se refería al pan que se habían olvidado de tomar, cuando en realidad les estaba hablando de las doctrinas farisaicas y saduceas. (Véase S. Mateo 16:5-12) Dijo a sus discípulos también: "Vosotros sois la sal de la tierra." "Vosotros sois la luz del mundo." En todas estas metáforas, Jesús es absolutamente sincero. Sus ejemplos, en la mayoría de los casos, son muy sencillos y se inspiran en cosas concretas de la vida cotidiana.

La sinceridad en el lenguaje de sus discípulos

La corta obrita de Santiago está escrita de manera sencilla y solemne. Su estilo es claro y persuasivo. Santiago nos amonesta de la manera siguiente:

Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación. (Santiago 5:12)

La primera epístola de Juan tiene la belleza, la sencillez, el lenguaje sincero de los evangelios. Por ejemplo, el siguiente versículo:

Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (I Juan 3:18)

El apóstol Pablo trató problemas nuevos y hasta difíciles en sus obras. Por temperamento, tenía una tendencia al éxtasis. Estos dos factores hacen que algunos de sus escritos, muy profundos en cuanto a ideas, sean complicados, y difíciles de leer; esta dificultad queda multiplicada aún más, si cabe, por la mayor parte de las traducciones que de él se han hecho. No obstante, de manera general, y sobre todo cuando da instrucciones prácticas, Pablo posee un estilo directo y lleno de franqueza. Siempre es sincero en sus expresiones y se diría que, aún hoy, exige de sus lectores que lo sean también. Tómense como ejemplos los siguientes pasajes:

Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos. (Romanos 16:17, 18)

Así que, hermanos, cuando fué a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fuí con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fué con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (I Corintios 2:1-5)

Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes; presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros. (Tito 2:6-8)

Aberraciones de la sinceridad en nuestro lenguaje moderno

La palabra no es tan sólo el espejo del alma humana, sino también constituye el molde que forma al hombre. La sencillez y la sinceridad producen un lenguaje del mismo género; y, por otro lado, si tenemos cuidado en hablar siempre con sinceridad, esto nos ayudará en ser más francos y más sinceros en nuestros sentimientos y en nuestro modo de pensar.

¿ Cuáles son los modos de expresión que no son sinceros, y que, por consiguiente, destruyen los cimientos de un verdadero carácter cristiano?

1. **El juramento**—Esta forma de expresión que, afortunadamente en el habla española, a diferencia de otras lenguas modernas, tiende a desaparecer a medida que pasa el tiempo, se presenta bajo diversas formas. El tomar a Dios por testigo de nuestra veracidad que, seguramente, fué lo que el Señor tenía presente cuando pronunció el Sermón del Monte, en verdad no tiene cabida alguna en la vida de una persona sincera. ¿ Por qué no decir la verdad senci-

llamente, y ahorrarse así la ofensa de tomar el nombre de Dios en vano? El tener que jurar por los cielos o por la tierra, o sobre una Biblia en ocasiones especiales implica que de ordinario uno no dice la verdad.

2. La blasfemia y la palabra soez. Estas dos formas de expresión, plaga de nuestra habla moderna, son asimismo una desviación de la sencillez y sinceridad de lenguaje. El uso de lenguaje blasfemo o bien soez llega a ser una costumbre desprovista de sentido para muchos. Simplemente, y en pocas palabras, su uso tiene su origen en el deseo poco inteligente de hacerse ver, de destacarse; por otro lado, en la mayoría de los casos constituye una evidencia patente de la ausencia de cultura idiomática, que obliga al blasfemo a usar expresiones que de otro modo no emplearía, evitando cobardemente los pensamientos francos y claros.

3. La jerigonza. Según la definición del diccionario de la Academia de la Lengua Española, "jerigonza o jarga es un lenguaje especial de mal gusto, complicado o incomprensible." El jesuíta español Baltasar Gracián dijo que "lo bueno, si breve, dos veces bueno: más valen quintaesencias que fárragos." La ausencia de claridad puede ser causa de que a menudo se interpreten mal nuestros motivos y nuestra verdadera personalidad. Un gran general alemán, el conde de Moltke, decía siempre a sus oficiales: "recuerden, caballeros, que órdenes que puedan ser mal interpretadas serán mal interpretadas."

"El estilo es el alma," decía Romain Rolland, y aconsejaba a todo el mundo que escribiesen tal como sentían y pensaban. Don Miguel de Unamuno, cuando llegaba el caso en que debía repetir una idea, y sólo se acordaba de una palabra para expresarla, ni siquiera se tomaba la molestia de levantarse de la mesa en que estaba escribiendo para consultar el diccionario de sinónimos. Su idea era que cuanto más franca y menos rebuscada en palabras era una obra, tanto mejor era el resultado. Una razón muy común por la que las personas no logran ser explícitas es que lo que quieren expresar no está claro ni para sí mismas. Sólo poseen impresiones confusas, ideas vagas e indistintas. El resultado es que sus mentes no pueden trabajar eficazmente en medio de esta niebla mental, ni más ni menos que una cámara fotográfica no puede trabajar en medio de una niebla física. La lectura frecuente de los grandes autores de nuestra lengua, o bien buenas traducciones de Shakespeare, Goethe, Churchill e incluse los discursos de nuestro presidente J. Reuben Clark, para citar tan sólo unos pocos, nos convencerá de lo nocivo que es un lenguaje oscuro. En realidad, todo abuso de nuestra lengua en este sentido tiene por ulterior resultado el engañar o el dar una falsa impresión.

4. La adulación. La adulación a menudo es peor que la mentira y, a causa de que generalmente es más sutil y agradable, es imposible descubrirla tan de prisa como sucede con una mentira. La adulación engendra, en la persona que es el objeto de ella, una falsa impresión de sí misma. El adulador, por lo general, llega a con-

vencerse a sí mismo que está diciendo la verdad. Y su adulación, por antítesis, llega a ser sincera.

Jesús sentía aun profundo disgusto por la adulación. Aunque amaba mucho a sus semejantes, no por ello dejaba de reprenderles. Nunca intentó complacer a todo el mundo, sobre todo aquellos con los que no estaba de acuerdo. Per eso nos dijo:

¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas. (Lucas 6:26)

5. La mentira. El Nuevo Testamento, como todas las Escrituras, condena la mentira, la calumnia y la maledicencia. (Consagraremos un capítulo entero a la consideración de esta clase de lenguaje.)

¿ Cómo podemos desarrollar una mayor sinceridad de expresión?

El lenguaje es una costumbre. Un lenguaje desprovisto de sinceridad podrá corregirse en gran parte si llegamos a descubrir la causa que lo motiva y le ponemos remedio. Vale la pena de analizar nuestra elocución y discutir nuestro lenguaje y las relaciones que pueda tener con nuestra manera de ser.

Una religión india, el jainismo, nos indica porqué mentimos. Los adherentes de esta religión toman cinco votos, uno de los cuales consiste en renunciar a toda mentira "en pensamiento, palabra y cuerpo." La mentira, dicen las escrituras que poseen esta religión, proviene de "la cólera, de la avidez, del miedo, o de la alegría."

Estos filósofos orientales aprendieron por experiencia que a causa de la cólera, la avidez, el miedo o la alegría, cogemos el hábito de mentir. (Si bien el humor no contiene en sí los elementos distintivos del engaño, ya que de sí mismo no induce a falsedad porque el fin que se busca con una broma o un chiste no es la mentira, sino el provocar la risa del que escucha, que sabe también a qué atenerse.) Ciertamente, buena parte de las maneras viciosas de expresión que hemos discutido en este capítulo provienen de la cólera, de la avidez (incluyendo también el orgullo), y el temor. Si pudiésemos corregir estos defectos, nuestro lenguaje percibiría la influencia inmediatamente y sería poco a poco más sincero, mejorando sin lugar a dudas.

El lenguaje sincero, sin excluir el buen humor, es un resultado natural de la practica del cristianismo verdadero. La fe en Cristo, el amor de la verdad, el amor del prójimo, el amor de Dios—"si tenemos todas estas cosas en abundancia"—no tendremos razón alguna para justificar la mentira, la adulación, los juramentos, las blasfemias, o la vana repetición. Nuestro sí tiene que ser sí, y nuestro no, ha de ser no. Y entonces estaremos en paz con nosotros mismos.

La sinceridad es el producto de la convicción. El convertirnos a Cristo nos ayuda de manera especial en ser sinceros, porque su vida es un ejemplo sublime de sinceridad y de sencillez. Es lo mismo que también exigió de sus discípulos.

Capítulo 23

LA HUMILDAD

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (S. Mateo 5:3)

La interpretación que generalmente se le da a esta bienaventuranza es que significa la necesidad de ser humildes. Jesús hizo de ésta la primera de las bienaventuranzas, indicando con ello que la humildad es el principio y la base de las demás virtudes que iba a mencionar a continuación. Durante toda su vida, repetidas veces, enseñó la humildad a sus oyentes, quizás tanto como el amor. En su vida y enseñanzas ambas virtudes fueron inseparables. En nuestras oraciones o en nuestros discursos usamos a menudo la palabra humildad; pero, ¿qué significa ésta exactamente? Consideremos lo que dicen a este respecto el Salvador y sus discípulos para poder comprender mejor y apreciar aún más esta virtud que constituye la fuente principal de la que mana la vida cristiana. Encontraremos en sus vidas y en sus enseñanzas los ejemplos de varias cosas que caracterizan a una persona humilde.

El significado de la humildad

1. Según las Escrituras, una persona humilde es aquella que que posee el sentimiento de que en todo depende de Dios. Godspead, el gran erudito americano de la Biblia, traduce esta primera bienaventuranza del modo siguiente: "Bienaventurados los que sienten su necesidad espiritual." Cuando siente esta necesidad, la persona humilde ora al Padre, le reconoce como a tal y le adora, y trata de conocer y cumplir con los requisitos de su voluntad.

En la misma vida de Cristo, observamos el amor que éste sentía por el Padre y la supremacía que en su mente occupaba la voluntad del Padre:

Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. (Mateo 19:16, 17)

Mas a la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado? Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia. (Juan 7:14-18)

Diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. (Lucas 22:42)

Jesús no estuvo nunca obligado a someter su voluntad a la del Padre, de la misma manera en que un esclavo se ve coaccionado

a someterse a su amo. Su humildad ante Dios provenía de su reverencia y de su amor. La humildad no puede ocasionarse exteriomente, sino interiormente. Es la expresión natural del amor que uno siente por Dios.

2. Una persona humilde es dócil; tiene hambre y sed de justicia y de verdad. Esta clase de persona tiene gozo, pero no está llena de propia estimación. Ama la justicia, pero no se cree justa por ello. Dándose cuenta de sus necesidades espirituales, conserva su mente y su corazón abiertos. Sus conocimientos no le son nunca suficientes, su copa de virtudes no está nunca rebosante. Depende de Dios y de sus semejantes para incrementar sus conocimientos y su sabiduría.

Jesús contó dos parábolas que describen este aspecto de la humildad. La primera demuestra los muchos defectos que en realidad posee la persona que se cree justa. La segunda enseña que, aun después que hayamos hecho todo lo que podamos, continuamos siendo servidores "inútiles." Nuestro deber es hacer más de lo que se nos ha mandado. Nuestro deber es acrecentar el caudal de nuestra rectitud.

A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido. (Lucas 18:9-14)

¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírveme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos. (Lucas 17:7-10)

En el Sermón del Monte, Jesús dijo:

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. (Mateo 7:7, 8)

Este mandamiento causa sincera alegría a la persona humilde. Forma parte de su vida. La oración, el estudio y la observación son alimento para su alma.

3. Una persona humilde no se ensalza por encima de sus hermanos. El mismo Jesucristo fué el servidor de todos.

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. (Mateo 11: 28, 29)

Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos. Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será asi, sino que el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. (Mateo 20:24-28)

De igual modo, el Salvador frecuentó a menudo con hombres de todas clases, ricos, y pobres, pecadores y publicanos, centuriones y gentes del bajo pueblo. Porque El pertenecía al pueblo y lo amaba. Jesús censuraba a los fariseos porque estos buscaban con ahinco el obtener los primeros asientos en las sinagogas y en los banquetes, y por su bien les aconsejó que mirasen de obtener otros menos principales.

En resumen, si somos humildes, sentiremos que en todo dependemos del Señor. Tendremos hambre y sed de conocer y de cumplir con su voluntad continuamente, y a pesar que continuaremos siendo "siervos inútiles," y no estaremos tristes a causa de ello. Si somos humildes, ocuparemos el lugar que nos corresponda, y que nos convenga más en el banquete de la vida, sin sentirnos ensalzados por nuestro propio orgullo, ni apocarnos indebidamente por nuestra falta de confianza en nosotros mismos. Como niños en aquella época maravillosa de la vida en que aún no se ha llegado al pleno uso de la razón, sin haber podido aun ser malcriados por los familiares o amigos, estamos en libertad de vivir sin el peso de nuestro orgullo o de nuestra pretendida bajeza.

¿ Cómo podemos determinar nuestro grado de humildad?

Hace ya varios años, el autor y algunos amigos suyos oyeron el sermón de un cierto hombre en el transcurso del cual dijo repetidas veces: "Porque soy humilde sé que esto o lo de más allá es verdad. . . " Quedamos agradablemente impresionados por su sinceridad y su testimonio y así lo manifestamos a otras personas después de finalizada la reunión. Una de ellas replicó: "Sí, todo lo que dijo estaba muy bien, pero su humildad no era cierta." Ahora bien, el orador afirmaba que era humilde, y algunos de sus oyentes decían que no lo era en absoluto. ¿Cómo podemos, pues, determinar el grado de humildad que posee una persona? Haremos algunas sugestiones prácticas al respecto.

1. Una persona humilde es aquella que siempre escucha a los demás con atención. No monopoliza la conversación o la discusión, sino que al contrario le place escuchar a los demás. Escucha para aprender en primer lugar, y también por deferencia a sus pensamientos y sus sentimientos. Esto no quiere decir necesariamente, claro está, que todas las personas que son buenos oyentes poseen la virtud de la humildad, sino que todas las personas humildes escuchan siempre con atención lo que los demás tienen que decir.

2. Una persona humilde acepta lo que los otros tienen para enseñarle. Escucha, ya no únicamente a sus superiores y a todos aquellos con quienes tiene la obligación de "quedar bien," sino tam-

bién a sus subordinados, sus colegas, a su esposa o a sus hijos. Por el solo hecho de que es en verdad un experto en una materia determinada, no se cree autorizado a pensar que es un experto en todas las cosas. Reconoce los límites de sus propios medios y trata sinceramente de obtener los consejos y la experiencia de hombres o mujeres que poseen tanta o más experiencia en sus intereses determinados que él en el suyo propio.

3. Una persona humilde se alegra por el éxito de los demás. Aunque éste sea el de sus colegas o el de sus competidores. Juan el Bautista y Pablo nos ofrecen excelentes ejemplos de esta expresión de humildad, por desgracia más bien rara. Refiriéndose a Jesús, cuya creciente popularidad amenazaba acabar con la suya propia, Juan dijo:

> Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe. (Juan 3:30)

Y Pablo escribió a los corintios:

> Por lo cual nos gozamos de que seamos nosotros débiles, y que vosotros estéis fuertes; y aun oramos por vuestra perfección. (II Corintios 13:9)

4. Una persona humilde reconoce sus errores, sus equivocaciones y sus pecados. No intenta hallar excusas para encubrirlos ni trata de echar la culpa a otros. No siente la necesidad de fabricar sobre bases falsas una imagen incorrecta de sí misma, ni de luchar por conservarla una vez imaginada. En esta persona no existe ni engaño, ni simulación. Como Alma, puede ofrecer la oración siguiente:

> . . . ¡ Oh Señor, perdona mi indignidad, y acuérdate de mis hermanos con misericordia! Sí, reconoce tu indignidad ante Dios en todo tiempo. (Alma 38:14)

5. Una persona humilde se conoce a sí misma tal como realmente es. Libre de todos prejuicios ya causados por el orgullo, ya, por la autodegradación, queda en libertad de dedicar toda su mente y esfuerzos a la tarea que tiene que llevar a cabo. Se equivocan aquellos que identifican el temor que sobrecoge al que se encuentra frente al público, con la humildad. La cohibición ante el públicio bien puede ser falta de humildad, porque refleja preocupación por uno mismo.

6. La persona que es humilde busca la verdad y la justicia. Dándose plena cuenta de la realidad de la gloria de Dios, que se manifiesta en parte por las maravillas de su creación que podemos contemplar, y también por las excelentes cualidades que podemos descubrir en nuestros semejantes, la persona que es humilde va en busca de un más amplio estudio de todas estas cosas y aspira a alcanzar la perfección.

> Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si digno de alabanza, en esto pensad. (Filipenses 4:8)

Cómo se puede acrecentar la humildad que poseemos

Al igual que sucede con toda cualidad humana, la humildad no es constante. Puede aumentar en nosotros o disminuir, de un año para otro, como acontece con las cosechas de los campos. Es por ello que al final de esta lección trataremos de responder a la pregunta que surge naturalmente: ¿Cómo podremos incrementar en nosotros la virtud de la humildad?

La humildad es algo difícil de fomentar de modo directo. Lo mismo que una flor es el resultado final de la planta que se cultiva, de igual modo la humildad es el resultado del amor que sentimos por Dios, el amor que sentimos por Jesucristo, y el amor que sentimos por nuestros semejantes. Como queda indicado en una expresión interesante que el tercer libro de Nefi añade a la primera bienaventuranza, en el versículo 3 del capítulo 12:

> Si, bienaventurados los pobres de espíritu que vienen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos. (3 Nefi 12:3)

Y los humildes, que se allegan a Cristo, no tan sólo hallarán el reino de los cielos, sino que también irán progresando en su humildad, puesto que

> Y de la remisión de los pecados proceden la mansedumbre y la humildad de corazón; y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visitación del Espíritu Santo, el Consolador que llena de esperanza y de amor perfecto . . . (Moroni 8:26)

Podemos observar, pues, la relación estrecha e íntima que une entre sí todas las virtudes del evangelio de Jesucristo. Cada una de ellas es el resultado de una vida consagrada enteramente al Señor Jesucristo, y guiada por el Espíritu Santo que fué prometido.

Capítulo 24

LA MANSEDUMBRE

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. (Mateo 5:5)

Lo que la mansedumbre implica

"Bienaventurados los mansos," he aquí la bienaventuranza menos comprendida de todas. Para la mayoría de la gente, la mansedumbre implica una cierta moción de debilidad y de pasividad. Tal interpretación es absolutamente gratuita y no hay nada en realidad que la cimente. Si bien Jesucristo era "manso y humilde de corazón," nadie ha podido igualarle en su fe, su entereza moral, su amor de la verdad, su dasarrollo mental, y su capacidad de soportar las penas y el sufrimiento. La mansedumbre no es sinónimo de debilidad, ciertamente.

Sin embargo, podemos comparar la mansedumbre a la humildad, con más probabilidades de acercarnos a la verdad. Como es la tercera bienaventuranza, según el orden en que Jesús mismo las colocó, presupone e incluye la humildad como virtud primordial. Sin humildad, no hay lugar para la mansedumbre. No obstante, esta tercera bienaventuranza debe ser en algo diferente de la que propugna la humildad, de otro modo, ¿por qué le habría dado el Salvador un lugar aparte, bien particular, entre las otras virtudes fundamentales? Veamos si es que no podemos descubrir ciertos significados especificativos a los cuales el Salvador asoció la idea de mansedumbre. Si bien, no poseemos la respuesta precisa, podemos, cuando menos, sugerir ciertas ideas.

La palabra *manso* está estrechamente emparentada con los vocablos apacibilidad y tranquilidad. Las personas mansas son aquellas que *no* son arrogantes, altaneras u orgullosas ni guardan celosamente sus propios derechos y prerrogativas. No se ofenden fácilmente ni se preocupan demasiado de sí mismas. Los mansos viven en paz consigo mismos y, por consiguiente, su preocupación primordial nunca la constituyen ellos mismos. Nunca se inmiscuyen en controversias acaloradas, aunque retienen y hacen uso de su derecho a considerar las cosas de una manera objectiva. Henry C. King, en su libro "La Etica de Jesús," indica que la mansedumbre consiste en el dominio de uno mismo desarrollado al grado máximo de progreso. El manso no se vuelve nunca envidioso, celoso, suspicaz o rencoroso, sino que bien al contrario prosigue con toda calma el curso de vida que a sí mismo se ha trazado en dirección de la rectitud y la verdad. Su propio yo, bajo control, hace posible la existencia de su "hambre y sed de justicia" y la de todas virtudes mencionadas en las bienaventuranzas que siguen a éstas.

Con estos breves comentarios sobre la naturaleza de la mansedumbre, pasemos ahora a considerar las enseñanzas del Nuevo

Testamento que nos ayudarán a esclarecer de una manera más extensa el significado de la palabra que nos ocupa.

La mansedumbre en la persona de Cristo

Jesús nació de María, que era mansa y humilde de corazón. En el transcurso de su visita a su prima Elisabet, antes del nacimiento de Jesucristo, apreciando infinitamente el gran privilegio que se la había concedido, María entonó, un canto de acción de gracias:

> Engrandece mi alma al Señor... Porque ha mirado la bajeza de su sierva; ... Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. (Lucas 1:46, 48, 51, 52)

> Y dió a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre.... (Lucas 2:7)

Y se proclamó el nacimiento de Jesús, no con gran pompa ni tampoco con ceremonias aparatosas, sino con

> ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres! (Lucas 2:14)

El Salvador no hizo su advenimiento en todo el esplendor mesiánico que las tradiciones rabínicas habían hecho anticipar al pueblo judío. No se ensalzó a sí mismo ni se vanaglorió de su poder ante los hombres. Nadie pudo nunca persuadirle a obrar un milagro como señal de su poder o de su divinidad. Curaba a las gentes por compasión, y no para complacer su propia satisfacción personal. Con frecuencia instaba a aquellos que había curado que no contasen a nadie lo sucedido. (Véase Mateo 8:1-4)

El hecho de que no era egocéntrico en sus pensamientos y en sus intentos, lo hallamos hermosamente demostrado en un incidente que aconteció en Samaria. Había enviado mensajeros a una aldea cercana para que preparasen su llegada, pero los habitantes de la aldea rehusaron acogerle.

> Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose él, los reprendió,... y se fueron a otra aldea. (Lucas 9:54-56)

Cuando pensamos en los métodos que usaba, ciertamente que no nos imaginamos a un dictador, el brazo en alto, la barbilla firme, los ojos fijos como envidriados, el pecho lleno de decoraciones de todas clases, y rodeado constantemente por una nube de subordinados simiescos. Cuando predicaba, sus palabras eran dulces y sus maneras tan apacibles que invitaban a seguirle incondicionalmente.

> Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar... porque mi yugo es fácil y ligera mi carga. (Mateo 11:27-30)

Su entrada final en Jerusalén no tuvo nada de ostentosa. "Decid a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, manso y montado sobre un asno. . . ." S. Mateo 21:5)

Durante todo el tiempo que duraron su juicio y su crucifixión, el Señor dío pruebas del más completo dominio de sí mismo. No protestó de los malos tratos que le infligieron, ni mintió, ni se dejó arrebatar por la ira o por la tentación de jactarse de su fortaleza de ánimo en aquellos duros momentos. Con la mayor dignidad y la mayor resolución, se enfrentó con aquellos en cuyas manos el traidor Judas le había entregado: el sumo sacerdote, Pilatos y la multitud cegada por la furia. Incluso en los instantes cruciales de su agonía, manifestó de manera sublime la lealtad que le unía al Padre: "Hágase tu voluntad, y no la mía."

Las enseñanzas de los discípulos

1. Pablo sabía lo que implicaba el don de mansedumbre, porque ésta era la principal y decisiva virtud que su fe en Cristo y el don del Espíritu Santo había hecho nacer en él. Desde el día de su conversión en adelante se glorió, no ya en sí mismo, sino en la obra del Señor y en el bienestar de los demás.

Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí. (Romanos 15:1-3)

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. (Efesios 4:1-3)

Así que le envío con mayor solicitud, para que al verle de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza. (Filipenses 2:28)

Porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba. (II Corintios 10:18)

El dominio de uno mismo y el desvelo por el bienestar de los demás ejercidos bajo la influencia del Espíritu de Cristo podría decirse que constituyen el resumen del aspecto práctico de la religión que Pablo propugnó. Constituyen asimismo los fundamentos de la mansedumbre cristiana.

2. Santiago, en aquel capítulo tan interesante que escribió referente al dominio que deberíamos ejercer sobre nuestra lengua, nos ha dejado este hermoso pasaje sobre la mansedumbre que "proviene de lo alto."

¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestrese por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura,

después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocrecía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz. (Santiago 3:12-18)

En qué manera podemos ejercer la mansedumbre en nuestra vida cotidiana

En la época actual necesitamos, más que nunca, la fuerza que proporciona la mansedumbre. El hecho de que ésta nos falta es la causa de muchos conflictos sociales y personales. Cuando los hombres luchan entre sí, no hacen sino aumentar la confusión que reina ya en sus propios problemas, al propio tiempo que dañan a los demás. Un padre altanero y que es poco dueño de sí mismo, es incapaz de poder respetar la personalidad de sus hijos; es de todo punto imposible que el objectivo principal de sus actos sea la felicidad y el bienestar de sus hijos. Es imposible que este hombre pueda satisfacer a la vez su ambición personal y la causa que tiene el deber de propugnar. "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas." Parafraseando las palabras del Salvador, nadie puede servir a su propio orgullo y cualquier otra causa al mismo tiempo. Tan sólo los mansos—aquellos que no son orgullosos ni están dominados por la ambición de lograr su propio bienestar—pueden darse con entera libertad al servicio de Dios y de sus semejantes, al servicio de la justicia y de la verdad. Los orgullosos tienen que luchar entre dos ideas opuestas. Sin el don de la mansedumbre, el hombre perderá "su propia alma" y no alcanzará a realizar las esperanzas que sus semejantes han depositado en él.

Los psicólogos y psiquiatras hablan mucho últimamente de la "madurez emotiva," que parece es una condición esencial para el éxito de los matrimonios y la vida familiar en general y al mismo tiempo sinónimo de buena salud mental. Es bastante difícil de definir este término de "madurez emocional." Es todo lo contrario de la puerilidad. Jesús nos exhortó a ser puros y dóciles como niños. Sin duda lo que quería decir era que imitásemos estas *virtudes que poseen los niños,* y no que fuésemos *pueriles.* Porque un niño es humilde y perdona fácilmente, pero en cambio es egoísta y no sabe dominarse a sí mismo. Dice más a menudo: "Yo," "mí," "mis cosas," que "vosotros," "nosotros," "vuestras cosas." A causa de su poca paciencia, su humor no es siempre constante. Tiene dificultad en dejar para más tarde el placer que un momento determinado puede depararle—un cucurucho de helado, una sesión de cine—por un bien mayor, un gozo más duradero que otros pueden proporcionarle en aquel preciso instante.

Las gentes que gozan de esta "madurez emotiva" son dueños de sí mismos. Pueden resignarse a cambiar sus deseos personales con el propósito de servir un interés superior. De igual modo, pueden decir un "no" enfático a aquellas cosas que aportan una satisfacción momentánea, pero que más tarde, a la larga, constituyen una causa de preocupaciones. Y de la misma manera pueden también decir "sí" a las cosas que de momento parecen difíciles

de obtener, pero que a la larga resultan dar un buen rendimiento. Fuera de ellos mismos y de nuestro pequeño mundo egocéntrico, estas personas son capaces de encontrar intereses superiores a los cuales darse enteramente. Les es fácil amar al prójimo y perseverar en una causa justa. La crítica mal intencionada no puede tocarles muy profundamente, y no se toman a sí mismos demasiado en serio.

Esta "madurez emotiva," tan importante en sociología moderna, psicología y psiquiatría, no es ni más ni menos que el antiguo y siempre nuevo principo cristiano de la mansedumbre. La ciencia ha llegado a descubrir la naturaleza y la importancia de la "madurez emotiva" observando cuidadosamente la naturaleza humana, en especial las personas que tienen dificultad en tomar sobre sí el yugo de la sociedad. La importancia de la mansedumbre en las relaciones se hace sentir también de manera muy patente en aquellos casos en que brilla totalmente por su ausencia. Cuando uno conduce un automóbil, a menudo tiene ocasión de ofenderse a causa del poco cuidado o la descortés violación del código de carreteras por parte de otro conductor. Cuando hay uno que conduce su coche sobre las líneas que separan un lado de la carretera del otro, uno que insiste en tener sus derechos respetados continuará conduciendo sobre su lado sin apartarse, hasta que los dos inevitablemente acabarán por chocar. Una persona que posea la virtud de la mansedumbre, lo que hará será ponerse en la división de su derecha y aún dará gracias por haber podido salvar su vida.

Hay ocasiones en las que podemos y debemos censurar el mal, combatir la injusticia, desmentir las afirmaciones de un adversario. Jesús lo hizo también. Pero hay quizás muchas más ocasiones en las que nuestro deber sería mostrarnos humildes, benignos, tolerantes, compasivos; ocasiones en las que debemos conceder a la gente el principio de no considerarles culpables hasta que todas las pruebas se hayan acumulado de que no son inocentes; ocasiones en las que deberíamos olvidarnos de nuestro orgullo, dedicando toda nuestra atención a la verdad y la ayuda al prójimo. Esta era la manera de Jesús. El evangelio de Jesucristo, si lo practicamos en nuestras vidas, puede volvernos mansos. La fe en Cristo, el arrepentimiento y el bautismo sinceros *aportan la mansedumbre y la humildad de corazón;* "y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón, viene la visitación del Espíritu Santo, el Consolador que llena de esperanza y de amor perfecto. . . ." (Moroni 8:26)

Todos hemos tenido el privilegio de conocer a Santos de los Ultimos Días que poseían el espíritu de mansedumbre en grado sumo, y lo aplicaban en sus vidas con todo su vigor y fortaleza. Dos jóvenes misioneros que acababan de volver de la misión tuvieron una vez el privilegio de charlar durante una hora entera con el difunto apóstol Alonzo A. Hinckley. Como hacía pocos días que volvían del campo misionero y poseían cierta experiencia en la preparación de misioneros para el trabajo en las misiones extran-

jeras, élder Hinckley les invitó a presentar algunas sugestiones que quizás fuesen interesantes para la preparación de futuros misioneros en la Casa de la Misión.

Una de las sugestiones que los jóvenes élderes hicieron fué que los misioneros se dividieran en dos grupos de estudio—uno compuesto de los que más supiesen de las doctrinas de la Iglesia, y el otro de los que menos conocimiento tuvieran. Habían preparado incluso una lista de tópicos que podrían estudiarse en cada uno de ambos grupos. El élder Hinckley, después de haber dado una ojeada a los papeles que le habían tendido los dos misioneros, cuando llegó al tema de la revelación les dijo: "Pónganme en el grupo de los principiantes." El hombre que había pronunciado estas palabras era apóstol y su vida espiritual era tan rica como fuese de desear, y aun así era tan manso y tan humilde como para creer que su lugar sería con los que poseían menos conocimiento que los demás. Sin saberlo, dió una lección muy profunda a aquellos misioneros, que comprendieron y nunca jamás en su vida olvidaron lo que era la humildad, representada para ellos por un gran hombre que, sin embargo, tenía el espíritu de un niño.

Cierta vez un obispo tuvo que hacer una entrevista de un grupo de muchachos que habían acudido a su oficina con el propósito de prepararse para avanzar del oficio de diácono al de maestro. Todos menos un muchacho estaban ansiosos por recibir el honor de ser ya maestros. El chico en cuestión hacía ya seis meses que había pasado la edad en que hubieran debido ordenarle como maestro, pero no había dicho nada de ello al obispo. Cuando el obispo se enteró de su edad, se excusó ante el muchacho por no haberse cuidado de ir adelante con su ordenación mucho antes y le felicitó por su celo en cumplir fielmente con los deberes que como diácono le incumbían sin sentirse ofendido por el hecho de no haber progresado en el sacerdocio "cuando era su turno."

Elías S. Woodruff fué un hombre lleno de mansedumbre. Cuando le llamaron a servir como obispo, nunca se pavoneó del trabajo que hacía. Al contrario, de una manera callada y diligente, se dedicó por entero a ayudar a los demás. Muchos muchachos descarriados se encontraron de nuevo en el camino recto gracias a sus consejos. Cuando se trataba de discutir cualquier asunto con el sacerdocio del barrio, siempre ponía un cuidado especial en presentar los hechos escuetos para la consideración de los miembros, reservando para última hora su opinión personal sobre el modo de solucionarlos. Tanto el diácono como el sumo sacerdote, el miembro rico e influyente en el estado recibían la misma deferencia por parte del obispo Woodruff, cuyo silente intento era el de llevar a cabo los propósitos del Señor en las vidas de los miembros de su barrio.

Cualquiera que conoció en vida a Don B. Colton, conoció a la mansedumbre personificada. Hombre avezado en política, versado en leyes, firme en sus convicciones morales y religiosas, nadie le oyó nunca alzar la voz para alabarse, o demostrar arrogancia.

Su habla era suave, sus maneras apacibles, y poseía demasiado buen humor para tomarse a sí mismo demasiado en serio. Y por ello, podía ser un ideal que su familia veneraba, un administrador honorado de los bienes públicos, y un enérgico testigo de la divinidad de Cristo y su evangelio. Para él las bienaventuranzas no estaban escritas únicamente en el capítulo quinto de Mateo, sino también en "las tablas de carne de su corazón."

Un antiguo filósofo chino llamado Lao Tsé, enseño la humildad y la mansedumbre usando términos muy expresivos:

El hombre, cuando está vivo, es blando y tierno; cuando está muerto se vuelve duro y recio. Todos los animales y plantas, mientras tienen vida, son tiernos y frágiles; cuando están muertos, se resecan y se vuelven macilentos. Es por esta razón que está escrito: todo lo que es duro y recio pertenece a la muerte; todo lo que es blando y tierno pertenece a la vida. Es la razon por la cual los soldados,, cuando son demasiado duros, no pueden ganar la batalla; por ello también el árbol que es demasiado recio se rompe con más facilidad. La situación de los fuertes y de los grandes de este mundo es inferior, y la situación de los débiles y de los tiernos está muy elevada. (*Bible of the World,* compilada por Ballou, pág. 503)

Capítulo 25

"SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR"

Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. (Santiago 5:16)

Jesús oraba a menudo

El ministerio del Salvador comenzó y acabó con una oración. Oró mientras estaba en el desierto y oró mientras estaba en el suplicio de la cruz. Entre estos dos acontecimientos le podemos ver orando frecuentemente a su Padre, levantándose temprano antes de la salida del sol, o por la tarde, cierta vez en que había dado de comer a una inmensa multitud, se fué sólo a una montaña para orar. ¿Por qué sería que Jesús, que estaba tan seguro de sí mismo, y que hablaba con tal autoridad y convicción, se retiraba con tanta frecuencia para orar? Hay, según lo vemos nosotros, dos respuestas plausibles para esta pregunta. Se daba cuenta de sus necesidades espirituales, y amaba a su Padre Celestial y deseaba estar en comunión con El.

El hecho de que el Salvador se diese cuenta de sus propias necesidades espirituales queda demostrado por las ocasiones en que le vemos dedicado a la oración. Los cuarenta días de ayuno en el desierto sin duda alguna que estuvieron acompañados por oraciones frecuentes, a fin de recibir las fuerzas necesarias para prepararle a llevar a buen fin la obra de su ministerio. (Véase Lucas 4 y Mateo 3.) A medida que su fama fué en aumento y que multitudes cada vez mayores le seguían y aclaraban, su necesidad de recibir ayuda de la fuente de su fuerza espiritual fué aún mayor, "y se apartaba a los desiertos, y oraba." (Lucas 5:16) Antes de hacer la elección de los Doce, y luego durante una hora crítica en la que muchas personas estaban locas de furor en contra de El, "fué al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios." (Lucas 6:12) En la noche misma de la última cena,

Y saliendo, se fué, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron ... Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya ... Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. (Lucas 22:39, 41, 42, 44)

La segunda razón por la cual Jesús oraba tan a menudo era el intenso amor que sentía por Dios. Este era para El el primer y gran mandamiento. Gracias a su fe y a su amor, gozaba de relaciones muy íntimas con el Padre. La oración era una manera natural de expresar esta intimidad.

Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. (Juan 16:28, 32)

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos. (Juan 17:25, 26)

Las enseñanzas que Jesús dió referentes a la oración

Jesús enseñó muchas cosas con respecto a la oración. Tan sólo mencionaremos unas pocas de aquellas que nos parezcan de más vital importancia.

1. **Nos enseñó a orar con sinceridad**—no como los hipócritas que lo hacen para ser oídos de los hombres; no mediante el uso de vanas repeticiones, sino de una manera sencilla, porque "vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis." (Véase S. Mateo 6:5-8).

2. **Nos enseñó a ser humildes y a dejarnos penetrar por el espíritu de contrición en nuestras oraciones**—no como el fariseo que

. . . en pie, oraba *consigo mismo* de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. (Lucas 18:11, 12)

sino más bien a semejanza del publicano que

. . . estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. (Lucas 18:13)

3. **Nos enseñó a orar constantemente.** Tal como hace observar Branscomb en su libro titulado *The Teachings of Jesus,* en el capítulo XVII, Jesús se sirvió de dos parábolas para demostrarnos bien claramente que debemos perseverar en la oración. (Véase S. Lucas 18:18 y 11:5-8). En ellas muestra cómo los hombres hacen favores a otros no por amistad para con ellos, sino para que no se les moleste más, y hace resaltar el hecho de que el Padre Celestial escucha nuestras oraciones incesantemente. Por tanto

Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará en escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan? (Lucas 11:19-23)

4. **Nos enseñó a tener presentes tres cosas en la oración: nuestras propias necesidades, las necesidades de los demás,** y, sobre todo, **nuestro Padre Celestial.** El ejemplo mejor que de ello tenemos se encuentra en el "Padrenuestro", que podemos dividir de la siguiente forma:

Oración Personal: El pan nuestro de cada dia, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, . . . Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal. . . .

Oración por los demás: . . . como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (y en otro pasaje del Sermón del Monte—Y orad por los que os maldicen y persiguen; . . .).

Oración dedicada al Padre: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. . . . Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén. (Véase S, Mateo 6:9-13)

Los discípulos enseñan también a orar

Siguiendo el ejemplo de su Señor, los discípulos continuaron perseverando en la oración, como podemos ver en los Hechos y muy especialmente en las epístolas de Pablo." Orad sin cesar—escribe Pablo—dad gracias en todo; porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús." I Tesalonicenses 5:17, 18)

Orando en todo todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos. (Efesios 6:18)

Las palabras sencillas y fervientes de Santiago fueron la causa exterior que motivó la restauración del evangelio en el siglo pasado. (Santiago 1:5-8) Santiago enseña también la oración en favor de otros:

¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. (Santiago 5:13-16)

La oración en nuestra época

Nuestra civilización actual no contribuye a la costumbre de orar. Nuestra vida es demasiado compleja, estamos todos demasiado ocupados, los mil ruidos de la vida actual nos impiden desarrollar un alto nivel espiritual. Innumerables son las invenciones de los hombres que se alzan entre nosotros y Dios, y entre nosotros y Sus obras en la naturaleza. Los hombres de otras épocas casi siempre han hallado a Dios en lugares lejanos de los grandes centros urbanos: Moisés en el Monte de Sinaí, Amos en las colinas de Judea pastoreando a sus rebaños, Jesús en la soledad del Monte de los Olivos, y José en el bosquecillo.

Como no podemos cambiar en nada nuestra civilización en lo que al aspecto material se refiere, si queremos vivir una verdadera vida, bendecida por la oración lo menos que tendremos que hacer por nuestra parte será darle un poco más de atención, o de otro modo va a desaparecer bajo muchas cosas que parecen oponerse a ella. Guiados por la vida y las enseñanzas de Cristo, vamos a considerar algunas ideas que quizás nos ayuden a orar de una manera más eficaz y también más aceptable.

1. Esforcémonos en ser sencillos. A los Santos de los Ultimos Días les gusta orar empleando sus propias palabras según lo que la ocasión y el espíritu les inspiren. No tenemos ninguna clase de oraciones fijas, con las únicas excepciones de la que usamos para el bautismo y la que usamos para la Santa Cena. No obstante, nuestras oraciones, sea en público o en privado, llegan a convertirse en una simple rutina para nosotros y para los que nos escuchan, y les falta indiscutiblemente la convicción que sólo el alma sincera de una persona puede poner en una oración.

Inspirándonos en los ejemplos del Salvador, tales como la oración del publicano, quizás lleguemos a simplificar nuestras oraciones. En lugar de mencionar una de ellas. Una de las más hermosas oraciones que hayamos nunca oído tan sólo contenían expresiones de gratitud para con Dios en el nombre del Hijo. No había en ella nada que pudiese ser tachado de egoísta, no se hablaba para nada de los defectos de otras personas; únicamente había agradecimiento ferviente a nuestro Padre Celestial. Una verdadera oración totalmente apropiada para el día del reposo. Mientras la íbamos siguiendo mentalmente, nuestros pensamientos subían hacia Dios libres de toda otra suerte de ideas, libres sobre todo de egoísmo.

¡Cuán sincera y llena de satisfacción es la oración del hombre arrepentido! Cuando un hombre se ve humillado por sus fracasos, sus errores y sus pecados, y que reconoce todo ésto, se acerca al Señor con un espíritu contrito y un corazón humilde, buscando únicamente el perdón y la reconciliación.

Hay ocasiones públicas en las que todo un grupo siente una necesidad en particular. ¿Por qué no hacer de ello la base de nuestra oración—sea la necesidad de ser humildes, de tener amor, de estar unidos o de ser prudentes—siempre dentro de un espíritu de gratitud y en el nombre del Hijo?

2. En lugar de reemplazarla, las oraciones deben crear en nosotros una vida religiosa y moral. Un estudiante nos dijo un día: "No acabo de ver la necesidad de orar cada día. Cada vez le pido al Señor las mismas cosas: 'bendice a mi padre, a mi madre, a mi hermana, a mi hermanito pequeño, y a mí, y también a los pobres y necesitados, a los enfermos y afligidos, y así sucesivamente.' Tengo la impresión de que el Señor bendice a todas estas personas, de todas maneras, sin necesidad de que yo tenga que pedírselo cada día." La sincera perplejidad de este joven indicaba, en primer lugar, que sus oraciones eran más bien una cuestión de rutina ya que no formaban parte integrante de su vida, tanto en lo que hacía antes como en lo que pudiese hacer después de ella. Su oración era una especie de callejón sin salida que no llevaba a ninguna parte, y por el que ya había en muchas otras ocasiones.

Nuestras oraciones deben ir estrechamente ligadas a nuestra vida. Nuestra forma de vivir cotidiana revela nuestra falta de prudencia, nuestra escasez de fuerza para resistir al mal y vencer

nuestras debilidades, la necesidad que tenemos de vivir más en armonía con nuestros seres queridos, la necesidad de comprender los problemas de los demás y ayudarles a resolverlos, la necesidad de hacer decisiones justas y más la precisión que tenemos de recibir la ayuda de Dios y de conformarnos a su voluntad. Si nuestras oraciones estuviesen dictadas por estas necesidades, entonces, cuando nos levantaríamos después de haber orado, nos enfrentaríamos con la vida y haríamos la voluntad divina con una visión más clara de las cosas y una nueva fuerza. Toda otra especie de oración, por sincera que sea, no basta para satisfacer al alma. El gran santo medieval, Francisco de Asís, ha legado al mundo una oración que formaba parte de su vida diaria:

Señor, hazme un instrumento de tu paz;
Que allí donde haya odio, yo engendre el amor;
Que allí donde haya ofensas, yo aporte el perdón;
Que suscite la unión en lugar de la discordia,
La verdad para reemplazar al error,
La fe allí donde había dudas,
La esperanza en lugar del desespero,
La luz allí donde reinaban las tinieblas,
El gozo en vez de tristeza,
Haz que desee, no tanto el ser amado,
Como el amar yo mismo,
Ayúdame a que aprenda que al dar
Yo me puedo beneficiar
Y que olvidándome a mí mismo, pueda alcanzar la vida eterna.

Este discípulo del Maestro en los tiempos medievales pasó toda su vida amando y sirviendo a sus semejantes. Su oración le preparaba para ello, porque estaba inspirada en el Espíritu de Aquel Maestro que Francisco amaba tanto.

En el libro de Alma hallamos una idea inspiradora de Amulek sobre la relación entre la oración y la vida cristiana. Incita a los hombres a orar constantemente por sus propias necesidades—por "todos los de vuestra casa . . . por las cosechas de vuestros campos . . . por los rebaños de vuestros campos . . ." y para que "vuestros corazones rebosen, orando constantemente por vuestro propio bienestar así como por el bienestar de los que os rodean." (Alma 34:21-27) Y a continuación nos dice, en términos enérgicos, que la oración tiene que ir acoplada a una vida de amor al prójimo, de cristianismo positivo.

Y he aquí, amados hermanos míos, os digo que no creáis que esto es todo; porque si después de haber hecho todas estas cosas, despreciáis al indigente y al desnudo y no visitáis al enfermo y afligido, si no dais de vuestros bienes, si los tenéis, a los necesitados, os digo que si no hacéis ninguna de estas cosas, he aquí, vuestra oración será en vano y no os valdrá nada, mas seréis como los hipócritas que niegan la fe. Por tanto, si no os acordáis de ser caritativos, sois como la escoria que los refinadores desechan (por no tener valor), y es hollada de los hombres. (Alma 34:28, 29)

3. Nuestras oraciones deben ser una ocasión para que podamos dar culto y agradecer sus bondades a nuestro Padre Celestial. Jesús, hablando de la oración del fariseo, dice que *oraba consigo.* Es

decir, que lo único que le preocupaba era su pretendida religiosidad. Nosotros también, a veces, nos preocupamos únicamente de nuestras necesidades personales, y solamente pedimos bendiciones para nosotros. La oración tiene que ser un momento de retiro en el cual debemos acordarnos del Señor, honrarle, darle gracias y alabarle. Un colega nuestro dice que ha aprendido a orar empezando por guardar silencio y así poder escuchar al Señor y gozar de la comunión con El.

Cuando un aficionado a la música escucha un concierto sinfónico, se olvida por completo de sí mismo, y la música renueva y refresca su alma. Cuando nos arrodillemos ante el Señor, en oración, deberíamos también, a veces, olvidarnos de nosotros mismos y concentrar en El nuestros pensamientos y nuestros sentidos. Porque El ya conoce todas nuestras necesidades antes de que las formulemos. Más necesidad tenemos de adorarle, de amarle y de darle honra en nuestras oraciones. Que nuestras oraciones, pues, giren en torno de Dios, y nada más.

4. Necesitamos el Espíritu del Señor si queremos acrecentar nuestra humildad, nuestra mansedumbre y nuestro amor. Si, mediante la oración, podemos gozar de la presencia de su Espíritu, entonces éste nos ayudará a luchar por nuestros ideales. Nunca nos abandonará en nuestros esfuerzos por obedecer su voluntad. Siempre nos dará el Espíritu Santo que nos es preciso para seguir adelante. Para dar un ejemplo de ello, creemos que bastará con una historia que nos contó un hermano que había servido como presidente de estaca, un hombre humilde, de pocos estudios y medios modestos, pero dotado de un gran amor por sus semejantes.

Durante la crisis económica de a principios de 1930, este presidente de estaca y una miembro de su sumo consejo eran socios de un negocio de automóviles. La marca de automóviles que representaban era más bien cara, y los negocios que hacían eran más bien escasos. Cada venta que hacían representaba un poco más de tiempo que iban a poder continuar en el negocio. Uno de sus colegas, miembro igualmente de la Iglesia, y bastante bien acomodado les prometió que les compraría uno de sus coches en una fecha determinada. Llegada ésta, se lo enviaron con la factura. Pero aquel hermano les dijo que había cambiado de opinión y que ya no quería comprar el coche. Su esposa, en presencia de los dos desconsolados socios, le dijo: "Pero Juan, les prometiste que les comprarías el coche. Yo misma te oí decírselo." Pero ni aún así volvió sobre sus pasos. Había cambiado de parecer, y deseaba adquirir otra marca de coche.

Los dos hermanos en cuestión se despidieron llenos de pesadumbre, y sin saber exactamente qué decir. Sabían lo que habían perdido por culpa de aquel hermano, y sabían también que en los días venideros iban a tener que colaborar en la Iglesia con aquel hermano que había demostrado tener tan poca palabra. Incluso, en los años futuros, llegaría el día en que se les pediría que levantasen sus manos en señal de aprobación de su trabajo en la Iglesia.

En el camino de vuelta, uno de ellos dijo al otro: "Enrique, estoy muy desilusionado. Nunca hubiese imaginado que nos iba a tratar en esta forma. No creo que nunca pueda perdonárselo."

El otro le replicó: "Jorge, nuestro deber es perdonarle. La obra del Señor es más importante que la venta de un coche. No podremos hacer bien lo que El espera de nosotros, si tenemos el corazón lleno de rencor."

Jorge convino con él y aquellos dos sinceros cristianos volvieron otra vez al negocio, y depositaron el coche que no habían podido vender en el garaje. Entretanto, empezaba a ser ya una hora avanzada de la noche. Entraron en su despacho y allí, en la oscuridad, se arrodillaron y oraron, rogando a Dios que les ayudara a perdonar a su hermano e hiciera que aquella desagradable experiencia no destruyera sus deseos de trabajar en la obra de la Iglesia. Se levantaron, libres de todo enfado y nunca más sintieron rencor o malevolencia hacia su otro hermano.

En verdad, "la oración ferviente de un hombre justo" le ayudará a vivir más cerca de Dios, hará que cumpla mejor con sus deberes, y le dará la paz de la mente, tan necesaria en este mundo tan lleno de bullicio y de odio. La vida de Abraham Lincoln es un buen ejemplo de ello. Con la ayuda de Dios, fué capaz de proseguir con su ideal a través de una infinidad de dificultades. Llegó incluso a dominarse a sí mismo de tal modo que pudo llegar a escoger personas que le eran contrarias para posiciones de importancia en el gobierno; tuvo la entereza de espíritu de apoyar principios que sabía eran justos durante una época en que era una blasfemia el sólo mencionarlos. Esta entereza moral y este dominio de sí mismo, productos de una profunda mansedumbre interior, entraron a formar parte de su vida gracias a su constancia en orar a Dios.

Capítulo 26

"A LIBERTAD HABEIS SIDO LLAMADOS"

Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. (Gálatas 5:1)

El anhelo humano de libertad

Las personas son más felices cuando pueden vivir en una atmósfera de gran libertad, cuando pueden dirigir y controlar sus vidas de acuerdo con propósitos buenos que se han escogido ellos mismos. Podemos comprobar la existencia de este deseo en el ser humano, desde los albores de su vida hasta la edad más avanzada. Un bebé protesta cuando se le coge demasiado fuerte de tal manera que su libertad de movimientos queda restringida. Los niños criados bajo la férula de la adolescencia, tienen gran cantidad de problemas y complejos, más que la mayoría de los demás. Muchos de ellos nunca pueden acostumbrarse a vivir en compañía de otros. La adolescencia es la edad en la que la juventud intenta hacerse independiente.

De igual manera, los adultos se rebelan contra la autocracia y la dictadura. La historia de la humanidad consiste, más que nada, en la lucha que los pueblos han tenido que sostener contra la tiranía política y la dictadura. La batalla continúa aún en nuestros días, tan real y tan encarnizada como siempre.

Este deseo es innato en el hombre. El hombre nació para llevar a cabo algo. Desea que se le respete como persona, y necesita ocupar un lugar en el engranaje de la sociedad. Su libre albedrío le incita a buscar la libertad. El hombre es hijo de un Padre Eterno, uno de cuyos atributos es ciertamente la libertad de pensar, de obrar y de escoger por sí mismo.

A menudo se considera a la religión como una restricción de nuestra libertad. Muchos jóvenes se rebelan contra la fe de sus padres para poder ser libres y vivir su propia vida. Muchos adultos abandonan la religión para poder vivir según les plazca. Un hombre de unos sesenta años, instruído y que había tenido exito en su profesión, dijo un día a un grupo de amigos, con toda seriedad: "Mi religión ha sido la causa que me ha impedido realizar muchas cosas que siempre deseé hacer durante toda mi vida."

Una señorita de veintiún años, estudiante universitaria, nos dijo un día: "Ojalá que no creyese en el mormonismo." "¿Por qué me dice esto?" le pregunté. "Pues porque si no lo creyese —, me divertiría de lo lindo. Pero siempre tengo el temor de que sea verdadero."

¿ Es que la religión es un obstáculo que se alza contra la libertad del individuo? ¿ O bien, al contrario, acrecienta en él su amor por la libertad? Esta cuestión posee muchas diferentes facetas, y sin duda no podríamos discutirlas todas en esta lección Jesucristo y

sus apóstoles han dado una respuesta al problema que es la que va a ocuparnos en nuestro estudio.

Cristo prometió la libertad

Jesús hizo y dijo muchas cosas con el fin de que la humanidad disfrutase de mayor libertad. (Véase la lección que trató del carácter positivo de su religión.) Según nos cuenta Lucas, comenzó su ministerio citando las palabras de Isaías:

> El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; (Lucas 4:18)

Su religión no tenía que ser un yugo duro de llevar, o una carga pesada:

> Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga. (Mateo 11:28-30)

A muchos que creyeron en El, les dijo:

> ... Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. (Juan 8:31, 32)

Pablo encuentra la libertad a través de Cristo

Jesús prometió la libertad a sus discípulos. Pablo se dió plena cuenta de ello. Para él, la vida cristiana era una vida de absoluta libertad. En nuestras lecciones sobre la gracia divina, hemos empezado a discutir las enseñanzas de Pablo sobre la libertad. Vamos a considerarla ahora un poquito más de cerca, bajo un aspecto un poco distinto. ¿ De qué manera hizo Cristo que Pablo fuera más libre?

1. **Cristo libró a Pablo del temor de la muerte.** La fe en Cristo significa fe en una inmortalidad personal y gloriosa.

> Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.... Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. (I Corintios 15:49, 54)

No tan sólo Pablo perdió su temor de la muerte, sino que ya no se torturó más el alma pensando en la cólera divina y el día del juicio. Cristo le hizo comprender el amor que el Padre siente por sus hijos. Y se dió cuenta también del gran amor que sentía por el Padre y el Hijo. En su nueva fe, ya no tenía miedo de que Dios pudiese castigarle en el futuro. Era libre y podía gozar libremente de sus relaciones con Dios.

2. **Gracias a Jesucristo, Pablo logró quebrar el yugo del pecado.** Jamás bajo la ley mosaica, pudo Pablo verse libre de la carga del pecado y de la culpabilidad. Ahora, se había convertido en una

nueva criatura en Cristo Jesús. Según podemos ver en la epístola de Pablo a los Gálatas, los primeros cristianos interpretaron erróneamente la concepción que Pablo tenía de la liberación del pecado mediante el Salvador. Algunos se imaginaron que, ahora, tenían ya la libertad de hacer todo lo que quisieran, que podían soltar las riendas de la carne y sin embargo salvarse gracias al sacrificio expiatorio de Cristo. No había nada más lejos del pensamiento del apóstol.

Cristo no había venido para dar a los hombres la libertad del pecado ni para salvarlos en sus pecados. Había venido para mostrarles la naturaleza del pecado, y para darles la fe necesaria para arrepentirse y obtener la victoria sobre el pecado. Por la fe en el Salvador, toda la naturaleza del hombre sufre una total transformación. Su innata disposición al pecado desaparece. El Espíritu de Cristo y el Consolador llenan la vida del creyente. Las reglas y las consecuencias que siguen a la violación de ellas, ya no constituyen una carga para él, puesto que, gracias al Espíritu de Cristo, obedece a la ley viviendo conforme al principio del amor. Pablo explica esto de una manera magnífica en su epístola a los gálatas:

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.... Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disenciones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. (Gal. 5:13, 14, 16-25)

No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembre para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.... ni la circuncisión sino una nueva creación. (Gálatas 6:7, 8, 15)

La persona que trate de observar la ley por entero, letra por letra, regla por regla, fracasará con toda certeza. Pero la fe en Jesucristo engendra en nuestra vida una fuerza dinámica que nos hace arrepentir de nuestro malobrar y nos eleva por encima del pecado. El "fruto del Espíritu" subyuga a las "concupiscencias de la carne." La persona que vive en la fe de Cristo, queda libre, cada vez más completamente, de las cadenas del pecado.

3. Jesús cambió por completo la actitud que tenía Pablo respecto de la religión. Antes de su conversión, la religión había consistido en una especie de contrato entre el Creador y él. El rasgo sobresaliente, en esta clase de religión, era la obediencia. El Señor era un legislador y un juez, para él. Pablo obedecía a los mandamientos

para evitar el castigo y recibir la recompensa. Pablo sentía el peso de la ley y del juicio divino, y el hecho de que no conseguía obedecer a toda la ley por completo lo dejaba deprimido, le pesaba, le ataba las manos por completo. (Aunque esto no significa que éste fuese el sentimiento de todos los judíos de aquel entonces. Muchos de ellos amaban la ley y se complacían en ella.)

Después de su conversión, Pablo supo que lo más importante de la religión no era el calcular las recompensas y los castigos, ni el llevar a cabo todo los ritos, sino el vivir de una manera justa y libremente por el amor y mediante la fe en Jesucristo.

Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, *sino la fe que obra por amor.* (Galatas 5:6)

Según Pablo, el Espíritu de Cristo nos permite vivir en libertad y en paz.

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (Colosenses 3:15-17)

Santiago halló la libertad en el evangelio

Santiago descubrió que la obediencia a todos los mandamientos del evangelio acrecentaba nuestra libertad. Dió testimonio de ello en términos tan sencillos como elocuentes:

Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra inplantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a si mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace. (Sant. 1:21-25)

Nuestra libertad en Jesucristo

Preguntas:

1. ¿ Sentimos alguna vez envidia de aquella persona que, porque no es miembro de la Iglesia, parece tener más libertad de gozar de las cosas buenas que la vida tiene para ofrecernos? Dénse ejemplos de ello.

2. ¿ En qué maneras puede parecernos que el ser discípulo de Cristo constituye una carga para nosotros?

3. ¿ En qué manera nos hace libres el evangelio, y nos da más libertad que la que tendríamos a no ser por él?

Uno no es libre por el simple deseo de serlo. Las personas que están en la cárcel, los alcoholizados y los que viven bajo una dictadura desean continuamente el poseer la libertad. La libertad de escoger depende de numerosas condiciones de orden exterior e interior. Puede crecer o disminuir; podemos alcanzarla y también perderla.

Incluso nuestro libre albedrío no nos hace completamente libres. El libre albedrío significa que somos libres en potencia y que podemos desear el poseer la libertad, pero no que tengamos los conocimientos, la inteligencia y la habilidad que se precisan para hacer real este deseo. Nuestro libre albedrío tiene que pasar por una especie de entrenamiento antes de que pueda ayudarnos a ser libres. La libertad es siempre algo por lo que el individuo o la sociedad tienen que luchar; y en ambos casos, sólo se obtiene a gran precio y a través de muchos esfuerzos.

Compartimos la creencia que tenía Pablo que Jesucristo vino para darnos la libertad. "A libertad hemos sido llamados." Vamos a considerar algunos medios por los que podemos ampliar nuestra libertad siguiendo los pasos del Salvador.

1. Tener fe en Jesucristo significa tener fe en la inmortalidad. Una verdadera fe en la inmortalidad, sobre todo con el conocimiento que poseemos sobre el propósito de la vida del hombre en esta tierra, de su posibilidad de progresar en compañía de Dios y de sus semejantes, libra al corazón del hombre de buena parte de su temor de la muerte. Con una fe así, la edad avanzada y la vejez misma no quedan ya perturbadas por un sentimiento trágico de decadencia y de fin. Si uno puede vivir con fe y esperanza hasta el final, tendrá más libertad en su modo de tomar la vida.

2. Jesucristo nos ha traído conocimiento. El conocimiento es una condición esencial para la libertad. Mediante el conocimiento, ampliamos nuestra posibilidad de progreso y nos damos más plena cuenta de las muchas cosas a las que nos podemos dedicar. Mientras que la ignorancia es algo ciego en su composición, el conocimiento hace que nuestra vida sea más productiva y fértil porque abre nuestros ojos a otras cosas nuevas.

Jesucristo nos ha traído dos tipos esenciales de conocimiento que contribuyen a nuestra libertad: (a) El conocimiento de Dios, de nuestra relación con El, y de nuestra valía y posición en el orden de las cosas. (b) Un conocimiento creciente de los grandes principos de la vida, tales como la humildad, la imparcialidad, la misericordia, el perdón, la pureza y el amor. Estos principios morales y religiosos nos hacen libres a medida que los vamos comprendiendo y usando. La humildad significa la liberación de la envidia, de los celos, del sentimiento de inferioridad, etc. El amor significa la liberación de la avidez, del odio, de la concupiscencia.

3. Jesucristo nos ha dado la inspiración necesaria para vivir en armonía con la verdad. Dijo Jesús: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis

la verdad, y la verdad os hará libres." (Juan 8:31, 32) El verdadero conocimiento de los principios religiosos tan sólo se adquiere a través de la experiencia. Sin fe, nadie puede saber lo que es fe. Sin amor, nadie puede conocer el amor. Jesús nos ha dado el poder de su vida y de su Espíritu, así como el Consolador, mediante los cuales su palabra se convierte en soplo de vida para nosotros.

"Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder." (I Corintios 4:20) La fe en Jesucristo es el poder de arrepentirse. El amor de Cristo significa el amor que se necesita para ayudar al prójimo. El arrepentimiento acarrea la paz y la libertad. La ayuda al prójimo resulta infaliblemente en libertad, porque lo que se hace por amor, no da cabida a la coacción.

El arrepentimiento no significa únicamente liberación del castigo después de la muerte, sino también liberación inmediata del fracaso, de la pérdida de nuestro propio respeto, de nuestra debilidad moral, y de nuestro alejamiento de Dios. El arrepentimiento nos aporta inmediatamente la comprensión de nuestra libertad. Esto fué lo que Pablo enseñó, y también lo que Amulek nos enseña en el Libro de Mormón:

Sí, quisiera que vinieseis y no endurecieseis más vuestros corazones; porque he aquí, hoy es el tiempo y el día de vuestra salvación; y por tanto, si os arrepentís y no endurecéis más vuestros corazones, desde luego obrará para vosotros el gran plan de la redención. (Alma 34:31)

4. La fe en Jesucristo es un vínculo de buena voluntad entre los hombres. Si comprendemos su tolerancia, su amor y su abnegación, y si, con la ayuda de su Espíritu, ponemos todas estas cosas en práctica en nuestra propia vida, aprenderemos a vivir con los demás. Es verdad que nos crearemos enemigos de esta forma, como le sucedió a El, pero, al igual que El, nos crearemos también muchos amigos. El estaba solo; nosotros somos muchos. En lo que va de su época a la nuestra, la historia de la humanidad ha sido una inmensa tragedia. La gente tienen hambre de buena voluntad.

En el matrimonio, en la vida de familia, entre nuestros vecinos, en la industria, en el gobierno, por todas partes donde haya buena voluntad, habrá libertad. La cooperación multiplica las posibilidades de elección y aumenta nuestro poder y nuestras realizaciones. En donde no hay buena voluntad, no hay libertad. El odio, la desconfianza, el sabotaje y la guerra destruyen la libertad entre los hombres.

No tan sólo nos ayuda Jesucristo a obtener la libertad en las situaciones determinadas que hemos estudiado en este capítulo, sino que también da a la vida moral y religiosa una mayor libertad. El que tiene fe en Cristo no vive ya más en el temor. Sigue los pasos del Maestro "en la fe que obra por el amor." (Gálatas 5:6)

En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosostos en este mundo. En al amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme no ha sido perfeccionado en el amor. (I Juan 4:17, 18)

Capítulo 27

EL VALOR MORAL

... El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre. (Hebreos 13:6)

Lo que significa el valor

El valor es una cualidad del corazón y de la mente, que incita a un individuo a enfrentarse con un peligro o a correr un riesgo voluntariamente. El valor implica siempre un cierto riesgo. El que obra con valor se da plena cuenta de que puede perder algo, ser herido, o fracasar en su intento. La persona valerosa se olvida de su propia seguridad y sacrifica su propia comodidad para alcanzar un propósito que estima superior a todas las demás cosas. La acción valerosa es voluntaria. Cuando uno está en la alternativa de escoger entre la lucha o la muerte, puede hacer demostrar su valor personal. Pero, sin embargo, este puede ser la causa del desespero, un valor motivado por algo externo. El valor es más verdadero cuando hay varias alternativas entre las cuales escoger. El voluntario en tiempo de guerra es ciertamente mucho más valiente que el que espera a que le movilicen para ir.

El valor moral tiene muchas cosas en común con las otras formas de valor. También es voluntario e implica riesgos y peligros. Pero el valor moral se caracteriza por el hecho de que se manifiesta en situaciones que implican una elección entre el bien y el mal, la justicia y la injusticia. Nace de la convicción moral, de un propósito moral. Los actos de valor que se manifiestan en lo físico, tales como las hazañas deportivas, las de las aventuras, o las guerreras, provocan la aprobación de la gente. Un boxeador o un luchador valiente, o un soldado en el frente, es un héroe, incluso si pierde la batalla. Pero no sucede lo mismo con el valor moral. El riesgo, en este caso es la censura de los hombres, la deshonra social y a veces incluso la muerte. Los grandes héroes morales de la raza humana no han, en su mayoría, gozado nunca de la estima y la alabanza del público en el transcurso de sus vidas. Amós y Jeremías, Jesús y Pablo, Martín Lutero y Juan Huss, Abraham Lincoln y José Smith provocaron más odio que aprobación. Sus virtudes tan sólo fueron reconocidas después de su muerte.

El Nuevo Testamento es la historia de hombres de gran valor moral. Jesús, Pedro, Pablo, Juan, Santiago, Esteban, manifestaron gran valor y así enseñaron a los demás.

El valor moral en la vida y las enseñanzas de Jesucristo

Jesús tuvo el valor de discrepar de las opiniones de otros. Poco valor moral se necesita para estar en desacuerdo con una minoría o un solo grupo influyente. Pero Jesús, en sus interpretaciones religio-

sas, se opuso a todas las autoridades de su país, y a la gran mayoría del pueblo. Llamó a los fariseos "hipócritas y sepulcros blanqueados llenos de huesos de muertos y toda inmundicia." Criticó, no ya únicamente sus opiniones, sino también sus acciones, y esto delante de todo el mundo. (No tenemos necesidad de pormenorizar en ello, ya que lo hemos discutido a saciedad en otras lecciones precedentes.) El hecho de expulsar a los cambistas del templo fué un ejemplo extraordinario de valor moral por parte de Jesús que comportaba igualmente un cierto riesgo físico. Pero toda la vida del Salvador fué un ejemplo magnífico de valor moral. Resueltamente, prosiguió adelante con su propósito de hacer la voluntad del Padre, aun sabiendo a todo momento que el resultado final sería la crucifixión. Traicionado por uno de los Doce, negado por otro, y abandonado a última hora por un grupo de discípulos atemorizados, compareció ante los sumos sacerdotes, Pilatos y la muchedumbre que gritaba con dignidad y entereza de alma, porque sabía que estaba llevando a cabo el propósito de Dios.

Fué constante en su lealtad a los ideales trazados. Su valor le hizo posible el tratar de modo imparcial a los poderosos y a los humildes, a judíos y a gentiles, a ricos y a pobres. Su intención no era salvaguardar su propia seguridad, sino cumplir intacta la voluntad de Dios, luchar por la verdad y la justicia. Dijo a Pilato:

> ... Y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad; ... (S. Juan 18:37)

La verdad a veces es difícil de oír. Toca nuestros corazones y nos hiere en nuestro orgullo, nuestra comodidad, nuestra seguridad y nuestra posición en la vida. Es por ello que siempre habrá personas que odien la verdad y que tratarán de destruir, de una manera o de otra, a todo aquel que la proclame. Jesús tuvo que pagar el precio de su franqueza.

El valor de los discípulos

Cuando el Señor envió a sus discípulos a predicar al mundo, no les prometió precisamente los años más felices de su vida. Al contrario, les predijo la misma clase de trato que El había recibido. Y no dejó de cumplirse su promesa.

> He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. (S. Mateo 10:16-18, 22)

Los apóstoles, fortalecidos por su conocimiento de la resurrección y el testimonio del Consolador, dieron muestras de la misma clase de valor que habían tanto admirado en la vida de su Maestro. El libro de los Hechos es la historia del valor de este grupo de hombres, desde que empieza hasta que acaba.

La curación del cojo en la puerta del templo de Jerusalén, que Pedro y Juan realizaron, en nombre de Cristo, suscitó la cólera del sumo sacerdote y de sus amigos. Pedro y Juan pertenecían ahora a la misma clase de personas que Cristo, al que habían crucificado, y recibieron la orden de no hablar más en su nombre, ni mucho menos de obrar como por mandato suyo. Pedro y Juan, teniendo aún bien presente todo lo que le había sucedido a su Señor, dijeron:

... Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído. (Hecho 4:19, 20)

Poco tiempo después, dieron cuenta a sus camaradas, los otros discípulos, de los sucesos de este día memorable. Y juntos, se maravillaron de la oposición que se le hacía a la causa de Jesucristo, pero no demostraron en ello ninguna especie de cobardía, ni mencionaron su seguridad personal, sino que simplemente se pusieron a orar para poder tener el valor que iba a hacerles falta.

Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús. Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron lleno del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios. (Hechos 4:29-31)

Entre los discípulos de Cristo, a nuestro entender, nadie demostró nunca poseer tanto valor como Pablo. Se diría que esperaba con gozo los riesgos que iba a tener que correr y la muerte sufrida a causa del nombre de Cristo. Hasta recibiría uno la impresión que salía al encuentro del peligro más de lo que era necesario. ¿ Quién no se siente conmovido al leer su despedida de los efesios?

Porque Pablo se había propuesto pasar de largo a Efeso, para no detenerse en Asia, pues se apresuraba por estar el día de Pentecostés, si le fuese posible, en Jerusalén. Enviando, pues, desde Mileto a Efeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia. Cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Ahora, he aquí, ligado y en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago zaso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. (Hechos 20:16-24)

Los discípulos enseñan el valor

No era cosa fácil ser cristiano en tiempos de los apóstoles. Los conversos que Pablo hizo en las ciudades del imperio romano tuvieron que hacer prueba de un gran valor moral para resistir a las tentaciones de una cultura pagana. Las epístolas de Pablo dan frecuentes testimonios de las luchas que tuvieron que sostener. Una

persecución encarnizada tuvo lugar ya desde el primer siglo. Particularmente en la primera epístola de Pedro y en la de los Hebreos, se amonesta a los santos a mantenerse firmes en la fe y a sufrir por ella lo que el Señor había sufrido. Esto exigía el grado máximo de valor cristiano. (Véase sobre todo 1 Pedro 3 y 4:12-19)

Recursos de valor

El valor que se manifiesta en los deportes, la guerra, las aventuras y los negocios, es generalmente un atributo de la juventud. Parece ser el producto natural de la vitalidad física y del espíritu creador. Con la edad y la experiencia, los hombres se vuelven generalmente más prudentes y más conservadores, menos despreocupados e irreflexivos. Es muy natural que sea así, aunque puede ser tanto bueno como malo. Si es el resultado de la sabiduría a que los años pueden traer, es bueno; si es la expresión del temor de sacrificar la comodidad y la seguridad a un interés superior, es debilidad, y por consiguiente está mal.

Jesús era joven. Ejerció su ministerio de los treinta a los treinta y tres años de su vida. La edad de sus apóstoles nos es desconocida. Pero de una cosa estamos seguros, y es que, tal como sabemos por el Nuevo Testamento, conservaron su valor y su atrevimiento hasta el fin. Esto se pone en evidencia de una manera especial en la vida de Pablo. ¿ Cuál fué la base de este valor moral que poseían Jesús, Pedro y Pablo? Era la convicción. Había cosas que preferían a su comodidad, su seguridad y su reputación. Su valor provenía de su fe en Dios, en sus propósitos, en ideales y en principios. Era una fe que llevaba a cabo una obra de amor.

El valor moral es el producto del idealismo. Sin ideales elevados y un propósito bien cimentado, el valor moral asomará su cabeza, pero tímidamente, como un ratón sale de su agujero. Si los hombres se aman más a sí mismos que a ninguna otra cosa, no harán sacrificio ninguno ni correrán ningún riesgo por el amor de la justicia y de la verdad.

El valor moral recibe sostén igualmente de parte del Espíritu de Dios. Una persona que se esfuerza valerosamente en defender o establecer un principio de verdad, recibe la ayuda del Espíritu de Dios que la anima, la reconforta y la fortifica. Cuando hacemos su voluntad, está obligado a acompañarnos. Esto se ve bien claro en el intercambio de cartas que tuvo lugar entre el general Moroni y el juez supremo Pahoran, en el Libro de Mormón. Moroni y Pahoran luchaban para proteger a los nefitas de la esclavitud en manos de los lamanitas. Pahoran escribió lo siguiente a Moroni:

> Así pues, ven rápidamente con unos cuantos de tus hombres, y deja el resto al mando de Lehi y de Teáncum; dales facultad para conducir la guerra en esa parte del país, *según el Espíritu de Dios, que también es el espíritu de libertad que está en ellos.* (Alma 61:15)

Ocasiones en las que se puede manifestar valor moral en la actualidad

Cuando nos ponemos a pensar en el valor moral, a menudo nuestros pensamientos, van hacia las grandes figuras del pasado, pero en la vida cotidiana de la gente común, el valor moral se manifiesta frecuentemente. Consideremos algunas ocasiones que pueden presentarse a cada uno de nosotros en las que es posible hacer prueba de valor moral.

1. Es preciso tener valor para mostrarse fuertes en la adversidad. Una vez estuve empleado en casa de un hombre que en otros tiempos había sido un coloso de las finanzas, rey de las praderas y del ganado, pero que se arruinó financieramente por su propia temeridad y la inflación que siguió en la postguerra. A pesar de ello, a la edad de cincuenta y cinco, y sufriendo terriblemente de una enfermedad física, empezó a trabajar por otros, luego fué aumentando su capital, porque tenía la obligación de alimentar y mantener una familia algo numerosa, y quería ser independiente de los demás. Murió en su intento, pero su propia tenacidad y perseverancia fueron siempre muchísimo más fuertes que ningún otro de los jóvenes empleados que lo rodeaban y que, siguiendo con la corriente de los medios financieros, querían subir aprisa.

En la vida privada hay hombres y mujeres que no abandonan nunca la lucha, aun en medio de muchas dificultades, sino que con toda sencillez llevan su propia carga y la de los demás, sin ruido ni quejas. Estos deberían contarse entre los grandes héroes de la humanidad. Y hay legiones de ellos, sobre todo entre las madres y las esposas.

2. Es preciso tener valor para admitir nuestros errores, nuestros fracasos y nuestros pecados. Hemos podido observar que el verdadero arrepentimiento es más bien algo muy poco corriente. La mayor parte de nosotros intentamos disimular o justificar nuestras flaquezas, sea ante los demás, o ante nuestros propios ojos. Raramente confesamos nuestras ofensas a aquellos a los que hemos ofendido.

Dice así en Doctrinas y Convenios: "Pero recuerda que en éste, el día del Señor, ofrecerás tus ofrendas y tus sacramentos al Altísimo, *confesando tus pecados a tus hermanos, y ante el Señor.*" (Doc. y Conv. 59:12)

La confesíon de los pecados en público tiene que ser voluntaria, espontánea, y expresada con discreción. En estas condiciones, la confesión tiene un cierto valor, porque proviene de un corazón humillado y de un espíritu contrito. Es preciso tener mucho valor moral para confesar nuestros pecados.

El autor tan sólo puede recordar, después de cuarenta años de asistencia regular a las reuniones de testimonios, un sólo caso de una persona que confesara sus pécados en público. Fué un hermano que se levantó, y que poco más o menos, nos dijo lo siguiente:

Hermanos y hermanas, no soy digno de estar aquí hoy entre ustedes. He estado muy lejos de vivir en comunión con su espíritu. Mientras nuestro obispo estaba allí en el parlamento del estado votando por la ley seca en nuestro estado, yo estaba en una taberna tratando de conseguir que el estado se quedara sin alcohol, bebiéndolo todo yo mismo.... No sé cómo confesar mi vergüenza.... Espero que me perdonen.

Aún no había acabado de hablar que vecino tras vecino de aquel hombre se fueron levantando y contaron las bondades de aquella persona, las visitas frecuentes que hacía a los enfermos, las caridades que hacía, su bondad para con los ancianos y su amor por los niños. El valor que había tenido aquel hombre en levantarse había aliviado su conciencia, le había dado fortaleza moral y espiritual, y le había hecho ver el amor que sus hermanos sentían por él.

Cierto, mucho valor es lo único que puede hacer que un hombre confiese su fracaso moral y trate de redimirse entre aquellos mismos que conocen su fracaso.

3. **Es preciso tener valor moral para continuar siendo honrados ante la tentación de hacer dinero ilícitamente.** Tendremos ocasión de hablar de ello más extensamente en un capítulo que seguirá: "Los bienes de este mundo."

4. **Es preciso tener valor para no estar de acuerdo con los demás, para tener ideas propias.** Vivimos en una democracia, en la que gozamos de la libertad de expresión, oral o escrita. Demasiado pocos de nosotros tenemos el valor de manifestar nuestro desacuerdo sincero con un amigo, un vecino, un profesor, un patrono o un oficial de la Iglesia. Es más fácil callarse en público y hablar luego, en privado a espaldas de aquellos con los que no convenimos en opinión.

Aun teniendo en cuenta la necesidad de ser diplomáticos, tolerantes, bien educados, y benevolentes, al par que humildes y sinceros, tenemos gran necesidad en nuestra sociedad, de pensar y expresar francamente nuestras opiniones cuando la oportunidad se preste. Esta es la base de la democracia. Es la razón de existencia de una iglesia laica. Pero esto exige un cierto esfuerzo y un valor determinado, porque demasiado a menudo tememos ofender a los demás o incluso no estar en lo cierto en lo que decimos. Con demasiada frecuencia preferimos nuestra comodidad a expresar francamente la verdad y la justicia.

5. **Es preciso tener valor para defender una causa justa contra una oposición egoísta organizada.** Las personas que tienen ya una cierta experiencia en esta clase de cosas, podrán decirnos cuán difícil es luchar contra los intereses viles y sórdidos que se oponen al progreso de las causas justas. Tenemos gran necesidad hoy de poseer un valor como el del profeta Amós. Su censura contra el mal no fué hecha con términos vagos, sino de una manera concreta y específica, para que nadie pudiera llamarse a engaño:

Por tanto, puesto que vejáis al pobre y recibís de él carga de trigo, edificas teis casas de- piedra labrada, mas no las habitaréis; plantasteis hermosas viñas, mas no beberéis el vino de ellas. Porque yo sé de vuestras muchas rebeliones, y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres. (Amós 5: 11, 12)

¡Ay de los reposados en Sión, ... Duermen en camas de marfil y reposan sobre sus lechos, y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero. Beben vino en tazones y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. (Amós 6:1, 4, 6)

Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos, y arruináis a los pobres de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el mes, y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza, para comprar los pobres por dinero, y los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo? Jehová juró por la gloria de Jacob: No me olvidaré jamás de todas sus obras. (Amós 8:4-7)

6. Es preciso tener valor para defender nuestra fe. Los Santos de los Ultimos Días tadavía son el objeto del desprecio de algunas personas y el motivo del desdén de mucha gente en todo el mundo. Es preciso tener valor para representar y defender un ideal que no tiene la aprobación pública. Esta oportunidad de ser valientes moralmente se nos presenta todos los días.

Cómo ser buen cristiano

Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fué y vendió todo lo que tenía, y la compró. (Mateo 13: 44-46)

Dios y su Hijo nos piden únicamente que seamos leales por completo. Pero la vida actual no nos deja hacerlo con facilidad. Tan sólo una gran valentía moral, nacida de una fe muy grande y de un amor sublime puede orientar nuestra vida hacia el "reino de Dios y su justicia." Es más fácil el ir mariposeando de un lado para otro, a veces del lado de las riquezas, otras del lado de Dios. Resulta más provechoso económicamente. Pero Jesús nos dijo:

... Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios. (Lucas 9:62)

Tan sólo aquellos que pueden tener la misma fe que Pablo tenía pueden llegar a poseer el mismo valor que él tuvo en luchar por el establecimiento del reino de Dios. "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Romanos 8:31)

Capítulo 28

LABORIOSIDAD

... ¿Porqué estáis aquí todo el día desocupados? (Mateo 20:6)

Jesús fué carpintero

Dos veces únicamente se nos menciona en el Nuevo Testamento la profesión que Jesús tenía antes de empezar su ministerio. En Mateo 13:55, dice así: "¿No es éste el hijo del carpintero?" y en Marcos 6:3. "¿No es éste el carpintero, el hijo de María?" En estos dos pasajes, se hace también de los cuatro hermanos de Jesús y de sus hermanas. Esto quiere decir que Jesús era el hermano mayor de por lo menos siete hijos de María.

En aquel entonces era corriente en Israel que el hijo aprendiese el oficio del padre. Es lo que hizo Jesús y sin duda que debió de ejercer este oficio si se le conocía como carpintero. De esta forma debió cumplir con sus obligaciones de primógénito para con sus padres y sus hermanos y hermanas.

En sus enseñanzas, el Maestro menciona frecuentemente las labores de los hombres, mostrando así que se interesa en ellas y que las conoce bien. Se sirve del lenguaje sencillo del obrero para dar ejemplos de los problemas espirituales y morales que le rodean. Por ejemplo: "Sígueme, y te haré pescador de hombres," o bien "un sembrador salió a sembrar" ... o también la parábola del trigo y la cizaña, y la de los obreros de la viña. En ninguna parte encontramos un ejemplo en el que el Señor hablase en contra de la laboriosidad o hubiese incitado la ociosidad.

Pablo, defensor de la laboriosidad

Es en la historia y en los escritos de Pablo que podemos darnos una idea mejor del lugar importante que ocupaba el trabajo en la vida de la iglesia primitiva. Pablo, un hombre que tenía visiones y que poseía una gran espiritualidad, era también un hombre muy práctico. Por su experiencia con las ramas organizadas de los miembros de la Iglesia, podía justipreciar el valor del trabajo honrado. Pablo había percibido igualmente la idea que Cristo había dado en sus enseñanzas con respecto a la laboriosidad. Consideremos un poco lo que podemos averiguar respecto a la profesión de Pablo.

Lucas nos dice que cuando llegó a Corinto,

... halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma. Fué a ellos, y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos pues el oficio de ellos era hacer tiendas. Y discutía en la sinagoga todos los días de reposo, y persuadía a judíos y a griegos. (Hechos 18:2-4)

Pablo estaba orgulloso de su trabajo como fabricante de tiendas, porque este le permitía hacerse independiente, y, de esta forma, nadie podía acusarle de haber hecho una profesión de su ministerio. En su despedida de los efesios, tal como Lucas nos lo cuenta, dijo:

Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, la cual es poderosa para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir. (Hechos 20:32-35)

Pablo enseña a los santos a trabajar con sus manos, no por el solo hecho de trabajar, sino sobre todo a causa del valor moral y religioso del trabajo. Sus enseñanzas específicas al respecto son el producto de sus sentimientos religiosos y de su filosofía. Podemos dar varios ejemplos de ello.

1. Es mejor que un hombre trabaje que no que robe. Todas las personas normales tienen necesidades que tienen que quedar satisfechas. Los bienes materiales que se precisan para satisfacer estas necesidades tiene que obtenerse de una forma o de otra. Trabajar para obtenerlos es mejor que robarlos. Es la única manera honrada de obtenerlos.

El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. (Efesios 4:29)

2. El trabajo honrado engendra el amor y la buena voluntad entre los hombres.

Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos que abundéis en ello más y más; y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada. (I Tesalonicenses 4:9-12)

3. La ociosidad engendra toda clase de males y de vicios.

Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros. Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis. Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entreteniéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan. (II Tes. 3:6-12)

Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo. (I Timoteo 5:8)

Las viudas jóvenes eran una causa continua de problemas a causa de su ociosidad, es por esta razón que Pablo recomendó que se casasen de nuevo para que pudieran ocuparse en algo.

Y también aprenden a ser ociosas, andando de casa en casa; y no solamente ociosas, sino también chismosas y entremetidas, hablando lo que no debieran. Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia. (I Timoteo 5:13-14)

4. En varios de los pasajes citados más arriba, el trabajo recibe las más vivas recomendaciones por parte del apóstol Pablo porque es el mejor modo que existe para poder ayudar al prójimo.

...trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús,... Mas bienaventurado es dar que recibir. (Hechos 20:35)

Es interesante el observar cómo el apóstol aplica este famoso dicho del Maestro al trabajo cotidiano manual de los hombres.

El valor religioso del trabajo

En el Antiguo Testamento, el Libro de Mormón, el Nuevo Testamento, y las Doctrinas y Convenios, encontramos sin cesar exhortaciones al trabajo. Estas exhortaciones son bien conocidas de todos los conocedores de las escrituras, y de todos los Santos de los Ultimos Días. Dice así en el libro de Génesis:

. . . Maldita será la tierra *por tu causa;* . . . Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra. (Genesis 3:17-19)

En el Libro de Mormón, en el discurso de despedida del rey Benjamín, dice lo siguiente:

Y aun yo mismo he trabajado con mis propias manos a fin de poderos servir, para no abrumaros con impuestos y evitar que cayera sobre vosotros lo que es pesado de llevar—y de todas estas cosas de que he hablado, vosotros mismos sois hoy testigos. (Mosíah 2:14)

En esta sociedad bastante sencilla en el Libro de Mormón, incluso los sacerdotes, como Pablo en otros tiempos, trabajaban para asegurar su propia subsistencia. (Véase Mosíah 18:24-26) Las Doctrinas y Convenios están llenas de exhortaciones amonestándonos a evitar la ociosidad y trabajar en la obra del reino, tanto material, como espiritualmente.

No serás ocioso; porque el ocioso no comerá el pan, ni vestirá el vestido del trabajador. (Doc. y Con. 42:42)

Cesad de ser ociosos; cesad de ser inmundos; cesad de criticaros el uno al otro; cesad de dormir más de lo necesario; acostaos temprano, para que no os fatiguéis; levantaos temprano, para que vuestros cuerpos y vuestras mentes sean vigorizados. (Doc. y Con. 88:124)

Aplicación de las enseñanzas de Pablo en nuestra vida actual

Hay más sabiduría en estas referencias que las escrituras hacen al trabajo, que lo podría parecer a primera vista. El trabajo es bueno para el hombre, como Pablo sabía muy bien. ¿Cómo podemos aplicar sus enseñanzas a nuestra epoca, a nuestra vida cotidiana?

1. El trabajo es un medio excelente para poder hacer caridades. Con lo que ganamos, criamos una familia, tenemos hijos y les damos un hogar, contribuímos a la Iglesia, damos empleo a los demás, pagamos impuestos para la educación, el bienestar y la protección de todos, damos hospitalidad a nuestros amigos y vecinos. La seguridad economica es un medio maravilloso para procurarnos la salud, la buena voluntad y hacer que la felicidad reine entre la humanidad.

Todo trabajo honrado es, por sí mismo, un don que hacemos de nosotros mismos. El carpintero, el albañil, el granjero, el dentista, el médico, el maestro, el abogado, el hombre de negocios, y el jornalero, todos contribuyen al bienestar y la felicidad de sus semejantes. Mayor es el valor social de sus labores, mayor es la importancia de sus contribución. Ninguna profesión ejerce un monopolio sobre la contribución al patrimonio universal.

2. El trabajo es una expresión creativa y constructiva de la vida. El hombre esta hecho para crear, para obrar. Cuando novive de una manera constructiva y productiva, es que toma parte en una ocupación destructiva: se compadece a sí mismo, o pasa su tiempo dado a chismorreos ociosos, o algo parecido.

Cuando una persona es feliz en su trabajo, su corazón está satisfecho. No se siente inferior a los demás, y por consiguiente no siente envidia, celos y odio con respecto a otro. No tiene necesidad de escaparse a las realidades de la vida bebiendo, o tomando drogas. La vida es buena para ella, su sueño es tranquilo. Un trabajo honrado e interesante satisface la necesidad que el hombre tiene de expresarse. Desarrolla su personalidad porque se identifica con sus creaciones, tangilbes o intangibles, tanto una casa como una contribución cualquiera a la felicidad de otros.

3. Todas las clases de nuestra sociedad tienen sus problemas especiales con respecto al trabajo.

(a) Muchas personas de edad avanzada cogen el retiro después de haber trabajado regularmente durante un cierto número de años, y, a menudo, les quedan aún muchos años por vivir. Una vida de ociosidad total no les satisface. Para que nos ocasionen gozo, los ocios tienen que venir después de un día de fatigas que provienen de un trabajo honrado y creador. Es por esta razón que las personas ancianas tienen que continuar produciendo algo, de una manera o de otra durante todos los días de su vida, a fin de conservar su salud física y mental y gozar de la vida. ¿Qué

pueden hacer para ocuparse felizmente durante su vejez? ¿Cómo puede ayudarles el barrio o la rama a poner en obra sus talentos? ¿Qué puede hacer la comunidad?

(b) (Los jóvenes poseen una abundancia de energía que tiene que ser empleada. Menores que una edad determinada, los niños no pueden trabajar en la industria. No obstante tienen necesidad de la disciplina que produce el trabajo y la satisfacción que proviene de la realización de alguna cosa. ¿Qué pueden hacer los padres para ayudar a resolver este problema? ¿Qué pueden hacer la comunidad, o la Iglesia?

(c) Las mujeres casadas tienen problemas que sólo se encuentran en su profesión de madres o esposas. Cuando el hombre va al trabajo, todo lo que tiene que hacer ya está cuidadosamente delimitado, de una manera general, sea ya por su patrono, ya por la naturaleza misma de su trabajo. Tiene su clientela, su ruta, sus clientes, etc. . . . y su programa para el día es, en general, bien claro y determinado. Cuando ha acabado su trabajo, generalmente, se marcha y deja las preocupaciones a cualquier otro y espera hasta la mañana siguiente.

Por el contrario, el trabajo de una madre no está organizado como el del hombre. Siempre hay algo por hacer, y nunca la abandona el trabajo; tanto como quiera hacer, siempre podrá estar ocupada. Pero, en cierto modo, este trabajo no se lo manda nadie, es absolutamente voluntario. Tiene que tomar la iniciativa, ser su propio jefe y cumplir con su tarea, a pesar de frecuentes interrupciones. Además, el trabajo de una madre parece, hasta cierto punto, cuestión de rutina o algo inútil. Hace las camas, para que al cabo de poco se deshagan otra vez; lava los platos para tener que lavarlos de nuevo al cabo de unas horas; quita el polvo de los muebles para tener que volver a empezar al día siguiente.

Si una esposa o una madre quiere gozar de su trabajo, tendrá que aportar en él, como Pablo lo hizo, un cierto orgullo y el deseo de ayudar a los demás. Tiene que ver más allá de las tareas de rutina, y considerar las almas que ayuda a forjar y el amor y la alegría que aporta a su hogar. Y en esta aventura espiritual, tiene necesidad de la ayuda moral y física de su marido y de sus hijos.

No hemos sido creados para permanecer ociosos, pero nuestra alma no recibe satisfacción tampoco de una labor de rutina. Que cada mujer busque, pues, el elemento espiritual y humano en sus incesantes labores. Que cada niño aprenda a crear con el trabajo de sus manos. Y que nuestro trabajo cotidiano contribuya a nuestra vida de acuerdo con el evangelio de Jesucristo.

Capítulo 29

EL DESARROLLO

Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará. (Lucas 8:18)

Jesús crecía y se instruía

Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él. (Lucas 2:40)

Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres. (Lucas 2:52)

Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fué declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. (Hebros 5:8-10)

Aunque era el Hijo de Dios, y que hablaba con autoridad y convicción en su ministerio, a pesar de todo ello, el Salvador, como queda indicado en los pasajes citados más arriba, creció en gracia viviendo y trabajando. Su vida tuvo realidad: fué tentado, sintió emociones, y sus sufrimientos fueron grandes. Su misión había sido preordinada, pero aun así la cumplió de buena voluntad, aunque no sin tribulaciones y triunfos. Mateo, Marcos y Lucas dan, los tres, testimonio de que Jesús suplicó al Padre, ". . . si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya." (S. Lucas 22:42) (Véase también S. Mateo 36:39 y S. Marcos 14:36) El libro de Doctrinas y Convenios confirma asimismo el desarrollo del Señor mediante la gracia de Dios:

Y yo, Juan, doy testimonio de que vi su gloria, como la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, aun el Espíritu de verdad, que vino y moró en la carne, y vivió entre nosotros. Y yo, Juan, vi que no recibió de la plenitud al principio, mas recibía gracia por gracia; y no recibió de la plenitud al principio, mas progresó de gracia en gracia, hasta que recibió la plenitud; y por esto fué llamado el Hijo de Dios, porque no recibió de la plenitud al principio. Y yo, Juan, doy testimonio; y, he aquí los cielos fueron abiertos, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, y reposó sobre él; y vino una voz del cielo, que decía: Este es mi Hijo Amado. Y yo, Juan, testifico que recibió la plenitud de la gloria del Padre; y recibió todo poder, tanto en el cielo como en la tierra, y la gloria del Padre fué con él, porque moró en él. (Doc. y Con. 93:11-17)

La realidad de los esfuerzos y de la tentación de Jesús queda afirmada en Hebreos:

Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros. (Hebreos 1:9)

Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados. (Hebreos 2:17-18)

Jesús nos enseñó cómo desarrollarnos y dar frutos en la vida religiosa

Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (S. Mateo 5:20)

Había muchas cosas en la religión de los fariseos que a Jesús no le gustaba. Estaba llena de hipocresía y se circunscribía a la letra de la ley. Era también demasiado negativa, demasiado estática. Hemos estudiado ya el carácter positivo de las enseñanzas del Maestro. Pero ahora pasaremos a considerar otra cualidad que le está emparentada. Para él la vida religiosa significaba crecer en espiritualidad y en moralidad. En la vida de los hombres, la relgión debe germinar y aparecer como una flor y dar frutos como un árbol. Una religión que no se desarrolla es como un árbol estéril, que el propietario arranca y quema.

Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no la halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? El entinces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después. (Lucas 13:6-9)

La parábola del sembrador ilustra sencilla y eficazmente el espíritu con el que debemos recibir la palabra de Dios. Sus mandamientos no deben ser olvidados por las tentaciones, ni

...ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra, éstas son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia. (Lucas 8:14, 15)

En la parábola de los talentos, Jesús nos enseña igualmente que debemos desarrollarnos en nuestra vida religiosa. (Véase Mateo 25:14-30 y Lucas 19:12-26) No debemos enterrar la religión como si fuese un tesoro. Demos adquirir y emplear el conocimiento y los dones que el Señor nos ha dado para edificar el reino, si no queremos que el Señor nos rechace a su vuelta.

Una idea parecida existe en la parábola de los servidores a quienes se les recomienda que estén preparados para la vuelta del amo y que no se duerman.

Muchas veces Jesús repite la idea en los evangelios de que a quien se le ha dado mucho, mucho se le volverá a pedir, y que a aquel que ha recibido mucho, mucho se le añadirá.

Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá. (Lucas 12:48)

Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. (Lucas 19:26) (Véase también Lucas 8:18)

La naturaleza dinámica del reino de Dios queda descrita un poco más adelante en dos parábolas:

Y dijo: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé? Es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció, y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas. Y volvió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado. (Lucas 3:18-21)

El tema entero de las enseñanzas del Maestro nos incitan a fructificar," a buscar, a pedir y a hallar," "a tener hambre y sed de verdad," a ser pacíficos, humildes, a tener fe, a dar, a amar. La vida cristiana es dinámica significa el desarrollo del individuo y del reino, desarrollo espiritual en bondad y en verdad.

Los discípulos enseñaron el desarrollo

1. Juan el Bautista, en su manera franca tan característica, advirtió a sus oyentes que no creyesen que iban a ser salvos por el mero hecho de ser descendientes de Abrahán.

...porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego. (Lucas 3:8, 9

El arrepentimiento tenía que ser sincero, profundo y producir frutos.

2. En las epístolas de Pedro, los santos reciben la exhortación de estudiar la palabra de Dios.

Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocrecía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor. (I Pedro 2:1-3)

Y se les dice que se fortifiquen contra el error y los caminos de los malvados para poder así desarrollarse continuamente:

Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén. (II Pedro 3:18)

3. Pablo exhortaba frecuentemente a los santos a que creciesen en la fe, en la justicia y en su conocimiento de Dios. Les puso sobre todo en guardia contra el hecho de enorgullecerse de sus conocimientos. Demasiado bien sabía él mismo los límites que posee el saber humano. Es preferible ser grande por el amor que el creerse grande por los muchos conocimientos.

En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento. El conocimiento envanece, pero el amor edifica. Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo. Pero si alguno ama a Dios, es conocido por él. (I Corintios 8:1-3)

Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como nino, jugaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fuí hombre, dejé lo que era de niño. Ahora

vemos por espejo oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fuí conocido. (I Corintios 13: 9-12)

Y, de manera muy positiva, Pablo exhorta a los filipenses a pensar en todo lo que de bueno tiene la vida.

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. (Filipenses 4:8)

El dinamismo del evangelio restaurado

El evangelio restaurado de Jesucristo ha llegado hasta nosotros con la misma fuerza y el mismo dinamisno tan característico de los tiempos apostólicos. Las viejas creencias erróneas fueron barridas por la fuerza del Espíritu y nunca jamás fueron reemplazadas por un nuevo sistema igualmente corrupto. La religión nos fué enviada como un arroyo puro y claro, constantemente alimentado por "el agua viva" que mana de los cielos.

Pues he aquí, así dice el Señor Dios: Daré a los hijos de los hombres línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí; y benditos son aquellos que escuchan mis preceptos y prestan atención a mis consejos, porque aprenderán sabiduría; pues a quien reciba, daré más; y a los que digan: Tenemos ya bastante, les será quitado aun lo que tuvieren. (II Nefi 28:30)

... Y no supongáis que porque hablé una palabra, no puedo hablar otra; porque aún no he concluído mi obra, ni se acabará hasta el fin del hombre, ni desde entonces para siempre jamás. (II Nefi 29:9)

Nuestro último artículo de fe, en lugar de cerrarle las puertas, las deja abiertas de par en par, a todo aquello que es "virtuoso, amable, o de buena reputación o digno de alabanza," y, como Pablo, nos exhorta a "procurarnos todas estas cosas."

De cierto os digo, los hombres deberían estar anhelosamente consagrados a una causa justa, haciendo muchas cosas de su propia voluntad, y efectuando mucha justicia; Porque el poder está en ellos, por lo que vienen a ser sus propios agentes. Y si los hombres hacen lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa. (Doc. y Con. 58:27, 28)

Ocasiones de desarrollarse en la religión

No es únicamente la responsabilidad de la Iglesia sola, como cuerpo organizado, el saber cuál es lo voluntad de Dios y cumplirla, sino que cada miembro, individualmente, debe crecer en conocimientos y en justicia.

La espiritualidad y la moralidad no son cosas que uno hereda. En los que respecta a la mente y al corazón, las palabras de Goethe simepre son ciertas: "Lo que te proviene de la herencia que te deió tu padre, gánalo de nuevo para que realmente sea tuyo," y "Sólo merece su libertad y su existencia el que las conquista de nuevo cada día." Cada individuo en la Iglesia, como cada generación de Santos de los Ultimos Días, tiene que aprender lo que su fe significa. Con la ayuda de Dios, tiene que ganar y merecer

sus dones y privilegios. Nuestros padres nos han legado únicamente el privilegio de gozar del evangelio de Jesucristo.

El hecho de poseer algo nos impide a veces el apreciarlo como deberíamos. El creer que poseemos la verdad es posible que nos haga perder nuestra hambre y sed de ella. Quedamos quizás satisfechos con una comprensión artificial del evangelio que nos hacemos nosotros mismos.

El evangelio de Jesucristo podría compararse a un arroyo que baja de la montaña. Sus aguas puras manan siempre, accesibles a todos. Pero únicamente podemos probarlas cuando subimos a lo alto de la montaña y llegamos a este arroyo y somos lo bastante humildes para arrodillarnos y beber. Y aunque nuestra sed quede calmada, ello no quiere decir que el manantial ha acabado de existir, siempre está allí, nunca se seca. Continúa estando allí, aunque no le prestemos atención. *Y es para nosotros en cualquier momento que deseemos beber de él.*

Los principios del evangelio son algo más que palabras. Las palabras son únicamente símbolos del poder, de los sentimientos, de la experiencia que hay en la humildad, el amor y la fe. Ninguno de nosotros conoce todo el significado de no importa qué principio del evangelio. Siempre nos falta algo; somos como niños recién nacidos en nuestro entendimiento, si lo comparamos al que podríamos tener y al que ahora posee Dios.

El amor representa una cosa para Jesucristo, y mucho menos para nosotros. Tenemos necesidad de desarrollarnos en el sentido de Su interpretación del término. Y esto es verdadero en todo lo que concierne al evangelio. Jesús conocía al Padre y lo amaba con un amor puro; el conocimiento que de El tenemos es muy limitado y nuestro amor está muy mezclado con egoísmo.

Es inútil perder el tiempo discutiendo misterios o considerando lo que nos es desconocido. Es más provechoso y más religioso el profundizar los grandes principios fundamentales en los que Cristo y los profetas han hecho hincapié. Tenemos necesidad de más fe en Dios y en la inmortalidad, en la paternidad de Dios y la fraternidad del hombre; necesitamos más arrepentimiento, una humildad más profunda, más amor, más sinceridad, más misericordia.

Vosotros también poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afectro fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. (II Pedro 1:5-8)

Lo que precisamos es aplicar estos principios en nuestra vida cotidiana. ¿ Qué significa cada uno de los principios del evangelio en cada una de las fases de la vida? ¿ Qué significa la misericordia en la vida de familia, en los negocios, en las relaciones internacionales?

Un ejemplo negativo de una de las grandes flaquezas de los Santos de los Ultimos Días en la actualidad, es nuestra falta de respeto y de reverencia tocante a las cosas de Dios y las que llevan su nombre, como son las salas de reunión, las capillas, y las ordenanzas, tales como la Santa Cena. Conozco ciertas personas que se convertirían a la Iglesia si lograsen reconciliar nuestra profesión de fe en un Dios personal con la falta de respeto que demostramos con respecto a lo que es Suyo o lleva Su nombre.

¿ Nos desarrollamos en justicia y en honestidad? ¿ Crecemos en virtud y en castidad? ¿ Nos volvemos más respetuosos de la ley? ¿ Somos más sencillos, más dados a la devoción, a meditar, al estudio? ¿ Somos mejores vecinos? ¿ Se desarrolla nuestra diligencia en la Iglesia? ¿ Realizamos la visión de nuestro poeta, Parley P. Pratt?

El alba rompe de verdad y en Sión se deja ver.
Tras noche de obscuridad, tras noche de obscuridad,
Bendito día renacer.

Capítulo 30

EL SIGNIFICADO DEL AMOR

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros. (Juan 13:35)

El lugar que ocupa el amor en el evangelio de Jesucristo

El evangelio de Jesucristo comprende muchos principios maravillosos, los cuales forman un todo muy homogéneo. Ningún principio, sin los restantes, está completo; y todos están incompletos cuando uno solo falta. Como lo hemos hecho observar, la sinceridad, como la fe y la humildad, es un principio que precede e introduce todos los demás. No obstante, hay un principio del evangelio que constituye la base de la vida cristiana. Jesús, Juan y Pablo le dan la preeminencia entre todos los otros principios del evangelio; este principio es el amor. El propósito del presente capítulo será el de considerar el hincapié que en este principio se hace en el Nuevo Testamento, y explorar y examinar detenidamente su significado.

Según Jesús, todo depende del amor

Se acordarán ustedes que cuando un doctor de la ley preguntó a Jesús cuál era el mayor mandamiento.

Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante; Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. (Mateo 22:37-40)

El Antiguo Testamento, tal como lo conocemos actualmente, está dividido en tres partes para los usos de la sinagoga judaica: la *Ley* de Moisés, *los Profetas y los Escritos,* tales como los Proverbios, los Salmos, el libro de Job, el Ecclesiastés. En los tiempos de Jesús, los escritos aún no habían entrado a formar parte del canon de las escrituras, y es por ello que no se les daba la misma importancia que a la ley y a los profetas. Cuando Jesús afirmó que todo en la ley y en los profetas se basaba en el amor de Dios y del prójimo, quería decir que todo aquello que sus oyentes consideraban como la palabra de Dios dependía de estos dos grandes mandamientos.

No tan sólo toda la ley y los profetas dependen del amor, sino también todo lo que el mismo Jesús enseñó. Todas las bienaventuranzas van íntimamente ligadas al amor, que es su substancia y su alimento. La humildad es más profunda si tiene su origen en el amor de Dios. También la mansedumbre proviene del amor de Dios, del prójimo y de la verdad. Los misericordiosos, los de puro corazón y los que sufren persecución por la justicia no lo son por completo si no tienen un amor sincero por todos sus semejantes.

Hacia el final de su ministerio, cuando había acabado de enseñarles lo que era la humildad lavándoles los pies, Jesús dijo a sus discípulos:

> Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.* (Juan 13:34, 35)

Habría podido mencionar otras virtudes que forman parte de la vida cristiana. La humildad, la sinceridad, el valor moral, la fe, el arrepentimiento, la misericordia, no importa cuál de estas virtudes merecía ser mencionada. Pero el hecho es que escogió el amor, porque es el único principio que comprende e inspira a todos los demás.

La relación entre el amor y la fe, el arrepentimiento y la misericordia queda bien marcada en un incidente que nos cuenta Lucas en su evangelio. Un fariseo, de nombre Simón, invitó a Jesús a comer en su casa. Una mujer, a la que todos conocían como a pecadora, habiendo sabido que Jesús se encontraba allí, trajo un vaso de perfume. Lavó los pies de Jesús con sus lágrimas, los secó con sus cabellos, y los ungió con el perfume que había traído.

Simón se quedó muy molesto por el hecho de que Jesús había permitido a una pecadora que lo tocase. El Señor contó una parábola para demostrarle que el hecho de perdonar mucho es señal de un gran amor. Entonces dijo esto con respecto a la mujer:

> Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vé en paz. (Lucas 7:47-50)

El amor, como la fe, es tambien una fuerza que incita a la acción. El amor engendra la fe. La fe conduce al arrepentimiento. Y la misericordia llama a sí al que se arrepiente.

Sin amor no somos nada, dice Pablo

El apóstol Pablo sabía las cosas que Jesús había pensado. Por ello hizo que el amor fuera también el tema central del evangelio. Escribió a los gálatas:

> Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Gálatas 5:13, 14)

Escribió algo parecido a los romanos, mostrándoles de qué manera comprende el amor los mandamientos de la ley:

> No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en

esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor. (Romanos 13:8-10)

Y dijo también a los colosenses:

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. *Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.* (Colosenses 3:12-14)

La descripción más clara y más elocuente del amor en el Nuevo Testamento se encuentra en el capítulo 13 de la primera epístola a los corintios. La palabra que emplean algunas versiones modernas es caridad, que nosotros hemos llegado a considerar como amor puro, parecido al de Cristo; según el profeta Mormón:

Pero la caridad es el amor puro de Cristo, y permanece para siempre; y a quien lo posea en el postrer día, le irá bien. (Moroni 7:47)

Veamos lo que escribió Pablo con respecto a este amor puro de Cristo, que debe llenar el corazón de sus discípulos:

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. (I Corintios 13:1-3)

Esto quiere decir para nosotros, que nos llamamos discípulos de Cristo, que poco importa lo que creamos, lo mucho que podamos dar, o la fuerza de nuestro testimonio, si no tenemos en el corazón el amor puro de Cristo y si no lo manifestamos en nuestra vida no seremos más que un metal que resuena o un címbalo que retiñe, o puede que nada en absoluto.

El amor, tema favorito de Juan

En el evangelio de Juan y en su primera epístola, el amor constituye el tema principal. Juan identifica a Dios con el amor.

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. (I Juan 4:7, 8)

Ciertos cristianos se han basado en este pasaje para deducir que Dios es simplemente el gran ideal y el poder del amor en el mundo. Su error es manifiesto: el amor no crea mundos, ni lleva a cabo ninguna de las funciones que se le atribuyen a Dios en las escrituras. Juan no escribía un tratado sistemático de teología cuando dijo: "Dios es amor." Expresó más bien su convicción religiosa y su conocimiento del hecho que Dios es un personaje lleno de amor.

El amor es la esencia de su naturaleza toda entera. Si debemos nacer de nuevo en El y conocerle, debemos igualmente cultivar el amor que sentimos por nuestros semejantes.

Signos característicos del amor

El verbo amar o la palabra amor se emplean con frecuencia y de manera negligente en todas las lenguas que conocemos. Un niño ama a su perro, a su mamá, a su amiguita de al lado, y muchas otras cosas y personas. En este capítulo, vamos a limitar el significado de amar a lo que pensamos que Jesús quería decir cuando nos exhortó a amar a Dios y a nuestro prójimo. No podemos agotar los significados que la palabra amor tiene, por lo tanto nos contentaremos con algunas sugestiones. Nos contentaremos dando algunos rasgos característicos del amor cristiano sin intentar siquiera definirlo de una manera concreta. Jesús y sus discípulos nos han dejado frases maravillosas que nos indican ciertas cualidades importantes del amor. Estas cualidades tienen una relación muy estrecha entre sí, y trataremos de dividirlas con el propósito de hacerlas más claras. En la vida práctica, todas constituyen una sola cosa.

1. El amor exige toda nuestra alma. Abarca toda la persona entera, todo su ser, toda su mente y todo su corazón. No consiste en una manera parcial de darse a sí mismo. Cuando uno ama, es con un amor puro y ferviente, sin mezclas de ninguna clase.

Amarás al Señor tu Dios *con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.* (Mateo 22:37)

Es por esta razón que el amor no conoce el temor.

Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. *En el amor no hay temor, sino, que el perfecto amor echa fuera el temor;* porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el dolor. (I Juan 4:16-18)

El amor no es simplemente una regla de acción que tenemos para ciertas ocasiones. Consiste en una disposición amante, engendrada por el Espíritu de Dios y de Cristo, una filosofía completa de la vida. El amor atrae al Espíritu de Dios y se sostiene por él.

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, *amaos unos a otros entrañablemente,* de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. (I Pedro 1:22, 23)

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros peca-

dos. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. (I Juan 4:7-12)

El amor es un sentimiento, una actitud. Pero el amor es también acción. Al igual que la fe, produce obras; tiene necesidad de hacerse manifiesto; implica acciones.

Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (I Juan 3:18)

2. El amor no es egoista. El amor no gira en torno de sí mismo, sino que se adelanta hacia otros. Un amor egoísta es una contradicción en sí mismo. El amor está lleno de abnegación, y no se basa en sí mismo. Busca el bienestar y la felicidad de los demás.

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactansioso, no se envanece; es indecoroso, no busca lo suyo, no se irrita no guarda rencor. (I Corintios 13:4, 5)

3. El amor llega hasta el sacrificio.

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, quo uno ponga su vida por sus amigos. (Juan 15:12-13)

El que ama a sus semejantes está contento de poder consagrar sus propia persona, sus medios, sus talentos, su tiempo y todas sus fuerzas al bienestar de los demás. Amar es dar. Amar es actuar. Esta es la clase de amor que nuestro Padre Celestial siente por nosotros, sus hijos.

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él, cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. (Juan 3:16-17)

4. El amor es imparcial. El amor físico es parcial. Un hombre no siente esta clase de sentimiento por todas las mujeres, y viceversa. En nuestra sociedad, un amor así sería desastroso para todo el mundo. En el amor físico, mantenemos a propósito y guardamos un sentimiento de amor muy especial por una persona en particular, la esposa o el esposo. El carácter sagrado y la belleza del amor físico, tal como lo conocemos en el matrimonio, se basan, en gran manera, en su naturaleza única, en este sentimiento muy especial de confianza, de lealtad y de éxtasis que existe continuamente entre dos personas. En el amor familiar, sucede algo parecido. Gracias a nuestros muchos años de contacto con nuestros padres, o nuestros parientes lejanos o cercanos, y gracias a los lazos de sangre que nos unen, podemos sentir por ellos un amor muy especial. El amor cristiano no conoce esta clase de diferencias. Es un sentimiento que sentimos por todo el mundo. El amor de Dios posee esta clase de imparcialidad.

. . . que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos.

Y qué mejor prueba podemos tener de la pureza y de la sinceridad del corazón de una persona que el hecho de que puede amar a sus enemigos y a aquellos que la persiguen. Porque si amamos únicamente a nuestros amigos, ¿cómo podremos saber que nuestro amor es puro, y está lleno de abnegación y de sacrificio?

Oísteis que fué dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed pues vosotros perfectos, como vuestros Padre que está en los cielos es perfecto (Mateo 5:433-48)

Jesús fué imparcial en su amor. Era bueno y misericordioso para par con los pecadores. Pidió al Padre que perdonara a aquellos que lo habían crucificado. Amaba a los niños y se complacía de los pobres, de los enfermos y de los afligidos, y fué varias veces el huésped de honor de los ricos y de los publicanos, Murió para que todos los hombres viniesen hacia él.

Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo ciertamente linaje de Abrahám sois y herederos según la promesa. (Gálatas 3:26-29)

El amor profundo e imparcial del Salvador para todos los hombres queda bien expresado en el Libro de Mormón.

Porque he aquí, amados hermanos míos, os digo que el Señor no obra en la obscuridad. El no hace nada a menos que sea para el beneficio del mundo, porque ama tanto al mundo, que dió su propia vida para llevar a todos los hombres a él. Por tanto, a nadie manda no participar de su salvación. ¿Acaso dice él a alguien: Apártate de mí? He aquí, os digo que no; antes dice: Venid a mí, vosotros, todos los extremos de la tierra, comprad leche y miel sin dinero y sin precio. He aquí, ¿ha mandado él a alguien que no participe de su salvación? He aquí, os digo que no, sino que la ha dado libremente a todos los hombres; y ha mandado a su pueblo que persuada a todos los hombres a que se arrepientan. He aquí, ¿ha mandado el Señor a alguien que no participe de su bondad? He aquí, os digno que no; mas un hombre tiene tanto privilegio como otro, y nadie es vedado. (II Nefi 26:23-28)

Y además, el Señor Dios ha mandado que los hombres no asesinen; que no mientan; que no roben; que no tomen el nombre del Señor su Dios en vano; que no envidien; que no sean maliciosos; que no riñan unos con otros; que no cometan fornicaciones, y que no hagan nada de esto; porque los que lo hacen perecerán. Porque ninguna de estas iniquidades viene del Señor; pues él hace lo que es bueno entre los hijos de los hombres; y nada hace que no sea claro para los hijos de los hombres; y los invita a venir a él, y participar de sus bondades; y a ninguno de los que a él

vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o hembras; y se acuerda de los paganos; y todos son iguales ante Dios, tanto los judíos como los gentiles. (II Nefi 26:32-33)

Santiago, en una amonestación que hace a los ricos, compara la imparcialidad a la ley regia de las escrituras:

Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. (Santiago 2:8-9)

5. El amor es espontáneo. Uno no siente amor por una razón determinada. El amor cristiano es una expresión natural y libre como el sentimiento que sentimos por un amigo. Cuando se siente un amor verdadero, no se calcula la recompensa que se puede recibir, y no se cuentan las pérdidas tampoco. El amor rebosa de un corazón amante. No se ama por mandamiento o por deber, ni se ama tampoco para obtener la gloria celestial. Se ama simplemente por amar. Porque el hombre es un hijo de Dios su naturaleza es amar. Y porque todos los hombres son hijos de Dios, necesitan y son dignos de nuestro amor. Cada una de las grandes virtudes se expresa de una manera más completa cuando se ignora a sí misma, cuando es el resultado de un nuevo nacimiento de la vida de uno, cuando viene de una conversión sincera, del Espíritu de Dios que está en nosotros. Para hacer que este espíritu de amor exista, totalmente desprovisto de egoísmo y de premeditación, Jesús ha dejado dicho:

Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni avecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar pero te será recompensado en la resurrección de los justos. (Lucas 14:12-14)

Debemos orar, no para que la gente sienta amor por nosotros, porque esto ya no sería amor, sino una especie de regateo sutil. Deberíamos amar por amar solamente, de la misma manera que debemos orar en secreto, y dar de manera que nuestra mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, y mostrarnos gozosos cuando ayunamos. Porque entonces, y solamente entonces, la vida religiosa es pura, sincera, libre, rica y abundante, tal como Jesús deseaba que fuese.

6. El amor puede aumentar en fuerza. El amor ideal que Jesús nos ha mostrado por medio de su ejemplo y sus enseñanzas nos hace darnos cuenta del hecho de que nuestro propio amor no es totalmente puro, que su especie de metal precioso va mezclado con otra especie de metal vil. A veces nuestra religión parece como "metal que resuena o como címbalo que retiñe." Esto puede desanimarnos; pero el hecho de que nos demos cuenta de ello ya es un buen augurio, porque la sinceridad y la humildad son condiciones necesarias y componentes principales del amor.

Debemos aprender a amar, y el período de aprendizaje está siempre lleno de errores, de fracasos y de desilusiones. Pablo nos anima a seguir adelante cuando pide a los santos que se mejoren más y más. Al igual que no importa cuál de las virtudes que componen el evangelio, podemos progresar en la pureza y en la intensidad de nuestro amor.

> Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros. (I Tes. 3:12)

> Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. *Pero os rogamos hermanos que abundéis en ello más y más.* (I Tes. 4:9-10)

En los dos capítulos que seguirán, consideraremos los medios de expresar y de incrementar nuestro amor por Dios y por nuestros semejantes.

Capítulo 31

"AMARAS AL SEÑOR TU DIOS"

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el *primero y grande* mandamiento. (Mateo 22: 37, 38)

Jesús afirmó que el segundo mandamiento—"amarás a tu prójimo como a ti mismo"—era semejante al primero. Es por ello que nos sentimos inclinados muy a menudo a reunir estos dos grandes mandamientos en uno solo: el amor del prójimo. Aunque estos dos madamientos abarcan el amor verdadero y se refuerzan el uno al otro, como los hilos de una trama, son bien diferentes los dos. Cada uno de por sí posee un significado particular y su propio valor. El amor de Dios no queda enteramente incluído en el amor al prójimo. Es algo diferente.

Nuestro propósito, en este capítulo, será de discutir cómo podemos amar a Dios. Esto significa amar también al prójimo, pero al propio tiempo algo más que eso.

Guardar los mandamientos

¿Cómo tenemos que amar a Dios? La respuesta más simple que está absolutamente conforme con las escrituras, es ésta, guardando sus mandamientos. Jesús mismo demostró el amor que sentía por su Padre en esta misma manera.

Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. . . (Juan 14:31)

Como el Señor había dado a conocer a sus discípulos la voluntad de Dios, pudo decirles:

Si me amáis, guardad mis mandamientos . . . El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. (Juan 14:15, 21)

Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. (Juan 15:10)

La misma idea la encontramos en la primera epístola de Juan: "Pero el que guarda su palabra, en ése la caridad de Dios es verdaderamente perfecta. . . . " (I Juan 2:5)

Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado. (I Juan 3:24)

Guardar los mandamientos de Dios es una manera indispensable de mostrar nuestro amor por Dios. No obstante, esto, por sí mismo, no basta. El espíritu con el cual guardamos los mandamientos

también es importante. Hay que tener en cuenta la relación que establecemos entre estos mandamientos y nuestro Padre Celestial. Expliquémoslo más claramente.

Los esclavos se ven obligados a obedecer. Los pueblos oprimidos se someten a las leyes de los dictadores, pero no con amor. La obediencia a los mandamientos de Dios no puede ser una expresión de amor verdadero si entra en ella el menor elemento de servidumbre. Para que sea amor, es preciso que sea una obediencia libre, voluntaria, hecha con toda el alma y sin egoísmo.

Puede suceder también que una persona observe un gran número de mandamientos de Dios sin tener fe en El y sin sentir un sentimiento de relación estrecha con El. Esta especie de relación estrictamente legal con la voluntad de Dios nace de la letra y no del espíritu de la ley. Hay muy poco amor en una actitud como esta.

Es posible, sin embargo, observar los mandamientos de una manera personal, de una manera que nos acerca más a Dios. Se puede tener hambre y sed, no solamente de justicia, sino también de la presencia de un Padre amante y justo, que ya se ha manifestado en su Hijo.

Maneras de amar a Dios

1. El amor de Dios puede ser personal y directo. Hay muchas experiencias en esta vida que llenan nuestro corazón de gratitud y de amor. ¿Cuáles son algunas de ellas? Varían según la persona. Para mí, son la caricia de un niño, un paseo en el bosque después de una lluvia refrescante, la salida del sol en junio, el olor del heno recién cortado o de la tierra acabada de labrar, las flores de los melocotoneros en el mes de mayo, las flores silvestres en lo alto de las montañas, la belleza de la vida de una persona que se ha arrepentido de sus pecados, o la entereza de alma de un ser humano, que ha sufrido sin quejarse o que se ha puesto a defender lo justo sin temer la opinión ajena o los reproches que se le puedan hacer. Y muchas más otras cosas por el estilo.

Si tenemos fe en Dios, nuestro Padre y Creador, hay muchas cosas que nos hacen alabarle y darle gracias. Dios es el Creador de la naturaleza y el hombre. El amor que debemos sentir por El como Creador no queda enteramente incluido en el amor que podamos sentir por nuestros semejantes. Es en este sentido que el amor de Dios se diferencia del amor humano.

El amor de Dios se expresa en la oración y en el culto, y surge no tan sólo de las fuentes de nuestra propia gratitud y de nuestras aspiraciones, sino también de la inspiración que otros han tenido, tanto puede ser una poesía como una hermosa melodía. La música de Mendelssohn, basada en esta letra, "Si de todo corazón me buscas sinceramente, ciertamente me encontrarás.—dice el Señor

nuestro Dios," cuando se canta con sinceridad y belleza, nos acerca a Dios.

Hay ocasiones, cuando estudiamos o meditamos, o también cuando estamos en el culto, en que estamos conscientes de la grandeza y de la bondad del Padre. Le amamos como si fuese una persona, como es en realidad. Estamos contentos por su bondad, su constancia, su conocimiento, su misericordia y su amor.

Le amamos porque he enviado a su Hijo al mundo para hacernos conocer su propia naturaleza y su voluntad. En la vida de Jesús de Nazaret, podemos ver la bondad y la grandeza del Padre, su entereza, su ternura y su compasión. Porque amamos al Hijo, del que conocemos ya la palabra, y que vivió entre los hombres, no nos es difícil amar al Padre que le envió.

Naturalmente, para amar a Dios, una persona debe tener fe en su existencia. Y luego, tiene que arreglar su vida para poder hallar a Dios en toda la bondad y toda la belleza manifestadas en la naturaleza y en la vida. El amor de Dios significa más que una creencia, más que una obediencia; significa gratitud, culto y comunión con El.

2. Podemos amar a Dios amando sus atributos. ¿Cuáles son sus atributos? Es justo, imparcial, misericordioso, y amante. Su persona está hecha de integridad y de verdad. Es inteligente y creador. Si creemos en su existencia, y que estas cosas forman parte de su naturaleza, la lealtad a estas virtudes corresponde a una lealtad personal a Dios.

Cuando una persona religiosa trabaja en favor de la justicia entre los hombres, no está luchando solamente por un ideal y por sus semejantes, sino que al mismo tiempo, siente que ama al Padre. Y al mismo tiempo hace también prueba de lealtad y de fidelidad hacia el Padre. Y lo mismo sucede cuando amamos a alguien, o perdonamos, etc. . . . ; todo ello significa obrar en armonía con la naturaleza de Dios, mostrarle fidelidad.

Crear, hacer alguna cosa nueva según la imagen que de ella nos hacemos en nuestra mente y nuestro corazón, aporta una gran satisfacción al alma humana. Teniendo fe en Dios, esta misma experiencia creadora nos acerca a El. La madre profundamente religiosa goza de una experiencia espiritual al poner un hijo en el mundo. Contribuye a la obra creatriz de Dios, que tiene por propósito el llevar a cabo "la inmortalidad y la vida eterna del hombre." El predicador, el misionero, el maestro o el dirigente en la Iglesia de Cristo, se siente muy cerca del Padre y del Hijo, porque su obra es también la obra de Dios.

Amar la verdad es amar a Dios; amar a Dios es amar la verdad. Podríamos parafrasear las escrituras, y decir: "Si alguno dice, Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano. . . . ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? (Véase I Juan 4:20)

Si no amamos los atributos de Dios, los grandes principios morales que El pone en práctica y que enseña al mundo, como son la justicia y la misericordia, nuestro amor por El es muy poco profundo. Esto equivaldría a decir: "Amo a mi esposa, pero aborrezco lo que hace, lo que piensa y los ideales según los cuales vive." Nuestro amor por otro tiene que incluir lo que constituye su individualidad, sus pensamientos, sus sentimientos, sus acciones, sus esperanzas y sus deseos. Nuestro amor por Dios incluye igualmente el amor por todo lo que El representa, su verdad y su justicia.

Miqueas nos dice cómo debemos presentarnos ante el Señor, con inspiradoras palabras:

. . . y qué pide de ti Jehová: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios. (Miqueas 6:8)

El profeta junta así la espiritualidad y la moralidad, andar humildemente con Dios comprende poner en práctica los principios de justicia y amar la misericordia entre los hombres. Y poner en práctica los principios de justicia y amar la misericordia es el medio seguro para poder andar con Dios humildemente, bajo la protección de su poder, de su influencia y su amor.

Nefi ha dicho: "Porque he aquí, amados hermanos míos, os digo que el Señor no obra en la obscuridad." (II Nefi 26:23) Conocemos dos clases de tinieblas, la ignorancia y el pecado. Andar por estos senderos desviados no es andar con Dios o amarle.

Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz para que sea manifestado que sus obras son hechas en Dios. (Juan 3:20, 21)

3. Podemos amar a Dios amando su obra. Su obra consiste en llevar a cabo la vida eterna del hombre. Por lo tanto todo lo que hacemos con amor para contribuir al cumplimiento de los designios de Dios con respecto a los hombres, es, al mismo tiempo, la expresión del amor que sentimos por El. A nuestro entender ésta es la razón por la cual Jesús dijo que el segundo mandamiento era semejante al primero. Por esto dijo Jesús, en respuesta a la triple afirmación de Pedro de que éste amaba a su Maestro: "Apacienta mis corderos." "Apacienta mis ovejas." "Apacienta mis ovejas." (Léase Juan 21:15-17)

En su descripción del día del juicio, Jesús pinta con vivos colores el contraste entre los que le aman y los que no. Hace uno del amor que se siente por El y el que se siente por los hombres. (En otros pasajes de las Escrituras ya había hecho palabras sinónimas del amor que se tiene por El y el amor que se siente por el Padre.)

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber, fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los

justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. (Mateo 25:34-40) (Léase Mat. 25:31-46)

Juan declara con palabras enérgicas, la relación que existe entre el amor de Dios y el amor de los hombres:

Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra. El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos. (I Juan 2:8-11)

Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. (I Juan 3:14, 15)

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de el: El que ama a Dios, ame también a su hermano. (I Juan 4:20, 21)

Capítulo 32

"AMARAS A TU PROJIMO"

Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Galatas 5:14)

El amor del prójimo no tiene su origen en el Nuevo Testamento. Se encuentra ya en Levítico 19:17, 18. Y, aunque no se le menciona literalmente, que sepamos, en ningún otro lugar del Antiguo Testamento, figura de manera implícita en la ley y en los profetas. En principio, el amor del prójimo constituye la base de numerosas enseñanzas del Antiguo Testamento.

La Ley de Moisés, aunque firme y a veces severa, es también humana, incluso en sus párrafos más estrictos. Por ejemplo, numerosas ofensas recibían la pena de azotes.... "entonces el juez lo hará echar en tierra, y harále azotar delante de sí, según su delito, por cuenta." El juez de la actualidad ya no tiene que presenciar el castigo que se inflige a los culpables, ni tampoco se da la pena de azotes a los delincuentes. Sin embargo, y a pesar del empleo de castigos físicos en Israel, encontramos una nota humana, de gran importancia:

Se podrá dar cuarenta azotes, no más; no sea que, si lo hirieren con muchos azotes más que éstos, se sienta tu hermano envilecido delante de tus ojos. (Deut. 25:3)

Los que resumen la Ley de Moisés con las palabras: "Ojo por ojo, diente por diente," la conocen muy mal. Pero incluso esta regla parecía misericordiosa en una época en que se quitaba con facilidad la vida de un hombre por causa de un ojo o de un diente. La Ley de Moisés se preocupaba grandemente del bienestar del pobre, del forastero, de la viuda y del huérfano. Incluso el servidor, la sirvienta y el ganado tenían que descansar durante el día del reposo. La ley protegía al deudor contra el acreedor, al acusado contra el acusador, al esclavo contra su dueño, en una medida considerable. La Ley de Moisés está llena de compasión, lo que es ya una expresión de amor. Los profetas del Antiguo Testamento hablan poco del amor del prójimo de una manera específica, pero mencionan varias veces la justicia y la misericordia. Amós, Miqueas, Isaías y Jeremías son los grandes defensores de los pobres y los oprimidos, de los "afligidos de José." Luchan, con palabras terribles y con gran valor por una vida moral y social más elevada. Invitan a los hombres a adorar a Dios ayudando a sus semejantes, que son hijos de Dios. Véase, por ejemplo, este pasaje de Isaías:

¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable a Jehová? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?

¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto: e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo el dedo amenazador, y el hablar vanidad; (Isaías 58:5-9)

Jesús hace nuevo hincapié en una ley antigua

En la época en que Jesús vino a esta tierra, la ley y los profetas habían perdido una gran parte de su vitalidad a causa de que los hombres daban más importancia a la letra de las leyes que al espíritu. El espíritu de los profetas había sido reemplazado por la teología sacerdotal y escolástica.

Jesús dió nueva vida al segundo mandamiento. Del primer gran mandamiento hizo la base de la vida religiosa. En sus enseñanzas, el amor sobresale tan claramente como un faro en lo alto de una colina. En el Antiguo Testamento se establecía una cierta distinción entre las relaciones morales de un israelita con sus compatriotas, y sus relaciones con los extranjeros. Los esclavos hebreos gozaban de una condición más favorable que los esclavos extranjeros. Uno podía prestar dinero con usura, con interés, a un extranjero, pero no un judío. (Véase Deuteronomio 23:19-20). En las enseñanzas de Jesús, hay una sola clase de moralidad. Jesús mostró el mismo respeto por la samaritana o el centurión romano que por su propio pueblo. Y a veces, incluso, hizo elogios especiales de los gentiles. Es lo mismo que el Antiguo Testamento hace en tales libros como Rut, Job y Jonás. Pero la Ley de Moisés queda aún lejos del universalismo de Jesús.

Jesús dió también al segundo mandamiento todo el poder y la fuerza vital del amor que salía de su persona. Amó con gran compasión, con ternura y abnegación.

¿Cómo tenemos que amar a nuestro prójimo?

Alguien ha dicho: "Es fácil amar a todo el mundo, lo difícil es cuando se trata de amar a una persona determinada," cuando pasamos de lo general a lo particular. La vida y las enseñanzas de Jesús son tan hermosas y tan inspiradoras que muchos de nosotros nos contentamos simplemente con creer en ellas, honrarlas, adorarlas de labios. Estamos orgullosos de ser sus discípulos. El hecho de hablar de sus enseñanzas nos hace sentir bien y nos da una sensación de gozo y de seguridad. Desde luego, no somos exactamente iguales que los f ariseos, que se perdían en la observación de la letra de la ley. Nuestro pecado consiste en contentarnos con el principio general de la ley. ¿Cómo podemos manifestar nuestro amor por el prójimo en las acciones en la vida cotidiana? De ello vamos a ocuparnos en este capítulo.

1. Debemos amar con intenciones puras. Hemos ya hablado de esta enseñanza del Nuevo Testamento en el capítulo 30, *El Significado del Amor.* Debemos preguntarnos continuamente: "Somos sinceros en nuestro interés por el bienestar de nuestros semejantes?" "¿Hacemos prueba de buena voluntad para con todo el mundo?" "¿Deseamos la felicidad de nuestro prójimo?", etc.

Encontramos en la vida de Moisés un ejemplo de la puerza del amor. Mientras que se encontraba en lo alto del Monte Sinaí, recibiendo la Ley de Dios, el pueblo de Israel se fabricó un becerro de oro y se puso a adorarlo. El Señor reveló a Moisés lo que el pueblo hacía mientras que él se encontraba en la montaña, y declaró su propósito de consumirlos a todos y levantar otra nueva nación. Moisés imploró al Señor de salvar a su pueblo a causa de las promesas que había hecho a Abraham, a Isaac y a Jacob. Y el Señor escuchó a Moisés, y perdonó a su pueblo.

Cuando Moisés descendió de Sinaí y vió por sí mismo lo que los hijos de Israel habían hecho, se encolerizó. Rompió las tablas que contenían la Ley, desmenuzó el becerro e hizo que los hijos de Israel bebieran el polvo resultante; e hizo que los levitas mataran a tres mil personas de Israel. Después de haberlos castigado así, se fué otra vez hacia el Señor y le dijo:

. . . Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito. (Exodo 32:31-32)

No tan sólo perdonó Moisés a su pueblo, sino que también corrió el riesgo de perder su favor a los ojos del Eterno, implorando el perdón de su pueblo. No quería continuar existiendo si Israel desaparecía.

2. Tenemos que amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. A veces nos odiamos a nosotros mismo y no nos perdonamos fácilmente nuestras malas acciones. Por otro lado, siempre estamos conscientes de nuestra propia persona, y tratamos de protegernos de todo mal, de toda clase de daño o de la muerte. Estamos prontos a perdonar nuestras faltas, a no dar mucha importancia a nuestros errores, y a justificar nuestras equivocaciones. Nosotros mismos somos el centro de todo cuanto hacemos y de todo cuanto pasa alrededor nuestro.

Si queremos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos debemos pensar más en él. Tiene que ser el objeto constante de nuestras preocupaciones y de nuestros cuidados. Nuestro prójimo no debe ser más que una simple profesión para nosotros, una entidad vaga, no ya únicamente el propietario, el carnicero, el conductor de autobús, etc., sino un individuo, con sentimientos, responsabilidades, temores y esperanzas, lo mismo que nosotros.

Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas. (Mateo 7:12)

3. Nuestro amor debe producir frutos buenos en la vida de los demás. Una intención pura santifica al que ama, pero la manifestación eficaz e inteligente del amor bendice a la persona amada. No basta con amar a los demás en nuestro corazón; es preciso demostrarles este amor mediante nuestras acciones. Sin el sentimiento y la acción eficaz, el amor es incompleto. El amor cristiano no debe estar encerrado en el amor de Cristo, en los capítulos 5 y 22 del evangelio de San Mateo, ni en nuestros corazones.

En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua ,sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él. (I Juan 3:16-19)

Nuestros amigos nos cuentan de una mujer—y hay muchos otros—que hace *la obra.* Mientras unos están pensando en ayudar o sintiendo vagamente que deben ayudar, esta buena mujer visita a los enfermos, lleva alimentos a un vecino, recoge en su casa los niños de una mujer que se encuentra en el hospital y consuela a los que lloran.

Conocemos a un hombre y su esposa que han apartado los miércoles para buscar o invitar a aquellos que los necesitan. De hecho *visitan* a aquellos que se han propuesto visitar, e invitan a su casa a sus amigos que necesiten una palabra de ánimo. Hacen esto no porque sientan que es una obligación, ni para que se les alabe, sino por su deseo profundo de amar. La llaman su "noche de diversión." Han fijado cierta noche para ello solamente porque de no hacerlo así, otras cosas de menor importancia desalojarían *el hecho.*

La gente tiene necesidades específicas y muy reales, algunas incluso muy tangibles, como son una casa, alimentos, vestidos, y otras espirituales y morales; consuelo, consejos espirituales, etc. Nuestro amor tiene que ser lo bastante fuerte para poder dar buena cuenta de todas estas necesidades. Jesús dijo que "los sanos no tienen necesidad de médico, mas los que tienen mal; no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores." (S. Marcos 2:17) Y curó a los enfermos, devolvió la vista a los ciegos, el uso de sus miembros a los paralíticos, hizo posible que los pecadores se arrepintieran y fueran perdonados; abrió los ojos de la humanidad para que viesen sus propias flaquezas y, amorosamente, les ayudó a superarlas.

Pero debemos obrar sabiamente e imitar a nuestro Padre Celestial y a su Hijo en el hecho de que nuestra obligación no consiste en dar a los hombres lo que desean o lo que nos piden, sino lo que consideramos, por nuestra experiencia, que es lo que será lo mejor para ellos, teniendo cuenta de su libertad, de su orgullo natural y de su deseo de trabajar y de hacerse útiles. Y esto es así, no sólo en lo que concierne al individuo, sino también en lo que concierne a la sociedad, sea en la escala familiar, o en la Iglesia, en la nación o en el mundo. No tan sólo debemos ayudar a nuestros semejantes, sino

que también debemos ayudarles a ayudarse a sí mismos, inspirándonos en el proverbio "Dios ayuda al que se ayuda."

¿Quién es mi prójimo?

Cristo murió en la cruz por todos los hombres sin excepción. Envió a sus discípulos por todas las naciones de la tierra. Su amor no conocía límites, porque quería obtener la felicidad de cada individuo de la tierra. Este es también nuestro propósito, si somos verdaderos discípulos de Jesucristo. Pero entonces, surge la pregunta: ¿Tenemos la misma responsabilidad con respecto a todo el mundo? ¿Cómo nos es posible poner todos nuestros talentos y todas nuestras fuerzas al servicio de todo el mundo?

El hecho es que tenemos más responsabilidad con respecto a ciertas personas que con respecto a otras: nuestra esposa, nuestro marido, nuestros hijos, nuestros familiares, nuestros vecinos. El hecho de que nos encontramos más cerca de estas personas nos hace tener más responsabilidad para con ellas que para con los habitantes de Abisinia, por ejemplo. Pero sin embargo los abisinios son también hijos de Dios, y tienen igual derecho a la tierra que nosotros. Los niños que se mueren de hambre en la India o en Corea tienen tanto derecho a ser el objeto de nuestra compasión y a recibir nuestra ayuda, como lo tienen los hijos del vecino. Deberíamos estar siempre dispuestos a ayudar a nuestros semejantes en todas partes donde la necesidad exista, de acuerdo, claro está con nuestros propios medios.

Estamos de acuerdo en que la vida moderna es más complicada que la que existía en los tiempos del Nuevo Testamento y que nos sería difícil el poner en práctica el mandamiento que Cristo dió al joven rico, "Ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres," aunque no tendría que ser imposible, pues precedentes del caso existen. Pero, no obstante, teniendo en cuenta todos estos factores, debemos estar listos para ayudar a nuestros hermanos.

Tenemos que estudiar economía, sociología y ciencia política junto con los principios de Cristo. Estos últimos nos darán inspiración espiritual, mientras que los primeros nos enseñarán la manera en que podemos llevar a cabo una buena obra filantrópica. Luego necesitamos disciplinarnos a nosotros mismos para hacer que nuestro trabajo y nuestro sacrificio den el mejor resultado posible.

A menos que nuestros ideales cristianos, tales como el amor, lleguen a tener existencia real y nos ayuden en nuestra manera de vivir, en nuestro matrimonio, en nuestra vida familiar, en la educación, en la política y en la vida económica, nuestra religión no valdrá para nada y será, en cambio, tal como dice el capítulo 23 de Mateo, de tipo farisáico. La religión del evangelio restaurado, además de ser práctica en su propensión a cuidar de la salud, la diversión y el bienestar de sus miembros, también es práctica en su insistencia sobre el hecho de que los grandes idelaes cristianos deben santificar la vida cotidiana, cuando el individuo los pone por prática.

Una advertencia

Una vez una persona dió un sermón sobre la necesidad de perdonar, porque sabía que entre la asistencia había alguien que tenía que perdonar a un hermano que estaba presente también. Concluída la reunión uno de los hermanos, de espíritu humilde y contrito, que ya había perdonado al otro, se adelantó y dijo que tendría que aprender a perdonar más. Pero la persona a la cual el sermón iba dirigido, siguió viviendo sin efectuar ningún cambio en su vida.

También hay algo que deberíamos decir. Si la ocasión lo requiere, deberíamos estar prontos a dar nuestra vida por nuestros hermanos. Pero en la mayoría de los casos, no obstante, es mejor cuidarse de nuestra propia salud para poder así continuar ayudando a los demás de una manera más eficaz, de la misma manera que resulta más prudente tener mucho cuidado de una máquina para que continúe dando buen rendimiento. Como lo dice acertadamente el rey Benjamín en el Libro de Mormón:

> . . . quisiera que de vuestra substancia dieseis al pobre, cada cual según lo que tuviere, así como alimentar al hambriento, vestir al desnudo, visitar al enfermo, procurando su alivio, tanto espiritual, como temporalmente, según sus necesidades. *Y ved de hacer todas estas cosas con prudencia y orden; porque no se exige que uno corra más de lo que sus fuerzas le permiten. . . .* (Mosíah 4:26, 27)

Capítulo 33

"BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS"

Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. (Mateo 9:36)

Jesús era compasivo

Cuando Jesús supo que Juan el Bautista había sido decapitado, se fué al desierto en busca de la soledad. La multitud, que sabía en donde se encontraba, le siguió y lo descubrió. "Al desembarcar vió una gran muchedumbre, y se compadeció de ella, y curó a todos sus enfermos." (S. Mateo 14:14)

Los discípulos viendo que era ya de noche, sugirieron al Salvador que enviase a la gente a comprar en los pueblos de alrededor. Pero Jesús dijo: "No tiene necesidad de irse; dadles vosotros de comer." (Mateo 14:16) Y entonces hizo el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, no para darse gloria, sino porque tuvo compasión de la multitud que tenían hambre.

En una ocasión parecida, después de haber devuelto el habla a los mudos, la vista a los ciegos, y haber hecho otras curaciones entre las multitudes que le seguían, dijo a sus discípulos:

Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino. (Véase Mateo 15:31-32)

El corazón del Salvador sufría por todos aquellos que sufrían también. Cuando veía a los ciegos, "tenía misericordia de ellos y les tocaba los ojos." (S. Mateo 20:34) A la mujer descubierta en adulterio, la trató muy compasivamente. (Véase S. Juan 8:1-11) Incluso dió más dignidad a la vida de los publicanos y pecadores que se sentían avergonzados en su presencia. (Véase S. Lucas 15) Cuando vió que sacaban a un muerto de la casa de su madre viuda," ... compadecióse de ella, y le dijo: 'No llores' Y acercándose, tocó el féretro, y dijo: 'Mancebo, a ti te lo digo, levántate.' Y lo devolvió a la vida." (S. Lucas 7:12-14) Sin duda que Jesús fué muy tierno, compasivo y misericordioso con los hijos de los hombres. Cualquiera que haya leído los evangelios, puede cantar con gran sinceridad uno de los himnos de Sión que dice así:

Asombro me da, el amor que me da Jesús,
Cofuso estoy por su gracia y por su luz;
Y tiemblo al ver que por mí él su vida dió,
Por mí, tan indigno, su sangre se derramó.
Cuán asombroso es que él amárame y rescatárame.
Oh sí, asombro es, siempre para mí.
(Del himno No. 46 "Asombro me Da.")

Cristo enseñó a los hombres a ser misericordiosos

Conocemos por lo menos cuatro ocasiones específicas en las que Jesús dió gran importancia a la misericordia en sus enseñanzas. (1) Consagró una bienaventuranza a la misericordia, dándole así el mismo rango que las otras grandes virtudes fundamentales del cristianismo. (2) Dos veces, en el evangelio de Mateo, el Salvador cita a Oseas 6:6 para recordar a los fariseos que la misericordia vale más que los sacrificios. Cuando le criticaron porque comía con los publicanos y los pecadores, replicó: "Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificio . . ." (S. Mateo 9:13) Cuando los fariseos se quejaron de que sus discípulos comían espigas que habían cogido con sus manos en el día de reposo, les dijo Jesús: "Si supieseis qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes." (S. Mateo 12:7)

El dar mayor importancia a los principios morales y religiosos que a los sacrificios cruentos constituyó la gran enseñanza de los profetas del Antiguo Testamento. Empezando por Samuel que dijo a Saúl: "Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios; y el prestar atención que el sebo de los carneros." (I Samuel 15:22), la idea recibe su más poderosa expresión con los profetas Amós, Oseas, Miqueas, Isaías y Jeremías. Jesús conocía bien la ley y los profetas y por ello dió también mayor importancia a la misericordia que a las demás cosas menores.

Criticó severamente a los escribas y fariseos que se preocupaban más de las cosas intrincadas de la ley, pero que descuidaban lo más importante de su religión:

> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. (Mateo 23:23. Véase también Miqueas 6:6-8).

(3) En la famosa parábola del buen samaritano (S. Lucas 10: 25-27), el Señor hace decir al doctor de la ley cuál es el "prójimo de aquél que cayó entre ladrones": "Es aquel que usó con él de misericordia." Y Jesús replicó al doctor de la ley: "Ve, y haz tú lo mismo."

En la enseñanza del Nuevo Testamento, el amor es la virtud más importante, y la misericordia constituye una de sus manifestaciones. Ser misericordioso significa ser amante. La misericordia tiene también un significado especial. En las escrituras, generalmente se iguala misericordia con compasión. Compasión según el diccionario se compone de dos palabras latinas "com" que significa con ó junto con y "passio" que significa sentir. Por consiguiente compasión quiere decir sentir algo conjuntamente con otro. Pasión es la palabra más fuerte que existe en español para designar un sentimiento. Los misericordiosos sienten lo que sucede en la vida íntima de sus semejantes.

Otra palabra, menos conocida en esta acepción, pero también estrechamente emparentada, es la palabra española *compunción,* que significa "participación en el dolor ajeno." Esto es lo que se precisa para poner en práctica la Regla de Oro.

La simpatía y la compasión por los demás son la base del amor, del perdón y de la paz.

Razones por las cuales no debemos juzgar a los demás

Las ocasiones que se nos presentan para poder ser misericordiosos son legión. Un acto de bondad, una palabra amable, una cortesía sincera y espontánea, el tener cuidado de no herir los sentimientos de los demás, toda acción benévola, todo esto pertenece a la misericordia. En esta lección limitaremos la discusión de la misericordia a una cosa a la que se atribuye cierta importancia en el Nuevo Testamento y a la cual, hasta ahora, hemos prestado poca atención en nuestro estudio: *"No juzguéis, para no que no seáis, juzgados."* (S. Mateo 7:1)

Si hay algo en lo que nos mostramos menos misericordiosos que en otras cosas, es ciertamente nuestra facilidad en hablar mal de los demás. Si realmente necesitamos misericordia es para no juzgar a los demás y atacarles cuando no están presentes para poder defenderse. Los autores del Nuevo Testamento nos dan varias razones por las cuales deberíamos ser más misericordiosos y no juzgarnos los unos a los otros.

1. No tenemos derecho de juzgar a nuestros semejantes. Porque no tienen que dar cuentas a nosotros, sino al Señor. Es nuestro Creador y nuestro legislador, y solo El tiene derecho a juzgarnos. Pablo, en su Epístola a los Romanos, dijo:

> Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven. Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. De manera que cada uno de nosotros dara a Dios cuenta de sí. Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros. . . . Romanos 14:8-13)

Y Santiago, que estaba siempre pronto a ser misericordioso con aquellos que estaban necesitados, nos suplica:

> Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres para juzgar a otro? (Santiago 4:12)

Hay ciertas personas en nuestra sociedad que tienen que juzgar a sus semejantes por el bien general de todos. Entre ellos, se encuentran los jueces de paz y los presidentes de rama, de misión, etc. El presidente de una rama o de una misión no juzga sino en aquellas cosas que son necesarias para asegurar la buena marcha

de la obra de la Iglesia y el progreso del individuo. Pero ni el uno ni el otro pueden ocupar el lugar de Dios juzgando a los demás. Un patrón puede juzgar el rendimiento o el trabajo de sus empleados, pero no tiene derecho alguno a juzgarles en su vida moral, en su vida privada.

2. **No somos capaces de juzgar acertadamente.** Siempre estamos cegados por la viga en nuestro ojo.

¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano. (Mateo 7:3-5)

A menudo somos culpables de las mismas flaquezas o errores que criticamos en los demás, como Pablo sabía muy bien:

Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? . . . porque no hay acepción de personas para con Dios. (Romanos 2:1, 2, 3, 11)

Nadie conoce a otro lo bastante bien para poder juzgarle. La vida de cada persona es de tal manera compleja, debido a su ambiente y a su temperamento, que únicamente Dios puede juzgar al ser humano de una manera justa.

Me contaron el otro día la historia de un hombre del que todos los vecinos se reían siempre porque andaba con la lentitud de un caracol. Un día, tuvo que correr para tomar un tren que se le escapaba, y cayó muerto de un ataque cardíaco. Nadie había sabido hasta entonces con qué valor sobrehumano había trabajado para mantener a su familia, sufriendo de una enfermedad tan grave durante tantos años. Y las burlas reemplazaron el respeto en el juicio de sus vecinos.

Somos sumamente prestos para juzgar a nuestros semejantes, individualmente o en grupos, por culpa de nuestra inteligencia limitada. Cuando hacemos esto, merecemos la reprimenda que el Señor dió a Job:

¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? (Job 38:2)

3. **Cuando juzgamos a nuestro prójimo en su ausencia, no le amamos.** No nos estamos interesando por su bienestar. Si amamos la persona que criticamos, le daríamos, en nuestras observaciones, el beneficio de la duda, o mejor aún, guardaríamos silencio. Encontramos un consejo lleno de sabiduría en la primera epístola de Pedro:

Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni

maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición. Porque: el que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz y sígala. (I Pedro 3:8-11)

Todo el mundo tiene derecho a defenderse. ¡Cuán injusto y desconsiderado es desacreditar a una persona hablando por él sin su permiso cuando no está presente! ¿A cuántas personas daríamos plenos poderes para exponer nuestro punto de vista ante un tribunal? No obstante, muchas personas, durante toda su vida, hablan de sus semejantes de una manera en la que no quisieran que sus semejantes hablasen de ellos.

"Así también la lengua, con ser un miembro pequeño, se atreve a grandes cosas. Ved que un poco de fuego basta para quemar todo un gran bosque." (Santiago 3:5)

4. A veces juzgamos a nuestro prójimo para dar mayor seguridad a nuestro propio yo. Santiago, en el capítulo 4, versículos 11 y 12, nos dice que cuando murmuramos de nuestro prójimo, nos hacemos jueces y no observamos la ley. Y tiene razón. La crítica negativa es perniciosa para todos, para la persona que critica como para la persona criticada. "Desarollar" a una persona es una manera falsa de dar más importancia a nuestro yo. Esto nos da una falsa sensación de seguridad, y reemplaza en nosotros el trabajo creativo a que deberíamos dedicarnos. Las personas creativas y felices, tienen menos tendencia, generalmente, a criticar a los demás en sus vidas. La maledicencia es un síntoma seguro de fracaso en la vida de la persona que se da a ella.

5. La gente devuelve los golpes que les damos al zaherirlos. Decid bien de una persona y se sentirá obligada a subir al nivel de la estima en que la tenéis. Decid mal una persona, y tratará de justificar el mal que decís de ella. Los niños, más que nadie, tienen necesidad de palabras de ánimo.

Uno de mis mejores amigos, que fué presidente del departamento de educación de la Iglesia durante muchos años, el doctor Franklin L. West, tenía la costumbre de repetir periodicamente a sus subordinados: "Si hay una persona que no os gusta, buscad lo que haya de bueno en ella, y luego hablad bien de esta persona. Pronto aprenderéis a gustar de esta persona. Vuestro respeto por ella aumentará."

Cuando está permitido reprender

Pero el hecho de que no debemos juzgar a nuestros semejantes no significa que no debemos nunca estar en desacuerdo o en contraposición con ellos, o que no debemos hacer decisiones en los problemas que afectan a la humanidad. Al contrario, Jesús, que era misericordioso, reprendió a los fariseos, los doctores de la ley e incluso contra sus propios discípulos cuando la ocasión lo requería.

Pedro, Esteban, Pablo, Santiago y Juan tomaron posiciones y se alzaron en contra de aquellos que diferían en opinión. Es exactamente lo que necesitamos en nuestra época: opiniones francas, sinceras, en lugar de maledicencia hecha detrás del interesado.

Una mañana, un vecino, ya entrado en años, llamó a la puerta trasera de nuestra casa poco después de la salida del sol. Sin rodeos de ninguna clase, y con el pretexto de dar los buenos días, nos dijo: "Anoche un perro entró en mi gallinero y mató todas mis gallinas. Cuarenta hermosas gallinas listas para la cazuela.... Vine para saber si fué su perro el que lo hizo."

Le hicimos entrar muy contentos. No tan sólo porque no era nuestro perro el que había causado la pérdida, sino más que nada porque nos preguntó francamente si era culpa nuestra lo sucedido y porque no nos juzgo sin antes no haber hablado con nosotros, y no empezó a sentir rencor basándose en una mera sospecha. Muy apropiado para el caso es lo que dice la Ley de Moisés:

No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado. No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová. (Lev. 19:17, 18)

Sed misericordiosos

Incluso Jesús que sabía bastante y que amaba bastante para poder ser un buen juez, no vino para juzgar al mundo, sino para salvarlo.

Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; *porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.* El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. (Juan 12:46-48)

Deberíamos, igualmente, consagrar nuestras fuerzas a edificar el reino de Dios, a proclamar la verdad, a combatir en favor de la justicia, y a tratar a nuestros semejantes con bondad y misericordia. Ciertamente, éste es el espíritu del Maestro y las enseñanzas de sus discípulos.

Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. (I Pedro 2:17)

Hermanos míos, si alguno de vosotros se extravía de la verdad y otro logra reducirle, sepa que quien convierte a un pecador de su errado camino salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados. (Santiago 5:19, 20)

Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros . . . Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracias a los oyentes . . . Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. (Efesios 4:25, 29, 31, 32)

Capítulo 34

"BIENAVENTURADOS LOS DE LIMPIO CORAZON"

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. (S. Mateo 5:8)

"Mas yo os digo"

"Los de limpio corazón" es una expresión que puede significar que aquellos a los que se alude son honrados, sinceros, humildes y amantes, o bien puede significar que son castos. O bien puede significar igualmente la castidad de pensamiento y de acción en las relaciones entre personas del sexo opuesto. A decir verdad, no sabemos exactamente qué es lo que quiso decir el Salvador con esta expresión. Pero, dado que, en otras lecciones discutiremos otras virtudes concernientes a la pureza de corazón, nos limitaremos, en esta, a la castidad. Haremos observar, no obstante, que la pureza de corazón, en este sentido más limitado, no puede adquirirse sino con la ayuda de muchas otras virtudes que Jesús asimismo enseñó.

"No cometerás adulterio," fué uno de los mandamientos más importantes de la ley de Dios. En los proverbios, los salmos y el capítulo 31 de Job, y en los profetas también, muchas cosas se han escrito en favor de este mandamiento. Jesús repitió esta ley antigua de una manera nueva, en su sermón del monte.

Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. (Mat. 5:27, 28)

"El pensamiento es la madre de la acción." La inmoralidad comienza con el deseo y con la intención. Al igual que las otras bienaventuranzas, la pureza de corazón es una condición interior del hombre, de la cual provienen sus acciones cristianas.

Jesús dijo muy poco con respecto al adulterio, por lo menos de una manera específica. Pero lo que dijo no dejaba lugar a equivocaciones. En la vida cristiana la concupiscencia de la carne y la vida licenciosa no tiene cabida. El carácter mismo de Jesús es suficiente prueba de ello. Sus más encarnizados enemigos, que le llamaron blasfemo, enemigo de la ley, "comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores" (Lucas 7:34), no le acusaron unca de cometer impurezas.

"Las obras de la carne" contra "los frutos del espíritu"

En los escritos que Pablo dirigió a los santos que vivían en el mundo greco-romano, encontramos frecuentes referencias al principio de la castidad. El nivel de la moral era muy bajo en el mundo pagano. Hacerse cristiano significaba cambiar radicalmente

su moralidad personal. El hecho de que muchos santos encontraban esto muy difícil de cumplir es evidente en las epístolas de Pablo. Reconocía la existencia de una lucha constante y encarizada entre la carne y el espíritu. Jesús había inmortalizado ya esta lucha con sus célebres palabras: "El espíritu a la verdad está presto, mas la carne es débil." (S. Mateo 26:41) Pero el apóstol habló más extensamente del asunto:

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. . . . Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disenciones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones benignidad, bondad fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay y deseos. (Gálatas 5:13, 16-24)

Pablo condena los deseos de la carne tan severamente que muchos creyentes, a través de los siglos, inspirándose en sus palabras, han considerado el instinto de reproducción humano como algo fundamentalmente malo, y han rechazado el privilegio y las responsabilidades del matrimonio para entrar en el mundo de la monasticidad y del celibato. Los escritos de Pablo, si se les examina versículo por versículo, aislado del tema y del contexto, podrían considerarse como una condenación del matrimonio y de las relaciones sexuales. En I Corintios, capítulo 7, por ejemplo, Pablo estima que el celibato es superior al matrimonio y habla del matrimonio como de una condición necesaria a ciertas personas para evitar el que degeneren en la inmoralidad. Pero Pablo nos da a conocer su punto de vista, sin hacer de ello una orden, simplemente, porque ésta es su opinión personal (versículos 6 y 7). Esto provenía, en gran parte, del deseo que le dominaba de consagrar toda su atención y toda su energía a la obra del ministerio.

Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no los disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa. (I Corintios 7:29-31)

En otras partes de sus epístolas, Pablo propugna el casamiento y condena a aquellos que lo prohiben.

Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer; pero todo procede de Dios. (I Corintios 11:11, 12)

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de

demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. (I Timoteo 4:1-3)

Queda claro que el capítulo siete de la primera epístola de Pablo a los corintios no debe considerarse como la única opinión de Pablo con respecto al matrimonio ni mucho menos la doctrina de la Iglesia primitiva. Jesús mismo volvió a afirmar la aprobación divina del matrimonio. Hablando contra los cambios efectuados en la Ley de Moisés concernientes al divorcio, declaró:

Pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. (Marcos 10:6-8)

El matrimonio es bueno y el Señor lo aprueba si se practica de acuerdo con sus propósitos. La fornicación, el adulterio y la concupiscencia de la carne son pecados. Es lo que repiten a menudo los autores del Nuevo Testamento. (Véase I Pedro 3:1-7; Hebreos 13:4; Efesios 4:17-19 y 5:22-23; I Corintios 5:1-5 y I Tesalonicenses 4:3-7 para citar tan sólo unas pocas referencias al respecto.)

En nuestra época, al igual que en la de Pablo, hay una lucha entre la carne y el espíritu. Casi podríamos llegar a creer que la incontinencia va en aumento en el mundo cristiano en general, e incluso entre los Santos de los Ultimos Días. En una época de excesiva libertad, de mayores conocimientos respecto a las relaciones sexuales, de matrimonios llevados a cabo en una edad más tardía, de tentaciones más numerosas, más y más personas van sucumbiendo a la incontinencia. Si nosotros y nuestros hijos debemos tener un corazón puro, tal como nos lo recomendó Jesucristo, debemos dar más importancia a este problema. No se puede forzar a nadie a que tenga un corazón puro; las amenazas, el temor, los consejos no sirven para nada, si una persona no comprende la vida tal como es en realidad y no siente dentro de su alma el deseo de ser fiel a los principios que nos enseñó Jesús.

Maneras de adquirir una mayor pureza de corazón

1. Debemos comprender mejor nuestra propia naturaleza. En la vida, la mayor parte de las *cosas* son *amorales*, ni buenas ni malas en y por sí mismas. Se vuelven buenas o malas según la manera en que nos afectan o que las empleamos. El agua, generalmente algo beneficioso, y siempre indispensable para vivir, trajo una inundación tan calamitosa en Holanda el 1 de febrero de 1953, que se llevó mil vidas humanes, dejó otras cuarenta mil sin casa y causó trescientos millones de dólares de perjuicios. Y esto que ocurre con el agua, que puede causar bien o mal, ocurre igualmente con el sol, la morfina, un cuchillo, el dinero y muchas otras cosas.

La sexualidad es algo extremamente poderoso que puede causar tanto mal como bien. Es una causa para bien cuando origina un amor

más grande entre el marido y la esposa y engendra una familia de hijos sanos y felices. Puede ser una causa de mal cuando se le considera como un fin en sí mismo, sin tener en cuenta las consecuencias que tal abuso puede traer en la vida personal y social. Es siempre algo bueno cuando está bajo el control de un espíritu inteligente y de un corazón puro; es siempre malo—dentro de los lazos del matrimonio, o fuera de ellos—cuando es la expresión de un espíritu vulgar y de un corazón impuro. Incluso el matrimonio no santifica las relaciones sexuales, si estas no se llevan a cabo de acuerdo con los propósitos del matrimonio.

2. **Debemos recordar que el mal no tiene poder, y que debemos vencer al mal con el bien.** Lo mejor que podemos hacer no es combatir nuestros malos pensamientos cada vez que estamos en la tentación. No hay fuerza alguna en la debilidad, ni nada de bueno en el mal. La pureza de corazón no se adquiere pensando en el mal, sino al contrario. La oración, la lectura de buenos libros, el trabajo sincero en la Iglesia, una vida sana, actividades sanas y la comprensión y el amor de los que nos rodean, nos ayudan a vencer nuestros malos pensamientos. Se vence al mal, pensando en el bien, y haciendo buenas obras.

Es lo que Pablo ha expresado en estas palabras: "No seas vencido de lo malo; mas vence con el bien el mal." (Romanos 12:21) Jesús expresó lo mismo con otras palabras, cuando exhortó a sus discípulos: "Levantaos y orad que no entréis en tentación." (S. Lucas 22:46) (Véase también Mateo 26:41) Y es lo que Alma dijo a su hijo Helamán que enseñara al pueblo:

> Predícales el arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo; enséñales a humillarse, y a ser mansos y humildes de corazón; enséñales a resistir toda tentación del diablo, con su fe en el Señor Jesucristo. Enséñales a no cansarse nunca de las buenas obras, sino a ser mansos y humildes de corazón; porque éstos hallarán descanso para sus almas. ¡Oh recuerda, hijo mío, y aprende sabiduría en tu juventud; sí, aprende en tu juventud a guardar los mandamientos de Dios! Sí, y pide a Dios todo tu sostén; sí, sean todos tus hechos en el Señor, y dondequiera que fueres, sea en el Señor; sí, dirige al Señor tus pensamientos; sí, deposita para siempre en el Señor el afecto de tu corazón. Consulta al Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien; sí, cuando te acuestes por la noche, acuéstate en el Señor, para que él te cuide mientras duermes; y cuando te levantes en la mañana, rebose tu corazón de gratitud hacia Dios; y si haces estas cosas, serás exaltado en el postrer día. (Alma 37:33-37)

3. **Debemos recordar que una vida cristiana positiva produce la pureza de corazón.** La inmoralidad es, muy a menudo, el fruto de la soledad, de decepciones o de fracasos. La inmoralidad, lo mismo que el alcohol, es las más de las veces un esfuerzo insensato y furil por parte de una persona para evadirse del aspecto futil y vano de su vida. Una vida constructiva y creativa en el hogar, en la Iglesia, en la fábrica o en la oficina, satisface las necesidades espirituales y morales del ser humano y le deja muchas menos razones a causa de las cuales pierde la verdadera perspectiva de la vida y sucumbe a una mala expresión o manifestación de su energía creatriz. Podemos hacer que nuestra vida esté llena de buenos

amigos y de acciones honrosas, a tal punto que ya no quede cabida en nuestra mente para pensamientos impuros.

4. Tenemos que acordarnos que la comunión con Cristo engendra la pureza de corazón. Si amamos a Jesús y queremos estar más cerca de El, debemos leer la historia de su ministerio, meditar sus enseñanzas, tomar la Santa Cena en memoria suya y de su sacrificio, y como testimonio de que queremos tomar sobre nosotros su nombre, debemos trabajar en su Iglesia, orar en su nombre y hacer su voluntad cada día de nuestra vida. Y estas cosas nos ponen en comunión con El; su presencia, invisible, pero real, purifica nuestros sentimientos y nuestro concepto de la vida. Aprendemos gradualmente a vencer la concupiscencia de la carne y todo lo que va con ella —la avidez, el egoísmo, el odio, la envidia y los celos—sintiendo, más y más respeto, bondad, misericordia, y amor por nuestros semejantes. Y de esta forma el Salvador se convierte en una fuerza en nuestra vida que nos conduce a la pureza moral. No es cuestión de unos pocos días solamente, o incluso de un año, o hasta de varios años. A veces cosas innobles e indecentes pasan alrededor nuestro o bien atraviesan por nuestro pensamiento. Pero si somos fieles a los principios de Cristo, tales impresiones no harán más que pasar rápidamente por nuestra mente y se desvanecerán sin dejar rastro. Y el poder que Dios nos ha dado de crear hijos, con el amor y la fidelidad que deben reinar entre marido y mujer, servirá su propósito constructivo y divino en nuestra vida. Es con razón que podemos orar y cantar con el salmista:

> Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. (Salmos 51:10)

> ¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. (Salmos 24:3, 4)

Capítulo 35

EL PERDON

Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale. (Lucas 17:3, 4)

Cristo perdonó generosamente

Entonces, entrando Jesús en la barca, pasó al otro lado y vino a su ciudad. Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.

Entonces algunos de los escribas decían dentro de sí: Este blasfema. Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porqué, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa. (Mateo 9:1-6)

Jesús había recibido el poder de perdonar los pecados en esta tierra. Hizo uso de este poder en varias ocasiones, ante la consternación de los fariseos, el asombro de la multitud, y el gran gozo y consuelo del pecador. El incidente que hemos mencionado ya en un capítulo precedente, en el curso del cual Jesús perdonó a una pecadora porque había amado mucho, y le dijo luego: "Tu fe te ha salvado, ve en paz," es uno de los más bellos y de los más interesantes. (Véase S. Lucas 37-50) Al perdonar a la gente, Jesús hacía algo más que provocar a los fariseos. Perdonaba a los hombres porque les amaba, y se compadecía de ellos. Y de los que le odiaban, que se burlaban de El, que le escupieron en la cara , y que le clavaron en una cruz entre dos ladrones, dijo Jesús: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." (S. Lucas 23:24)

Este caso nos hace ver el verdadero significado del perdón. La prueba por la que pasa nuestro sentimiento de perdón es lamisma tanto con respecto a la clemencia como con respecto al amor. "Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles?" (S. Mateo 5:46, 47)

Amar únicamente a los que nos aman puede que no sea amor en absoluto, sino sólo reciprocidad o un sentimiento de justicia. Perdonar a los que nos han pedido perdón y que han reparado sus faltas puede que no sea amor tampoco, y sí simplemente la satisfacción del vencedor cuyos derechos han sido al fin reconocidos. Pero amar a los que nos odian es la mejor prueba de nuestro interés altruísta y de nuestra buena voluntad para con los demás. Perdonar a alguien que está lleno de odio y que no quiere arrepentirse es una prueba indiscutible de nuestro amor por él. Es la clase de

amor que Cristo poseía. Suplicó al Padre que perdonara a la humanidad, incluso cuando estos estaban llenos de odio y cometían mala acción tras mala acción. Como ha quedado indicado en los capítulos 7 y 9, los pecadores no podían recibir completamente su perdón sin arrepentirse y sin aligerar su conciencia. Sin embargo, Cristo perdonó generosamente a los que le había tratado tan ignominiosamente.

La clemencia de Cristo no provenía solamente de su amor para con los hombres, sino también del hecho que había sufrido por ellos y con ellos. Conocía sus tentaciones. Podía justipreciar sus aflicciones y sus penas. Su vida, al igual que la de ellos, fué real, estuvo llena de alegrías y de tragedias. Se podía dar plena cuenta de las esperanzas y temores, debilidad y fuerza de los hombres. Vino a la tierra como Hijo de Dios, pero al mismo tiempo, nació de María, una madre mortal. La vida de los hombres no le era desconocida.

Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librar de la muerte, fué oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. (Hebreos 5:7-9)

Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos. (Hebreos 2:11)

La clemencia nace de la comprensión, de los sufrimientos, lo mismo que del amor. No podemos perdonar, en la verdadera acepción de la palabra, sin simpatía, sin compasión, sin conocimiento de causa y sin comprensión. Cristo perdonó generosamente porque comprendía a la humanidad, porque amaba mucho, y porque había sufrido por el hombre y con el hombre. El perdón, como el amor, está lleno de abnegación. Cuando es sincero, está exento de orgullo, de fatuidad y de egoísmo, y únicamente conoce la misericordia y el amor.

Jesús nos enseñó a perdonar

El perdón, bajo una forma u otra, constituye una parte importante del sermón del monte. La reconciliación que, de ordinario, acarrea consigo el perdón, es una condición que se requiere antes de que uno pueda estar en comunión con el Padre.

Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estáis con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante. (Mateo 5:23-26)

. . . Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas. (Mateo 6:12, 14, 15)

La frase, tan a menudo citada, en la que el Señor aconsejó el presentar la otra mejilla al que nos hubiere herido en una, en otras palabras, el no ofrecer resistencia al mal, no quiere decir aceptar pasivamente los tormentos que nos inflijan. Significa vencer al mal con el bien. Y únicamente un corazón amante y clemente puede hacerlo.

Pero yo os digo; No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado no se lo rehuses. (Mateo 5:39-42. Léase hasta el fin del capitulo)

Consideremos la conversación que tuvo lugar entre Pedro y Jesús:

Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino aun setenta veces siete. (S. Mateo 18:21, 22)

Para dar un ejemplo del mandamiento que el Señor nos dió de perdonarnos los unos a los otros, consideremos la parábola que nos dió, del servidor ingrato: un amo perdonó a un servidor suyo una deuda de 10.000 talentos en lugar de venderlo como a esclavo junto con su esposa e hijos para sufragar la deuda. Pero el mismo sirviente mandó a la cárcel a otro sirviente que le debía cien denarios, en lugar de ser misericordioso con él. Cuando su amo se enteró de lo que había hecho, dijo a su ingrato sirviente:

. . . Siervo malvado, toda aquella deuda te perdone, porque me rogaste. ¿No debías tu también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas. (Mateo 18:32-35)

Los discípulos practicaron y enseñaron el perdón

La historia de Esteban, varón lleno de gracia y de virtud, tiene gran interés para nosotros, sobre todo en el pasaje en el que implora que el Señor perdone a sus verdugos, diciendo: "Señor, no les imputes este pecado." (Léase Hechos, capítulo 7)

Pablo, en un hermoso pasaje de la epístola a los colosenses, les exhortó a perdonarse los unos a los otros, y les mostró la relación íntima que existe entre la clemencia, la misericordia y las otras virtudes, tales como la humildad, la bondad y la caridad.

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros, si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. (Col. 3: 12-14)

Escribió a los Efesios:

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. (Efesios 4:31, 32)

Y a los gálatas:

Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado . Sobrellevad los unos las cargas de los otros y cumplid así la ley de Cristo. (Gálatas 6:1, 2)

El perdón en su vida y en la mía

Siempre tenemos ocasiones para perdonar. La gente comete errores, sucumben a ciertas flaquezas, y nos ofenden todos los días, o poco menos. Nuestra vida moderna es nerviosa y agitada, nuestros nervios sufren continua presión y nuestra lengua es difícil de dominar y hiere fácilmente. Nuestra energía no está en relación con nuestra ambición, por ello pasamos la mayor parte de nuestro tiempo cerca de la fatiga total. Vivimos una vida rutinaria, en las oficinas, los talleres, o en nuestras propias casas.

Cristo nos enseñó a perdonar porque esto es una expresión de amor. Sin amor no podemos conocer a Dios, ni podemos pertenecer verdaderamente a su reino. Una revelación moderna confirma el antiguo mandamiento de perdonarnos los unos a los otros:

Mis discípulos en los días antiguos, buscaron motivo el uno contra el otro, y no se perdonaron los unos a los otros en sus corazones; y por este mal fueron gravemente afligidos y castigados. Por lo tanto, *os digo debeís perdonaros los unos a los otros; porque el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor; porque en él permanece el pecado mayor.* Yo, el Señor, perdonaré al que quisiere perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres. (Doc. y Con. 64:8-10)

El perdonar es algo más que un mandamiento arbitrario. Como cualquier otro mandamiento, es un principio de vida creativa. Al igual que su virtud hermana, la misericordia, la clemencia trae bendiciones a la persona que perdona como a la que es el objeto del perdón.

El perdón aporta a la persona arrepentida una sensación de reposo espiritual, que es la culminación de su arrepentimiento. Ahora, se siente en paz consigo misma y está lista a recomenzar una nueva vida, libre de los lazos de la culpabilidad y del fracaso, libre de toda sensación de vergüenza, y se siente más cerca de sus semejantes y de Dios.

El perdón acarrea bendiciones igualmente a la persona que perdona: la libra de las cadenas del odio y le devuelve la libertad de amar. La vida es demasiado preciosa para malgastarla en rencores.

¿Debemos siempre perdonar? ¿Debemos perdonar al que no se arrepiente? He aquí lo que el Señor ha dicho al respecto:

> Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aun contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. (Mateo 18:15-17)

Lo que quizás podemos hacer es omitir la forma exterior del perdón para con aquel que no se arrepiente, pero nada impide que perdonemos a esta persona en el interior de nuestro corazón. Podemos reprender a esta persona, regañarla por su propio bien, e incluso acusarla en la cara, si es necesario, pero debemos perdonarla en el fondo de nuestro corazón. Esto es lo que hizo Jesús, y lo que hizo Esteban.

¿Cómo podemos desarrollar un espíritu clemente?

El sentido común debe decirnos que el no perdonar a los demás es una absoluta insensatez. La ausencia de clemencia en nuestra alma es un mal casi tan grave como el no arrepentirse del mal que se hace. El no perdonar no hace desaparecer la injuria.

Un espíritu de inclemencia es el producto del egoísmo. A veces es también una manera de echar la culpa a otros de los defectos que vemos existen en nosotros. Un antiguo adagio dice que "Comprender es perdonar, y el perdonar es divino." Lo importante de la cuestión es comprender el punto de vista de otros; intentar comprender, con simpatía, las razones profundas de sus actos, de llegar hasta la causa de sus acciones. Perdonar también significa curar; es poner el dedo en la llaga, y curarla. Por lo tanto, el amor del prójimo es la fuerza motriz de nuestra clemencia por los demás. El origen de la clemencia es más profundo que la razón y el sentido común. La clemencia y la inclemencia reflejan un sentimiento y una actitud más bien que una manera de pensar. El hombre, para perdonar, debe cambiar sus sentimientos con respecto a la persona que es objeto de su perdón. Debe aceptarla y amarla; tiene que interesarse en su bienestar antes que pensar en el suyo propio. Una vida orientada hacia la felicidad de los demás debe estar llena del espíritu de perdón.

Jesucristo dió buen ejemplo de esta manera de ser. Empezar a amar como El amó, tener misericordia como El la tuvo, interesarse en los demás como El se interesó, y tenerle siempre a El como ideal, mirando de guardar consigo a su Espíritu estas cosas crearán en nosotros una nueva manera de ser y nos harán más difícil el ofendernos y estaremos más prontos para el perdón.

Capítulo 36

"SIN ESCANDALIZAR A NADIE"

Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. (Santiago 3:2)

Cristo se preocupaba por los demás

Según los evangelios, Jesús hablaba lisa y llanamente cuando la ocasión lo requería. Revelaba la hipocresía y la mentira en la mente de los hombres, a veces públicamente, ante su creciente cólera y quizás también ante su vergüenza. Sus propios discípulos no quedaron a salvo de esto y recibieron reproches parecidos cuando así lo merecieron. Palabras tales como: "Oh, hombres de poca fe," o "Apártate de mí, Satanás," debieron herirlos profundamente. Por otro lado, era también amable y considerado, y estaba pronto a proteger a aquellos a los cuales la sociedad oprimía y ofendía. Como ya lo hemos mostrado en una lección precedente, se preocupaba por las necesidades de los demás, dando consuelo a los pobres, devolviendo la esperanza y el respeto de sí mismos a los publicanos y pecadores, y alabando al centurión y al samaritano.

De manera sobresaliente y memorable, Jesús enseñó a sus discípulos que no escandalizaran a los niños en su fe. Los discípulos se estaban preguntando quién sería escogido para ser el mayor en el reino de los cielos. Jesús llamó a un niño,

. . . De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos . . . Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! . . . Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en cielos. (Mateo 18:3, 6, 7, 10)

Jesús no tenía deseo alguno de escandalizar a nadie inútilmente o por gusto. Otro incidente de su vida lo indica bien claramente:

Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron. ¿Vuestro Maesro no paga las dos dracmas? El dijo: Si, Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que te saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómalo, y dáselo por mí y por tí. (Mateo 17:24-27)

Jesús, aunque era Hijo de Dios, pagaba el tributo, y si hemos de creer lo que se desprende del diálogo entre Pedro y los recaudadores, lo hacía regularmente. No quería escandalizar inútilmente a la gente y apartarles así del reino de su Padre.

El tacto y la prudencia de Pablo en las relaciones humanas

Todo aquel que asume una posición de mando en la que está íntimamente asociado con seres humanos, tiene que hacer frente a un cierto número de problemas referentes a las relaciones humanas. Pablo no fué una excepción. En realidad, sus problemas estaban multiplicados y acentuados por las diferencias raciales, religiosas y culturales que existían entre los miembros de la Iglesia primitiva. Pablo, judío, trataba con judíos y gentiles. Y los judíos y gentiles convertidos eran únicamente una minoría en mitad de una cultura pagana.

En corinto, surgió la cuestión de saber si los santos podían comer carne que había sido sacrificada a los ídolos. Aparentemente, la mayor parte de los alimentos consumidos por el público, en aquella época, habían sido preparados como sacrificio para los ídolos. La respuesta que Pablo dió a esta pregunta es interesante. (Léase I Corintios 8) ". . . sabemos que el ídolo nada es en el mundo, y que no hay más de un Dios . . ." y "la vianda no nos hace más adeptos a Dios: porque ni que comamos, seremos mejores, ni que no comamos seremos peores." (Versículo 8) Pablo se había librado de la preocupación de las reglas complicadas del judaísmo, o de todo otra fe y cultura, referentes a los alimentos. Es la fe en Cristo practicada con amor la que salva al hombre, y no lo que éste come o bebe. Es así que concebía El la religión. Se sentía libre de comer lo que quería porque no rendía honores al hacerlo, ya que un ídolo no era nada para él. No obstante, muy atinadamente, relacionó la cuestión de comer viandas sacrificadas a los ídolos con otra cosa más fundamental que los alimentos. ¿Cómo puede afectar este tema la vida y la fe de las personas? Este es el punto vital para él, y recomienda la mayor consideración con respecto a aquellos que son débiles en la fe, a fin de que no se escandalicen.

> Pero no en todos hay este conocimiento; porque algunos, habituados hasta aquí a los ídolos, comen como sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil, se contamina. Si bien la vianda no nos hace más aceptos ante Dios; pues ni porque comamos, seremos más ni porque no comamos, seremos menos. *Pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles.* Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en un lugar de ídolos, la conciencia de aquel que es débil, ¿no será estimulada a comer de lo sacrificado a los ídolos? Y por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió. De esta manera, pues, pecando contra los hermanos, e hiriendo su débil conciencia, contra Cristo pecáis. *Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano.* (I Corintios 8:7-13)

En el capítulo 9 de la misma epístola, Pablo continúa demostrando, esta vez en mayor escala, que, en todos los aspectos de nuestra vida, debemos considerar la fe y los sentimientos de los demás y hacer de manera que podamos compartir el evangelio de Cristo con todo el mundo.

Por lo cual siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él. (I Corintios 9:19-23)

En su propia adaptación de la fe al entendimiento de sus oyentes, Pablo, estamos seguros, no comprometía su fe en Cristo ni su fidelidad para con El. Tenía demasiado valor y convicción para obrar de tal modo. No obstante, hacía adaptaciones de menor importancia para evitar discusiones inútiles y para salvaguardar la paz. Vemos esto de modo muy claro en el libro de los Hechos.

Quiso Pablo que éste fuese con él; y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares; porque todos sabían que su padre era griego. . . . Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados . . . Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo. Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos; a los cuales, después de haberles saludado, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio. Cuando ellos lo oyeron glorificaron a Dios, y le dijeron: Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley. Pero se les ha informado en cuanto a ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos, ni observen las costumbres. ¿Qué hay, pues? La multitud se reunirá de cierto, porque oirán que has venido. Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen obligación de cumplir voto. Tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga sus gastos para que se rasuren la cabeza; y todos comprenderán que no hay nada de lo que se les informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, guardando la ley Pero en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito determinando que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación. Entonces Pablo tomó consigo a aquellos hombres, y al día siguiente, habiéndose purificado con ellos, entró en el templo, para anunciar el cumplimiento de los días de la purificación, cuando había de presentarse la ofrenda por cada uno de ellos. (Hechos 16:3; 18:8; 21:17-26)

En I Corintios, capítulo 10, Pablo predica nuevamente la tolerancia y la consideración con respecto a los demás, en el ejercicio de nuestra propia libertad:

Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica. Ninguno busque su propio bien, sino el del otro. De todo lo que se vende en la carnicería, comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia; porque del Señor es la tierra y su plenitud. Si algún incrédulo os invita, y queréis ir, de todo lo que se os ponga delante comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia. Mas si alguien os dijere: Esto fué sacrificado a los ídolos; no lo comáis, por causa de aquel que lo declaró, y por motivos de con ciencia; porque del Señor es la tierra y su plenitud. La conciencia, digo, no la tuya, sino la del otro. Pues ¿por qué se ha de juzgar mi libertad por la conciencia de otro? Y si yo con agradecimiento participo ¿por qué he de ser censurado por aquello de que doy gracias? Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. No seáis tropiezo ni a judíos, ni

a gentiles, ni a la iglesia de Dios; como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos. (I Corintios 10:23-33)

En Romanos, capítulos 14 y 15:1, 2, Pablo exhorta a los santos a que sean tolerantes. Que todos, sea que coman esto o aquello, lo hagan con acción de gracias al Señor.

Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. (Romanos 15:1,2)

Amonestó a los corintios a que siempre tuvieran presente en todo lo que hicieran de su responsabilidad con respecto a los demás, a fin de que la gente tuviese interés en acercarse a la Iglesia, y no que se apartaran de ella por culpa de lo que hacían los santos.

No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias. (II Cor. 6:3, 4) (Léase hasta el versículo 10.)

Seamos ejemplos de humildad

En la primera epístola de Pedro, se enseñó a los santos a que sirvieran al Señor, no cada uno a su manera simplemente, sino más bien haciendo prueba de sentimientos cristianos y de consideración para los demás.

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria. Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. (I Pedro 5:1-5) (Léase también I Pedro 2:13-16)

Y Santiago escribió:

Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. (Santiago 3:2)

Cómo evitar los escándalos en la actualidad

Es imposible vivir una vida sincera, expresar nuestras convicciones, sin ofender a alguien. Deberíamos formar nuestro juicio de una persona, no tan sólo por sus amigos, sino por el carácter de aquellos que hablan mal de él. Su opinión al respecto puede ser una alabanza para él, en realidad.

Al igual que Jesús, debemos tener una convicción moral y religiosa y el valor de oponernos al mal cuando lo exige la ocasión. Y, al igual que Pablo, tenemos que sentirnos libres, en nuestra propia vida religiosa y moral, de obrar según nuestras creencias. Debemos mantener bien alto nuestra propia antorcha y no andar en la sombra de las opiniones y los prejuicios de nuestros semejantes. Sin embargo, lo mismo que Jesús y todas las otras grandes figuras del Nuevo Testamento, no debemos, como cristianos, vivir nuestra religión en una torre de marfil. Los derechos y los sentimientos de los demás, y la influencia de nuestra vida y de nuestros pensamientos sobre ellos, deben también guiar nuestra vida moral y religiosa. La libertad personal y la responsabilidad social deben, cada una de ellas, recibir lo que les pertenece si es que de verdad somos discípulos de Cristo. Las enseñanzas y el Espíritu del Salvador nos incitan a obrar de esta manera.

Demos unos cuantos ejemplos de la manera en que podemos evitar el escandalizar inútilmente a nuestros semejantes en nuestra vida religiosa.

1. **Deberíamos enseñar y predicar teniendo en cuenta el carácter y la educación de nuestros alumnos o de nuestros oyentes.** El presidente McKay me dijo, hace unos años, en una conversación privada: "Acuérdese usted de que las palabras no tienen tanto significado como lo que pueden sugerir." Nuestras palabras, siempre son interpretadas, no a la luz de lo que estábamos pensando cuando las pronunciamos, sino según los pensamientos de la persona que las escuchaba. Esto quiere decir que debemos acercarnos a la gente tal como son, y luego, a partir de ahí, conducirlos hacia una mejor comprensión de los principios del evangelio, hablando a los laicos el lenguaje de los laicos, y a los niños el lenguaje de los niños. Esto significa que todas nuestras palabras deben tener por motivo el edificar la fe y la vida de los que nos escuchan.

2. **En la vida cotidiana, debemos tener en cuenta la naturaleza y la educación de los demás, para evitar el escandalizarlos por negligencia o por descuido.** Debemos ser más considerados con los sentimientos de ciertos grupos raciales que estén en minoría entre nosotros. Generalmente, merecen más de lo que creemos nuestro respeto y nuestra admiración. Por otro lado, se les ha ofendido tantas veces que viven a la defensiva, y sus sentimientos pueden herirse con facilidad. Debemos, por ende, ir doblemente con cuidado, y por otro lado, quién sabe si en otros países no nos veríamos nosotros en minoría y resentiríamos quizás bromas que se nos habrían podido hacer sin mala intención. A los negros, por ejemplo, no les gusta mucho que se les llame así. Prefieren que se les llame morenos, o bien gente de color. Y se enfadan fácilmente cuando se hacen bromas con sus características raciales, bromas que debemos evitar si tenemos el más mínimo respeto cristiano por sus sentimientos. Igualmente, los españoles no son "cachupines" o "gallegos," ni los estadounidenses son "gringos," ni los franceses "franchutes," sino que todos los pueblos del mundo, sean cuales

fueren, tienen sus nombres legítimos, aceptables y normales. Llamarles usando motes o apodos que generalmente tienen un deje despectivo, es apartarles de la fe que profesamos y degradarnos a nosotros mismos al creer que son menos que nuestros otros hermanos, hijo como todos del Padre Celestial.

Incluso los niños se dan cuenta de las diferencias de clase que establecen los padres, y son el reflejo de los prejuicios de los adultos. De qué barrio de la ciudad provienen, qué clase de casas tienen, el acento de provincias que pueden poseer. Todo ello es muy importante para los niños, que lo han aprendido de sus mayores, y que con la memoria de su tierna edad no han olvidado una observación hecha al descuido por el padre o por la madre. Nosotros, como Santos de los Ultimos Días, no deberíamos hablar nunca mal de nadie, ni catalogar a la gente como se hace con libros o cosas inanimadas.

Recuerdo siempre con placer los consejos que una señora muy rica dió a su hija, estudiante en una de nuestras grandes universidades, que compartía su habitación con otra señorita de condición más modesta. Le decía la madre: "Te aconsejo que mires de restringir considerablemente tus gastos para que tu compañera no se sienta molesta, y sea de menos al vivir contigo." Una excelente aplicación del cristianismo a la vida económica.

Cuanto más estudio tiene una persona, más debería ser humilde, y tratar de penetrar en el corazon y en el alma de los que la rodean y hacerles beneficiar de sus conocimientos. Mayores son los talentos de alguien, menos debería éste ponerlos en evidencia a fin de que la gente menos afortunada no se sintiera envidiosa o se sintiese poca cosa ante su superioridad, sino que pudiesen sacar provecho de sus talentos. El evangelio de Jesucristo quiere que sintamos respeto por las diferencias individuales, tolerancia para con las debilidades de otros, y respeto del valor intrínseco y la dignidad de cada individuo. Nuestra libertad—y a veces nuestro orgullo—no nos permiten herir los sentimientos de nuestros semejantes, sea cual fuere nuestra raza, nuestro color o nuestra fe. Nuestro deseo es propagar la paz, la buena voluntad y la fraternidad entre los hombres.

Capítulo 37

PACIENCIA POR AMOR DEL BIEN

Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas. (S. Lucas 21:19)

Jesucristo fué rechazado

Hay un aspecto de la vida de Cristo al que, hasta ahora, no nos hemos referido más que de paso. Aunque hubo muchedumbres que le seguían y muchos le amaban, pocos le comprendieron, y ni aun hoy hay muchos que le comprenden. En cierto sentido, estuvo siempre sólo, con la excepción del Espíritu del Padre y del Consolador que no le abandonaron nunca. Sus enseñanzas eran demasiado elevadas para la humanidad. Por esto acabaron deformando sus enseñanzas a la imagen de su propia naturaleza ignorante y egoísta. Le imputaron una jactancia y unos deseos egoístas que nunca fueron suyos, sino los de los hombres que los inventaron.

Jesús enseñó la verdad. Puso al desnudo la hipocresía, la avidez y el egoísmo del hombre. Esta clase de verdad hiere profundamente. Cuando los hombres oyeron estas verdades, como no querían arrepentirse, se volvieron contra aquel que los había ofendido diciéndoselas y se vengaron de El crucificándole. Creían así escapar a la vergüenza de lo que les había dicho.

Jesús sabía lo que le esperaba. Predijo su muerte a los apóstoles. Tenía que morir.

Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. (Marcos 8:31, 32)

Los hombres querían matarle porque les había mostrado sus pecados. No sabían que la muerte de Jesús, en los siglos venideros, iba a ser la causa de que muchos pecadores vencieran al mal y recibieran el perdón divino. Pero esto es otra historia.

Por fin, Jesús cayó en manos de los malvados y fué ejecutado. Durante todo su ministerio fué objeto de sospechas y de ataques. Tenía enemigos que intentaban deformar el sentido de sus palabras y de hacerle caer en una trampa. Finalmente estas personas amonitaron a la muchedumbre irresponsable en contra suya. Es interesante, al par que trágico, el ver al Hijo de Dios, cuyo corazón estaba lleno de amor y de compasión por todos los hombres, que amaba tanto la verdad y la justicia, que era la revelación misma de Dios al hombre, sufrir una muerte tan ignominiosa.

Estaba en la sabiduría de Dios que su Hijo muriera para llevar a cabo la resurrección y la redención de los hombres. Pero los hombres no estaban predestinados a crucificar al Salvador. Lo hicieron libremente, por las razones que ya hemos sugerido. Vemos

claramente, en las páginas de la historia, que muchos hombres han sido perseguidos y asesinados por el amor del bien y de la verdad. Jesús y Sócrates son ejemplos clásicos, aunque no son, ni de lejos, los únicos que desgraciadamente han sufrido esta suerte. Esteban, Santiago, Pedro, Pablo, y muchos otros.

Jesús predijo a sus discípulos que sufrirían

Cuando Jesús llamó a sus discípulos para ayudarle a establecer su obra entre los hijos de los hombres, les prometió grandes bendiciones:

Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. (Marcos 10:28-30)

Les prometió, al igual que a todos aquellos que fuesen hacia El, las maravillosas bendiciones contenidas en las bienaventuranzas. Prometió a la samaritana que y nunca más tendría sed si bebía el agua de vida que El le daría. (Juan 4)

Jesús afirmó también a aquellos que le siguiesen como discípulos, que sufrirían mucho. Cuando Santiago y Juan pidieron: "Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu diestra y el otro a tu siniestra," Jesús les respondió:

Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado. (Marcos 10:38-40)

Cuando Jesús los envió a predicar su palabra, les predijo grandes persecuciones:

He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles . . Y seréis aborrecidos, de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere has a el fin, éste será salvo. Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre. . . . Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. . . . No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. (Mateo 10:16-18, 22, 23, 28, 34-36)

La última de sus bienaventuranzas implica la persecución y los sufrimientos para aquellos que creen en El:

Bienaventurados los que padecen persecusión por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros . (Mateo 5:10-12)

Los apóstoles sufrieron por el amor de Cristo

Ciertamente, los apóstoles no quedaron desilusionados con las predicciones del Señor concernientes a la suerte que les esperaba. Las persecuciones comenzaron inmediatamente, (Véase Hechos 4) y continuaron hasta su muerte. Conocemos pocos detalles al respecto, pero las persecuciones sufridas por Pablo han sido descritas de manera emocionante en el libro de Hechos. Lo echaron de las ciudades, le apedrearon y le pegaron hasta que creyeron que estaba muerto. (Hechos 14) En Macedonia Pablo curó a una pitonisa, con lo que puso fin al comercio con que ciertas gentes explotaban las supersticiones de la plebe. Estos "comerciantes" llevaron a Pablo ante el magistrado, dando falso testimonio en contra suya y en contra de Silas.

Y se agolpó el pueblo contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas. Después de haberles azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad. El cual, recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo. (Hechos 16:22-24)

Los discípulos enseñaron la paciencia en los sufrimientos

Como ya lo hemos observar, la persecución de los cristianos en el primer siglo continuamente fué una amenaza. La condición de miembro de la iglesia primitiva de Cristo era un peligro permanente y mortal. No obstante, todos los discípulos enseñaron la paciencia y la magnanimidad en nombre de la fe en Jesucristo. Pablo escribió lo siguiente:

Gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración. (Romanos 12:12)

Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruídos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros. Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios. Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. (II Corintios 4:8-18)

No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes bien, nos recomendamos en todo como minis-

tros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo. (II Cor. 6:3-10)

Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia, persecuciones, padecimientos, como los que me sobrevinieron en Antioquía, en Iconio, en Listra, persecuciones que he sufrido, y de todas me ha librado el Señor. Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución; mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido: y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra . (II Timoteo 3:10-17)

En la Primera Epistola de Pedro, se aconseja a los santos de mirar que sus sufrimientos sean el amor del bien, y no por haber hecho el mal. "¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?" (I Pedro 3:13) (Véase también 3:18 y 4:12-19)

Y en Hebreos, se dice a los cristianos que

. . . puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado. (Hebreos 12:2-4)

Y luego, citando el Antiguo Testamento en su enseñanza de que "el Señor al que ama castiga", dice que nuestros propios padres nos castigaban en la carne, "como a ellos les parecía, pero El (Dios) nos castiga para lo que nos es provechoso, para que participemos en su santidad."

Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. (Hebreos 12:11-14)

Santiago, conocía el valor de las aflicciones y de las tentaciones, y nos exhortó a tener paciencia:

Persecuciones modernas

En el siglo diecinueve los Santos de los Ultimos Días sufrieron grandes persecuciones. Al igual que la Iglesia primitiva de Cristo, tuvieron también sus mártires. Ahora las cosas han cambiado. Con excepción de aquellos países en los que hay poca o ninguna libertad religiosa, los Santos de los Ultimos Días adoran a Dios

sin ataques violentos o físicos. La prosperidad de la Iglesia y una publicidad favorable hacen más fácil el ser miembros de ella

Un cierto número de factores han contribuído a este cambio. La libertad religiosa es un hecho en los países del occidente que son realmente libres. Los pueblos se han acostumbrado a tolerarse los unos a los otros, y la mayor facilidad de comunicaciones ha facilitado el intercambio de ideas. Una segunda razón por la ausencia de persecución puede ser la indiferencia religiosa. De todos los que profesan ser cristianos hoy en día, quizás más de la mitad lo son únicamente de nombre. Hay poca convicción religiosa en el mundo moderno. Y de ello viene una actitud de indiferencia con respecto a las ideas y convicciones de los demás. Una tercera fuente de tolerancia para los Santos de los Ultimos Días ya no constituyen un pueblo diferente, ni tratan de edificarse una nueva sociedad separada de la cultura que les rodea. En América del Norte, sobre todo, poco se puede distinguir a uno de ellos del resto de sus compatriotas, excepto en el hecho de que no fuma ni bebe, y de que va a la Iglesia con mayor regularidad.

Esta ausencia de persecución, con el sufrimiento que ahorra, puede ser muy bueno. Ciertamente, de nada serviría el atraer sobre nosotros las persecuciones sin necesidad. A veces atraemos el odio y la animosidad de los demás por nuestra propia culpa y por nuestra falta de humildad y de amor al prójimo.

Nuestra necesidad de la paciencia y la perseverancia cristianas

1. La persecución de los santos, en la actualidad, es raramente violenta o física. A menudo reviste una forma más sutil e indirecta. Cierta clase de publicidad astuta, que encontramos en los periódicos y en las revistas, tiene tendencia a corromper a la juventud y a apartarla de la verdadera vida cristiana. Un mundo lleno de prosperidad, que nos ofrece cada minuto de nuestra vida toda suerte de placeres, hace una gran competencia a la fe y al amor, que requieren esfuerzos y sacrificios. Es lo que Nefi predijo respecto a nuestra época:

> Y a otros (Satanás) pacificará y los adormecerá con seguridad carnal, de modo que dirán: Todo va bien en Sión; sí, Sión prospera, todo va bien. Y así el diablo engaña sus almas, *y los conduce astutamente al infierno.* (II Nefi 28:21)

2. Hoy, como todos los días, los hombres tienen que luchar por conocer la verdad, defenderla y predicarla. Es cada vez más necesario, al paso que nuestras instituciones gubernativas se vuelven más y más grandes, que nuestro país se va poblando más, y que nuestra administración pública se va centralizando más, que la gente ejerza sus derechos y goce de su libertad, que tenga el valor de tomar sus responsabilidades y participar inteligentemente en el trabajo que llevan a cabo estas instituciones. Cuanto menos importante parezca que se vaya convirtiendo el papel que el individuo está llamado a desempeñar, más debe luchar por mantener su importancia. Hemos

tenido que luchar para poder obtener nuestra libertad. Y tendremos que luchar para poder conservarla.

3. Tenemos ciertamente necesidad de paciencia y de perseverancia en nuestros esfuerzos por inspirar en nuestros hijos la lealtad y la fidelidad por nuestra fe. Sabemos que no podemos edificar su fe en el amor por las amenazas o el empleo de la fuerza. A veces tenemos que esperar pacientemente, con fe y esperanza en que, después de un cierto tiempo, nuestros seres queridos lleguen a apreciar el evangelio de Jesucristo tanto como nosotros. Esto tiene que ser así tanto entre marido y mujer, como entre padres e hijos, entre amigos, y vecinos y hermanos y hermanas en la fe. Es preciso tener paciencia, humildad, amor, y todavía más paciencia.

¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. (I Corintios 3:5, 6)

Mencio, famoso discípulo de Confucio, dijo que "Del hombre de Sung que intentaba hacer crecer su trigo más aprisa tirándolo por los tallos, deberíamos aprender que debemos ser pacientes en nuestro desarrollo del carácter."

En todos los aspectos de la vida, deberíamos tener bastante fe para poder conformarnos a todas las facetas del ideal cristiano. Deberíamos vivir más sencilla, más modestamente, y deberíamos buscar las cosas del espíritu de preferencia a las cosas materiales. "Lo que los hombres tienen por sublime," dijo Jesús, "delante de Dios es abominación." Y como Pablo dijo muy bien:

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. (Romanos 12:2)

¿Cuál debe ser nuestra actitud cuando sufrimos injustamente; o bien cuando sufrimos por causa de la justicia?

A menudo, cuando la gente no reciben la comprensión que desearían o que se les trata mal, se ofenden y quedan terriblemente heridos en su amor propio. Caen en la amargura y se apiadan de sí mismos, lo que es una mala costumbre, porque con ella matamos toda nuestra energía. Nunca en su vida conoció Jesús el cinismo o la acritud. Después de cada reprimenda o censura que se vió obligado a hacer, continuó su obra positiva de bondad y de amor. Sus respuestas a los fariseos y a los sumos sacerdotes en los últimos días de su vida estaban tan llenas de sagacidad como desprovistas de odio o de animosidad como lo fueron siempre desde el principio de su ministerio. Grande es, y una verdadera cristiana, la persona que puede soportar el ser ofendida injustamente y conservar la dulzura y la paz de su alma, el sentido justo de valores y conservar su alma limpia de todo mal.

Es lo que hizo el apóstol Pablo. Echado en la cárcel y cargado de cadenas despúes de haber sido azotado, entonó himnos y oró y

convirtió a su carcelero y a toda su familia. No podemos hallar rasgo de acritud o de quejas en la narración que tenemos de este suceso. Cuando, en el transcurso de su viaje a Aoma, el navío amenazaba naufragar, Pablo dijo a los marinos y a los demás que le acompañaban: "Os amonesto a que tengáis buen ánimo." (Véase Hechos 27.)

Cualesquiera que fueren las cosas que nos veamos obligados a soportar en nuestra vida, soportémoslas con humildad, amor y alegría. Es así que seremos verdaderos discípulos de Jesús. Es así únicamente que podremos "gozarnos y alegrarnos." (S. Mateo 5:12)

Capítulo 38

LOS BIENES DE ESTE MUNDO

Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. (Lucas 12:15)

En el capítulo 20, hemos hecho ciertas referencias a los bienes de este mundo en general. Hemos observado que Jesús, en su sermón del monte, puso las riquezas celestiales por encima de las riquezas terrenas:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. (Mateo 6:19-21)

Hemos visto también de qué manera hizo hincapié en el hecho de que es imposible servir al mismo tiempo a Dios y a las riquezas. Es preciso escoger lo uno o lo otro, y no los dos alternativamente, porque uno sólo de ellos tiene que constituir la base de nuestra conducta y de nuestros pensamientos.

Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. (Mateo 6:24)

En este capítulo podríamos examinar ciertos detalles de la cuestión, y preguntarnos: ¿Cuál es la actitud que Cristo espera de nosotros con referencia al aspecto económico de la vida? Esta es una cuestión de gran importancia. La mayor parte de nosotros nos sentimos atraídos por las cosas de la tierra. Son la causa de muchas comodidades, placeres, influencias y prestigio en nuestra vida. Pasamos la mayor parte de nuestro tiempo tratando de adquirir estas cosas.

Al principio, el hombre recibió el mandamiento de "crecer y multiplicarse, llenar la tierra y sojuzgarla". Y todo poder le fué dado sobre las obras del Creador, como dice muy bien el salmo número ocho:

Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar. ¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra! (Salmos 8:6-9)

Pero el hombre que va siguiendo su camino hacia la dominación total de la tierra, se encuentra con ciertos problemas. Sus problemas económicos son algo más que económicos en naturaleza. Abarcan todas las relaciones humanas. Los problemas económicos se convierten en problemas morales. Los problemas económicos del hombre afectan también su actitud con respecto a Dios, y se vuel-

ven problemas espirituales. La vida del hombre es una unidad completa. Lo que afecta a su cuerpo influye en su cuerpo. Sus problemas económicos forman parte de su vida moral; su vida moral incluye necesariamente su actividad económica.

Toda persona prudente debe, pues, conciliar sus actividades y su actitud económica con su religión. Esto tiene que ver tanto con los ricos como con los pobres, y con todas las situaciones intermedias entre los dos. La pobreza puede destruir el alma lo mismo que las riquezas. Bien claramente lo dice un antiguo proverbio:

> Dos cosas te he demandado; no me las niegues antes que muera: vanidad y palabra mentirosa parta de mí; no me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario; no sea que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová? O que siendo pobre, hurte, y blasfeme el nombre de mi Dios (Proverbios 30:7-9)

Son bien concocidas las advertencias que hizo el Señor a aquellos que ponen todas sus esperanzas en sus riquezas. Las hizo con términos enérgicos y pintorescos. Cuando hubo uno que pidió al Señor que dividiera una herencia entre él y su hermano, Jesús rehusó hacerlo y le previno contra la avidez: "porque la vida de un hombre no consiste en las cosas que posee." Y entonces Jesús les contó la parábola de aquel hombre rico que se hizo construir graneros más grandes para contener todas sus riquezas, y poder así vivir cómodamente sin preocupaciones de ninguna clase el resto de su vida. Pero una vez que hubo acabado su trabajo, "su alma le fué vuelta a pedir." "Así sucede con el que hace para sí tesoro, y no es rico en Dios." (Véase S. Lucas 12:16-21)

Al joven que había observado todos los mandamientos, Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven, sígueme." Y oyendo esto el joven se marchó muy triste, "porque tenía muchas posesiones." Esto hizo que Jesús dijera a sus discípulos:

> Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. (Mateo 19:23-24)

Jesús se compadecía de los pobres, de los cuales había muchos en Palestina. Les dijo:

> Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. . . . Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre. (Lucas 6:20-25)

Algunos se han basado en estos pasajes u otros parecidos para afirmar que Jesús propugnó un nuevo orden económico, parecido al socialismo o al comunismo. Otros han combatido, en su nombre, en contra de la propiedad privada. Es evidente que esto es una exageración. Jesucristo no decretó leyes de una manera específica, contra los negocios y asuntos económicos. Es fácil encontrar pasajes en los que alaba a los ricos y come con ellos. Una historia muy

interestante a este respecto es la de Zaqueo, el rico publicano (Véase S. Lucas 19:1-10) Jesús invito a este hombre rico a que le acompañara. Y Zaqueo le dijo:

He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.

Y Jesús le respondió:

Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

El Salvador, si de alguna manera hubiese ido en contra de la propiedad privada, tenía aquí una excelente ocasión para hablar del nuevo orden económico que habría podido propugnar. Pero no fué así.

Otra vez, mientras Jesús estaba comiendo en casa de Simón, el leproso,

Vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa. Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo; ¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres. Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmígo una buena obra. Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura. (Mateo 26:7-12)

Por lo que se desprende de estos pasajes podemos colegir, con toda probalidad, que Jesús no quería reformar la economía del mundo. Su interés principal era la religión, las relaciones del hombre con su Padre Celestial y sus semejantes. Los problemas económicos deben resolverse teniendo en cuenta sus principios morales y religiosos que son de una esencia superior. ¿Cómo podemos hacer esto? Daremos unos pocos ejemplos. Primeramente, veamos lo que algunos de los discípulos de Cristo enseñaron con respecto a los bienes de este mundo.

Las enseñanzas de Pablo en asuntos económicos

Las advertencias que Pablo hace contra el *amor del dinero,* están de acuerdo con las enseñanzas de Jesús:

Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contendamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raiz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos. (I Timoteo 6:6-12)

Pablo reconoció claramente que es necesario e importante el prestar cierta atención a los asuntos económicos:

Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo. (I Timoteo 5:8)

El que hurtaba no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos, lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. (Efesios 4:28)

Las advertencias que Santiago hizo a los ricos

Santiago es particularmente severo con los ricos que son injustos y que viven rodeados de lujos sin pensar en los pobres.

¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo y él no os hace resistencia. (Santiago 5:1-6)

Principios cristianos que deben guiarnos en la vida económica

Este es un tema vasto y complicado, y puede parecer presuntuoso el exponer las enseñanzas cristianas en la vida económica en un solo capítulo. Nuestro propósito no es nada más que el sugerir algunos principios fundamentales y el provocar el examen de estos problemas por parte del lector. Creemos que Jesús y sus discípulos nos dieron algunas reglas a seguir en la vida económica. No son, exactamente, reglas o sistemas que debemos obedecer, sino más bien enseñanzas religiosas de las que podemos sacar algunas aplicaciones prácticas y unas cuantas conclusines específicas. Los intereses económicos deben servir otros intereses superiores. ¿Cuáles son algunas de estas cosas básicas?

1. Las actividades económicas de un hombre no deben ejercerse a costa de su alma, su integridad y su salvación.

Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? (Marcos 8:36-37)

En la parábola del hombre rico que construyó graneros más grandes para poder atesorar todo lo que tenía, Jesús dijo: "Ya que la vida del hombre no consiste en la abundancia de cosas que posee." La vida de un hombre consiste sobre todo en pensamientos, en cosas interiores, más bien que en cosas exteriores. Estas son las cosas que posee verdaderamente, lo úinco que puede llevarse consigo a la tumba. Insensato es aquel que sacrifica su propia honradez y la paz de su alma para poder obtener más bienes de este mundo. Mentir, estafar, engañar, falsificar pesos y medidas, hacer imprimir una publicada embustera, que no corresponde a la realidad, ya sea en el precio o en el valor intrínseco de la mercancía, etc. . . . es vender su alma al prorrateo. Privarse de un buen

libro, de la buena música o de adorar a Dios para poder amasar más bienes terrenos, es vender su felicidad por unos pocos centavos.

2. En nuestros negocios, no debemos colocar nuestro provecho por encima del bienestar de nuestros semejantes. En la vida de un verdadero discípulo de Jesucristo, el amor al prójimo y el respeto de su valor humano y de su dignidad deben tener mayor importancia que la ganancia material. Pero esto es muy fácil el decirlo, pero más difícil de aplicar en la vida económica.

Santiago y Jesús condenan a aquellos que viven lujosamente en medio de la pobreza y las necesidades de los demás. Puesto que todos somos hijos de nuestro Padre Celestial, y por lo tanto hermanos, ¿qué derecho cristiano posee una persona a vivir en el mayor de los lujos, mientras que las dos terceras partes de la humanidad no tienen ni tan siquiera las cosas más elemenetales de la vida? Las enseñanzas del Nuevo Testamento al respecto nos recuerdan los reproches terribles que Amós hizo a las samaritanas ricas y ociosas.

Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David; beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; *y no se afligen por el quebrantamiento de José.* (Amos 6:4-6)

Si de verdad hemos nacido de agua y del Espíritu, debemos contentarnos con vivir de una manera más sencilla, menos lujosa, más sobria. Si somos ricos, debemos reconocer y asumir nuestras responsabilidades sociales con respecto a los demás hombres. En lugar de comer una cierta clase de alimentos más refinados y caros, en lugar de construir casas mayores y mas pretenciosas, en lugar de multiplicar el número de coches y de garajes, debemos emplear nuestros bienes para ayudar a los demás, no con limosnas únicamente, no tan sólo a través de la Iglesia o instituciones filantrópicas, sino empleando nuestras riquezas para ayudar a nuestros empleados, nuestros amigos, nuestros parientes a hacerse independientes económicamente.

El amor del dinero es la raíz de todos los males, comenzando por el asesinato de Abel por su hermano Caín, y acabando por la guerras que están destrozando a nuestro mundo en la época moderna, y todas las luchas sociales que existen. Necesitamos poner en práctica el cristianismo en nuestra vida económica y los valores humanos deben reemplazar, más y más, los valores económicos.

3. Finalmente, nuestra vida económica tiene que estar en armonía con nuestra lealtad hacia Dios. El primer y mayor conocimiento es el de amar *"al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas."* El dinero no debe interponerse entre nosotros y nuestro Creador. Si conservamos la integridad de nuestra alma y el amor del prójimo, contribuiremos a la edificación del reino de Dios. Podemos compartir nuestro tiempo entre

la búsqueda de los bienes materiales y los propósitos de Dios, acordándonos de que "lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación." (Véase S. Lucas 16:15). Esto significa que debemos servir a Su iglesia y a Sus hijos. Estas tres cosas deben, pues, dominar nuestra vida económica si queremos ser verdaderos discípulos del Salvador: la integridad personal, el amor de Dios y el amor del prójimo. La revelación moderna que el Señor nos ha dado está en armonía con las enseñanzas que el Nuevo Testamento da al respecto:

He aquí, así dice el Señor a su pueblo: Tenéis mucho que hacer, y mucho de que arrepentiros; porque, he aquí, vuestros pecados han llegado hasta mí, y no son perdonados, porque procuráis aconsejaros según vuestras propias maneras. Vuestros corazones no se sienten satisfechos, y no obedecéis la verdad, mas os deleitáis en la iniquidad. ¡Ay de vosotros, hombres ricos, que no queréis dar de vuestra sustancia a los pobres! Porque vuestras riquezas corromperán vuestras almas; y ésta será vuestra lamentación en el día de la visitación, juicio, e indignación: ¡La siega ha pasado, el verano ha terminado, y mi alma no se ha salvado! ¡Ay de vosotros, los pobres, y cuyos corazones no está quebrantados; cuyos espíritus no son contritos, y cuyos vientres no están satisfechos; cuyas manos no se abstienen de echarse sobre los bienes ajenos; cuyos ojos están llenos de codicia; quienes no queréis trabajar con vuestras propias manos! Pero benditos son los pobres que son puros de corazón, cuyos corazones están quebrantados y cuyos espíritus son contritos, porque verán el reino de Dios que viene en poder y gran gloria para libertarlos; porque la grosura de la tierra será suya. Porque, he aquí, el Señor vendrá y con él su galardón; y recompensará a cada hombre, y los pobres se regocijarán. Y su posteridad heredará la tierra de generación en generación, para siempre jamás. Y ahora termino de hablaros. Así sea. Amén. (Doc. y Con. 56:14-20)

Capítulo 39

"EL QUE PIERDE SU VIDA"

Poque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. (Marcos 8:35)

Jesús y Pedro se reprochan mutuamente

Un día Jesús preguntó a sus apóstoles: "¿Quién dicen los hombres que soy?" Le hicieron respuestas diferentes. Entonces Jesús les preguntó: "Y vosotros, quién decís que soy?" Y Pedro repuso: "Tú eres el Cristo." Y Jesús le recomendó que no lo dijese a nadie; y entonces predijo la manera en que sería rechazado por los hombres, su muerte y su resurrección.

Sus palabras eran más de lo que Pedro podía aceptar, ya que le parecía imposible el que Cristo, el Ungido de Dios, tuviese que padecer la muerte y no triunfase sobre sus enemigos. Por lo tanto, "Pedro, le tomó a parte, y le empezó a reprender." Señal evidente de su carácter impetuoso y del amor que sentía por Cristo. Las intenciones de Pedro eran buenas, pero aún no comprendía muy bien la misión de Cristo, ni la naturaleza de su religión. Por lo tanto, Jesús, a su vez, le reprendió, muy severamente, a juzgar por la narración del caso:

Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. (Marcos 8:33) (Léase Marcos 8:27-38 y compárese con Mateo 16:21-26)

Jesús estaba dominado por una sola idea, como ya hemos visto: hacer la voluntad de aquel que lo había enviado. Es por ello que su seguridad personal y su comodidad tenían poca importancia para él. Su misión consistía en dar su vida a fin de que todos los hombres pudiesen resucitar, y en sacrificarse para que todos pudiesen apartarse del pecado y recibieran el perdón de Dios. Su misión inmediata era la de llamar a los pecadores y arrepentirse y hacer todas las obras maravillosas que hizo para socorrer y alegrar a la humanidad doliente. El Salvador sabía cual era su tarea y el camino que debía seguir lo veía bien claro ante él, porque ". . . *el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.*" (Matea 20:28)

. . . Si alguno quiere venir en pos de mí, *niéguese a sí mismo*, y tome su cruz, y sígame. *Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá;* y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O que recompensa dará el hombre por su alma? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles. (Marcos 8:34-38)

Jesús únicamente pedía esto a sus discípulos: que se olvidasen, que se *negasen* a sí mismos e hiciesen el *sacricicio de sus vidas* para *seguirle.* No podían hacer todo lo que El podía hacer, como resucitar a los muertos y librar del pecado al mundo, por ejemplo; pero sí podían consagrarse, en cuerpo y alma, a la voluntad de Dios. Podían cesar de pensar únicamente en sí mismos y "perder su vida" por amor a Cristo y su evangelio. Para impregnar a sus apóstoles con este pensamiento, se sirvió de un lenguaje enérgico y lleno de imágines. A uno que expresó el deseo de seguirle, pero que primero le pedía permiso para poder enterrar a su padre, Jesús le respondió:

Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de Dios. (Lucas 9:60)

A otro candidato a discípulo que quería primero despedirse de sus seres queridos, le dijo:

Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios. (Lucas 9:62)

Es preciso comprender que Jesús tenía más consideración por los sentimientos humanos y los lazos familiares que estos pasajes lo dan a entender, si los tomamos aislados. Muchos otros pasajes ya citados revelan su ternura en situaciones en las que los sentimientos familiares tenían que padecer. Pero creemos que se aprovechó de estas ocasiones para exigir una lealtad suprema por parte de sus discípulos con respecto a su reino, en términos que no olvidarían y nunca.

Dijo tantas cosas que nos exhortan a perder nuestra vida material viviendo únicamente por el evangelio y el reino de Dios. En la oración del Padre Nuestro, dice así: "Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra." (S. Mateo 6:10) En otro pasaje muy conocido dice: "No podéis servir a Dios y a las riquezas," lo que es un ejemplo de una idea mucho más fundamental, que expresa en esta forma: "ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro." (S. Mateo 6:24) No es posible servir a Dios y a nuestros propios intereses egoístas, lo mismo que no es posible servir a Dios y a Mammón. Una lealtad tiene que ceder ante la otra.

Que no se nos interprete mal. El servicio de Dios es, después de todo, el servicio supremo que podamos prestarnos a nosotros mismos. "El que perdiere su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará." Esta enseñanza tiene tanta verdad en ella como cualquier otra del evangelio. Pero el hecho es que, para hallar la vida eterna, el hombre debe olvidarse a sí mismo y dedicarse en cuerpo y alma al evangelio."

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. (Mateo 6:33)

Por otro lado, nosotros que anteponemos el "yo" en nuestros pensamientos y que no recordamos a Dios y Sus propósitos, sino de una manera incidental, no hallaremos nunca la vida verdadera, como trataremos de demostrar más adelante. La religión, para Jesús, es la cosa suprema en la vida del hombre. Si no, éste no es digno del reino de los cielos.

Los discípulos predican la entera dedicación a Dios y a Cristo

En la Primera Epistola de Pedro dice lo siguiente:

Sino santificad a Dios el Señor en vuestros ccrazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros. . . (I Pedro 3:15)

Numerosas son las veces que Pablo pide a los santos que se abandonen a la voluntad del Padre:

Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, la cual es poderosa para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. (Hechos 20:32)

Cuando se nos deja a nosotros mismos, podemos cejar ante el mal. Es por ello que nos recomienda que nos convirtamos en instrumentos en las manos de Dios, para hacernos "fuertes en el Señor."

Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. (Romanos 6:13)

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: *que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente,* teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que esté viciado conforme a los deseos engañosos y renovados en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. (Efesios 4:17-24)

Por lo demás, hermanos míos, fortalecidos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. (Efesios 6:10-11)

Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. (Filipenses 4:13)

Antes bien nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabras de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra. (II Cor. 6:4-7)

La verdad de esta enseñanza del Nuevo Testamento

Un poco de introspección y de observación revelará la verdad de la frase del Señor que parece tan paradójica, y que hemos citado al comienzo de esta lección.

Un niño pequeño es egocéntrico. El mundo parece girar en torno suyo. *Yo, mío, mi,* son sus primeras palabras. Se ofende fácilmente cuando sus compañeros, sus hermanos y hermanas no toman en consideración su interés personal. Y aunque normalmente conoce muchas horas llenas de alegría y libres de toda preocupación, tiene muchas dificultades antes de poder acordar sus deseos con los demás. Aprende por fin que debe luchar por sus derechos, y al mismo tiempo ayudar a los demás.

Muchas veces, al pasar a la edad adulta, conservamos este concepto egoísta de la vida. Este sentimiento inocente del niño se transforma en envidia, en orgullo, en concupiscencia y en ambición de "ser visto y oído por los hombres." Nuestro interés primordial continua siendo nuestra propia persona.

Así pues el hombre tiene necesidad de olvidarse a sí mismo dedicándose a fondo a una causa que lo absorba y sea mayor que él. Es solamente entonces que encontrará verdadera satisfacción dando expresión a las aspiraciones más elevadas de su alma. La siguiente historia puede darnos un buen ejemplo.

En el cuento bien conocido de Hawthorne, *"La Gran Cara de Piedra",* se habla de una leyenda de un perfil humano magnífico que la naturaleza había esculpido en una roca de una colina que dominaba un hermoso valle. En aquel valle vivía Ernesto; un día la madre de Ernesto lo llevó a ver la cara de piedra y le explicó que un día iba a nacer en el valle una persona que se parecería a esta gran cara de piedra. Esto impresionó mucho a Ernesto, que se puso a admirar las cualidades de magnanimidad, de fuerza y de bondad que creía ver en los rasgos de la cara de piedra. Iba a verla a menudo y alimentaba en su corazón todas las cualidades que atribuía al pedazo de roca. Y esperaba con impaciencia el día en que vería aquel mismo perfil en un hijo del valle.

Varios grandes hombres volvieron al valle que los había visto nacer: un estadista, un comerciante muy rico, un general y un poeta. Todo el mundo los aclamó, menos Ernesto, porque no veía en ellos ninguno de los rasgos que la cara de piedra tenía. No obstante, le pareció ver una gran semejanza entre el poeta y la cara de piedra, pero el poeta rehusó merecer tal honor.

Durante años, Ernesto había tenido la costumbre de hablar a sus amigos del valle, enseñándoles los ideales que se había llegado a hacer suyos tan profundamente. Una tarde, estaba hablando todavía, en presencia del poeta, cuando la intuición de éste le hizo reconocer en la vida ya madura de Ernesto la sabiduría, la bondad y la grandeza de la cara de piedra. Y así se lo dijo a las personas reunidas, que se dieron cuenta entonces que Ernesto era la personificación de la gran cara de piedra. ¿Y por qué? Pues porque no había tratado ser grande y famoso como los demás, y al contrario había tratado de imitar la verdadera grandeza. Habiéndose olvidado a sí mismo en su ideal, se había ido elevando hasta llegar a ser como él.

El principio que Jesús enseñó de olvidarse a uno mismo a fin de encontrar el verdadero yo no puede ayudarnos tan sólo en la religión, sino que también puede hacer mucho por nosotros en todas las otras fases de la vida. Para Cristo, la vida y la religión constituyen una misma cosa, y sus principios son la base y los elementos que componen a las dos. De aquí se desprende que, como más elevado es nuestro ideal y más nos olvidemos a nosotros mismos al ir en busca de él, más podemos estar seguros de hallarnos a nosotros mismos subiendo hasta llegar a la altura de nuestro ideal.

Un día un hombre nos dió dos nueces. Provenían de un hermoso árbol. Planté una en la tierra y la otra se me quedó olvidada en el bolsillo. Hace pocos días la encontré de nuevo por casualidad. Como hacía ya cierto tiempo que estaba allí, al abrirla descubrí que se había podrido y que hasta olía un poco mal. Había estado en el interior de su cáscara demasiado tiempo. La nuez que planté en la tierra había echado raíces y empezado a crecer. La enterré y así pudo crecer y desarrollarse. Lo mismo sucede con la vida. Si únicamente la encerramos dentro de la cáscara de nuestro yo, se pudrirá; si la plantamos, la nutrimos y la dedicamos a una meta suprema, crecerá y con el tiempo dará hermosos frutos, como el nogal que saldrá de aquella nuez que planté.

Oportunidades

Muchos de nosotros conocemos el gozo que resulta del esfuerzo que hacemos al consagrar todos nuestros pensamientos y toda nuestra energía al Señor predicando su evangelio. A cuántos misioneros no habremos oído dar su testimonio del hecho de que su misión fué la parte más hermosa de su vida. Esta es una prueba patente de la verdad de las enseñanzas de Cristo, pero también la prueba de que son incapaces de vivir tan bien en su propio hogar como lo hicieron en la misión.

¿Qué es más importante? ¿El servir a Dios o mi deseo de "progresar en la vida"?

Otras preguntas:

¿Cómo puede un hombre de edad madura, cargado de responsabilidad y con una familia que mantener, olvidarse a sí mismo sirviendo a Cristo y su evangelio?

¿Como puede hacerlo una ama de casa?

¿De qué manera podemos buscar primeramente el reino de Dios y su justicia en la época actual?

Capítulo 40

LA AUTORIDAD DIVINA EN LA IGLESIA

El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor. (Mateo 20:26)

Cristo y su Iglesia

Hay personas que creen que Cristo no estableció ninguna Iglesia ni tampoco autorizó que otros la establecieran; que su mensaje debía, por sí mismo, llegar al corazón de las gentes de una manera individual. El cristianismo, según esas personas, debía continuar existiendo en el corazón de los individuos y transformar al mundo sin convertirse en una institución.

Es cierto que los evangelios se refieren muy pocas veces a la Iglesia. Sólo dos veces, y ambas en S. Mateo (Véase 18:15-17 y 16:15-18). No obstante encontramos en los evangelios varias referencias que implican la necesidad de una Iglesia. Jesús llamó, ordenó y envió a sus discípulos dándoles mandamiento de bautizar. Después de su resurrección, dijo a sus discípulos que permaneciesen en Jerusalén hasta que les enviase el Consolador. Tenían que continuar juntos en grupos. Lo primero que hicieron Pedro y los otros apóstoles, después de la ascensión de Cristo, fué reemplazar a Judas por Matías. En esta ocasión los Doce estaban todos presentes así como un cierto número de creyentes, unas ciento veinte personas. (Léase Hechos 1.) El día de Pentecostés unas tres mil almas fueron añadidas a los que creían. (Hechos 2) Todos los que poseían algo, lo vendían y traían el precio de lo vendido a los pies de los apóstoles. (Hechos 4) Se escogieron siete hombres para ocuparse de las viudas con el fin de que los apóstoles quedasen libres para poder enseñar la palabra. (Hechos 6) Según el Nuevo Testamento, la Iglesia funcionaba ya en el curso de las primeras semanas que siguieron a la resurrección del Salvador.

La Iglesia

Puesto que hablamos de iglesia, pongamos en claro lo que designamos con este término. Una iglesia no es un lugar de reunión del mismo modo que un domicilio no es una familia. La Iglesia enseña la teología y fomenta la religión, pero es algo más que todo esto. La Iglesia es un grupo de creyentes, organizados con un propósito religioso. La Iglesia de Jesucristo es un grupo organizado de creyentes en su plan de salvación, que posee la autoridad de Dios y el don del Espíritu Santo, y que ha sido organizado con el propósito de aportar la salvación de los hijos de los hombres.

A nuestro entender, Jesucristo quiso que su iglesia continuase la obra que El había comenzado. En efecto, dió llamamientos a varios hombres, les dió el poder y el encargo de predicar el evangelio al mundo y administrar las ordenanzas de este evangelio. Así lo

hicieron, y la iglesia empezó a funcionar por lo menos al principio del ministerio apostólico, si no antes. Cuando Cristo se apareció a los nefitas, después de su resurrección, estableció una iglesia. Llamó doce discípulos de entre ellos y les dió el poder de bautizar y confirmar. Introdujo la Santa Cena y encargó a sus servidores nefitas que predicaran el evangelio y establecieran la Iglesia en su nombre. (Véase III Nefi 11:18; 19; 27.) Ciertamente debío de dar instrucciones tan detalladas a sus discípulos de Palestina como a sus discípulos de América; por lo menos, es lo que lógicamente podemos suponer. El Nuevo Testamento cuenta la historia del desarrollo de la primitiva iglesia cristiana. Los que escribieron este libro estaban más interesados en la religión de Cristo que en los detalles de la organización que la formó. Y así nos vemos obligados a recoger aquí y allá nuestra información sobre la Iglesia.

Puesto que también pertenecemos a la Iglesia de Jesucristo, podemos estudiar con provecho la naturaleza de la iglesia primitiva en el transcurso del primer siglo. En este capítulo y en los tres siguientes discutiremos cuatro aspectos vitales de la Iglesia: (1) La autoridad divina; (2) su carácter laico; (3) su espíritu y su propósito; (4) la unidad de la Iglesia.

La autoridad de Cristo

En la epístola a los Hebreos encontramos lo siguiente sobre el llamado que Cristo recibió como sumo sacerdote:

> Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fué Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. (Hebreos 5:4-6)

El Salvador llevó a cabo su misión porque había sido llamado por Dios, tenía la autoridad y el poder de enseñar, de curar, de bautizar con fuego y con Espíritu Santo, y de llamar a otros confiriéndoles el poder que El poseía. No tenemos otra mención específica de su ordenación, excepto esta de Hebreos. Pero no hay duda alguna que según podemos ver por sus enseñanzas y sus acciones había recibido el poder de Dios para llevarla a cabo.

La autoridad de sus discípulos

Cristo llamó, ordenó y envió a sus apóstoles para que hicieran la misma obra que El hizo.

> Entonces llamado a sus doce discípulos, les dió autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. (Mateo 10:1)

> Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar. (Marcos 3:14)

> No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé. (Juan 15:16)

Pedro y los demás apóstoles escogieron a Matías y le dieron su parte en el ministerio y el apostolado para que reemplazara a Judas Iscariote. Oraron e impusieron las manos sobre Esteban y el resto de los siete para que éstos les ayudaran en la obra de la Iglesia. (Hechos 6:1-6) Ordenaron élderes. (Hechos 14:23) Pablo nos da testimonio de su propia ordenación. (I Timoteo 2:7) El Nuevo Testamento da testimonio del hecho de que Cristo y sus apóstoles fueron llamados por Dios, recibieron su poder y su autoridad y se sirvieron eficazmente de ella en la obra del ministerio. ¿Cómo significaba para ellos el sacerdocio?

La manera en que debemos ejercer la autoridad

La autoridad puede ser algo peligroso tanto para los que la tienen, como para los que están bajo ella. El peligro para el que tiene autoridad es que puede llegar a creerse mayor de lo que es y que, a causa de su poder, llegue a infligir daño a los que dependen de él. El peligro para el que está bajo la autoridad de otro es que pierda su libertad, y con ella, puede que su honradez y su capacidad de desarrollarse y obrar creativamente como ser humano. En nuestra época hemos visto la destrucción de vidas humanas como resultado del poder que algunos pocos tenían sobre los demás. El hombre no puede poseer mucho poder sobre sus semejantes, porque el hombre no es feliz bajo la opresión de otros.

La historia política de la humanidad es la historia de las repetidas tentativas que el hombre ha hecho por obtener su libertad. Es también la trágica, heroica y sangrienta historia de la tiranía ejercida por algunos hombres sobre sus semejantes, a pesar de los esfuerzos por instruirla. Tenemos la creencia de que aquellos que quieren ejercer su autoridad abusiva sobre los demás, no pueden hacerlo durante mucho tiempo, porque van contra la misma naturaleza del hombre y los propósitos de Dios.

La historia política de la humanidad es la historia de las repetidas tentativas que el hombre ha hecho por obtener su libertad. Es también la trágica, heroica y sangrienta historia de la tiranía ejercida por algunos hombres sobre sus semejantes, a pesar de los esfuerzos por instruirla. Tenemos la creencia de que aquellos que quieren ejercer su autoridad abusiva sobre los demás no pueden hacerlo durante mucho tiempo, porque van contra la misma naturaleza del hombre y los propósitos de Dios.

La manera en que se debería ejercer la autoridad en el reino de Dios, queda muy bien expresada en un ejemplo que Jesús dió:

> Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros sea vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. (Mateo 20:25-28) (Véase también Lucas 9:46-48 y Marcos 9:33-37)

El que quiere trabajar en la obra de Cristo debe humillarse a sí mismo, debe querer servir, y no debe, en modo alguno, tomar el honor de lo que se le ha encargado por sí mismo. Para que sus apóstoles no olvidasen nunca de esta enseñanza, Jesús "sabiendo que había llegado su hora," se puso a lavar los pies de sus discípulos, para enseñarles la humildad. (Léase Juan 13:1-16)

Entre las últimas palabras que Jesús dijo a Pedro, encontramos esta declaración maravillosa con respecto al propósito de su misión y de su autoridad:

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Si, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. (Juan 21:15-17)

Es así que Pedro aprendió lo que significa ser un verdadero discípulo del Salvador.

Los apóstoles ejercen su autoridad

Es imposible extendernos a fondo sobre este tema a causa del poco espacio de que disponemos. Mencionaremos solamente algunos ejemplos. Hubo en los comienzos de la Iglesia cierta discusión entre los hermanos para saber si los gentiles convertidos debían primero conformarse a los ritos del judaísmo, como eran la circuncisión, etc., antes de ser verdaderos cristianos. Vemos que estas cuestiones fueron resueltas de una manera pacífica, de común acuerdo, sin que nadie se vanagloriara de su autoridad, con un verdadero espíritu cristiano (Hechos 15), aunque este problema tuvo que volver a ser discutido tiempo después. (Gálatas 2)

Pablo dió muestras de una gran humildad, demostrando que su interés por la obra evangelizadora era mayor que sus propias ambiciones personales. Hablando de todos los que habían visto a Cristo resucitado, se mencionó el último, diciendo:

Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Porque o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído. (I Corintios 15:9-11)

En las epístolas pastorales Pablo aconseja un ministerio y una vida completamente de acuerdo con el ideal de Cristo:

Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Combate los buenos combates de le fe, asegúrate, la vida eterna, para la cual fuiste llamado y de la cual hiciste solemne profesión delante de muchos testigos. (I Timoteo 6:11-12)

Lo que los Santos de los Ultimos Días enseñan concerniente a la autoridad

Hoy, como en la iglesia primitiva, poseemos autoridad divina, recibida mediante la imposición de manos de aquellos que la han recibido de Cristo. Creemos que el sacerdocio es algo real y objetivo, que nos ha sido confiado por el Padre. Es el poder y la autoridad indispensables para continuar y llevar a cabo la obra del Señor. En la época moderna la manera en que se debería ejercer el sacerdocio ha recibido nuevo énfasis. En 1839 José Smith y otros fueron encerrados durante largo tiempo en la cárcel de Líberty. Los santos habían sido maltratados y expulsados de Misurí. El Profeta oró a Dios suplicándole que se acordara de su pueblo y les vengara de sus enemigos. En respuesta, el Señor reveló la declaración más hermosa y más clara que podamos encontrar en las escrituras sobre lo que es el sacerdocio. Está enteramente de acuerdo con las ideas de Cristo, ya que fué El mismo que la inspiró. (Léase Doctrinas y Convenios 121:34-46)

En la Iglesia de los Ultimos Días casi todos los hombres poseen el sacerdocio. Muchos hombres y mujeres ocupan posiciones de autoridad y de directiva en la Iglesia. ¿Qué debemos tener presente cuando ejercemos nuestra autoridad en la Iglesia, para que podamos obrar siempre de acuerdo con las enseñanzas de Cristo?

1. La eficacia de la autoridad divina de una persona depende de la manera en que esta persona ejerce la autoridad. Esto sucede con todos los dones de Dios. Es imposible curar a nadie sin fe. Es imposible recibir inspiraciones sin tener humildad; y no se puede perdonar a nadie sin arrepentimiento. De dos misioneros u oficiales en la Iglesia, ordenados por la misma persona, habiendo recibido la misma autoridad, uno puede hacer un trabajo excelente a causa de su aplicación, su humildad y su amor, y el otro puede causar mucho daño a la rama en la que trabaja si no se dedica enteramente, y si sus acciones no corresponden con sus palabras.

El sacerdocio es de Dios, y en este sentido es mayor que la persona que lo posee. Por otro lado, son hombres los que lo poseen y no puede ejercerse eficazmente si éstos no están en armonía con el Espíritu de Dios y del Salvador. Necesitamos el poder de Dios para hacer que la Iglesia funcione como es debido. Y Dios por su parte tiene necesidad de hombres dignos que posean su autoridad y lleven a cabo la obra de salvación de los hombres.

2. Cada llamamiento en la Iglesia es un llamamiento de amor. El sacerdocio no es un honor que se confiere a un hombre. Ciertamente le honra, pero no es con este propósito que se le confiere. Poseemos el sacerdocio simplemente para hacer que nuestros semejantes reciban la salvación y las bendiciones de Dios.

No hay cabida para el orgullo o la ambición en la Iglesia de Cristo. Es verdad que un cierto orden debe existir, y que debe haber un reparto de la autoridad, lo que implica ciertas prerrogativas para determinados oficios. Pero ningún oficial de la Iglesia debe creerse

mayor que otro o que no importa cualquier miembro de la Iglesia. No se debe pedir en oración, como muchos hacen, que el Señor bendiga "a todos los miembros de la Iglesia desde el mayor hasta el menor," porque todos los miembros de la Iglesia son igualmente importantes en las funciones que desempeñan. Todos somos hermanos y hermanas, y servimos al mismo Señor, y es el servicio que hacemos y no la autoridad que poseemos lo que cuenta.

He quí, muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. ¿Y por qué no son escogidos? Porque tienen sus corazones de tal manera fijos en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres, que no aprenden esta lección única: Que los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de justicia. Cierto es que se nos confieren; pero cuando tratamos de cubrir muestros pecados, o de gratificar nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o de ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, ¡se acabó el sacerdocio o autoridad de aquel hombre! (Doc. y Con. 121:34-37)

3. El sacerdocio (o cualquier otra posición en la Iglesia) debe ejercerse en armonía con el Espíritu de Cristo.

Y fe, esperanza, caridad y amor, con un deseo sincero de glorificar a Dios, lo califican para la obra. Tened presente la fe, la virtud, el conocimiento, templanza, paciencia, bondad fraternal, santidad, caridad, humildad, diligencia. (Doc. y Con. 4:5, 6. Léase toda la Sección 4 y toda la Sección 6).

Capítulo 41

UNA IGLESIA LAICA

Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. (Hechos 6:3)

Según el Nuevo Testamento, la Iglesia primitiva de Cristo era una iglesia laica. No tenía ministerio profesional. No había distinción entre miembros y directores, entre el oyente y el predicador. Los directores de aquella primera iglesia no fueron escogidos porque tenían preparación profesional. Eran gente común: pescadores, un cobrador de impuestos, un comerciante. Los apóstoles, llamados de esta manera, escogieron otros que igualmente estaban sin preparación profesional para servir en la causa.

Vamos a examinar detenidamente el carácter laico de la iglesia primitiva. Entonces la compararemos con la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Quizá nos resultará benéfica esta comparación.

Jesucristo no era ministro profesional

Un día de sábado Jesús entró en una sinagoga en su propio país y comenzó a enseñar en la sinagoga:

. . . y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De donde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es este el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. (Marcos 6:2, 3)

Mas a la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se maravillaban los judíos, diciendo: *¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?* (Juan 7:15)

Jesús no entraba en la categoría de rabinos y escribas profesionales. Para ellos y la gente era un rabino laico. Esto perturbaba a los profesionales y asombraba al pueblo.

Los Doce y otros también eran ministros laicos

Jesús vivió en una época en que los escribas y los rabinos profesionales gozaban de algún prestigio en Israel. El estudio de la ley llegó a ser una empresa muy popular. El laico sincero dependía en gran manera en que los escribas lo orientaran. Algunos de estos eran hombres de gran devoción y mucho entendimiento.

Debe haber sido causa de asombro para Pedro, Andrés, Santiago y Juan el que Jesús les haya dicho a ellos, más bien que a algunos de los escribas: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres." No obstante, lo siguieron. Hasta donde se sabe Pablo fué la única excepción entre los apóstoles, ya que él entró en el

ministerio con extensa preparación. Esta preparación le sirvió de mucho. Sin embargo, no fué por esta razón por lo único que fué llamado; y bajo la influencia de la orientación divina, como apóstol de Jesucristo, abandonó muchas de sus ideas tradicionales, al paso que crecía la iglesia cristiana eran llamados otros convertidos laicos para ayudar en la obra.

Lo que se requería para ser un director laico

Los directores de la iglesia primitiva no tenían preparación académica ni profesional. Sin embargo esto no quiere decir que no estaban capacitados. Para poder ser efectivo, el servicio en la iglesia de Cristo exigía habilidad, preparación y recursos, aparte de directores. Consideremos algunas de las calificaciones que se mencionan en el Nuevo Testamento. Veremos qué clase de hombres fueron escogidos para servir en la iglesia.

1. **En ningún sentido eran perfectos.** Cometían errores. Santiago y Juan buscaban posición y gloria, y los otros estaban interesados en sus propios deseos. Jesús dijo a Pedro: "Quítate de delante de mí, Satanás." (S. Mateo 16:23) Y también: "En esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces me negarás tres veces." (S. Marcos 14:30) Jesús también dijo a sus discípulos: "Hombres de poca fe." Judas le resultó traidor. Sin embargo, Jesús escogió a estos mismos hombres por lo que eran, y también por lo que, bajo su influencia, y más tarde la influencia del Consolador, podrían llegar a ser.

2. **Eran hombres de convicción y lealtad.** Pedro era impetuoso, pero su impetuosidad procedía de su amor por el Salvador y por su deseo de servir. Fué Pedro quién se dirigió a Jesús andando sobre las aguas, quien corrió al sepulcro para convencerse de la resurrección y fué el mismo que predicó al Cristo tan intrépidamente el día de Pentecostés, y desde ese día en adelante, Pedro proclamó la dividinad del Salvador, diciendo: "Tú eres el Cristo." (S. Mateo 16)

Igualmente valiente e inmutable en su devoción a Cristo fué el apóstol Pablo. Después de su conversión, ninguna dificultad o peligro le impidió llevar a cabo su obra. Con el mismo gozo dió su vida por el Maestro. Leamos la despedida de Pablo de los santos en Efeso, que se halla en el capítulo 20 de los Hechos, de la cual citamos lo siguiente:

> Cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Y ahora,

he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. (Hechos 20:18-25

3. Las virtudes cristianas y el fruto del Espíritu eran requisitos esenciales para la obra del ministerio. Pablo explica las cualidades de carácter que debe tener el obispo:

Porque es necesario que el obispo sea irreprensible, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen. (Tito 1:7-9)

Estos versículos también revelan el conocimiento práctico de Pablo, su sentido común y la necesidad de estas virtudes en el carácter del obispo.

4. Hombres "llenos del Espíritu Santo". Es interesante el lenguaje con que se expresa San Lucas, al describir el llamamiento de los siete hombres que iban a ayudar a los Doce. "Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones, *de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría . . .*" (Hechos 6:3) La razón principal porque se escogió a estos hombres fué para que atendiesen a las viudas de la Iglesia y "sirvieren a las mesas." Sin embargo aun para este llamamiento "humilde", se requería que tuviesen fe, integridad y sabiduría, y que fuesen llenos del Espíritu Santo. Se efectuó esta selección con cuidado y conforme a los ideales y propósitos cristianos. En una palabra, los director es de la iglesia cristiana de aquella época eran hombres laicos, humanos ciertamente, pero inspirados de Dios, hombres que se habían convertido, que eran leales y que iban aumentando en virtudes cristianas.

Una iglesia laica en una edad profesional

La Iglesia de los Santos de los Ultimos Días está constituída según el modelo de la iglesia primitiva. Es también una iglesia laica. Sin embargo, se distingue de la iglesia primitiva en el hecho de que ahora estamos obrando en una edad profesional. Vivimos en una época de profesores, médicos, obreros sociales, directores de recreo, directores culturales, ministros—y todos han recibidio extensa preparación para su respectiva profesión. Para algunos jóvenes, y aun adultos, el programa de la Iglesia parece ser preparado por profesionales. Hay ocasiones en que los grupos profesionales, ya directa, ya indirectamente, ayudan a proyectar el programa de la Iglesia. Esto sucede principalmente en las actividades educativas y culturales. Por otra parte las formas de recreo profesionales y comerciales buscan el interés de la gente, y a veces los desvían de actividades más beneficas y religiosas.

Siempre se están haciendo comparaciones entre el programa de la Iglesia y otros programas. El mismo joven que asiste a una clase de la Escuela Dominical el domingo recibe instrucción de uno que

es maestro por profesión durante la semana. El mismo joven que oye los predicadores durante el servicio sacramental recibe las enseñanzas de profesores en la universidad. La misma señorita que asiste a un drama presentado por la Mutual también va al cine. La misma mujer que asiste a la Iglesia de los Santos de los Ultimos Días es la que visita la iglesia de una amiga suya que no es de su fe. A menos que los directores de nuestra iglesia puedan ser comparados favorablemente con directores profesionales y laicos en otras partes, la gente perderá el interés en la obra de la Iglesia. Esto se ve mayormente en la juventud.

Una de las fuerzas mayores de la Iglesia de los Santos de los Ultimos Días consiste en su naturaleza laica. Nos complace. Nos da mayor amistad, hermandad, democracia; trae el desarrollo a muchos por medio de la participación, así como por compartir del conocimiento e intereses de muchos. Debería activar la participación sincera en la obra de la Iglesia ya que es voluntaria y sin paga.

También hay debilidades en la Iglesia por motivo de su naturaleza laica

Examinemos estas limitaciones de una manera práctica y honrada. Así podremos conservarnos humildes, y cada cual hará su parte para eliminarlas o disminuirlas. En primer lugar, se trata de una obra voluntaria y mucha de la obra voluntaria se lleva a cabo a ratos perdidos. Esto significa que después de haber ganado su subsistencia durante el día, o bien haberse cuidado de su familia, los miembros toman parte en el trabajo de la de la Iglesia.

Los servicios que se prestan en una iglesia laica no son profesionales. Sucede a menudo que se pide a una persona que enseñe una clase, cuando esta persona no ha tenido nunca experiencia en la educación, o no comprende de manera adecuada la naturaleza humana, o incluso desconoce absolutamente el tema que se le hace enseñar. Estos son obstáculos bastante grandes, ya que la naturaleza humana es lo que es, y las leyes de saber son lo que son. El evangelio es algo que debemos conocer profundamente y comprenderlo bien. Lo que ocurre con los maestros ocurre también con los demás oficios o posiciones de la Iglesia. Se pide a personas de experiencia limitada que dirijan las actividades culturales y creativas de la juventud, etc. Ciertos hombres con más buena voluntad que información, reciben el llamamiento para trazar los planes de los programas de sacerdocio y de las demás organizaciones auxiliares, y a encargarse de la ejecución de estos programas.

En ninguna otra parte, en nuestra época, excepto en la Iglesia toleraríamos empleados que no conociesen bien su trabajo. ¿Haría usted que ún campesino inexperto le pusiera medias suelas? ¿Haría usted que un chófer de taxi reparara su radio? No obstante, en nuestra Iglesia, vamos al obispo o al presidente de la rama o del distrito y le pedimos consejos, sabiendo perfectamente que no ha recibido una educación especial para ello. Confiamos nuestros hijos a personas que tienen conocimiento como nosotros, con la esperanza

que ellos lograrán desarrollar su carácter y su espiritualidad. Los resultados que esperamos no aparecen muchas veces. Pero es imposible que alguien inculque moralidad y espiritualidad en otro, si antes no la posee él mismo.

Cómo aprovecharse plenamente de la naturaleza laica de la Iglesia

La Iglesia primitiva de Cristo progresó durante cierto tiempo. Fué dinámica y fértil bajo la orientación de directores laicos, al igual que, bajo parecidas condiciones, la Iglesia de los Santos de los Ultimos Días ha crecido y llevado a cabo grandes cosas. Nadie negará que su naturaleza laica ha contribuído grandemente a su éxito. Pero la época de gran especialización y de expertos en la que vivimos produce una competencia que la Iglesia de Cristo no conoció nunca. Es también un hecho que no podemos negar. Pero esta competencia quizá sea de beneficio para nosotros. Nos obliga a analizar nuestros problemas y examinarnos a nosotros mismos. Pero necesitamos toda la ayuda que podamos obtener. De este examen de la naturaleza laica de la Iglesia de Cristo podemos sacar ciertas indicaciones que nos guiarán en nuestro servicio en la Iglesia.

1. **Necesitamos la inspiración del Espíritu Santo y el Espíritu de Cristo.** El Consolador puede iluminar nuestra mente y darnos sabiduría en nuestros estudios, dar convicción a nuestro trabajo y ayudarnos a tocar el corazón de aquellos a quienes enseñamos. Si gozamos de su influencia, puede suplir nuestra falta de instrucción e información, ayudándonos a obtener estas cosas al mismo tiempo que desempeñamos nuestra tarea. Pero el encontrarse sin información y sin inspiración, es una tragedia para todos aquellos que se encuentran en el caso, el maestro y el estudiante, el predicador y el oyente.

2. **Tenemos necesidad de una convicción fuerte.** Esta convicción proviene del don del Espíritu Santo, de la práctica de los principios del evangelio en nuestra vida cotidiana, y de las buenas obras que llevamos a cabo en la Iglesia. La convicción nos ayudará a vencer la inercia, esta actitud perezosa que muchos sentimos con respecto al trabajo voluntario. Engendrará el interés y el entusiasmo, ambas cosas grandemente contagiosas. Meditemos lo que Jesús dijo a Pedro:

> Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. (Lucas 22:31,32)

3. **Tenemos necesidad de servir conforme a los principios del evangelio de Cristo.** Nos referimos ya a este tema en el capítulo precedente. Las personas necesitan amor, fe y confianza y se sienten atraídas hacia aquellos que les aman. La humildad, el altruismo, la amabilidad, la bondad, el amor, todas éstas son virtudes que nos ayudan a influir en nuestros semejantes, conduciéndolos más cerca

de nuestro Creador. Pocas personas pueden resistir el amor. Pocas personas puede resistir a aquellos que los tratan con interés. Sin estas virtudes no somos nada en la obra del Señor. Con ellas, podemos estar seguros del éxito.

4. Necesitamos aumentar nuestra tolerancia y nuestra fidelidad. En la actualidad como en la época de Pedro y de Judas, ni los hombres ni las mujeres son perfectos. Nadie es infalible en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Como un filósofo ha dicho muy acertadamente: "Hay muchos elementos humanos en la naturaleza humana." La perfección es algo divino. Para los hombres, sigue siendo un ideal, una meta muy lejana a la que es difícil llegar. Aceptémonos a nosotros mismos y a nuestros semejantes tal como somos: Seres humanos imperfectos. Al igual que Cristo, confiemos en los demás. Veamos sus errores y sus flaquezas, pero confiemos en ellos, démosle nuestra lealtad y prodiguémosle nuestras palabras de ánimo, e incluso nuestras críticas cuando sea necesario. Evitemos sobre todo el censurarles con malevolencia, o a espaldas de ellos, ya que nada puede hacer más mal a la Iglesia que la murmuración.

5. Necesitamos aceptar el trabajo en la Iglesia sabiendo exactamente la responsabilidad que tomamos. Tomamos parte en la obra del Señor. Nada hay más importante o más vital. Disciplinémonos a fin de poder llevar a cabo nuestra tarea, ser puntuales, procurando siempre realizar un trabajo bien hecho; esforcémonos en estudiar, observar, mejorarnos, aumentar nuestros talentos y conocimientos; por aceptar la crítica positiva cuando nos llegue.

Pertenecemos a la Iglesia de Jesucristo. Sin El no podemos hacer nada, y esto depende igualmente de nosotros. La Iglesia le pertenece y, teóricamente, es maravillosa. Pero en la práctica nunca podrá ser mejor que los miembros que la componen. Son los miembros que asisten a una reunión sacramental, que le dan el espíritu de reverencia que reina en ella. Una clase se mide por lo que realizan los maestros y alumnos que componen dicha clase. Grandes son las responsabilidades y las ocasiones que cada Santo de los Ultimos Días posee, por pertenecer a una iglesia laica, que es también la Iglesia de Jesucristo.

Capítulo 42

EL PROPOSITO DE LA IGLESIA DE CRISTO

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros profetas; a otros, evangelistas; a otros pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. (Efesios 4:11-13)

Propósito significa objeto o meta, y es lo que da significado a todas las cosas que hacemos. La vida misma tiene significado para nosotros hasta el grado que es útil. Cuánto mejor nuestro propósito, más abundante es nuestra vida. Es esencial a nuestra felicidad hallar cierto propósito para nuestra vida y entonces seguirlo.

Igual que los individuos, las organizaciones deben algún propósito. Sus fines es lo que da orientación e impulso a sus actividades. Ninguna organización es mejor que sus propósitos. Es importante que todo grupo organizado escoja su meta y oriente sus fuerzas a fin de realizarla. En este sentido, la Iglesia es como una fábrica. En este capítulo examinaremos el propósito de la Iglesia de Cristo, cual lo indica el Nuevo Testamento.

El propósito de Cristo

En los evangelios se expresan de varias maneras los fines del Salvador, cada cual adaptado a cierta ocasión y situación particulares. Vino para hacer "la voluntad del que me envió." Vino para redimir a los hombres de la tumba y del pecado, así como para "dar testimonio de la verdad." Todas estas cosas se combinan para formar un gran propósito:

. . . Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia. (Juan 10:10)

Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido. (Juan 15:11)

Claramente se destaca en los evangelios que el propósito de Cristo era efectuar un algo en las vidas de los hijos de los hombres. Para El la religión no era especulación teológica, ni tampoco formas y ceremonias, ni la organización de una iglesia; más bien era transformar la vida humana a imagen de aquel que la creó."

Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. (Mateo 5:48)

Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. (Lucas 6:36)

Todo lo que la religión encierra: teología, organización; autoridad, oración, adoración, y moralidad, no son sino instrumentos para llevar a cabo el propósito del Señor respecto de la vida humana.

La misión entera de Cristo se trazó y se realizó con el objeto de salvar al hombre de la muerte, la ignorancia y el pecado, y llevarlo de nuevo a la presencia de Dios, como ser inmortal, libre del pecado, aumentando en el conocimiento viviente de las verdades de Dios.

Las escrituras de los Santos de los Ultimos Días reiteran este punto que el Nuevo Testamento hace destacar:

Adán cayó para que los hombres existiesen; y existen los hombres para que tengan gozo. (II Nefi 2:25)

Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre. (Moisés 1:39)

La palabra *eterno* tiene dos significados en las Escrituras. A veces se emplea con un significado de cantidad, para indicar el tiempo: por ejemplo, "sin principio de días ni fin de años." Con más frecuencia se usa con un significado de cualidad, para dar a entender una condición semejante a Dios (Doctrinas y Convenios 29 y S. Juan 17:3), y comprende aún "vidas eternas." (Doctrinas y Convenios 132:24) En el pasaje que se ha citado del libro de Moisés, parece que "vida eterna" tiene este significado de cualidad. Cristo vino para salvar almas, para dar la exaltación al hombre, para ayudar a todos aquellos que deseaban ser ayudados, a fin de que pudieran realizar todas sus posibilidades como hijos de Dios. Los apóstoles de Cristo hicieron hincapié en este mismo objeto esencial de la religión. La doctrina, la organización, la política de la Iglesia—estas cosas fueron de importancia secundaria en sus escritos. Ellos estaban interesados en la vida: estaban tratando de salvar las almas de los hombres. Cristo vivió y murió por los hombres. La Iglesia se estableció para perfeccionar al hombre en Cristo (Véase cualquiera de las epístolas para ver si no es esto su objeto principal.) Para Pablo, la salvación tenía una realidad y significado inmediatos. Cristo tenía como objeto convertirnos en nuevas criaturas en el acto; la salvación de la tumba y el perdón de los pecados seguirían.

Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados . Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. (Efesios 5:1, 2)

Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. (I Tesalonicenses 3:12, 13)

Y el mismo Jesucristo Señor nuestro . . . conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra. (II Tesalonicenses 2: 16, 17)

De la cual fuí hecho ministro, según la administración de Dios que me fué dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí. (Colosenses 1:25-29)

Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; *arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.* Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plentitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. (Colosenses 2:6-12)

El propósito de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

En su epístola a los Efesios, capítulo 4, versículos 11 a 13, Pablo divide en dos la misión de la Iglesia: "la obra del ministerio" y la perfección de los santos "hasta que todos lleguemos a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo." Desde el principio la iglesia restaurada de Cristo ha considerado igualmente que su misión encierra dos propósitos: (1) llevar el evangelio de Jesucristo a todo el mundo, a los vivos y aun a los muertos, y (2) ayudar a aquellos que lo reciben a enten derlo y vivir de acuerdo con sus enseñanzas. El primer objeto, aun cuando es sumamente importante, es instrumento del segundo. Todo nuestro objeto es traer a los hombres a Cristo para que por medio de la fe en El y en sus enseñanzas puedan tener la vida abundante y gozosa aquí en esta existencia así como en del reino de los cielos por todas las eternidades. Esta afirmación es bien conocida al Santo de los Ultimos Días. Pero el estudio del Nuevo Testamento nos hace ver la necesidad de subrayar de nuevo este punto.

La Iglesia de Jesucristo es el medio que conduce a un objeto. El propósito de la Iglesia es el mismo que el propósito del evangelio de Cristo. El propósito del evangelio es el mismo que el de la vida. Por tanto, todo lo que hacemos en la Iglesia debe ser util a la vida, debe directa o indirectamente ayudar a los hombres a vivir, como Cristo quiere que vivan.

Las ordenanzas de la Iglesia, en y de si mismas, no nos traen la salvación. Un hombre podrá ser bautizado, confirmado, podrá recibir el sacerdocio, ser casado en el templo, y sin embargo, jamás ver el reino celestial. Más cuando su bautismo es un testimonio de su fe en Cristo y de su arrepentimiento; cuando recibe el don del Espíritu Santo con mansedumbre y humildad de corazón; cuando la virtud engalana sus pensamientos incesantemente y cuando participa del matrimonio en el templo con toda sinceridad y dignidad, entonces estas ordenanzas ayudan al individuo a encontrar el gozo en esta vida y lograr el reino celestial en la venidera.

El Plan de Beneficencia o Bienestar en igual manera debe medirse en términos humanos. Podremos sembrar y recoger toda clase de productos y distribuirlos extensamente, y aun así dejar de contribuir materialmente al propósito de la vida. Lo que impulsó este plan en el principio fué considerado en términos de virtudes

espirituales: la industria, la integridad, el amor y la misericordia. Por estas cosas se podrá juzgar el valor de todo el programa. ¿Están aumentando la libertad, misericordia, amor y buena voluntad en el corazón de aquellos que dan y en el de los que reciben mediante este programa?

Cada vez que se enseña una clase, se celebra una reunión o se lleva a cabo una actividad de la Iglesia, su propósito se debe juzgar en términos de lo que se beneficia la gente, en términos de su desarrollo en la fe, entendimiento y vida cristianos. El éxito de toda actividad de la Iglesia debe, en igual manera, medirse en estos mismos términos. El objeto de la reunión sacramental es inculcar la fe en Cristo y dar ánimo e inspiración el uno al otro para que seamos Sus discípulos. El propósito de toda clase de estudio debe ser el traer el entendimiento e inspiración a sus miembros por medio de algún principio vital del evangelio o de la vida. El propósito del basketbol en la Asociación de Mejoramiento Mutuo es inculcar el juego limpio, la consideración, la hermandad y una vida pura en las vidas de los jóvenes. Esto es mucho más importante que ganar el campeonato de la rama, de la misión o aun de toda la Iglesia.

Aquellos que idean y preparan el programa y actividades de las organizaciones de la Iglesia (las autoridades generales y mesas directivas) están pensando en la salvación de la gente al hacer estos preparativos. Sin embargo, para cuando sus instrucciones se lleven a cabo en las ramas, las misiones y las estacas, el programa, en lugar de ser el medio, se convierte en el objeto. Y esto sucede cada vez que se olvida el objeto principal de la obra de la Iglesia. A veces se da más importancia al *porcentaje* de visitas de los maestros visitantes que a lo *que se enseña* o al espíritu de su obra.

Hemos sabido de la presidenta de una Sociedad de Socorro que tenía dos maneras de medir la eficacia de su organización. La primera era en términos del programa: el porcentaje de visitas hechas por las maestras, número de visitas a los enfermos en el hospital, número de artículos hechos para ayuda de los pobres, porcentaje de asistencia, etc., etc. La segunda era en términos de la gente. Cuando se reunía con sus otros oficiales siempre tenía delante de ella una lista con preguntas como las siguientes: ¿Cuántas viudas hay en la rama? ¿Quiénes son? ¿Qué necesitan? ¿Cuántos inválidos y enfermos hay? ¿Qué necesitan?

Esta presidenta también hizo un estudio de las familias de la rama y las clasificó de acuerdo con el número y edad de niños en cada familia. En las reuniones con sus consejeras y maestras y con la presidencia de la rama podía hablar acerca del programa de la Iglesia sabiendo la condición de la gente de esa rama. Las mujeres que tenían niños pequeños recibían su consejo y ayuda. A las mujeres de mayor edad les era dada la oportunidad para servir. Las viudas recibían compañerismo y ánimo de esta buena mujer cuya obra representaba para ella el llevar el evangelio a las vidas de la gente.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días tiene otro propósito aparte de la predicación del evangelio en todo el mundo y la perfección de los santos. En cierto sentido, este tercer propósito forma parte del primero; en otro sentido es diferente. Nuestra Iglesia es la Iglesia de Cristo sobre la tierra. Nosotros la representamos. Nosotros, como la Iglesia (y esto también significa como gente), debemos ejemplificar y adelantar los principios e ideales que El enseñó por precepto y por ejemplo. Como gente, por motivo de nuestra fe en El, debemos enseñar al mundo, por nuestra manera de vivir, el significado de la humildad, la honradez, la mansedumbre, la misericordia, la paz, el valor moral, la pureza, el amor, la industria y la libertad.

En el nombre del Salvador, la Iglesia no sólo tiene la obligación de vivir de acuerdo con estos ideales, sino hacer cuanto esté de su parte que las otras instituciones de los hombres (sean negocios, gobierno, la familia, escuelas, clubs u organizaciones fraternales) honren los grandes ideales que enseñaron Jesucristo y los profetas, a fin de que los seres humanos sobre toda la tierra realicen más completamente la medida de su creación.

Capítulo 43

LA UNIDAD EN LA IGLESIA

Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. (Romanos 12:18)

Cristo pidió la unidad

El nacimiento de Cristo fué anunciado con estas bellas palabras: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad." (S. Lucas 2:14) Sin embargo en sus propias relaciones con los hombres durante su ministerio, fué poca la paz que tuvo. No entendieron su mensaje de amor. Fué una persona odiada y amada por sus contemporáneos. Sus ideas chocaron con las ideas y conceptos de las clases importantes sociales, porque las amenazaba. Por último lo mataron.

Cristo no había traído la paz y la buena voluntad entre los hombres en general. Quedaba un recurso más. Algunos creían en El. ¿Podrían ser uno en amor y así continuar su obra entre todos los hombres? Este era el gran deseo del Maestro, y lo que pidió en su oración. Poco antes de su crucifixión, oró a su Padre:

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son. . . . Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. . . . Para que todos sean uno; así como nosotros. . . . Para que todos sean uno; como tú, oh Padre en mí, y yo en ti, que también ellos sea uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. (Juan 1:9, 11, 21-23)

En esta misma hora avanzada de su ministerio, Jesús dijo a los Doce:

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros. (Juan 13:34-35)

Pablo exhorta a la unidad

Tras la resurrección de Cristo, con la palpable influencia del Espíritu Santo en Pedro y sus compañeros y el entusiasmo que siempre se halla presente al iniciarse un nuevo y grande movimiento, la Iglesia de Jesucristo empezó su historia con grande unidad. "La multitud de los que habían creído eran de un corazón y un alma." (Hechos 4:32) Su unidad se extendía aun a los asuntos económicos. "Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran esfuerzo; y gran gracia era en todos ellos." (Hechos 4:33)

Las epístolas de Pablo y otras nos hacen saber que esta unidad de la Iglesia ni duró mucho ni la hubo en todas partes. Aparte de la controversia judío—gentílica que se describe en el capítulo 15 de los Hechos y el 2 de los Gálatas, surgieron dificultades dentro de las varias ramas de la Iglesia. Muchos de los escritos de Pablo recomiendan la unidad, la conformidad y una vida pacífica entre los santos. Para cuando escribió su epístola a los Romanos vemos que su amonestación va templada con alguna tendencia hacia la realidad. "Si se puede hacer, cuando está en vosotros, tened paz con todos los hombres." (Romanos 12:18) En Efesios encontramos un vigoroso consejo a favor de la unidad.

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guadar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. Y el mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificacíon del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estrategema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. (Efesios 4:1-6; 11-14)

A los Gálatas Pablo escribió:

Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. (Gálatas 3:26-28)

La unidad en la Iglesia hoy día

Con razón los miembros de la Iglesia en Efeso, Corinto y Galacia tuvieron contiendas. Habiendo sido convertidos del mundo gentil, con poca o ninguna experiencia en cuanto a la democracia, eran reunidos en un redil, que se consideraba aparte de los no creyentes. La historia del cristianismo y toda otra importante fe religiosa, es en parte una historia de divisiones, de reformas, y contra reformas. El mundo cristiano no está unido; el judaísmo no está unido. Ninguna religión del mundo ha permanecido unida.

Dentro de nuestra propia fe de los Santos de los Ultimos Días, tampoco somos uno como deberíamos de ser. Desde el principio el profeta José tuvo enemigos, tanto dentro como fuera del redil. Cuando murió, no todos permanecieron fieles. Nacieron varias sectas de la restauración. Actualmente hay mucha unidad en la Iglesia, pero aun permanecen partidos que se han separado de la Iglesia, aun en años recientes. Y dentro de la Iglesia a veces nos ponemos a hablar mal del prójimo. El ideal que Jesús pidió en su oración no se ha realizado. A nosotros, sus discípulos, nos falta mucho para realizar la unidad que quiso que lográsemos.

Examinemos algunas de las escrituras del Nuevo Testamento para ver si podemos hallar conocimiento y orientación en este asunto. Tal vez podremos aprender algunos principios que nos ayudarán a aumentar nuestra unidad.

1. La unidad no significa uniformidad. Permite diferencias individuales y diversidad de funcionamiento y talento. Pablo explica que hay "repartimiento de dones; mas el mismo espíritu es." (I Corintios 12:4) Con mucho detalle Pablo compara la Iglesia y el cuerpo humano:

> Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dió a beber de un mismo Espíritu. Además el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? (I Corintios 12:12-15)

De esta manera nos ilustra cómo dependemos unos de los otros y la importancia de nuestros distintos dones y talentos, oficios y llamamientos.

Es inconcebible que seamos iguales en cada uno hay un crecimiento particular, aun entre los miembros de la misma familia; cada cual tiene su libre albedrío y la necesidad de desarrollarlo y expresarlo; cada uno de nosotros necesita expresión propia original.

Ningún hombre puede decir que es un ser humano e hijo de un Padre Celestial Creador, y a la vez satisfacer su alma consintiendo en todo como un sello de goma.

La diversidad de talento da más abundancia a la vida. La diversidad de pensamiento estimula la mente. Hay prudencia en el consejo: "Cuando faltaren las industrias, caerá el pueblo: mas en la multitud de consejeros hay salud." (Proverbios 11:14) Una de las provisiones más sabias que se ha dispuesto en el gobierno de la Iglesia Restaurada es la práctica de darle dos consejeros a cada director, sea de un quórum, de una organización o subdivisión de la organización de la Iglesia. ¿Y qué valor tendría el consejo si todo fuera de la misma clase? Necesitamos hombres y mujeres de diferente cultura, educación y capacidad para que trabajen a favor de una causa común dentro y fuera de la Iglesia.

La diversidad en la unidad se puede ilustrar de una analogía. ¿Qué es más hermoso, o qué se adapta mejor a los talentos de un grupo de hombres: que todos canten la misma parte o que el coro cante a cuatro voces? Pensemos en la orquesta sinfónica cuando toca unidamente bajo la dirección de un excelente maestro. Ningún grupo que toque el mismo instrumento puede compararse con la orquesta completa. En la Iglesia necesitamos apreciar los talentos y fuerza de nuestra individualidad, así como la importancia de cada persona en su propio llamamiento.

2. Las diferencias quedan resueltas cuando los hombes trabajan por un objeto más noble. Es bien sabido entre los hombres que las diferencias no se resuelven por hablar acerca de ellas. Es preciso considerar los problemas a la luz de asuntos y propósitos más importantes, si es que han de ser resueltos. Esto se puede ver en el matrimonio. El hombre y su mujer son muy diferentes en costumbres, naturaleza e intereses. Si cada cual tratara de mantener y satisfacer sus propios intereses egoístas, la relación entre ellos sería una de agitación y contienda, y no habría manera de reconciliarlos. Una misma meta y lealtad, como la construcción de una casa, la formación de un hogar, la crianza de los hijos, el servicio en la Iglesia, el amor de Dios, el deleitarse en cosas buenas—esto es lo que une al marido y a la mujer en el matrimonio.

Pablo intentó elevar a los primeros cristianos sobre las riñas, la controversia y el pecado, enseñándoles a amar a Cristo. La lealtad suprema hacia el Señor, particularmente con fe y con amor, los haría uno. Así como el arrepentimiento no es sencillamente cambiar este hábito o aquél, sino el resultado de convertirse a Cristo, en igual manera, la unidad viene cuando todos los hombres se olvidan del "yo" en su amor por el Salvador. Esto se declara con fuerza en los siguientes pasajes:

Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús. (Gálatas 3:26-28)

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor. Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros *no habéis aprendido así a Cristo.* Si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y *renovaos en el espíritu de vuestra mente.* (Efesios 4:11-23)

Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; *no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.* (Filipenses 2:1-5)

Actualmente, así como en la Iglesia Primitiva, necesitamos olvidar diferencias que no conducen a la edificación. Tenemos que dejar atrás los celos sin importancia, la envidia y la calumnia, que provienen de pensar demasiado en uno mismo. Una fe profunda en Cristo, y el amor por su obra y enseñanzas nos ayudarán a elevarnos sobre los intereses egoístas. Por motivo de nuestra fe en Cristo, ¿en cuáles cosas tenemos fe? Por motivo de nuestra fe en Cristo, ¿qué deberíamos estar haciendo (1) en el hogar? (2) ¿en la Iglesia? (3) ¿en la comunidad? (4) ¿en el mundo? Estas preguntas nos impulsan a una vida positiva y constructiva. Permiten las diferencias individuales, pero a la vez sugieren unidad y un algo propósito.

3. El verdadero amor cristiano del uno por el otro es la fuerza unificadora más potente del mundo. Esto, según el Salvador, es la prueba final de que somos sus discípulos, que nos amemos el uno al otro, que seamos suyos siendo uno. Así se pueden reconciliar o tolerar las diferencias. Sostenemos que si nuestra vida cristiana fuera suficiente, atraeríamos mucha gente a nosotros; y aun los que no son de nuestra fe compartirían el vínculo de la hermandad con nosotros.

Los jóvenes, particularmente, mientras están tratando de establecer la fe en sí mismos, necesitan sentir el poder unificador del amor fraternal. También tienen necesidad de prestar servicio a Dios, a Jesús y a nuestros semejantes. En una palabra, necesitan sentir el poder vivo del evangelio en sus vidas. Esto los conservará en la fe más bien que cualquier clase de argumentos, debate y regimentación.

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (Colosenses 3:15-17)

La palabra de Dios a los Santos de los Ultimos Días en el tiempo actual es la siguiente:

Y estime cada hombre a su hermano como a sí mismo, practicando la virtud y la santidad delante de mí. Y de nuevo os digo, estime cada hombre a su hermano como a sí mismo. ¿Qué hombre de entre vosotros, si teniendo doce hijos que le sirven obedientemente, y no hace acepción de ellos, dijere a uno: Vístete de lujo y siéntate aquí; y al otro: Vístete de harapos y siéntate allí, podrá luego mirarlos y decir soy justo? He aquí, esto os lo he dado por parábola, y es aun como yo soy. Yo os digo: Sed uno; y si no sois uno, no sois míos. (Doc. y Con. 38:24-27)

Capítulo 44

EL RESULTADO DE VIVIR SEGUN EL EVANGELIO

Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. (Lucas 6:44)

El hombre está interesado en el fruto o resultado de su trabajo. Sembramos para recoger, plantamos para cosechar, trabajamos para ganar dinero, estudiamos para aprender, buscamos el recreo para divertinos. Potencialmente, la vida es rica y abundante. Las cosas que ofrece son diversas y muchas. Debemos pasar nuestros días sobre la tierra benéficamente.

Si la religión va a ser de importancia, debe ser más que un pasatiempo, más que una diversión de los interesados principales. Jesús la consideró de importancia primaria. Para él, era la matriz y la flor de la vida moral y espiritual del hombre.

Quizá valdrá la pena, en este último capítulo, considerar los frutos que vienen de vivir de acuerdo con el evangelio de Jesucristo. Esta consideración puede ser útil de varias maneras. (1) No prometemos a nuestros hijos e investigadores el fruto incorrecto ni nosotros mismos lo buscaremos. Con esto se evitará la desilución y la pérdida de una fe mal fundada. (2) Si sabemos cuáles son los frutos verdaderos que se recogen por ser discípulos de Jesucristo, podremos mejor medir la calidad de nuestra propia vida religiosa. Si faltan estos frutos, quizá será porque nuestra devoción al evangelio no es lo que pensábamos que era. Quizá estemos dedicándonos a las cosas erróneas, o por lo menos, tal vez habremos pasado por alto muchas cosas preciosas de las enseñanzas de Cristo.

Los frutos que Jesús no prometió

A la conclusión de su Sermón del Monte, en el cual había presentado tantas de sus enseñanzas, Jesús refirió una parábola que se relaciona directamente con el tema de este capítulo:

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fué grande su ruina. (Mateo 7:24-27)

Esta parábola indica que el evangelio de Cristo no tiene por objeto proveer una salida o escape de las duras realidades de la vida. Como lo expresa el Predicador:

Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento. (Eclesiastés 9:2)

"Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos" y combatieron no sólo la casa que estaba edificada sobre la arena, sino también la otra que se construyó sobre la peña. Tanto la persona que sigue a Cristo como la persona que se burla de El viven en el mundo entre los mismos hombres y donde las mismas leyes de la naturaleza operan.

Son muchas las cosas que sobrevienen tanto al que es santo, como al que es pecador. El cáncer se desarrolla en el cuerpo humano sin considerar lo que vale la persona espiritual o moralmente. Se debe a ciertas condiciones fisiológicas que aún no podemos entender. Ataca a los niños inocentes, y no se han librado de sus crueles ataques muchos nobles cristianos que hemos conocido.

Parece que en cuanto a la muerte tampoco hay descriminación. Un joven cristiano que lleva una vida limpia cae en el campo de batalla junto con aquel que blasfema a Dios. En un hogar se lleva a un joven y querido esposo y padre, y en otro deja vivo a un esposo y padre cruel para que siga maltratando a su esposa e hijos. En los accidentes, la muerte se lleva al negligente, al que se duerme mientras está manejando su automóvil, así como a las víctimas inocentes sin distinctión, sea que asistan a la Iglesia o no, paguen o no sus diezmos o amen o no al prójimo.

Los malvados prosperan igual que los justos, y a veces con mayor rapidez. La prosperidad individual no es prueba de que se está llevando una vida cristiana; ni tampoco lo es la pobreza. Cierto banco se declaró en quiebra durante la crisis de 1930. Acabó con los ahorros de un buen vecino mío, ahorros que habían sido diezmados y que eran reconocidos como un don de Dios. Nunca los recobró. Una de las razones porque tuvo que declararse en quiebra el banco, fué que uno de los empleados desfalcó una fuerte cantidad de dinero; mas por este acto jamás fué juzgado.

En la experiencia humana hemos visto repetida la historia de Job muchas veces. El sufrimiento físico no es evidencia de la iniquidad; no constituye un castigo por el pecado. La adversidad no es prueba de que se está pecando contra las leyes morales; tampoco es castigo por el pecado. El Sermón del Monte no sólo justifica esta opinión, sino también otras enseñanzas del Salvador.

> En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitaban en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. (Lucas 13:1-5)

El pasaje tantas veces citado en estas lecciones, que dice que el Padre "hace que su sol salga sobre malos y buenos," reitera la imparcialidad de la ley de la naturaleza en su operación en las vidas de los hombres. (Nótese S. Mateo 5:43-48).

Debe decirse una vez más, y subrayarse, que por vivir de acuerdo con el evangelio de Jesucristo no necesariamente recibe uno salud física, protección contra los accidentes y las desgracias, protección contra el dolor y el sufrimiento, ni la prosperidad y una vida larga. De hecho, algunos de los que han obedecido el evangelio con mayor devoción han acortado sus vidas y traído sobre sí mismos muchos sufrimientos. Así pasó con el Salvador, y lo mismo se puede decir de Abinadí, de Santiago, Pedro, Pablo, Jeremías, José Smith y su hermano Hyrum y los miles de miembros de nuestra Iglesia que empujando o tirando de sus pequeños carros de mano, resistieron los helados vientos y fuertes nevadas de invierno en su viaje a través de las llanuras.

Los frutos de la religión que Jesús prometió

1. La religión de Jesús no promete que escaparemos de la tribulación, pero sí fortifica el espíritu del hombre para aceptarla y hacerle frente cuando llegare. La casa edificada sobre la roca resiste el viento y la tormenta. La vida fundada en el evangelio puede sufrir con paciencia, puede hacer frente a la adversidad con esperanza, puede tolerar la maldad con perdón, puede recompensar el odio con amor y puede enfrentarse a la muerte con serenidad. La persona religiosa, teniendo completas sus facultades mentales, difícilmente se halla en una circunstancia en la que su religión no les es un manantial de fuerza. En su debilidad conoce la fuente de su fuerza; en su fuerza permanece humilde; en la pobreza sabe cuáles son sus riquezas; en la prosperidad se acuerda de sus hermanos con ternura; en salud se siente agradecido; en la enfermedad ejerce la fe.

Indirectamente la religión también puede contribuir en gran manera hacia esas cosas que no garantiza. La persona que obedece la Palabra de Sabiduría hasta donde su conocimiento se lo permite, debe disfrutar, por lo regular, de mejor salud y vivir más años que aquel que no lo hace. La salud "física" depende mucho de la salud mental. La persona que puede vivir sin temor u odio, y con fe y amor, tendrá, en igualdad de circunstancias, mejor salud corporal e infinitamente mejor salud emocional y mental que aquel que es víctima del temor. La enfermedad mental no siempre viene como consecuencia de la falta de religión, y menos en la vida del enfermo. Por otra parte, si pudiéramos vivir de acuerdo con los principios fundamentales que Jesús enseñó, y criáramos a nuestros hijos en un ambiente de amor cristiano y respeto a la personalidad, enseñandoles a dar y prestar servicio habría menos aflicciones mentales y emocionales entre los que componen nuestra sociedad. Muchos de los principios de la ciencia social moderna no son sino antiguos principios de religión expresados en términos nuevos. El psicólogo habla de la necesidad que tenemos de pertenecer a un grúpo de conocidos íntimos; Jesús habló del amor que satisface esta necesidad.

La religión también formenta el bienestar económico. El cristiano verdadero se halla contento con menos número de las cosas de esta vida. Su alimento es hacer la voluntad de aquel que envió al Salvador. Es próspero, y sin embargo, tiene mucho menos. Por tanto, gasta menos de sus ingresos para satisfacer sus intereses y sus propios gustos. La fe cristiana impulsa la honradez y la constancia; y estas "virtudes económicas" producen la estabilidad en un empleado o en un negocio.

Y lo que sucede con el individuo sucede con la nación. Las promesas de prosperidad que el Antiguo Testamento y el Libro de Mormón extienden como galardón por vivir rectamente parecen dirigirse al pueblo en general. La adversidad económica puede venir sobre un individuo aún en su justicia, pero una nación justa, en la cual los hombres ejercen la justicia y la misericordia, y cooperan con buena voluntad en la vida económica, tiene que prosperar. Como recordaremos, esto se repitió varias veces entre los nefitas. No es sino lógico que una nación, más todavía, que todas las naciones prosperen, si viven de acuerdo con los ideales cristianos. Pensemos en la cantidad y porcentaje de los ingresos del pueblo que se gastan para la defensa de una nación grande.

2. **Los frutos de la religión que Jesús prometió son esencialmente espirituales.** Enseñó, que todo árbol produce fruto según su propia especie: "Porque cada árbol por su fruto es conocido: que no cogen higos de los espinos, ni vendimian uvas de las zarzas." (S. Lucas 6:44) Las enseñanzas de Cristo no se concretaban esencialmente a la salud del cuerpo, los años que se viven en la tierra ni el tamaño o lugar de la casa que uno habita. "No temáis a los que matan al cuerpo, más al alma no pueden matar: temed antes a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno." (S. Mateo 10:28) Las Bienaventuranzas son expresiones de cualidades morales y espirituales, y las bendiciones acompañantes son esencialmente las mismas. A la mujer samaritana que encontró en el pozo de Jacob, Jesús dijo:

> . . . Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. (Juan 4:13, 14)

La misma idea se expresa más detalladamente en el capítulo 32 de Alma:

> Y a causa de vuestra diligencia, vuestra fe y paciencia en cultivar la palabra, para que eche raíz en vosotros, he aquí que con el tiempo recogeréis su fruto, el cual es sumamente precioso y más dulce que todo lo dulce, y más blanco que todo lo blanco, sí, y más puro que todo lo puro; y comeréis de este fruto hasta quedar satisfechos, y no tendréis hambre ni sed. (Alma 32:42)

Jesús dijo:

> Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, asi-

también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. (Juan 15:7-11)

El ser discípulo de Jesús apaga la sed que uno tiene de conocer el significado de las cosas y calma el hambre de satisfacción que hay en uno. La vida cristiana conoce la fuerza de la integridad, el gozo de servir con amor, la fuerza dinámica de la fe. La vida tiene mayor significado y propósito; tiene más luz, menos obscuridad y más pocas sombras.

La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas. Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbra con su resplandor. (Lucas 11:34-36)

El cristiano se libra de mucho sufrimiento: de todo el sufrimiento que viene de la lascivia, la avaricia, el odio, la envidia, los celos, los sentimientos ofendidos y la vida sin propósito. También causa menos sufrimiento a otros que aquel que abriga estas pasiones que Cristo censuró. El cristianismo surge por causa de la tragedia de la vida, especialmente por razón de la inhumanidad del hombre para con sus semejantes. Mas no tendrá que beber la amarga copa. Su fe y amor lo librarán de la desesperación. Aprenderá a tener gozo en la aflicción, porque conocerá el poder que hay en el evangelio de Jesucristo para calmar el dolor y el sufrimiento. Cumplirá con su parte.

3. Jesús prometió a los fieles la vida eterna con El. A sus fieles discípulos declaró lo siguiente:

. . . De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo y el en siglo venidero la vida eterna. (Lucas 18:29, 30)

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os los hubiera dicho; voy pues, a preparar lugar para vosotros. (Juan 14:1, 2)

En las Doctrinas y Convenios leemos: "Aprended, más bien, que el que hiciere obras justas recibirá su galardón, *aun la paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero.*" (Doc y Con. 59:23; véase también Doc. y Con. 76:1-10)

Los discípulos prometen los mismos frutos

Según Pablo, el "fruto del Espíritu es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza," (Gálatas 5:22-23); y a Timoteo dice: "Tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo eres llamado." (I Timoteo 6:11-12)

Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. (Filipenses 4:4, 7)

En la Segunda Epístola de Pedro leemos:

Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. (II Pedro 1:5-8)

Juan nos dice:

Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justica es justo, como él es justo. (I Juan 3:6, 7)

Y Santiago, en lenguaje bien claro escribe ciertos atributos que debe tener el hombre religioso:

Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oir, tardo para hablar, tardo para airarse; . . . Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana. (Santiago 1:19, 26)

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz. (Santiago 3:17, 18)

El Salmo 73

En el Salmo 73 se expresa claramente el pensamiento de este capítulo. El autor había visto la prosperidad de los malvados, y la había comparado con su propio castigo. Estaba muy perturbado hasta que pudo entender la condición del inicuo y al mismo tiempo comprendió que Dios, no obstante los sufrimientos personales del hombre, era todavía "la roca de su corazón."

Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre. Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta. Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras. (Salmo 73:23-28. Léase todo el Salmo)

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. (Santiago 1:2-4)